Fiona Mozley

SOHO

AdN

Para mi hermana, Olivia

Solsticio de verano

Caracol común

En la esquina hay un viejo restaurante francés con manteles a cuadros rojos y blancos. El Des Sables lleva décadas en ese sitio y en ese período ha cambiado muy poco. Sirve los mismos platos, con ingredientes suministrados por los mismos proveedores, así como vinos de los mismos viñedos. Las botellas están guardadas en los mismos estantes y cuando las sacan y les quitan el polvo, vierten el sedoso caldo en los mismos juegos de copas, o en otros de un estilo similar, adquiridos esporádicamente para reemplazar los que se han roto. Los platos son los mismos: pequeños, redondos, de porcelana.

Cuando hace buen tiempo, colocan mesas fuera. Entre la calzada y la pared exterior del establecimiento hay un espacio donde las mesas están dispuestas apretadamente, con dos sillas encajadas debajo de ellas. Una de las mesas se mueve. En el transcurso de los años han plegado y han colocado debajo de la pata culpable miles de servilletas, cientos de clientes se han quejado y se han pasado a las mesas alternativas y miles más han soportado el inconveniente en silencio. El vino de las copas se les ha derramado, ellos han refunfuñado y han considerado la posibilidad de pedir un cambio de lugar, pero, finalmente, han optado por no hacerlo.

En ese restaurante sirven caracoles. En ese restaurante sirven caracoles desde el día que se inauguró. Cientos, miles, hasta millones de esos moluscos. Los tiran en agua hirviendo, sacan los cadáveres y los sirven con mantequilla de ajo. Las bolitas gomosas se cogen con tenedores o con los dedos y los espiralados caparazones se desechan.

Es un día de pleno verano, a la hora de la comida. Han sacado una caja de caracoles de la nevera y la han puesto a un costado, con su contenido listo para que lo sumerjan y lo

escalden. La han dejado sola, sin vigilancia, mientras los chefs trajinan por la cocina con cuchillos afilados, ollas y sartenes, manojos de perejil y tallos de apio. Uno de los caracoles, más bien pequeño, se despierta de su frío sueño y trepa por el borde de la caja, desciende por el otro lado y llega a la encimera de acero inoxidable. Lentamente, baja hasta el suelo y luego se desliza hacia el fondo de la cocina, donde hay una puerta que da a la calle. Después de alrededor de veinte minutos, el caracolillo se encuentra en el callejón que está detrás del restaurante y se da un banquete con las hojas exteriores desechadas de una col rizada. Una vez saciado, continúa su viaje. Comienza a ascender por la pared, flexionándose y estirándose.

El edificio se encuentra en el Soho, en el centro de Londres. Los cimientos se instalaron en el siglo XVII , durante el interregno, en el espacio entre un padre y un hijo, en el signo & entre El rey ha muerto & Larga vida al rey. Ladrillos y yeso como revestimiento de una armazón de madera que ahora está torcida. Hay agujeros de carcoma en la madera y huellas de caracoles en los ladrillos.

El distrito fue una vez un barrio residencial. Londres estaba rodeada por una muralla y al norte se extendía un páramo. Había ciervos, jabalíes, liebres. El noroeste de Londres; el nordeste de Westminster. Hombres y mujeres salían al galope de ambas ciudades para cazar y bautizaron ese sitio con sus gritos: ¡So! ¡Ho! ¡So! ¡Ho!

Llegó la piedra. El ladrillo y el mortero reemplazaron a los árboles; la gente reemplazó a los ciervos; una pegajosa suciedad gris reemplazó a la pegajosa tierra marrón. Los senderos trazados por el paso de los animales se perpetuaron en piedra, se ensancharon, se flanquearon con murallas y puertas. Se erigieron mansiones para la alta sociedad. Había bailes, juego, sexo. Se tocaba música y se representaban obras. Se cerraban tratos, se tramaban sediciones, se planeaban traiciones, se guardaban secretos.

Llegó gente nueva. Vinieron emigrados de Francia, escapando de la revolución, la guillotina, la guerra. Las mansiones se dividieron y se subdividieron. Los salones se

convirtieron en talleres; las recepciones, en cafeterías. Familias enteras vivían en una sola habitación y las enfermedades se propagaban. La sífilis creaba llagas en la piel y delirios en la mente. El cólera se ocultaba en el agua, se arrastraba por las alcantarillas, salía por las bombas y entraba en las gargantas humanas.

Se escribían libros, se destrozaban, volvían a escribirse. Karl Marx soñaba con la utopía mientras su esposa le preparaba la cena y fregaba el suelo. Sus amigos se encontraban en Great Windmill Street, la Gran Calle del Molino, donde en otra época el medio de producción había sido el viento.

Cuando lanzaron bombas sobre Londres, unas cuantas cayeron en el Soho. En las casas de estilo georgiano aparecieron lesiones oscuras y la gente se refugió bajo tierra.

Después de la guerra llegó el hormigón y las paralelas y los ángulos precisos que conectaban la tierra con el cielo. Se reconstruyeron casas, se reconstruyeron tiendas y se instalaron adoquines nuevos. Enterraron a los muertos. Enterraron el pasado. Aparecieron nuevas clases de hombres y nuevas clases de mujeres. Surgió el arte y la música y las minifaldas y los cortes de pelo elegantes que hacían juego con el perfil de los edificios. Se rodaron películas; se grabaron discos. El Soho se llenó de aparatos de sonido y visión. De corrientes eléctricas que surcaban cables e imanes y alambres de cobre y transmitían la atmósfera rítmica a salas oscuras donde la gente bailaba estilos nuevos, bebía y fumaba e ingería drogas nuevas importadas de viejos parajes. Y se volvía a hablar de revolución.

Y hablaron hasta que cambió el viento. Se impusieron el comercio, el sentido común y la decencia común, y los hombres y las mujeres aprovecharon todas las oportunidades. Se trazaron nuevas carreteras; se construyeron nuevos edificios de oficinas. Y se instalaron pisos de lujo en barrios bajos y derruidos, como resplandecientes dientes falsos en encías infectadas.

En la parte superior del edificio, cuya planta baja está ocupada por el restaurante, hay un jardín secreto. Lo sembraron las dos mujeres que comparten la buhardilla, donde

los techos están inclinados y los tragaluces sobresalen. Al otro lado de las ventanas hay una cornisa en el punto donde el tejado se conecta con la pared exterior. Las ventanas son lo bastante grandes como para salir por ellas y en esa cornisa se puede estar de pie. Esto lo ha descubierto la mujer que se llama Tabitha. Es fumadora intermitente y la otra mujer, Precious, no le permite fumar dentro. Tabitha encontró unos escalones a lo largo de la cornisa y notó que, subiendo por ese tramo, se llega a una terraza plana, protegida por los tejados inclinados adyacentes, pero lo bastante abierta como para recibir el sol del mediodía.

Precious y Tabitha han llenado ese ámbito de vida. Empezaron con una planta de chile barata que Precious compró en el supermercado. Los chiles crecieron mejor de lo que se esperaba y Precious trajo otras. Primero, las típicas hierbas genéricas de un huerto: perejil, romero, cebollinos. Después añadió una rosa y plantas ornamentales. Cuando el clima es bueno y Precious y Tabitha tienen tiempo libre, se sientan juntas fuera.

—¿Sabes lo que me parece realmente repugnante?

—¿Qué te parece realmente repugnante, Tabitha?

—Que hayas puesto conchas de caracol molidas en torno a las plantas para impedir que los caracoles se las coman.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Es raro. ¿Acaso no se usan las cáscaras de huevo para eso?

—Sí, pero a mí me dan las conchas que sobran de los caracoles en el restaurante de abajo. También me regalan conchas de mejillones, almejas y berberechos. Es lo que tengo a mano.

—Lo entiendo. Pero te estoy diciendo que no me gusta. Sería como si alguien construyera una valla para impedir que entre la gente y, en lugar de usar alambre o madera, utilizara huesos humanos. ¿Sabes lo que quiero decir?

—En realidad no.

Tabitha tiene un cigarrillo en una mano y un cigarrillo electrónico en la otra y sostiene ambos como si fueran copas de vino caro y ella estuviera degustándolas primero una y luego la otra. Le da una calada al cigarrillo real, retiene el humo entre

las mejillas, hace un movimiento de remolino con los labios fruncidos y exhala; a continuación, repite el mismo proceso con el cigarrillo electrónico. Frunce el ceño y hace un mohín, profundamente concentrada.

—No es lo mismo — afirma.

—Jamás lo será. La cuestión no es si puedes o no notar la diferencia, sino si crees que podrás sustituir uno por otro.

—Bueno, pues no. La respuesta es que no.

—¡Por el amor de dios! ¿No podrías intentarlo, al menos?

—¡Ya lo he hecho!

—Durante más tiempo que, digamos, cinco segundos.

—No me gusta cómo se siente en la boca. Se siente artificial. Como el detergente.

—Porque los otros son cien por ciento naturales, carcinógenos orgánicos.

—Es tabaco de verdad, al menos. Extraído de una planta.

—Dámelos. — Precious coge el paquete de cigarrillos de la mesa que está al lado de la mujer mayor. Examina las lúgubres advertencias y las estremecedoras imágenes impresas a un lado del cartón, echa hacia atrás el brazo que utiliza para arrojar cosas y lanza los cigarrillos por el borde del tejado. La cajita traza un elegante arco sobre un costado del edificio y desaparece de la vista.

Tabitha, incrédula, abre mucho los ojos.

—Así podrías lastimar seriamente a alguien.

—Estaba casi vacía. Lo máximo que podría pasar es que alguien se corte con el papel.

—Esos cortes duelen — señala Tabitha. Vuelve su atención al cigarrillo encendido que todavía conserva en la mano y le da una calada larga, ostentosa. Le lanza el humo a su amiga—. ¿Y a ti qué más te da? El hecho de que yo fume.

—Bueno, que no quiero que te mueras.

—¿Me echarías de menos?

—Los funerales son caros.

—Tira mi cadáver al río.

—Eso espantaría a los turistas. Esos que hacen excursiones por el Támesis y que de pronto se encontrarían con tu fea cara flotando en la parte poco profunda del agua.

—He aquí una solución sencilla: lléname de ladrillos.

—Sería más fácil si dejaras de fumar.

—Puede que para ti.

—Bueno, al menos no lo hagas al lado de mi rosa. Ella no desea recibir el humo de tu tubo de escape.

—Oh, por el amor de dios. Está prohibido fumar dentro. Está prohibido fumar fuera. ¿Acaso nos encontramos bajo un régimen totalitario?

Suena un teléfono. Es una línea fija, pero con un dispositivo inalámbrico que Tabitha ha sacado fuera. Ella deja a un lado el cigarrillo electrónico, levanta el teléfono y sigue fumando el cigarrillo real mientras habla. Dice «sí» y «ajá» un par de veces y asiente como si la persona con la que habla pudiera verle el gesto.

Cuelga y deja el aparato al costado.

—Un cliente — se limita a decir.

Precious se ha inclinado sobre la maceta y está arrancando hierbajos. Se endereza y se quita los guantes de jardinería. Hunde la pala de mano en la tierra y arroja los guantes sucios sobre una de las sillas plegables. Pasa una pierna por un lado del edificio y, aferrándose a la barandilla, desciende por la escalerilla desde la que puede entrar al apartamento por la ventana abierta.

Abajo, en la acera, una mujer y un hombre están sentados a la mesa que se tambalea. Como ya se han sentado allí en otras ocasiones, la mujer ha colocado una servilleta de papel debajo de la pata culpable. El mueble ahora está inmóvil, pero el mantel a cuadros se agita con la brisa. Hay una botella de burdeos tinto, dos copas, un platillo de aceitunas verdes y otro para tirar los huesos.

—Es una broma, ¿verdad? — dice la mujer. Se llama Agatha Howard. Tiene alrededor de veinticinco años y se viste con elegancia pero con el estilo de una mujer mayor que ella, una política o una ejecutiva. Lleva un traje pantalón de lino, cuya chaqueta se ha quitado y ha doblado en el respaldo de la silla, y una blusa blanca abotonada al cuello. Tiene joyas en la muñeca y colgando de cada uno de los lóbulos de las orejas,

pero estas últimas — rubíes engastados en oro— la envejecen. Sostiene una pequeña fotografía entre el pulgar y el índice. En la fotografía se ve un trozo de tela. Esa tela tal vez haya sido un pañuelo alguna vez, pero ahora está vieja, sin forma, con los bordes deshilachados. Es mayormente gris, pero en una esquina hay una mancha marrón oscuro.

—No bromeo — responde el hombre. Es un anticuario.

—Páseme el certificado de autenticidad.

El hombre le tiende a la mujer un certificado de autenticidad relacionado con el trozo de tela. Está mecanografiado en un papel timbrado y firmado. Agatha lo lee hasta el final, frunce el ceño y examina de cerca la firma.

—No he oído hablar de este historiador — dice.

—Es de Durham. Es joven, pero muy reputado.

—Si fuera muy reputado, yo habría oído hablar de él.

Agatha lee otra vez el certificado y luego vuelve a examinar la fotografía del trapo. Se supone que lo han mojado con sangre encontrada al pie de la guillotina y luego lo han conservado como un recuerdo del régimen moribundo.

—Yo estaría dispuesta a pagar una suma de dinero como esta por una reliquia de los Borbones, no por la de un miembro menor de la nobleza.

—No es un miembro menor. Es un descendiente de los reyes valones por vía materna.

Agatha reflexiona. Observa la fotografía otra vez y luego al hombre. Se acomoda en la silla y contempla la calle; a continuación, levanta la mirada y la dirige hacia unas cestas colgantes con geranios rojos. Dentro de una de ellas hay un paquete de cigarrillos que alguien ha desechado. La caja está en medio del follaje verde oscuro y uno de los cigarrillos ha quedado atrapado entre la tierra y el alambre metálico de la cesta.

Hoy en día, la gente no tiene respeto por nada.

Vuelve a mirar al hombre.

—No — dice.

—¿Qué?

—He dicho que no.

—¿Le gustaría venir a ver el original?

—No me interesa.

Él ya ha hecho tratos antes con ella, de modo que sabe que habla en serio.

—Bien — responde él—. Quédese con la foto, por si cambia de idea. — No parece ni ofendido ni decepcionado. No debería estarlo; Agatha ha invertido enormes cantidades de dinero en su negocio.

—Debo irme — le dice ella.

—¿No se queda a comer?

—No puedo, pero usted debería hacerlo. Este establecimiento no seguirá aquí mucho tiempo. Voy a renovar la mayor parte de esta calle. Los restaurantes como este son pintorescos, pero nada redituables.

El hombre la observa como lo haría un maestro desilusionado con un alumno descarriado. Le pregunta qué debería pedir.

—Los caracoles son excelentes.

Ella se levanta, golpeándose contra la mesa temblorosa. Se despide y se dirige hacia el final de la calle donde su chófer la espera en un Rolls Royce azul.

En la parte de la acera que está justo delante del restaurante francés hay una rejilla y a lo largo de la rejilla hay una compuerta. Debajo de la compuerta, que se abre y se cierra con bisagras oxidadas, hay un sótano oscuro y en el interior de ese sótano oscuro hay un número de personas. Dos de esas personas salen por la compuerta y se persiguen corriendo por la calle. Van de camino a un viejo pub, el Aphra Behn.

El Aphra Behn

Paul Daniels y Debbie McGee entran en un bar. El hombre al que llaman Paul Daniels y la mujer a la que llaman Debbie McGee entran en el Aphra Behn del Soho. Acceden a través de una puerta trasera y pasan a una cocina calurosa y mal iluminada. En la encimera hay una banquete de segunda mano: un plato de patatas fritas, un bote de salsa tártara, la corteza de una empanada bañada en salsa, una ensalada griega a medio comer con queso feta y semillas de granada.

El hombre al que llaman Paul Daniels y la mujer a la que llaman Debbie McGee pasan por la cocina sin tocar la comida y entran en el salón principal del pub. El camarero levanta la vista de su teléfono y los ve verter el líquido de las bebidas que han quedado sin terminar en una botella de plástico vacía. Ginebra, agua tónica, cerveza *lager* , ron, bebida de cola, vino espumante, Pimm's, una fresa, una rodaja de pepino y un paraguas de cóctel. Paul Daniels enrosca la tapa de la botella y se la esconde en el abrigo, que lleva puesto incluso los días de calor. Esa mezcla es una póliza de seguros. La consumirá más tarde si no consigue pedir o robar algo mejor.

El camarero vuelve la atención a su teléfono. Desliza hacia la derecha todas las fotos de mujeres de dieciocho a treinta y cinco años que han subido sus perfiles a internet para que él las examine. Dejó de cumplir la indicación de sus empleadores de que mantuviera a raya a la chusma hace ya semanas, en el momento en que decidió que trabajar en el bar no era para él.

Llaman Paul Daniels a ese hombre porque hace trucos de magia a cambio de propinas y a la mujer Debbie McGee porque está siempre a su lado, pero, a diferencia de sus tocayos ilustres, no poseen experiencia, ni talento, ni riqueza y ni siquiera pueden congregar un público numeroso.

Paul Daniels hace una ronda por las mesas y los

parroquianos que están de pie. Mete unos dedos delgados y morados en sus bolsillos y extrae una tacita y tres bolas rojas de esponja. Son más ligeras de lo que deberían ser por su tamaño; una ilusión óptica a pequeña escala. Se le pegan a los dedos como malvavisco. Empieza en la primera mesa con el truco de las tres tazas, aunque pocas veces le sale bien. Sabe cómo se hace, pero se desconcentra y se olvida de dónde ha puesto la bola. El hombre que tiene delante adivina su posición correctamente y da la vuelta a la tacita con una sonrisa de satisfacción.

—Aquí tienes, amigo — dice. Está vestido con un polo color rosa bebé que tiene un logotipo bordado en el pecho—. Ahora págame. — Extiende la mano.

En el Aphra Behn se sabe que no se puede permitir que Paul Daniels pierda. A pesar de todas las veces que sus naipes mugrientos se han deslizado de las mangas deshilachadas de su abrigo o que sus pañuelos de seda han revelado sus secretos demasiado pronto, los parroquianos leales del Aphra Behn fingen asombro y entregan sus peniques de buen grado.

El hombre del polo insiste en cobrar sus ganancias. No es un habitual del pub, sino un turista. Tiene la intención de pasar el resto de la velada contemplando a mujeres con implantes mamarios de silicona y el pelo de prisioneros rusos (cortado, importado, blanqueado, pegado al nuevo cuero cabelludo) quitándose la ropa y bailando para él mientras él les desliza billetes nuevos de veinte libras en las ligas. Es un hombre que conoce el precio de todo. Le gusta ganar y en esta ocasión lo ha hecho. Quiere sus cuarenta peniques: los veinte de la apuesta y los veinte de las ganancias.

Paul Daniels no está dispuesto a entregarle el dinero. Titubea.

—¿A qué juegas? — le pregunta el hombre al mago—. ¿Si ganas te quedas con el dinero y si pierdes te quedas con el dinero? Esa no es forma de llevar un negocio. ¿Quién va a jugar a tus tazas si lo que ofreces no es competitivo?

Paul Daniels rebusca con manos temblorosas unas monedas de cobre. Su caja torácica se estremece con disculpas incoherentes.

La mujer a la que llaman Debbie McGee permanece serena. Es una calma que se deriva de una ensayada apatía.

En el Aphra Behn nadie recuerda haber visto a Debbie McGee emocionada por algo. En otra época había muchas cosas que le proporcionaban placer: una película apasionante, una fotografía bien hecha de parientes y amigos, un karaoke a última hora de la noche, comida india para llevar. En otra época había otras cosas que la entristecían: una ruptura sentimental, noticias de huracanes, ver a su hermana menor partir de su casa por última vez. También hubo un período en su vida en el que la heroína era lo único que la ponía feliz o triste. Estaba feliz cuando la tenía; estaba triste cuando no. Esa época también pasó. A la mujer a la que llaman Debbie McGee ya no le queda nada que sentir.

Guarda silencio durante todo el intercambio. Sus ojos se vuelven al hombre que está detrás de la barra. Él ha dejado a un lado su teléfono para observar la disputa.

Algunos de los habituales se giran sobre los taburetes que están junto a la barra. Uno de ellos está festejando en silencio su sexagésimo cuarto cumpleaños. Aunque Robert Kerr está bebiendo cerveza junto a Lorenzo, su amigo, no le ha contado que se trata de un día especial. Se siente satisfecho con su rutina cotidiana y no quiere desbaratarla y, por otra parte, Lorenzo es mucho menor que él, lo bastante joven como para ser su hijo, y probablemente no estaría interesado en el festejo de cumpleaños de esa persona que ha sido su vecino y compañero de copas durante mucho tiempo.

Robert se da la vuelta para mirar, al igual que el resto del pub. Había esperado que aquello se resolviera pronto. Con un profundo suspiro, se levanta del taburete. El relleno de cuero ha adoptado la forma de sus nalgas después de varias horas de inmovilidad. Salva los cuatro o cinco pasos que lo separan de la escena del altercado.

—¿Sabes lo que eres, amigo? — pregunta. El turista tiene casi treinta años menos que él. No responde—. Eres un hijo de puta — le dice Robert.

Hoy en día las peleas son infrecuentes en esta parte de Londres. Cuando Robert llegó a esa área eran habituales. En

aquellos tiempos, los atacantes portaban puños americanos y navajas de resorte.

El turista de la mesa observa fijamente el rostro de aquel hombre que lo supera en edad y en corpulencia. Repara en la cadena de cuero que rodea su grueso cuello y en la nariz que se ha roto y reparado varias veces. Ve la cicatriz de la frente, que es grande y que tiene la forma de un cuadrado perfecto, una cicatriz de la clase que no puede haber sido causada por un contratiempo.

Robert mete la mano en el bolsillo de sus tejanos y saca una moneda de cincuenta peniques. La deja caer dentro del *gin-tonic* del hombre.

—Con intereses.

El hexágono grasiento entra en contacto con el ácido de la lima y genera burbujas que chocan contra las paredes del vaso. El hombre no hace ningún intento por sacarlo.

Lorenzo, el amigo de Robert, lleva toda la tarde sentado a su lado. Son compañeros de copas habituales. Durante la intervención de Robert, Lorenzo se levantó sutilmente de su propio taburete — igualmente adaptado a la curva de su culo — y se deslizó por la puerta delantera del pub hacia la calle, donde ha encontrado a la persona encargada de la seguridad.

La persona encargada de la seguridad es una mujer de mediana edad llamada Sheila. Mide alrededor de un metro y medio de altura. Tenía el pelo gris y se lo ha blanqueado para que le quede rubio platino. Cada mañana se frota cera en las palmas y luego se pasa las manos por el pelo, formando puntitas y rizos. La han empleado para que ponga en vereda a los parroquianos y para que, con delicadeza, haga cumplir las reglas del pub. Sheila se asegura de que la gente salga a fumar fuera del edificio y que se mantenga detrás de la línea blanca que han trazado en la acera para demarcar el área en la que es aceptable beber y fumar. Saluda a los clientes que entran en el pub y al final de la noche les pide un taxi a los que están demasiado borrachos como para volver a casa por su propia cuenta. También interviene en caso de que se produzca algún jaleo, aunque hoy en día ello es una rareza; de otro modo los encargados del Behn habrían empleado a un segurata más

musculoso para encargarse de esa tarea.

Lorenzo le hace a Sheila el gesto de que entre y le señala a Robert. El otro hombre aún no ha dicho nada.

Mientras tanto, Paul Daniels recorre las instalaciones con la mirada, en busca de una vía de escape conveniente.

Debbie McGee está junto a la barra, terminando una hilera de bebidas que han dejado un grupo de mujeres de mediana edad, quienes de pronto han empezado a albergar dudas sobre el sitio que habían elegido y están muy interesadas en darse prisa para llegar a un teatro de las inmediaciones donde se representa una versión de *Julio César* .

Sheila se ve enfrentada a un dilema. Le tiene cariño a Lorenzo, quien la ha hecho entrar para que expulse al turista. Robert también le cae bien, pero da la impresión de que él es el agresor. El hombre al que llaman Paul Daniels está dando vueltas por el pub a pesar de que ella le ha ordenado que no se acerque al establecimiento. En principio Sheila no pone objeciones a que ese hombre y esa mujer desesperados entren en el pub cada día durante un breve lapso de tiempo para ejercer su oficio, pero también es de esa clase de mujeres que se toman en serio su trabajo.

Robert ve la entrada de Sheila y sale a la calle, abriendo la puerta con un fuerte empujón del brazo izquierdo y luego dejando que se cierre con un golpe. Para él era totalmente natural salir de esa manera para fumar. Lo dejó hace unos años, pero todavía siente el impulso de parar de beber por un momento y salir a la acera a tomar el aire. Además, quiere darle a ese gilipollas la oportunidad de marcharse por la otra salida.

Paul Daniels también le evita a Sheila la incomodidad de un altercado. Recoge sus pertenencias de la mesa y se las guarda en el abrigo. Como gesto de despedida, levanta el vaso de *gin-tonic* y, mientras el hombre del polo rosa lo observa incrédulamente, se lo vierte por la ulcerada garganta de un solo trago, con moneda y todo. A continuación se dirige hacia la puerta delantera y sale deprisa. Debbie McGee nota sin expresión alguna la partida de su amado y lo sigue en silencio.

Robert Kerr conoce a la mujer que algunos llaman Debbie

McGee desde hace muchos años. La conoció antes de que empezaran a llamarla Debbie McGee, cuando se la conocía por su nombre verdadero. La conoció antes de que ella encontrara al hombre con quien ahora recorre la calle, antes de que los huesos se le secaran y fracturaran y fueran escayolados por enfermeras preocupadas, antes de que la piel se le marchitara, antes de que ella se la atravesara con agujas desafiladas, antes de que adoptara la costumbre de dormir acurrucada entre hombres extraños. Robert la mira ahora y ve las numerosas estaciones que han pasado en el medio. Ve lluvia y viento. Ve meses de una enfermedad insidiosa. Ve momentos de una salud embriagadora. Ve pobreza y fortuna. Ve terror y hambre y dolor y esperanza. Ve el tiempo y a ella allí, inmóvil.

En el mismo bolsillo de sus tejanos del que extrajo la moneda de cincuenta peniques, encuentra un billete de veinte libras. Lo desdobla con la delicadeza con que un repostero trataría el hojaldre fino y lo extiende. El billete se agita con la brisa como un pañuelo cuando pasa un tren.

—No te lo gastes todo en caballo — le dice Robert—. Cómprate algunas patatas fritas o algo así. Y búscate un sitio decente para dormir.

La mujer a la que llaman Debbie McGee no mira al anciano a los ojos, sino que centra su atención en el billete. Lo coge con la mano derecha y se lo mete en la manga de su camiseta, demasiado ceñida incluso para su delgada contextura.

Al otro lado de la calle, Paul Daniels llora y suelta palabrotas y golpea el suelo con los pies. Levanta los brazos y clama al cielo. Despide flema y saliva por la boca. No presta atención a la situación de su acompañante ni tampoco mira hacia atrás para asegurarse de que ella lo siga, sino que sigue avanzando en zigzag por la calle, apartando a los peatones de su camino, provocando que varios taxis negros viren de golpe y se detengan.

Debbie McGee sí lo sigue. Se mantiene en las zonas de la acera sobre las que los altos edificios proyectan su sombra y donde han tirado gomas de mascar, hamburguesas comidas a medias y colillas de cigarrillo, y donde los perros y los borrachos defecan y mean.

La mujer a la que llaman Debbie McGee avanza al mismo ritmo que su amado. Robert Kerr la mira irse.

Calles familiares

Robert no vuelve a entrar para terminarse la cerveza. Hace calor y él y Lorenzo estaban bebiendo cerveza *lager* fría, que a estas alturas estará caliente. Mira hacia el interior del pub y ve a su colega charlando animadamente con el camarero y lo más probable es que sea sobre lo que acaba de ocurrir. Robert espera no haberlo abochornado. Ha hecho lo que había que hacer, pero no tenía ninguna intención de provocar un escándalo.

Sheila empieza a barrer la acera con una gruesa escoba de mango de madera. Robert está convencido de que la ha irritado, pero cuando ella se acerca a él, le sonríe. En ese momento, Robert piensa, como suele hacer cada vez que ve a Sheila o a cualquier mujer que considera buena y amable y honesta pero por la que no siente ningún deseo sexual, que debería casarse con ella. Pero el momento pasa, como ocurre siempre, y él piensa que de todas maneras presumiblemente ella ya tiene una relación con la encargada de seguridad del bar de lesbianas que está a la vuelta de la esquina.

Robert camina en dirección sur. Mira su reloj: las seis. Se pregunta si ya será lo bastante tarde como para visitar el otro lugar donde lo consideran un habitual. Estará abierto, pero puede que todavía sea demasiado temprano para esa clase de cosas. Aminora la velocidad y se entretiene mirando algunas de las tiendas y los restaurantes que se encuentran en el trayecto. Pasa delante de clubes privados con imponentes portones viejos que dan a rincones oscuros y sillones mullidos. Pasa delante de restaurantes y cafeterías y tiendas donde venden ostras y fideos y *sashimi* y yogur helado. En la esquina, un *sex shop* exhibe unos escabrosos tapones anales y ropa interior de cuero. Los encargados del establecimiento han colocado en el escaparate un póster tamaño A1 de dos hombres

besándose. Sus cuerpos están bronceados y encerados y ligeramente aceitosos. Los dos llevan trajes de baño ceñidos y fluorescentes. Uno de los hombres está afeitado, pero el otro tiene una barba cuidadosamente recortada. Eso confunde a Robert. Sabe por Lorenzo que a esos hombres se los suele describir como «cachas», debido a su altura y a sus tensos músculos. Sin embargo, la presencia de la barba indica la categoría de «oso» a la que, según le gusta a Lorenzo informar a Robert, él, Robert, pertenecería si fuera un hombre homosexual. El hombre del póster desdibuja los límites entre ambas categorías. Robert pasa delante del *sex shop* reflexionando sobre cómo, a partir de la información que le ha sido suministrada, podría definirse a Lorenzo. Pero no lo recuerda. Lorenzo es solo Lorenzo.

Robert pasa delante del Des Sables y gira a la izquierda. El callejón sombrío por el que se desliza rebosa de pájaros. Hay palomas que recogen migas de empanadas de Cornualles de entre las tiras de rejillas de hierro forjado y murmuran entre sí distribuyéndose las sobras. Una paloma hembra arrastra una pata coja mientras la persiguen dos machos. Le lanzan piropos, pero ella se mantiene indiferente y continúa dando saltitos. Eleva su cuerpo desnutrido en el aire impulsada por unas alas delgadas pero poderosas y aterriza sobre un alféizar, colándose fácilmente entre los pinchos antipalomas. Los machos arrullan entre sí como preguntándose si perseguirla o no y luego toman la decisión compartida de saciar el hambre en lugar de la lujuria y reanudan sus picoteos. Más abajo, en el callejón, hay una paloma tan blanca que casi parece de la variedad de las domésticas. Sus níveas alas solo se ven alteradas por una irregular pluma de vuelo color polvo y coral que cuelga inclinada como si tuviera conciencia de su propia anomalía. Más allá de las palomas, una bandada de gorriones. Demasiado pocos, demasiado pocos. Cuando Robert llegó a Londres, hace casi cincuenta años, los gorriones difuminaban el cielo y estaban desperdigados por cada acera. En aquellas primeras décadas, eran una presencia habitual y él extendía sus manos desnudas y les daba de comer.

Robert entra en el burdel. Scarlet la Vieja está sentada

detrás del pequeño escritorio. Karl está apoyado contra la pared, hojeando una revista femenina. Los dos levantan la mirada. Scarlet la Vieja tiene las pestañas pintadas de un tono cian brillante que le ilumina los ojos marrones y cansados de treinta años de largas noches y salones oscuros. Sus labios llevan el tono escarlata de su nombre. Ella saluda cálidamente a Robert. Karl es incluso más corpulento que él y tiene incluso menos pelo en la cabeza. Solo se viste de negro: tiene una camisa negra y un par de tejanos negros sujetados con un cinturón de cuero negro. Acusa la presencia de Robert y luego vuelve a su lectura. Casi nunca habla.

—¿Cómo estamos hoy? — pregunta Scarlet la Vieja.

Robert le contesta que él está bien y le pregunta cómo se encuentra ella.

—Oh, ya sabes — responde ella—. Con la ciática. No somos tan jóvenes como antes.

—No lo somos, en efecto.

Ella abre el registro. El único ordenador del burdel está conectado a la *webcam* de la planta superior. Scarlet la Vieja lleva su negocio con lápiz y papel.

—Tiffany, Giselle y Precious están disponibles ahora, o tenemos a Scarlet la Joven dentro de media hora, o a Cristal una hora más tarde. Candy tiene el día libre.

Robert, indeciso, levanta las manos.

—Acepto a cualquiera que quiera estar conmigo. Para un viejo matón como yo todas son absolutamente encantadoras.

—Precious, entonces. Tú y ella os lleváis bien.

Scarlet la Vieja hace una marca en el registro y le indica a Robert que aguarde en el salón de exposición.

—Avisaré a Precious que vas. Sírvete una copa.

Robert aprieta los nudillos sobre el escritorio de madera a modo de gesto de agradecimiento y se aleja de Scarlet la Vieja y de Karl. Cruza la puerta batiente que está a la izquierda del mostrador de la recepción y la sujeta para que quede cerrada antes de seguir su camino. Más adelante se extiende un pasillo largo y familiar. Las paredes están revestidas con una tela roja similar al terciopelo, pero con hebras más largas, como el manto de un perro greñudo. Ese tejido les proporciona una

textura orgánica, como si hubiera crecido algo en el yeso. Robert extiende ambas manos, algo que hace siempre que atraviesa este pasaje conocido. Deja que las manos se deslicen por la tela. Le agradan las suaves cosquillas que ello le produce. La moqueta es igualmente roja y está rellena de una especie de felpa de satén. Los zapatos de Robert se hunden en ella. La iluminación es mortecina y rosácea. Hay unos largos cordones de seda rizados, cuyo rojo es el más subido de todos esos tejidos, que están cosidos al techo acolchado y que cuelgan hasta aproximadamente la altura de la cintura de Robert. El rojo de esos zarcillos de seda es como el rojo de la sangre de un toro. Como el rojo de la sangre de una cerda. Cuelgan como si gotearan.

Robert atraviesa la telaraña de tela. Siente cómo le roza y le acaricia la cara mientras se abre paso a través de ella, como si estuviera separando las aguas del mar. La luz de las bombillas rosadas se refleja en la tela roja de las paredes y del suelo y en los zarcillos carmesí. El pasillo está empapado de un espectro de rojos y ese rojo está vivo y se mueve.

Robert es daltónico. Para Robert, el rojo es verde y el verde es rojo y no hay nada en el medio. Cuando emprende ese corto trayecto entre el vestíbulo y la sala de espera, no piensa en el calor y en el clamor de la animada calle que está detrás ni en los placeres que lo esperan delante. Se encuentra en un bosque que conoce desde hace tiempo, en un bosque tan tupido y fecundo que no puede ver más allá de la extensión de un brazo hacia delante ni de la extensión de un brazo hacia atrás. Siente que esos tejidos son como follaje, como las tiernas agujas de abetos jóvenes. Busca un sendero entre las ramas que lo lleve a la sala que está más allá y, cuando llega a ella, parpadea, a pesar de que allí la luz es apenas un poco más fuerte.

Contra la pared del fondo se distingue un familiar carrito de bebidas, hecho de bronce, con jarras de vidrio y cristal que contienen líquidos marrones y dorados y color borgoña. Se sirve un whisky y espera. Después de alrededor de un minuto Scarlet la Vieja llega corriendo desde la recepción.

—He olvidado preguntártelo — dice—. ¿Qué servicio le digo que quieres?

—Un completo — responde Robert—. Es mi cumpleaños.

La teoría del derrame

En otra parte de la ciudad, Bastian observa a su novia mientras se acicala. Hay partes de esa rutina que tiene permitido ver y partes que no. Rebecca entra en el cuarto de baño para pasarse la cuchilla, depilarse y arreglarse las cejas, pero se pone el maquillaje delante del espejo de la sala. Guarda su inventario de accesorios en una caja de metal con compartimientos que se abren y se cierran como las puertas de un avión. Es un dispositivo de alta tecnología. Hay cajas dentro de cajas, así como cremas y geles y pinceles. Elige un tubo blanco y lo aprieta para verter una cantidad precisa de gel transparente sobre el dedo índice. Con las yemas de los dedos se lo extiende por toda la cara, luego saca un tarrito de plástico, desenrosca la tapa y la deja en equilibrio sobre la repisa. El tarro contiene un polvo fino que parece piel molida.

Bastian está sentado en el sofá con las piernas ligeramente separadas. Ha puesto las manos entre ellas y sostiene la chaqueta de un traje que le acaban de enviar. Bastian acostumbraba a comprar su ropa en tiendas caras de la calle principal, pero cuando su abuelo se enteró, le abrió una cuenta en una sastrería de Savile Row y lo llevó a que le tomaran las medidas.

Bastian sigue observando a Rebecca. Ella pasa por el polvo un pincel largo cuyas cerdas se abren como la cola de un pavo real y luego se da golpecitos con él en la cara hasta que el polvo se torna invisible. A continuación se ocupa de los ojos. Con un ruido metálico, abre un disco que contiene polvos de diversos tonos, divididos en secciones. Se aplica un poco de polvo beis y luego dos tonos de marrón. Vuelve a guardar los artículos en la caja y a continuación extrae un lápiz y un tubo largo y delgado que Bastian reconoce como rímel. Se pasa la punta del lápiz alrededor de los ojos para formar un contorno

oscuro y a continuación se roza las pestañas con la punta del rímel negro al tiempo que se mira al espejo abriendo los labios. Termina este proceso y estornuda. Bastian ya ha notado previamente que ella estornuda después de tocarse las pestañas con el cepillo del rímel. Eso lo hace sonreír. Le recuerda al gato de su familia de cuando era un niño: una esponjosa hembra de pedigrí llamada Ronronea. A Ronronea le daba por estornudar cuando estaba excitada. Se detenía, se quedaba completamente inmóvil, se preparaba y cerraba los ojos. Cuando aparecía el estornudo, casi no emitía sonido. Los estornudos de Rebecca también son extrañamente silenciosos. Arruga la cara y sube los hombros hasta las orejas para prepararse para esa explosión menor e interior. Está muy atractiva cuando lo hace.

Rebecca es una persona muy medida. Bastian suele asombrarse por los niveles de autocontrol que es capaz de ejercer. Mantiene una estricta rutina; Bastian no recuerda ninguna ocasión en que ella haya llegado tarde. Come sano, practica ejercicio con regularidad, cuida su apariencia y sus hábitos domésticos son ordenados. Piensa antes de hablar. Sus estornudos suponen una aberración menor, una nota errada en una sinfonía que de otra forma sería perfecta.

Rebecca tardó mucho en permitirle a Bastian presenciar esa parte de su rutina. Se conocieron en Cambridge, durante la primera semana del primer semestre, y para la Navidad ya habían entablado una relación. Durante tres años, antes de que se graduaran y se mudaran a ese apartamento, Bastian jamás le vio la cara sin maquillar ni el pelo sin alisar. Ella traía su caja de maquillaje cuando se quedaba a dormir en su habitación y, por la mañana, se encerraba en el baño y salía de él convertida en un prístino facsímil de la Rebecca del día anterior. Cuando se fueron a vivir juntos, ese régimen se relajó, pero solo un poco. Rebecca empezó a salir del baño con el pelo envuelto en una toalla y sin maquillaje. Ahora está de pie delante de él, preparándose.

Todavía hay muchas cosas que Rebecca no permite que Bastian vea, pero él encuentra pruebas de ello en el apartamento. Ve sus pinzas en un estante del armario del baño y su cuchilla de afeitar sobre el borde de la bañera con hebras

de pelo oscuro atrapadas entre las hojas. Ha abierto la cesta con tapa que ella ha ubicado junto al inodoro para guardar la parafernalia que precisa para la regla. También le llegan rastros olfativos de ella. A veces percibe el olor de su menstruación y la queratina chamuscada del pelo alisado.

Rebecca ya ha pasado al pelo. Sujeta hileras de mechones marrón oscuro entre tenacillas calientes y alisa las ondas y las áreas irregulares. A continuación, se aparta del espejo y examina su reflejo. Se acomoda un par de pelos rebeldes.

Bastian se incorpora y le da unas palmadas a las arrugas de la chaqueta para alisarla. La gira en el aire por encima de los hombros y mete los brazos en las mangas. Se acerca al espejo y revisa su propio aspecto. Se ve más o menos como desea verse o, al menos, se ha reconciliado con la imagen que presenta.

Puede que su rostro se incline un poco hacia lo femenino. Se considera razonablemente atractivo, pero no es uno de esos hombres de mandíbula recia y cuadrada y ceño seguro de sí mismo.

El traje le queda bien. Gira a la derecha y luego a la izquierda como hizo la primera vez que se lo probó. Está entallado en los hombros y en la cintura. Le dijeron que ese corte destacaría su delgado torso.

Bastian pone una mano delicadamente en la cintura de Rebecca y se inclina para besarla en la mejilla.

—Vas a correrme el maquillaje. — Ella se aparta.

Bastian retrocede, más frustrado que herido, y se acerca al aparador. Coge las llaves y la cartera y se las guarda en un bolsillo del pantalón.

Van en un taxi negro al Soho, puesto que la demora de los Uber es excesiva. El conductor es del West End y durante un breve lapso habla con Bastian sobre el club de fútbol West Ham, hasta que se da cuenta de que su pasajero no tiene la menor idea de qué es eso. Luego les cuenta una historia sobre un restaurante donde comió un suflé de algas. «¡Algas! ¡Un suflé hecho de algas!» A continuación enciende la radio.

Cuando cruzan el Támesis, el sol ya está bajo en el cielo sobre el palacio de Westminster. Esculpe halos temblorosos encima de las torrecillas góticas, convirtiendo cada una de

ellas en una antorcha flameante. Bastian busca su teléfono para hacer una foto. El taxi aminora la velocidad a causa del atasco que se ha formado en el puente. Bastian divisa una bandada de cisnes entre las sombras de la orilla norte, la más grande que ha visto jamás en esa ciudad. Deben de ser al menos treinta, inclinándose sobre el agua, un clan de polluelos que jamás dejaron a sus padres, ni crecieron, ni encontraron pareja, ni criaron a sus propios polluelos.

Bastian le da un codazo a su novia. Ella se inclina sobre él para mirar por el cristal y sigue con los ojos el dedo de él, que apunta hacia el río. Luego se echa hacia atrás.

—Oh, por dios, Bastian, ya sabes que les tengo fobia a las aves.

—Lo siento. — Bastian se gira y continúa contemplando la amplia familia de cisnes. Sus miembros siguen balanceándose con satisfacción sobre la corriente.

Rebecca no les tiene fobia a las aves; simplemente, no le gustan: debido a la forma en que se mueven cuando caminan o vuelan, a los sonidos que emiten y a las áreas de la ciudad en las que habitan. Las considera antihigiénicas. Utiliza la palabra «fobia» porque eso le proporciona un peso adicional a su desagrado.

El taxi deja el puente y continúa por una serie de calles apartadas, una ruta que solo conocen los conductores de los taxis negros y los mensajeros en bicicleta. Pasan delante de imponentes terrazas georgianas que han sido reconvertidas en pisos y oficinas. Se deslizan por calles estrechas bordeadas de tiendas y restaurantes. Sienten la prosperidad y la pobreza debajo de las ruedas del coche cuando avanzan primero por un asfalto liso o por prístinos empedrados y a continuación por tramos llenos de baches e irregulares. Este camino les hace atravesar las pocas manzanas de viviendas de protección oficial que todavía permanecen en ese sitio, como parientes zafios al final de una fiesta.

—En la Edad Media, los cisnes representaban el sexo — informa Bastian a nadie en particular—. Había imágenes de cisnes sobre el umbral de los burdeles clandestinos.

Rebecca lo mira.

—¿Acaso no era todo un símbolo del sexo en la Edad Media?

Bastian sigue con la vista clavada en las puertas y en los ladrillos y en las señales y en los peatones que pasan al otro lado de la ventanilla del taxi.

—No — se limita a responder—. No todo.

El coche se detiene delante de un club. Bastian saca la cartera, le entrega dos billetes de veinte libras al chófer y le indica con un gesto que se quede con el cambio. No le gusta llevar monedas. Le abultan en la cartera, lo que le arruina la línea del bolsillo de la chaqueta. Y ser dadivoso con las propinas le proporciona la placentera sensación de su propia generosidad. Después de todo, se supone que la riqueza se derrama hacia abajo.

Baño caliente

Precious le permite a Robert que le dé un beso de despedida. Le tiene cariño a ese hombre, en cierto modo, y no le parece que haya nada de malo en consentirlo.

—Hasta que volvamos a encontrarnos — dice él, en una imitación de un actor de comedia musical de los cincuenta. Se ríe de su propio chiste. Precious también se ríe. Es buena en lo suyo. Se sienta en la cama, se cubre los muslos y los pechos con una bata de seda holgada y permite que su cliente vuelva a besarla antes de marcharse.

Tabitha entra por una puerta que está detrás de la cama. Trae una pila de toallas limpias. Las deposita junto a una bañera de cobre que está situada a un lado de la habitación, abre el grifo de agua caliente y el líquido cae a chorros en la bañera. El cobre zumba con el golpe del agua, emitiendo una nota musical que se va amortiguando a medida que el agua se acumula y sube. El vapor genera un olor metálico, pero cuando se le añade aceite de lavanda, este se convierte en el aroma dominante.

Tabitha se hace llamar Tabitha desde que se inició en ese oficio.

Además de las mujeres que trabajan con su cuerpo, hay otro personal en el edificio. Cada mujer cuenta con una asistenta, que es de más edad y que en otra época también ejercía el oficio. Las asistentas ayudan a las mujeres en su vida cotidiana. Cocinan, limpian y representan un incremento de las medidas de seguridad existentes en el lugar de trabajo: permanecen en la habitación contigua, desde donde pueden oír si algo va realmente mal. Cuando es necesario, llaman por teléfono a la planta baja y requieren la presencia de alguno de los guardias de seguridad, como Karl. Muchos de ellos son exmilitares y cobran de un fondo común. Cuando se los llama, acuden y, si

se les solicita, sacan a los hombres de las camas de las mujeres, los arrojan a la calle y se aseguran de que no vuelvan jamás. El fondo común también costea el salario de Scarlet la Vieja. Al igual que las asistentas, ella también fue una trabajadora sexual en otro tiempo. Ahora se sienta en el mostrador de la entrada y organiza las citas de las chicas.

Tabitha es una de las asistentas y cuida muy bien su puesto. Examina la temperatura del agua y luego abre el grifo del agua fría hasta que la bañera está llena.

—¡No! — insiste Precious—. ¡Caliente! ¡La quiero caliente! ¡Caliente, caliente, caliente! ¡Nada de agua fría hoy!

—¡Te vas a quemar!

—Tonterías — responde Precious. Se levanta de la cama y deja que la bata se le deslice hasta el suelo. Alza una pierna hasta el borde de la bañera, estira los dedos del pie como una niña que finge ser una bailarina clásica y los deja en el aire en una pose calculada. Mira a Tabitha y entorna los ojos. Tabitha le sostiene la mirada e imita su expresión. A continuación Precious zambulle los dedos estirados, así como el pie y la pierna, en el agua humeante.

No rechista. Tabitha retrocede y se cubre los ojos, como si fuera su propia piel la que está hirviendo. Precious se ríe a carcajadas y extiende la mano para obligar a la mujer mayor a acercarse al espectáculo. Echa la cabeza hacia atrás y aúlla. No es la risa mansa y coqueta que emite delante de los clientes. Es un rugido. Pasa el peso a la pierna sumergida y luego deja caer todo el cuerpo en el agua de lavanda.

—Eres horrorosa, eso es lo que eres — observa Tabitha.

—Y tú un encanto.

Tabitha sonríe a pesar de sí misma y se lleva la sonrisa a la cocina. Vuelve con dos copas altas y delgadas de vino blanco espumoso.

—¿Un prosecco?

—No estaría mal — dice Precious y acepta la copa. Se le ha formado condensación en la superficie, que se acumula en gotitas en los puntos en que la toca con sus dedos calientes.

Tabitha regresa a la cocina para preparar la cena. Camina encorvada. Tiene las piernas arqueadas y las caderas muy

desgastadas.

Precious se extiende en la bañera y apoya lánguidamente en el borde la mano que sostiene el vino, que tiembla un poco. Relaja todos los músculos de los que tiene conciencia y deja que su cuerpo se balancee sobre el colchón de agua compactada. Está dolorida. Ha sido un día largo y su trabajo no es fácil.

Sus piernas sobresalen de la superficie del agua y asoman por un extremo de la bañera de pie. El agua sube y chorrea hacia el suelo, cayendo sobre el laminado imitación caoba.

Precious se lava con una sola pastilla de jabón, no con los frascos de caras cremas para baño y ducha que descansan en su armario. Hay algo nostálgico en ese jabón nuevo, envuelto en papel. Se pone de pie y se pasa la pastilla por la piel: rodeándose la nuca, metiéndosela entre las piernas. Se despoja de la mugre, de la delgada película de hollín que se ha acumulado con el humo de los tubos de escape de la ciudad de fuera, las huellas digitales de cinco hombres, el semen y la saliva de esos mismos hombres y la grasa de sus propios poros. El jabón va desprendiendo esas sustancias, quitándoselas de la piel y soltándolas en el agua humeante. Precious separa su cuerpo de la bañera y coge una de las toallas limpias. Está fría y almidonada. Se frota con ella y se arranca de la piel el resto de la suciedad y las células muertas, luego se pone otra bata, más cómoda.

Tabitha sale de la cocina con dos platos de carne y pastel de riñón.

—¿Has vuelto a hacer esa cosa esponjosa de carne y salsa? — pregunta Precious.

Tabitha deposita los platos sobre la mesita auxiliar y vuelve a la cocina en busca de los guisantes y las patatas horneadas.

Comen juntas. Precious aplasta la carne y el pastel de riñón con el reverso del tenedor y luego añade los guisantes a la mezcla antes de metérselo todo en la boca. Tabitha dice que sus modales en la mesa son asquerosos. Beben más vino y discuten sobre la posibilidad de comprar muebles nuevos para el apartamento. Tabitha saca un crucigrama de cultura general que está en el medio del periódico. Algunas de las letras ya han

sido completadas a lápiz.

—Dios griego del vino — dice Tabitha—. Siete letras.

—Dioniso.

—¿Cómo se deletrea?

Precious lo deletrea.

—No, tiene que tener una «m». La tercera letra es una «m».

—Entonces, has rellenado mal la otra respuesta — responde Precious. Le saca el periódico y pasa el dedo índice por la lista de pistas—. Aquí está — dice—. Quince vertical no es McCorory, es Ohuruogu. — Precious coge el lápiz, borra el error y efectúa la modificación necesaria. Su amiga recupera el periódico con una mirada de gratitud reticente.

Siguen con el crucigrama hasta que la cena está terminada. Tabitha lleva los platos a la cocina. Desde la otra habitación, dice:

—Hemos recibido otra carta de Howard Holdings.

Lo ha dicho de manera tan despreocupada que Precious no la ha oído. Lo repite, esta vez más fuerte.

—Hemos recibido otra carta de Howard Holdings.

—¿Dónde está? — pregunta Precious, en esta ocasión inmediatamente. Se levanta de la mesa y empieza a buscar en el apartamento, levantando toallas y ropas esparcidas—. ¿Ahora qué quieren esos cabrones?

—Está en el cajón debajo de las llaves.

Precious va hasta el armario y encuentra la carta, metida otra vez en el sobre, mezclada con la otra correspondencia.

—¿Cuándo la abriste?

—Esta mañana. No te lo dije porque sabía que te enfadarías. Que te pondrías así.

—Pues claro, joder.

Precious saca la carta del sobre y la extiende. Mientras lo hace, Tabitha le resume su contenido.

—Es prácticamente lo que habías predicho.

—Están tratando de sacarnos de nuestras casillas.

—Probablemente.

—Quieren expulsarnos.

—Quizá. Aunque también puede que lo único que quieran sea sacarnos más dinero.

—De ninguna manera — dice Precious—. Ya he tratado con gente así antes. Y he visto lo que está ocurriendo en todo el barrio.

Precious lee la carta un par de veces más, luego se ciñe el cordón de la bata y sale del apartamento, dejando la puerta abierta. Camina por el pasillo. Algunas de las puertas tienen una señal que indica que sus ocupantes están atareadas con un cliente, otras no. Precious llama a un par de puertas y retrocede para darles a sus dueñas tiempo de responder.

Se abre una de las puertas y asoma una cara. Al ver a Precious, la mujer la abre más, sale al umbral y se apoya contra el marco. Lleva un pantalón y una chaqueta de chándal color rosado, lo que le indica a Precious que se ha tomado el día libre. Su pelo largo está teñido de un tono entre morado y rojizo y lo lleva atado en una coleta muy apretada.

—Ya pensaba que te vería esta noche — dice Candy.

—¿Has leído la carta?

—Sí.

—¿Qué opinas?

—Que tú tenías razón y que yo estaba equivocada. No se detendrán hasta que nos echen. ¿Te he contado que hablé con algunas de las chicas de Brewer Street? Las están expulsando, directamente. Perdón, no las están expulsando. Les están rescindiendo el contrato de alquiler. O no se lo están renovando, o algo así.

Precious cruza los brazos. Todavía tiene la carta en la mano derecha y la arruga en el hueco del codo izquierdo.

—Ni siquiera puedo — dice. Es lo que siempre dice cuando está demasiado enfadada para construir una frase correcta.

—Lo sé, cariño — responde Candy.

—Ni siquiera es el dinero. Ni siquiera es la perspectiva de mudarme, en realidad, aunque es evidente que no deseo hacerlo. Es el hecho de que esos cabrones creen que pueden tratarnos así. Es la falta de respeto.

—Lo sé, cariño — repite Candy.

—Mira, ¿las otras chicas también han recibido cartas?

—Supongo que sí. — Candy cruza el pasillo y llama con fuerza a otra puerta. Se oyen gritos desde el interior, primero

la voz de un hombre y luego la de una mujer. Hay pisadas y la puerta se abre mínimamente, sujeta por la cadena de seguridad.

—¿Qué ocurre? — susurra entre dientes Scarlet la Joven.

—¿Qué cojones pasa? — grita el hombre desde el interior—. Espero que esto me lo descuentes de la tarifa.

Scarlet la Joven se da la vuelta hacia su cliente y pone una voz dulce y maleable, una voz que reserva para los hombres.

—Un minuto. — Vuelve a girarse hacia Precious y Candy y su voz recupera su timbre normal—. Mejor que valga la pena.

—¿Has recibido esta carta? — le pregunta Candy. Señala la carta que lleva Precious en la mano.

—¿Te da la impresión de que estoy leyendo aquí dentro? — responde Scarlet la Joven.

—Es de los caseros — dice Precious.

—Oh, joder. ¿Estamos fuera?

—Todavía no. Solo nos están subiendo el alquiler, pero esta vez no se trata de un aumento pequeño.

—No me jodas. Si quisiera perder el ochenta por ciento de mis ingresos cada mes seguiría con un puto chulo.

Desde el interior del cuarto llega la voz del hombre.

—Yo ya estoy perdiendo el ochenta por ciento de mi erección.

Candy no puede evitar reírse.

—No te rías — la reprende Scarlet la Joven—. Es un tipo gracioso, pero también un completo gilipollas. Escuchad, acabaré rápido con él y saldré a buscaros. Traed a las otras chicas, ¿vale?

—En mi casa, apenas estés libre. Le diré a Tabitha que ponga el agua para el té.

—Al carajo con el té. Dile que abra una o dos botellas. Y nada de esa basura de la tienda de la esquina. Todas sabemos lo que tenéis escondido de vuestro viaje a Francia.

Après nous

—Sería mucho más fácil para todos si se fueran por su propia voluntad.

—Por supuesto, pero según Roster se trata de un alquiler muy conveniente para los precios actuales del mercado, incluso con los incrementos que estamos aplicando. El grado de afluencia de público, su ubicación en el Soho, las circunstancias del contrato de arrendamiento. Todos esos elementos son demasiado ventajosos como para que podamos esperar un abandono voluntario de las instalaciones. Pero si aumentamos el precio lo suficiente, todo lo que podamos, y les hacemos la vida difícil en otros aspectos, cuando les solicitemos que se marchen no armarán tanto escándalo como podrían hacerlo en otro caso. Se mudarán a algún otro sitio, a alguna parte de Londres más acorde a su profesión.

Agatha tiene el teléfono pegado a la oreja. La voz de su abogado de siempre, Tobias Elton, es irritante. Ella le ha manifestado sus intenciones en tantas ocasiones que es como si estuviera recitando frases de un guion.

—Me parece que eso implica tomarse demasiadas molestias, en serio — dice el abogado.

Agatha intenta reprimir su irritación.

—Supondrá un trabajo complicado para todos nosotros, pero los beneficios serán importantes. Tenemos que sacarlas de allí, Tobias.

Tobias espera en el teléfono. Agatha se da cuenta de que él está pensando en otra pregunta. A él le cuesta construir pensamientos y convertirlos en frases, pero Agatha no desea que la conversación se prolongue. Después de años de contar con sus servicios legales, ya sabe que lo mejor es que las conversaciones entre ellos sean frecuentes y breves.

—Volvamos sobre este tema mañana — dice secamente—.

Adiós. — Agatha ya ha hablado con el abogado demasiadas veces como para molestarse en esperar una respuesta. Deposita el teléfono sobre el gran escritorio de nogal y desliza la mano hacia la cabeza peluda que descansa entre sus piernas. Coge una de las sedosas orejas y se la enrosca entre los dedos, frotando la suave punta con el pulgar. Es un *borzoi* de raza: tiene el tamaño y la forma de un galgo inglés, pelo blanco largo y una cara puntiaguda.

Fedor abre los ojos. Sus iris son tan negros como sus pupilas y bajo esa luz mortecina casi parecen hundidos. Separa las mandíbulas y lanza un bostezo grande y prolongado que revela unos delgados caninos, unos molares amplios e irregulares y una lengua rosada y viperina con cerdas cortas y gruesas. Agatha cubre la cabeza de Fedor con ambas manos, y cuando él cierra la boca y junta las mandíbulas, ella desliza las palmas hacia delante, a lo largo del hocico, y luego otra vez hacia atrás, en dirección a las blandas orejas.

El perro se retuerce. Olfatea las piernas de Agatha y comienza a gemir. Quiere incorporarse. Tiene las patas traseras tensas y se balancea en el lugar varias veces, pidiendo permiso. Agatha aparta la silla hacia atrás para dejar espacio al cachorro y Fedor da un salto y se sube a su regazo. Pone las huesudas caderas sobre sus rodillas y apoya las patas delanteras en la parte superior de sus muslos. Le clava profundamente las uñas como husos. Luego a ella le quedarán marcas moradas.

El despacho de Agatha está situado en la segunda planta de su casa estilo georgiano de Mayfair. Pasa allí la mayor parte del día y es una de las mejores estancias del edificio, con un ornamentado suelo de parqué, techos altos con molduras de estilo italiano y tres largas ventanas de guillotina en una de las paredes. A través de esas ventanas se alcanza a ver la calle, que es ancha, limpia y está bordeada de plátanos de sombra y coches lujosos.

El escritorio está abarrotado de documentos. Hay contratos de alquiler y borradores de permisos de obras. Hay una carta de una de sus hermanas. Dice: devuélvenos nuestro puto dinero, puta zorra rusa. La carta está encima de una pila de documentos que estaba leyendo relacionados con el inminente

arbitraje. Debajo de un periódico, encuentra la fotografía que le había enseñado el anticuario horas antes. En ella se ve un pañuelo blanco estropeado por una mancha de sangre pequeña y un poco descolorida. Según el certificado de autenticidad, el pañuelo es francés, data de la década de 1790 y la sangre procede de la base de la guillotina. Durante el Gran Terror, cuando decapitaban a individuos notables, era habitual que los espectadores corrieran a recolectar *souvenirs:* sangre, pelo, prendas de ropa. Hoy en día, todavía se coleccionan esos sórdidos recuerdos: cuanto más famoso haya sido el personaje decapitado, más elevado es el precio.

Agatha está fascinada por la Revolución francesa desde que era una niña y ha acumulado artículos de ese período desde que dispuso de dinero para hacerlo. Cuando estaba en la escuela, pasaba las vacaciones de verano en Mónaco con su madre. La dejaban sola la mayor parte del tiempo. Se sentaba a leer junto a la piscina del hotel o en el restaurante, entre comidas, mientras el personal recogía las mesas del desayuno y las preparaba para el mediodía. A veces bajaba sola a la playa y leía sus libros sobre la arena al tiempo que observaba a damas viejas de piel curtida acomodarse y reacomodarse los collares de diamantes que llevaban sobre sus pechos caídos. Se untaba de los pies a la cabeza con crema solar de factor cincuenta y se instalaba con un par de toallas y la mochila de la escuela. Al anochecer, su madre asistía a fiestas y Agatha se quedaba en la habitación del hotel. Pedía servicio de habitaciones y posteriormente la regañaban por llamar la atención con su dejadez.

Una mañana, durante el desayuno, la madre de Agatha, Anastasia, le contó que el rey de Francia había llegado a la ciudad. Le dijo que esa noche habría una fiesta con él.

—Pero no hay ningún rey en Francia — señaló Agatha.

—Es algo así como un pretendiente al trono — explicó Anastasia—. Desciende de antiguos reyes y reinas. Esos a los que derrocaron y ejecutaron en la guillotina.

—Entonces, no es un rey de verdad.

—Sería rey si no hubieran depuesto a sus antepasados. Si no hubieran existido la revolución ni Napoleón.

—Pero sí hubo una revolución y Napoleón.

—Pero al parecer en Francia hay mucha gente que desearía que eso no hubiera ocurrido y consideran que él es el legítimo rey.

Durante esa conversación, Anastasia había evitado mirar a los ojos a su hija. Agatha seguía manteniéndose escéptica, Anastasia coincidía con ella en silencio, y Agatha sabía que su madre coincidía con ella.

Más tarde, cuando Agatha volvió a la escuela, fue a la biblioteca y retiró todos los libros que encontró sobre la Revolución francesa, el *ancien régime* y la sucesión de los Borbones. Leyó sobre su decadencia, su extravagante estilo de vida, la moda, sus romances, sus inmensas deudas de juego, sus deudas de guerra, sus fiestas, sus hijos ilegítimos. Luego leyó sobre su desaparición. Los juicios. Las ejecuciones. Leyó sobre todas las oportunidades de salvarse que les dieron los revolucionarios y sobre la manera en que las desaprovecharon. Leyó sobre su inquebrantable fe en sus propios derechos, su completa ignorancia o su negativa a creer lo que ocurría ante sus ojos.

La fragilidad de la ley y el orden nunca está lejos de los pensamientos de Agatha. Poco tiempo antes habían llegado noticias sobre una revolución en Sudáfrica. Ella no dejaba de leer las noticias en el teléfono y de pasar grupos de imágenes. Se veían multitudes que corrían bajo ráfagas de gas lacrimógeno para asaltar edificios gubernamentales. Arrancaban banderas, rompían documentos en pedazos. Empujaban estatuas de costado y las pateaban y escupían.

Da la impresión de que, con excepción de Agatha, a nadie le preocupa la posibilidad de que se produzca una revolución en este país. Todos van de aquí para allá en un estado de extremo presentismo, como si el mundo siempre hubiera sido el mismo y siempre lo será. A Agatha le da la impresión de que solo ella experimenta esa inquietud, como si estuviera viviendo en 1913, con un presentimiento único de lo que está por suceder, o en Versalles, en 1788. ¿Qué era lo que había dicho Madame Pompadour cuando se marchó del palacio? *Après nous, le déluge*
.

Agatha empuja a Fedor hacia el suelo y se pone de pie. La sala está a oscuras. Ha estado sentada en el escritorio toda la tarde y el largo crepúsculo ha ardido hasta extinguirse. Hay algo en la noche de esta ciudad que la hace más luminosa que el día. Una propagación de fósforo enlodado que ilumina los rincones oscuros. Un énfasis en las siluetas que la luz del sol derrite. Los alargados, curvos, sonoros faros de los autobuses que avanzan de parada en parada.

Fedor trota a lo largo de la sala grande y oblonga y rasca la puerta revestida con paneles con la pata delantera. La pintura deja al descubierto extensiones de madera desnuda provocadas por anteriores manifestaciones de impaciencia.

Agatha lo sigue y tira del pomo. La luz del rellano es mortecina y apenas se alcanza a vislumbrar la sombra de un hombre que está de pie a la derecha del umbral.

—¿Has estado aquí todo este tiempo? — le pregunta.

—Sí — responde Roster.

El perro comienza a lamer febrilmente las manos arrugadas del hombre. Agatha vuelve a reparar en la discrepancia entre el afecto que Fedor le demuestra a ella y el que le demuestra a Roster.

—Has hablado con Elton — dice Roster.

—Así es — responde ella—. ¿Estabas escuchando?

—Es difícil oír bien a través de estas puertas, pero he comprendido lo esencial. Vas a seguir mi consejo.

—Le comenté lo que tú me dijiste.

Roster asiente.

El perro gime.

—Hay agua limpia en el cuenco — dice el hombre mayor—. Lo sacaré a dar su paseo nocturno.

Baja la escalera apretando el paso, encorvado como una langosta. El *borzoi* trota tras él sin que lo llamen, puro patas y huesos y plumas blancas: un buitre albino.

Temblores

Debbie McGee siente que el suelo bajo sus pies se estremece y se sacude. La piel agrietada de las plantas de sus pies capta las vibraciones. Le suben pulsando por las piernas, entran en la pelvis y avanzan por los órganos internos. Esos temblores desestabilizan la sangre diluida en sus venas flojas. El residuo de cartílago que todavía mora entre sus huesos se arrastra y cruje. El líquido que le rodea el cerebro tiembla y los gruesos mechones de su pelo se agitan. Sus ojos ya no son instrumentos de visión, sino instrumentos de vibración. Ahora son táctiles. El tacto se convierte en su único sentido. La luz y el color se apagan y el olor del sótano disminuye.

Debbie se agacha y dobla las rodillas hasta que tocan el suelo. Extiende los brazos y gira ambas palmas para alejarlas del cuerpo y depositarlas sobre la superficie del suelo. Se sostiene en cuatro puntos, como si fuera mitad araña y estuviera esperando a su presa, y a continuación baja la oreja derecha. La tierra desnuda, compacta, despojada de sol, se siente fría contra su cara.

Los temblores cesan. Debbie hunde la mejilla más profundo, pero no capta nada. Extiende los miembros y se tumba boca abajo, escuchando. Oye las alimañas de los muros y siente el frío y la humedad.

Permanece en la misma posición durante casi media hora, hasta que Paul Daniels la encuentra.

—¿Qué haces?

—Escucho la tierra.

Él sale y vuelve a correr la cortina que tapa la entrada de esa parte del sótano.

Debbie escucha un poco más, luego gira la cabeza para intentarlo con la otra oreja. Después de veinte minutos en esa posición se da la vuelta para tumbarse boca arriba y se queda

dormida.

Larvas y gusanos, despertados por los temblores, vuelven a acomodarse en los túneles que han cavado. Han seguido el trazado de las rocas que temblaban y han penetrado más profundo que nunca. Ahora que el clamor de abajo se ha acallado, solo les queda la familiar agitación de la ciudad de arriba: la pulsación de pies humanos, neumáticos de goma raspando el asfalto, lápices que se dejan caer, martillos golpeando clavos, cuchillos y machetas aterrizando sobre tablas de corte, tazas de café caliente depositándose con un ruido metálico sobre las mesas, culos sobre asientos, cuerpos sobre camas.

Las cochinillas de la humedad moran en las grietas entre los ladrillos de la pared del sótano, en aquellos sitios en los que el mortero victoriano se ha desprendido a causa del desgaste. Cuando cae la noche y la débil luz que se refracta a través de los cuadrados de cristal situados entre el sótano y la acera reduce su intensidad hasta convertirse en un resplandor ambarino, salen arrastrándose de las grietas y corretean alrededor y por encima de la mujer dormida, y recogen cualquier pedazo de tela o escama de piel que todavía contenga alimento.

Cuarto oscuro

El cuarto está oscuro, pero sigue siendo un lugar en el que se puede mirar. Tres mujeres observan a Bastian cuando pasa junto a Rebecca. Dos de ellas vuelven a su conversación, pero la tercera revuelve su cóctel y mantiene los ojos clavados en la nuca de Bastian, en sus hombros, en su larga espalda, en la manera en que su pelo color ceniza refleja la apagada bruma rojiza y brilla como el cobre opaco y deslucido, con el color de un penique desgastado. Solo aparta la mirada cuando Rebecca, que está al lado de Bastian, se gira y la mira a los ojos.

El club está decorado con madera barnizada y cristal. Hay espejos colgados en lugares estratégicos para crear la impresión de un infinito encerrado entre cuatro paredes. La luz le habla a la luz. Hay una barra en el fondo y una colección de sillones de cuero oscuro.

Un camarero sirve medidas de ginebra y luego las introduce en una coctelera donde añade medidas de vermut. Cierra la tapa y sacude, y a continuación vierte el líquido en copas altas de Martini.

Bastian lo mira trabajar y le pide dos *gin-tonic* . El camarero deposita los vasos sobre la barra y los llena con líquido sobre hielo picado. Bastian le paga con un billete nuevo de veinte libras y rechaza el cambio. El camarero se lo agradece. Rebecca estira los labios sobre los dientes para esbozar una sonrisa. Hay algo sarcástico en su expresión.

Beben un sorbo a la vez. Rebecca se queda atrás para permitir que Bastian indique el camino hacia una mesa. Bastian encuentra una con dos profundos sillones de cuero y vuelve la mirada hacia su novia para averiguar si la elección es aceptable.

—Ahí no. Siempre me hundo en esa clase de sillones. Son demasiado profundos. ¿Qué te parecen los taburetes?

Bastian levanta su vaso, que ha depositado tímidamente sobre la mesa, y lleva a Rebecca a los taburetes.

Rebecca mira su teléfono.

—Llegarán dos minutos tarde — dice.

Bastian asiente. No está seguro de haber mandado alguna vez un mensaje de texto para avisarle a alguien de un retraso de dos minutos. Le da un sorbo a su bebida. Está demasiado fría y las muelas empiezan a dolerle.

Están esperando a unas colegas de Rebecca. Ella ha encontrado un nuevo trabajo en una de las grandes casas de subastas donde colabora con la tasación y comercialización de cerámicas de Asia oriental. La gente que ha conocido hasta el momento se mueve en círculos sociales similares: resulta que tienen amigos en común de la escuela y de la universidad. Bastian aún no las ha visto, pero Rebecca le ha contado algunas historias. Un par de ellas vendrán con sus sespectivos novios y otra que, por alguna razón, se ha casado traerá a su esposo.

—Así tendrás con quien hablar — le dijo Rebecca cuando le contó quiénes vendrían. Bastian no estaba seguro de si ella se refería al marido en particular o a los hombres en general, pero le molestó de todas maneras.

Las siete personas del grupo llegan juntas de una fiesta de trabajo a la que Rebecca era demasiado nueva para asistir. Bastian estrecha la mano de los hombres y besa las mejillas de las mujeres.

Las mujeres rodean a Rebecca y le cuentan historias de la fiesta: novedades de colegas excéntricos, descripciones de los canapés y la sala, aseveraciones sobre lo poco que disfrutaron de la velada y lo mucho que habrían preferido estar ahí con ella. Los hombres le preguntan a Bastian sobre su trabajo y a continuación sobre su universidad y su escuela. El marido, Dave, permanece mayormente en silencio.

La conversación continúa después de las primeras copas y Bastian se ofrece a ir a buscar otra ronda. Las mujeres piden cócteles complejos. Los hombres piden cerveza *lager* . Bastian se toma otro *gin-tonic* . Una de las mujeres, la que está casada, se acerca a Bastian y le acaricia el traje de lino.

—Es encantador — le dice a Rebecca, con un superficial guiño hacia su marido—. ¿Podemos hacer un intercambio?

Las mujeres ríen. Lo mismo hace la mayoría de los hombres. El marido, según nota Bastian con un poco de incomodidad, no le ve la gracia, aunque su mujer no le presta atención y ya ha reanudado una conversación sobre telas *vintage* . Dave le clava a Bastian una mirada amenazadora. Bastian, que no tiene ningún interés en montar una escena para dar pábulo a un machismo latente, se gira e inicia una conversación con otra persona.

Media hora y otra ronda de copas más tarde, Bastian se excusa en silencio y va en busca del baño. Es la primera vez que está en ese sitio y la disposición del edificio lo confunde. Examina las diversas salas, primero abajo y luego arriba, pero no encuentra ninguna señalización ni miembros del personal a los que preguntar. Su búsqueda lo lleva a un pasillo mal iluminado de la planta superior y luego le hace franquear una pesada puerta para incendios.

Entra en una habitación. La miseria es nítida. Hay una mesita auxiliar, como las que se encuentran en las salas de espera de los dentistas, rodeada de sillones de una temática similar. La mesa está cubierta de cajas y cartones de pizza y otras clases de comida para llevar. Hay un par de latas vacías y aplastadas, y pilas de tazas de plástico pegajosas con múltiples tonos de azúcar. Más allá de la mesa auxiliar y de los sillones hay un espacio que parece un campamento improvisado. Hay cuatro o cinco colchones dispuestos en el suelo con menos de treinta centímetros de separación entre sí. Sobre los colchones se extiende un revoltijo de mantas y almohadas. Se ve ropa que cuelga de una cuerda de tender en el fondo de la habitación y en las paredes hay imágenes, algunas fotografías de gente, algunas postales en las que se ven playas blancas, mares y cielos azules.

Bastian repara en que uno de los colchones está más ordenado que los otros. La persona a la que pertenece ha estirado las sábanas hasta la parte superior y ha encajado las esquinas debajo. A continuación él o ella ha doblado las mantas en forma de cuadrados y las ha puesto sobre la

almohada. Las ropas y otras pertenencias están guardadas en una maleta de tela verde perfectamente alineada con el extremo del colchón rectangular. Bastian supone que debe de tratarse de la misma persona que es responsable de la pequeña pila de platos y tazas que se han lavado en el fregadero y luego se han colocado sobre el escurridor de plástico.

—Perdón.

Bastian se gira y ve a una mujer pequeña, de no más de un metro cincuenta de altura.

Ella lo observa mientras él trata de encontrar las palabras y luego recorre la sala con la mirada. Los catres no parecen sorprenderla.

—Perdón — vuelve a decir.

—Lo siento — dice él.

La mujer lleva puesto un delantal y un par de guantes de cocina. Junto a sus pies hay un cubo de agua jabonosa y sucia, que todavía se mueve por haber sido depositado allí un momento antes.

—Estaba tratando de encontrar el baño. No está bien señalizado.

—Perdón.

—No quería molestar. Lo siento. Ya me marcho.

Bastian rodea a la mujer para esquivarla. Ella no le llega al hombro. Sale corriendo por el pasillo, encuentra el baño, lo usa rápido, se lava las manos y baja a la planta inferior. Cuando está en los últimos escalones, ve a alguien que conoce. Habla sin pensar.

—¿Glenda?

Glenda se detiene en el primer escalón y queda a la misma altura de Bastian, aunque él ya está en el suelo.

—¿Cómo estás?

Él no está seguro de que el reconocimiento haya sido mutuo. Glenda parece confundida por su presencia. Tal vez no lo recuerda.

—Oh, ya sabes, bien — dice ella. Luego, tras una pausa—: ¿Y cómo te encuentras tú?

—Sí, bien, gracias. Muy bien. — Glenda no parece tener mucho más que decir, de modo que Bastian continúa—: Hace

siglos que no te veo. ¿Cuándo te mudaste a Londres?

—Ya llevo un par de años aquí.

—Vaya, no tenía idea. ¿Dónde vives?

—Aquí mismo, en el Soho, a decir verdad — responde ella.

—Yo creía que no vivía nadie en el Soho.

—Sí, bueno, pues sí. Pero yo estoy aquí a través de una especie de… de una serie de acontecimientos, por así decirlo. Una amiga me ayudó a encontrar sitio. Vivo encima del Aphra Behn, cerca de Soho Square. ¿Lo conoces?

Bastian niega con un movimiento de la cabeza. Interrumpe un momento su propio interrogatorio, preguntándose si podría proponerle tomar una copa con él, si podría persuadirla de sumarse a su grupo y cuál sería la reacción de Rebecca si lo hiciera.

—¿Y a qué te dedicas? — dice.

—¿Te refieres al trabajo?

—Sí, bueno, tal vez, sí.

—Varias cosas. Hice una pasantía en una agencia de talentos por un tiempo. Ya sabes, trabajando con actores y cosas así. Consiguiéndoles papeles. Eso fue bastante divertido. Y ahora estoy en una especie de agencia inmobiliaria.

—Ah, claro — dice Bastian.

—Sí — responde Glenda—. Pero es a corto plazo. Para ganar algo de dinero. Yo estoy en la sucursal del Soho y, como es obvio, las casas y los apartamentos del centro de Londres se venden por sumas enormes y puedes ganar mucho con las comisiones.

—Ah, claro — dice Bastian—. Supongo que es así.

—Sí. De otra manera no lo haría. Quiero decir, no me interesa quedarme mucho tiempo en ese trabajo. Estoy ahorrando para sacarme el título de dirección teatral.

—¿En Londres?

Glenda se encoge de hombros.

—No, probablemente no. Probablemente en algún otro sitio. Tal vez Bristol o Mánchester o Glasgow. Londres es muy caro.

—Pero tendrías que dejar tu piso del Soho.

—En realidad no es un piso — dice—. Más bien una habitación. Y no sé cuánto tiempo me permitirán vivir allí

teniendo en cuenta el alquiler que pago. Es un asunto un poco turbio.

—Oh. Bueno, entonces no importa.

Glenda se mira los zapatos, que parecen demasiado pequeños para sus pies y que están raspados en la parte de los dedos.

—Sí — dice—. En fin, ¿y tú en qué andas?

—No mucho — dice él. No está seguro de querer contarle en qué trabaja. Ella es de esa clase de personas que podrían juzgarlo mal por haber aceptado un puesto bien pagado en la empresa de su padre—. Estoy pensando en dedicarme a la abogacía. En este momento estoy haciendo una pasantía en una especie de bufete que se dedica al derecho patrimonial.

Glenda sonríe.

—Qué bien — dice—. En fin, tengo que irme. Necesito ir al baño. Me alegro de haberme cruzado contigo.

Glenda comienza a subir la escalera. Bastian la ve hacerlo. Cuando llega a la parte superior, él la llama.

—¡Oye! ¿Cómo está Laura?

Glenda se gira y esboza una sonrisa de complicidad. Es la primera vez que sonríe desde el principio de la conversación. En ese momento él repara, lo que no había hecho hasta ese momento, en lo triste que es el comportamiento de ella en general, y se da cuenta de que ha sido así durante todo el tiempo que han hablado.

—Oh — responde Glenda—. A Laura le está yendo muy bien. Deberías volver a ponerte en contacto con ella.

Tabula rasa

El largo y elegante dedo índice de Lorenzo Mendis talla siluetas en la condensación que cubre su vaso de cerveza fría. Dibuja óvalos, triángulos, rectángulos y remolinos. La humedad se calienta y se acumula en la yema de sus dedos y luego chorrea por la extensión del alto vaso.

Lorenzo está esperando a una amiga. Pasó la mayor parte de la tarde en el Aphra Behn con Robert, pero luego se trasladó a un club exclusivo ubicado un poco más abajo, en la misma calle, y se acomodó contra la barra. Le pareció verla llegar, pero la persona con la silueta de Glenda que entró por la puerta desapareció en otro sitio. Es habitual que Glenda se retrase, ahora incluso más que antes; su novia la dejó pocos meses atrás y ella se ha ido derrumbando silenciosamente.

Glenda y Catherine compartían un apartamento en Walthamstow, del que Catherine, que era un poco mayor, era la propietaria. Glenda se vio obligada a mudarse deprisa y Lorenzo le encontró una habitación en los altos del Aphra Behn. Los dueños no podían anunciar la habitación disponible y ocuparla con un verdadero inquilino con un contrato de alquiler legalmente vinculante, puesto que no contaban con la licencia requerida y el sitio no cumplía con los requisitos legales. El edificio se encontraba en una calle por la que acostumbraba a pasearse Samuel Pepys. O, si no Samuel Pepys, sería Samuel Johnson, el que nunca se aburría. Los suelos están torcidos por años de uso, de modo que si se deja caer un lápiz, este se desliza de un lado a otro. Los marcos de las puertas están inclinados y, en lugar de repararlos o enderezarlos, han preferido recortar y lijar las puertas hasta darles la forma adecuada. Las ventanas tienen una sola plancha de cristal y sus marcos de madera están estropeados y dejan pasar la corriente. En invierno, se cuela el viento. En verano, la gente se queda en

la acera, bebiendo y fumando, y se genera un irregular torrente de ruido que se extiende hasta la mañana siguiente. Nadie viviría allí por su propia voluntad, pero la habitación está situada en el centro de Londres y cuesta un cuarto de lo que lo haría si fuera segura, legal y habitable.

Lorenzo conoció a Glenda cuando ella estaba haciendo una pasantía de seis meses en la agencia de talentos en la que él trabaja a tiempo parcial. Ese es uno de los dos trabajos a tiempo parcial que tiene para ganar dinero entre actuación y actuación. En otra época su carrera de actor prometía mucho, pero los últimos años han sido flojos. Empezó con el teatro en la universidad, luego consiguió una plaza en una prestigiosa academia de arte dramático y a continuación obtuvo un contrato temporal con la Royal Shakespeare Company. Después las audiciones empezaron a espaciarse. Estaba corto de dinero y empezó a realizar más actividades complementarias para pagar el alquiler, pero era un trabajo agotador que le llevaba más tiempo del que había previsto. Aceptó el puesto de asistente personal de la estrella cinematográfica Yolanda Crimp. Se suponía que sería una situación temporal, pero no ha dejado de trabajar para ella desde entonces. Pasa tres tardes por semana en su casa, organizando sus actividades. Hace reservas, le prepara las vacaciones, va a las tiendas a recoger ropa para que ella se pruebe y descarte. Cuando la canguro se pone enferma, él juega con los hijos de Yolanda. Asiste a sus fiestas y conoce gente importante, pero ninguno de ellos lo ve como otra cosa que el asistente personal de Yolanda. Le entregan copas de vino vacías y hacen comentarios hirientes disfrazados de buen humor.

Lorenzo siente un golpecito en el codo, se gira y ve a su amiga. Está contento de que haya ido, pero menos contento de que no haya hecho ningún esfuerzo por mejorar su aspecto. Cuando Glenda y Lorenzo trabajaban juntos, ella estaba lejos de mostrarse inmaculada, pero al menos se cepillaba el pelo, se planchaba la ropa y se lustraba los zapatos. Ahora no hace ninguna de esas cosas.

—Se te ve bien — dice él. Se inclina hacia delante para darle un beso en la mejilla.

—Lo siento — responde ella—. No he tenido tiempo de organizarme esta semana. Otra vez. Así que estoy desaliñada, como de costumbre.

Lorenzo no había tenido la intención de que Glenda detectara su falsedad.

Se apresura a terminar su cerveza y los dos piden cócteles. El de Lorenzo es alto y elegante, mientras que el de Glenda viene en un vaso bajo y grueso lleno de capas de hielo y cítricos. Lorenzo se levanta del taburete de la barra y buscan una mesa juntos en el fondo del local.

—Me pareció verte pasar por el Behn cuando volvías del trabajo — dice Lorenzo.

—Vivo encima del pub — responde Glenda—. Sería difícil de evitar.

—¿Por qué no entraste a saludar? ¿Me viste dentro?

—Sí. — Glenda juguetea con una servilleta de papel. La desgarra en pedacitos que apila como un túmulo en lo alto de una colina—. También vi a ese viejo amigo tuyo.

—¿Robert?

—Creo que no le caigo bien.

—Solo te tiene un poco de miedo.

—¿Porque soy mujer?

—Porque eres una clase particular de mujer.

—¿Gay?

—No, él no es homófobo.

—Solo misógino.

—No misógino exactamente, pero las mujeres lo asustan un poco.

—¿Acaso la misoginia no viene de eso?

—Bueno, sí, pero, no lo sé. No es mi intención justificarlo. — No es su intención justificarlo, aunque se da cuenta de que parecería que sí.

—Lo siento, no es mi intención criticarlo. Es que no lo entiendo. Bueno, sí lo entiendo. Pero, por otra parte, no lo entiendo.

Lorenzo se siente un poco incómodo. Ya había tenido la impresión antes de que su amistad con Robert suponía un escollo entre él y Glenda, pero jamás habían conversado al

respecto.

—Puedo comprender totalmente — continúa Glenda— que él tenga algunos problemas al respecto y que siga siendo una persona decente en otros aspectos, pero la verdad es que no tengo energía suficiente para enfrentarme a un miedo a las mujeres general, difícil de definir, inespecífico, que tal vez él tenga o tal vez no.

—Lo entiendo.

—Pero, oye, tú sigue con tu apertura mental.

Lorenzo se enfada.

—Sí, él es un tipo mayor y un poco tosco, pero también me parece un buen hombre. No estoy diciendo que esté bien que se sienta incómodo contigo, pero es capaz de ser amigo mío, de modo que se merece un seis sobre diez en la escala que va de Cavernícola Absoluto a Metrosexual Iluminado.

Glenda suelta una risita.

—¿Qué? — pregunta Lorenzo.

—Es que hacía años que no oía la palabra metrosexual. Es muy de principios de milenio.

Lorenzo sonríe y se relaja.

—Lo siento — dice—. Supongo que estoy a la defensiva con él porque sí reconozco lo que dices y me doy cuenta de que damos una imagen bastante extraña como compañeros de copas, pero lo conozco de toda la vida y las cosas son así.

—Así es — coincide Glenda—. Y, además…

No termina la frase, sino que revolotea sobre la última sílaba y levanta las cejas para señalar que se está guardando algo.

—No lo digas — le pide Lorenzo.

—Traumas con papá — termina la idea Glenda.

—Sí. De acuerdo. Estás en lo cierto.

En un gesto juguetón, él derriba la pila de pedacitos de servilletas que había montado Glenda y los papeles flotan en dirección a ella.

Es verdad que Lorenzo ha tenido una relación mala con su padre y no se le escapa que esto pueda tener alguna conexión con su tendencia a establecer amistades sorprendentes con hombres mayores, heterosexuales y de clase trabajadora. Es

solo que no cree que esa sea la única razón por la que es amigo de Robert.

Glenda mira a Lorenzo tímidamente desde detrás de las gafas. Hay huellas digitales grasientas en las lentes, lo que Lorenzo nota por segunda vez. Siente el impulso de quitárselas y limpiar el cristal con la tela de su camisa.

—Lo siento — dice ella.

—No, no seas tonta.

—Creo que ambos nos hemos dicho «lo siento» como cinco veces ya.

—Algo así. — Él vuelve a mirarle las gafas sucias—. Cambiando de tema, ¿sabes lo que vi en el metro el otro día? — No espera que ella lo adivine—. Yo estaba solo en un vagón de la línea Bakerloo yendo a casa de Yolanda y la única otra persona que estaba allí era una mujer de mediana edad sentada justo enfrente. Parecía totalmente normal. Totalmente respetable. ¿Y sabes lo que estaba haciendo? Estaba mirando pornografía en su teléfono. Yo la veía reflejada en sus gafas. ¿Puedes creerlo?

—Oh, dios mío.

—En el metro. ¿Qué cojones?

—¿Qué clase de pornografía era?

—Solo dios lo sabe. Aparté la mirada en cuanto pude. Apenas alcancé a ver algunos culos desnudos y eso fue todo.

—Tal vez era una película de cine de autor.

—Podría ser, pero de todas maneras es algo raro para andar mirando en el metro. Esa mujer viajó de Oxford Circus a Marylebone.

A continuación, Lorenzo le pregunta a Glenda sobre su trabajo. Ahora está empleada en una empresa inmobiliaria importante. A Lorenzo le gustan las casas: su interior y su exterior, las rutinas domésticas que albergan, su rol en la economía y su potencial para crear o disolver fortunas. A pesar de ello, no le parece que se trate de un trabajo adecuado para Glenda a largo plazo. Es demasiado sensible para un puesto en ventas, o para cualquier clase de actividad comercial en la que esté bajo mucha presión. Es demasiado introvertida, y hacer el esfuerzo que se necesita para hablar con desconocidos e

intentar convencerlos de que compren o vendan propiedades caras no podía ser más antitético a su personalidad. Pero Lorenzo entiende la necesidad de dinero. Glenda quiere ser directora de teatro (lo que, sinceramente, para Lorenzo también es poco realista) y, para lograrlo, necesita ahorrar el dinero suficiente para hacer un curso o una pasantía no remunerada.

La semana anterior, la compañía de Glenda empezó a trabajar en un proyecto nuevo. Está colaborando con una firma constructora que posee propiedades en cantidades significativas en el centro de Londres, gran parte de las cuales no están, por el momento, *Desarrollando su Pleno Potencial,* lo que, según coinciden Glenda y Lorenzo, suena como una nota que alguien podría haber añadido en sus propias calificaciones de final de curso. En la actualidad, los apartamentos y locales comerciales que posee la firma — Howard Holdings— están ocupados y alquilados, pero a una tarifa mucho menor de la que podrían estarlo. La estrategia consiste en incrementar los rendimientos, ya sea renegociando los contratos con los inquilinos existentes o mediante la técnica de *tabula rasa* . Según le informa Glenda a Lorenzo, con la expresión *tabula rasa* sus empleadores se refieren al proceso de expulsar a personas de sus hogares o lugares de trabajo, demoler el interior de los edificios y emplear a un arquitecto de moda para rediseñarlos desde dentro hacia fuera. Una vez que este proceso se completa, la agencia inmobiliaria donde trabajaba Glenda interviene para asestar el golpe de gracia.

Esa es la tarea de la que debe ocuparse Glenda. Se viste con un uniforme formado por una falda de tubo negra, una camisa entallada blanca y un pequeño pañuelo de rayón con los colores de la compañía atado al cuello como una azafata de vuelo. Se sienta detrás de un pequeño escritorio junto a los escaparates grandes y sugerentes del frente de la tienda, en los que unos letreros resplandecientes ofrecen sueños de extravagancia y dicha doméstica.

—Va bien — responde Glenda cuando Lorenzo se lo pregunta—. Quiero decir, es evidente que soy una completa incompetente, pero el proyecto en sí parece progresar. Y el

progreso es bueno, ¿no? De hecho, en este momento estamos por hacer *tabula rasa* con algunas propiedades del Soho. El arquitecto ya ha presentado los bocetos. — Le muestra a Lorenzo una foto en su teléfono.

Terminan las bebidas y Lorenzo invita a otra ronda. Él paga todo cada vez que salen debido a que es el mayor de los dos y, cuando se conocieron, el colega de más rango. Cuando vuelve a la mesa, ella le pregunta si tiene alguna audición a la vista. Glenda es relativamente nueva en el mundo del teatro y no ha aprendido que, para un actor, esa es una pregunta bastante irritante.

—Ah, no — responde Lorenzo renuente. Baja la cabeza, coge las dos pajitas de papel del cóctel entre los labios y sorbe parte del líquido hacia el interior de la boca.

—¿Has hablado con Joanne al respecto? — Joanne es la directora ejecutiva de la agencia de talentos en la que Lorenzo trabaja a tiempo parcial y también es su agente—. ¿Has estado en contacto con Tamzin Chapworth? ¿Qué ha dicho Yolanda?

—Oh, eh, no, y no mucho.

Glenda le dedica a Lorenzo una mirada condescendiente, lo que, desde el punto de vista de Lorenzo, no es algo que una persona más joven y menos experimentada debería hacer con una persona mayor y más experimentada.

—Sí le he pedido a Joanne que se esfuerce un poco más con los trabajos para la televisión — añade Lorenzo.

—Eso está bien. No sé por qué tenías tantas reticencias antes.

Glenda tiene buenas intenciones, pero no entiende la situación de él tanto como cree. Sus razones para mostrarse ambivalente respecto de trabajar en la televisión son complejas. Unos años atrás, actuó en un episodio de un popular programa de espías. Interpretaba a un islamista radical. En otra ocasión, participó en una serie policíaca realista que llevaba mucho tiempo en pantalla en la que interpretó a un islamista radical. El padre de Lorenzo era de Sri Lanka y la madre de Italia, y ambos eran católicos, pero los directores de *casting* pasaron por alto esas sutilezas. Tampoco habría sido mucho mejor que le hubiesen asignado esos

papeles si hubiera tenido ascendencia musulmana paquistaní, pero por alguna razón la falta de interés de los directivos televisivos por quién era él y por las especificidades de sus antecedentes le resultaba mortificante.

—Lo cierto es que Joanne me sugirió algo para la televisión la semana pasada, pero le dije que no me interesaba.

—¿Por qué has hecho semejante cosa?

—El programa sonaba espantoso. Realmente horrible. No es lo mío para nada.

Ella le pregunta cómo lo sabe si aún no ha asistido a la audición.

—Lo sé, simplemente. — Lorenzo espera que ese sea el final del interrogatorio.

—Tienes muchos principios — dice ella.

—No me queda claro si eso es un cumplido o una crítica.

—Por lo general es un cumplido, según me han dicho. — Su actitud se vuelve más seria—. No, en serio, te admiro por ello. Creo que es algo muy noble. Pero es frustrante ver a tanta gente sin talento en la tele mientras tú estás aquí sentado bebiendo conmigo. Quiero decir, me encanta poder pasar tiempo contigo en persona, más que verte en una pantalla, pero también sé que se están haciendo muchas cosas magníficas y creo que tú deberías ser parte de ellas.

—Esta no va a ser una de esas cosas, créeme.

—Pero podría generar más trabajo. Te ayudará a hacer contactos.

—Es posible. Sería doloroso, pero posible.

Ella sigue insistiéndole hasta que él promete asistir a la audición. La perspectiva lo hace sentirse intranquilo. Antes pensaba que los constantes rechazos relacionados con la profesión que había elegido le resultarían más fáciles de afrontar a medida que se hiciera mayor. Pero ya tiene treinta y tres años y es más difícil que nunca.

El Arzobispo

Debbie McGee se despierta. Pasa arrastrándose desde el rincón aislado del sótano húmedo hacia la habitación más amplia, donde sus compañeros se colocan en un semicírculo desestructurado, una parodia de un grupo de ayuda mutua. Están apoyados en las paredes de piedra o encorvados con la cabeza sobre las rodillas. Se sientan sobre palés reutilizados, colchones rancios o sobre el duro suelo. Alrededor hay jeringas en diferentes grados de decadencia, con óxido en las agujas y sucias huellas digitales en los émbolos. Se ven unas bolsitas transparentes de acetato que una vez fueron supositorios descartadas y manchadas de mierda debajo de hojas de periódico y envoltorios de tiendas de comida rápida para llevar. Hay cucharas de plata con vientres chamuscados que resplandecen en el polvo.

—Bendito sea el suelo — dice el hombre al que llaman Arzobispo—. Bendito sea el suelo bajo nuestros pies. Bendita sea la suciedad que raspa nuestra piel. Bendita sea la tierra que alberga los huesos de nuestros padres y alimenta a los gusanos y a las abejas.

—¡Las abejas no comen tierra! — replica el hombre al que llaman Paul Daniels.

—Benditas sean las rocas que sostienen nuestras ciudades. Benditas sean las piedras que apuntalan las rocas. Bendito sea el hierro. Bendito sea el estaño. Benditos sean los…

—¿Y qué hay del magma? — pregunta Paul Daniels—. Hay magma debajo de las rocas y de las piedras, justo en el centro de la tierra. ¿Por qué no bendices el magma?

—Benditos sean los ríos que atraviesan la tierra. Benditos sean los lagos y mares subterráneos. Benditos sean los fósiles. Los amonites. Los *Gryphaea* . Benditos sean los dragones que duermen debajo de este territorio.

El hombre al que llaman Arzobispo continúa en esta vena mientras Debbie McGee se arrastra a través de la sala y ocupa su sitio junto a su compañero. Durante la salmodia del Arzobispo, Paul Daniels sigue murmurando sobre abejas y magma, luego encuentra nuevos defectos en las taxonomías del Arzobispo y propone modificaciones e interpretaciones cada vez que esos defectos aparecen.

El Arzobispo bendice más elementos y compuestos, debajo del suelo y encima de él. Escupe al hablar. Se balancea y cierra los ojos y vuelve la cabeza hacia el techo.

Durante los primeros veinticinco años que vagó por las calles del Soho, lo llamaban Párroco. Sus fervorosas jaculatorias espirituales no se correspondían para nada con la doctrina establecida por la Iglesia de Inglaterra, pero él se vestía de negro y hablaba como el director de una escuela pública. Predicó para incalculables generaciones de vagabundos desesperados. Su rebaño iba y venía. Entraban en la ciudad y encontraban socorro en su fétido centro. Algunos iban en busca de sexo. Algunos iban en busca de drogas. Algunos iban en busca de pintas de cerveza y bolsas de patatas fritas. Algunos iban en busca de trabajo. Los afortunados llegaban al anochecer y se marchaban antes del alba. Los desafortunados se quedaban más tiempo. Él predicaba para todos. Pero eran los hombres y las mujeres que merodeaban y se quedaban, y que estaban más afectados por el sexo y las drogas y la bebida y la desesperación por la vocación, cuya atención atraía. Coleccionaba a esos vagabundos. Venían y se instalaban junto a él en su palacio subterráneo, como docenas lo habían hecho antes. La mayoría de los que se quedaban eran adictos a algo, o estaban un poco locos, como él. Muchos siguieron allí durante años, algunos hasta décadas, pero ninguno tanto tiempo como él. «Nos sobrevivirás a todos, Párroco», le decían.

Tras un cuarto de siglo de servicios a sus parroquianos delincuentes, ellos lo promovieron en su lengua vernácula al episcopado. El ascenso tuvo lugar en una época en que su pelo y su barba, que en otra época habían sido una esponja viva de rizos dorados, ya habían adquirido una tonalidad blanca

entrecana. Modificaron su título a «Obispo», que era más adecuado para un hombre de su edad. Nadie recordaba de quién había sido la idea.

Al Arzobispo le vino bien el cambio. Era un hombre vanidoso, más que cualquier otra cosa. Aprovechando la oleada de adulación se puso a predicar de una manera todavía más vehemente. Empezó a vestirse de morado, como otros de su categoría. Se deleitaba con su falso puesto con una seguridad incluso mayor que antes y hacía valer su posición ante los otros ocupantes ilegales de su residencia.

Menos de dieciocho meses después su rebaño dio el paso de sumar el prefijo a su ya ilustre título. Paul Daniels fue quien promovió esta última modificación. Al principio el añadido se había emitido a la manera de un sarcasmo más que insinuado. «¡Arrrrzo-bispo!», escupió Paul Daniels una mañana en la que las divagaciones del viejo se interpusieron entre él y su primera dosis del día. Después de aquel episodio, el epíteto fue afianzándose poco a poco hasta volverse permanente. Ahora era su nombre, como si se lo hubiera conferido su propia madre.

La mujer cuya madre no la bautizó como Debbie McGee se apoya en el hombro de su amado y gira la cabeza de modo que su boca queda al lado de la oreja de él.

—El suelo se mueve. Se sacude. En verdad lo hace. Tal vez el Arzobispo también lo ha sentido. Tal vez por eso está bendiciendo la tierra hoy.

Paul Daniels está mezclando una baraja. Es un mazo defectuoso, desechado y arrojado a un cubo de basura, de donde Paul Daniels lo ha recuperado. En la parte trasera de las cartas se ve el logotipo de una tienda de artículos sexuales del Soho y en la parte delantera, en unos rectángulos pequeños rodeados por el número y el palo específicos de cada naipe, aparece la imagen de una mujer desnuda distinta follada por un perro distinto. Hay una morena pechugona montada por un *weimaraner* . Una rubia que recibe las cortesías de un *pitbull* de aspecto feroz. El as de bastos muestra a otra embestida por una jauría de chihuahuas. Aunque había varias barajas con algunos pequeños defectos en el recipiente de basura que estaba en la

calle de atrás del *sex shop ,* cuando Paul Daniels vio ese mazo en particular soltó una carcajada y una risita, y se lo guardó en uno de sus bolsillos.

—Shhh — dice él y continúa barajando. Está probando sus habilidades para un nuevo truco. Divide el mazo en dos con los pulgares y los dedos corazón de cada mano, y usa las uñas de los dedos índices para apretar cada mitad del mazo formando una media luna de modo que las cartas puedan soltarse y volver a unirse.

—Retumbaba — continúa Debbie McGee—. Lo sentí en la piel y en los huesos. Como si fuera un terremoto o algo así.

—No hay terremotos en Londres. Jamás los hubo — dice Paul Daniels—. ¿No es verdad, Arzobispo?

Al Arzobispo le gusta recibir una pregunta directa, puesto que eso presupone su superioridad intelectual y, por lo general, hace una pausa en sus sermones para responderla.

—¿Qué preguntas? — dice el Arzobispo.

—Terremotos en Londres. Jamás hubo terremotos en Londres, ¿verdad?

El Arzobispo entorna los ojos.

—¿Temblores de tierra en Londres? — Cada consonante le cuesta. Tiene las encías blandas—. No ha habido temblores de tierra en Londres desde hace mil años. Mil años o más. La tierra no ha temblado desde la última vez que se despertaron los dragones. Desde que los dragones rojos y blancos salieron de la desembocadura del río y arrasaron la ciudad. Pero ahora está volviendo a temblar. Todos lo sentimos.

—¿De qué carajo hablas? — pregunta Paul Daniels.

—Temblores, hijo. Temblores. El suelo ha vuelto a cobrar vida. La tierra está infestada de bestias. — Se estira hacia atrás para contemplar el techo un momento y luego se balancea hacia delante para examinar el suelo sobre el que se sienta. Sus caderas crujen.

No podría decirse que el Arzobispo no aparenta la edad que tiene porque nadie sabe qué edad tiene. Pero no aparenta ninguna edad, ninguna edad que sea posible. Da la impresión de que está más allá de los años que pueden contarse, más allá de cualquier medida numérica. Su columna vertebral es

pronunciada y se curva y se tuerce. Las vértebras parecen sobresalirle de la piel como las placas de un estegosaurio. El pelo que le crece en la cabeza y en el mentón no se ha vuelto menos tupido, pero es tan viejo que parece nudoso. El tejido blando debajo de los ojos está caído y empuja hacia abajo los párpados inferiores, exponiendo una gruesa línea de sangre en la base de los globos oculares, y cuando camina se gira sobre la planta de los pies como un extraño trompo bípedo.

Debbie McGee casi nunca mira al Arzobispo debido a lo horroroso de su aspecto. Pero esta noche lo contempla con atención mientras él divaga y razona.

—¿Dónde los has sentido, hija mía? — le pregunta el Arzobispo directamente, lo que no es habitual—. ¿Dónde has sentido los temblores?

Debbie McGee es una persona callada. Utiliza la voz en contadas ocasiones y a veces, cuando abre la boca y empieza a mover la lengua para formar palabras, el aire no le llega como es debido y no emite ningún sonido. Eso es lo que le ocurre en este momento.

—¡Habla!

—Los sentí en el suelo cuando estaba durmiendo allí. — Señala el otro extremo del gran sótano—. Y me pareció sentirlos antes, cuando estábamos dando vueltas.

—¿Dónde? — El Arzobispo es insistente. Ella no está acostumbrada a que él le preste atención.

—Yo, eh…, los sentí cerca de las grúas. Los sentí en la planta de los pies cuando estábamos allí, en la acera.

El viejo desvía su atención hacia Paul Daniels.

—¿Tú también los has sentido?

—No, yo no he sentido nada. Y tampoco le haría caso a esta estúpida loca. — Se refiere a su amante—. Está completamente chalada.

—Tú no crees.

—¡No, yo no creo! No pienso tolerar nada de esto.

El Arzobispo sí cree y otros de los miembros del grupo siguen su ejemplo. Se incorpora con esfuerzo y los otros también se levantan. Poco después, salen en busca del epicentro de las misteriosas vibraciones. El Arzobispo guía a su

rebaño por su archidiócesis y mientras caminan les cuenta historias del pasado.

—Su nombre viene del sonido que hacían los hombres y los animales cuando cazaban — asevera el Arzobispo—. Un «so» y un «ho» de hombre y bestia. Un «so ho», un «so ho». Eso era lo que gritaban cuando montaban en sus caballos y perseguían ciervos por el bosque. Antes de que hubiera ladrillos y ventanas y alcantarillas, había pastos y raíces y árboles y ciervos. Ciervos ciervos ciervos que atraían a los hombres que venían de la ciudad a caballo con un «so» y un «ho».

Paul Daniels inicia su propia línea de conversación. Tira de la manga del jersey de Debbie McGee y le susurra al oído.

—Necesitamos trucos nuevos — dice—. Lo que ha sucedido esta tarde en el pub no puede repetirse. Hoy en día cualquier cabrón con un teléfono móvil puede entrar en internet y descubrir nuestros secretos. He oído que incluso hay magos que se graban en vídeo haciendo trucos y luego los suben a internet y explican cómo los han hecho. ¿Puedes creerlo? ¡Desvelan nuestros secretos! ¿Qué ha sido del Círculo Mágico? ¿Qué ha sido de nuestro código de honor? ¿Cómo puede ganarse la vida un animador honesto si todos sus clientes pueden buscar el número en YouTube? No, no puede volver a pasar, amor mío. Necesitamos trucos nuevos.

Debbie McGee no emite ninguna respuesta.

—Tenemos que trazar nuestro propio camino, como hacen los de Covent Garden. Forman un escenario con una cuerda en el suelo y todos los rodean y así se agencian un público cautivo durante todo el número. He visto gente que les ponía billetes de diez en el bote al final. ¿Me oyes? ¡Billetes de diez libras! Nos instalaremos en Soho Square, en la plaza misma o por allí, y presentaremos un espectáculo completo. Con trucos de verdad. Basta de esas mierdas con cartas y tacitas. Conseguiré una de esas cajas donde puedes meter a una persona. Y te pondré a ti allí dentro, amor mío. Y entonces. Y entonces te haré desaparecer. Bam.

La mujer a la que llaman Debbie McGee no da ninguna señal de haber oído nada de lo que su compañero le ha dicho.

—¿De qué carajo estás hablando? — dice alguien desde

atrás. Richard Scarcroft es un veterano de guerra. Se unió al rebaño del Arzobispo a regañadientes después de tener una pelea con los encargados del refugio local y se encontró con la necesidad de buscarse otro sitio para dormir. No aprueba las tonterías del Arzobispo y mucho menos las tonterías proferidas por ese individuo turbio al que todos se refieren como Paul Daniels—. ¿Sabes cuánto talento hace falta para esa clase de cosas? — continúa Richard—. He visto los trucos que haces y son una mierda. Una mierda absoluta. Como si tú pudieras lograr algo de esa escala. Por no mencionar el equipamiento que necesitarías. ¿Cómo diablos vas a pagar todo eso? ¿Con los peniques que ganas con tus naipes y tus tacitas? Vaya mierda.

—¿A ti quién te ha preguntado nada? Cierra la boca.

Richard Scarcroft se aparta. No vale la pena empezar una discusión. Ya ha dicho lo que tenía para decir.

El grupo sigue al Arzobispo dando la vuelta a la esquina y llega a una obra en construcción. Ahora el solar está en silencio, puesto que es tarde, pero por motivos de seguridad está iluminado desde arriba por poderosos reflectores. Las maquinarias pesadas proyectan sombras largas y agudas. Hay cabrestantes y poleas que cuelgan de grúas y se balancean en la brisa. Hay un entramado de vigas y andamios, lonas que se agitan, dando chasquidos y tironeando de las cuerdas que las sujetan. Debbie McGee repara en las sombras y piensa que si esa fuera la única parte de la escena que pudieras ver, si tu visión no pudiera captar la luz, solo las sombras, casi podrías distinguir un bosque en esa maraña. No comparte con nadie esa idea.

Un rey entre los perros

Agatha está en la cama esperando que Fedor regrese de su paseo. Las mejores ideas se le ocurren por la noche justo después de acostarse. En una época ese era uno de los pocos momentos del día en que podía relajarse, ser ella misma, estar consigo misma. Ahora está sola buena parte del tiempo, pero conserva el hábito de dedicar esa ventana temporal a reflexionar en silencio.

Cuando iba a la escuela nunca estaba sola, pero muchas veces se sentía sola. Su escuela era así. Había un clamor constante de gente, rutinas y actividades, pero a menos que fueras esa clase de personas que hacían amistades naturalmente, el amor por el prójimo era escaso.

Agatha no requería muchas atenciones. Sus compañeros de clase eran insulsos y ella prefería estar sola. Su escuela era de la clase en la que todos los alumnos tenían títulos nobiliarios y contactos y casas de campo. La trataban con prepotencia, a pesar de que, pocos años más tarde, al cumplir los veintiuno, tendría el poder de comprarlos y venderlos diez veces. Probablemente lo supieran.

Cuando salían a cabalgar le preguntaban a Agatha si ella también iría. No lo hacían como un gesto de amabilidad. Sabían que ella rehusaría, una vez más, porque no tenía ningún caballo ni sabía montar. Iban a hacerle esa pregunta ataviados con sus pantalones y botas de montar, aferrando cascos y fustas y, después de haberles contestado que no, los oía correr por los pasillos hacia el establo, lanzando risitas. Cuando volvían de su paseo a caballo vespertino se fingían asombrados por el hecho de que Agatha no hubiera ido. Luego ella encontraba sus sucias ropas de montar arrugadas contra su limpio uniforme escolar y se pasaba la noche frotándolo y planchándolo. Ellos sabían que solo tenía dos: uno para

ponerse y el otro para lavar.

Les contó que su pobreza era solo temporal debido a que su padre había muerto antes de que ella naciera y el dinero estaba bloqueado en una especie de fondo fiduciario al que no podía acceder hasta su vigésimo primer cumpleaños. Pero cuando tienes trece años, falta mucho para tu vigésimo primer cumpleaños, y el único hecho destacable era que ella, Agatha, parecía pobre y se vestía como si fuera pobre y actuaba como si fuera pobre y, lo que era todavía peor, literalmente no tenía nada de dinero.

Todo lo que Agatha y su madre poseían durante esos primeros veintiún años venía de los novios de Anastasia. Le daban ropa y joyas y otros elementos caros y Anastasia conservaba lo que necesitaba para presentar el aspecto de una novia trofeo y vendía el resto para pagar las cuotas del internado de su hija.

—Debes recibir la mejor educación posible — le decía su madre—. Debes vivir ahora la vida que tendrás luego — insistía Anastasia—. Siempre habrá gente que cuestione tu derecho a poseer todo lo que poseas. Pero tú no debes permitírselo. Debes hacerles notar lo mucho que vales.

Anastasia creció en condiciones de pobreza en una pequeña aldea entre Moscú y San Petersburgo. Nunca menciona su nombre ni habla mucho sobre sus primeros años de vida. Agatha sabe que su madre tuvo una infancia difícil, que la madre de su madre era una alcohólica y que el padre de su madre era violento, y que había un montón de hermanos y que Anastasia era la mayor y que se esperaba de ella que cuidara de los otros. En 1990, cuando tenía catorce años, huyó a la capital.

En Moscú, Anastasia encontró una ciudad atrapada entre comienzos prometedores y finales estrechos; un imperio en decadencia y regeneración al mismo tiempo. El muro en la lejana Berlín se había derrumbado y sus escombros se habían reciclado en pisapapeles y adornos para repisas burguesas. Todos esos países sometidos entre Rusia y Occidente se habían ido apartando y, mientras los satélites y las estaciones espaciales siguieran orbitando alrededor de la Tierra, a nadie

le importaba mucho. No había alimentos en las tiendas y familias enteras tenían que sobrevivir durante semanas con un paquete de harina y poco más.

Anastasia se sumó a una pandilla dirigida por un excomandante de tanques del Ejército Rojo. Él y sus hombres se habían apoderado de diversos bienes militares aprovechando la fractura del Estado y en ese momento estaban trasladando los beneficios de Moscú a Londres. Anastasia se marchó con ellos. Se la pasaban entre sí, pero, aparte de eso, la trataban bastante bien. Mejor de lo que lo había hecho su padre. Le daban ropa y comida, y algunos de ellos charlaban con ella y la hacían reír.

Conoció al padre de Agatha en el Soho a principios de los noventa, en un club nocturno del que él era el propietario. Tenía setenta y tres años. Ella, dieciséis. Se llamaba Donald Howard. Sus socios lo llamaban Donnie. Ella lo llamaba Donski.

Agatha se gira hacia un costado, luego vuelve a ponerse boca arriba y luego otra vez hacia un costado. Las sábanas son blandas y se deslizan sobre su piel. Empieza a quedarse dormida, pero después vuelve a despertarse. Es un patrón habitual. No sabe con seguridad qué clase de insomnio padece. No es que no pueda dormirse, sino que no consigue quedarse dormida. Se enciende y se apaga como un generador defectuoso.

Fedor aún no ha subido, aunque es probable que él y Roster ya hayan regresado de su caminata nocturna. Agatha se levanta de la cama y vuelve a colocar las sábanas. Se cubre los hombros con una manta de lana, atraviesa el dormitorio y abre las pesadas puertas. Al otro lado del amplio rellano que da a su dormitorio hay un retrato chillón de su padre a tamaño real. Jamás lo conoció en persona, pero allí está, iluminado desde abajo por unas lamparillas mortecinas. En otra época el cuadro estaba en el vestíbulo, contemplando desde lo alto a cualquiera que entrara. Después de años de tener que encontrárselo cada vez que entraba en la casa, Agatha se propuso reafirmar su presencia en el edificio y ordenó retirar todo lo que no quería

allí. Eso incluía la mayoría de los recuerdos de su padre. Era evidente que, en lugar de seguir sus instrucciones, Roster había tomado la decisión de trasladar el cuadro a la planta superior.

Agatha supone que el hecho de que esa pintura haya sobrevivido es una señal de algo. Sus hermanas mayores ya eran adultas cuando ella fue concebida. En cuanto se enteraron de la muerte de su padre y del hecho de que él había legado la totalidad de su patrimonio a la hija nonata de una nueva amante rusa, hicieron lo que pudieron para saquear los bienes muebles, entraron en la casa y se llevaron todo lo que no estaba clavado. Pero no ese retrato. Nadie lo quiso. Quedó colgado en la entrada, observando desde lo alto cómo esas mujeres y sus maridos se peleaban por las posesiones de su protagonista, estudiaban minuciosamente las alhajas, la vajilla, la bodega de vinos y a continuación arrastraban el piano de media cola blanco a través de la puerta principal, poniéndolo de lado y desconchando la laca blanca contra los escalones de piedra. Ninguno de ellos levantó la mirada hacia el hombre al que debían su fortuna, más allá de las disminuciones causadas por su última voluntad y su testamento. Aquel hombre orgulloso de patillas entrecanas y una frente como un pedestal de mármol. Aquel patriarca dorado con la contextura de un gladiador y el ceño de un emperador.

Agatha desciende. Roster vive en la planta baja, junto a la cocina. Ocupa un par de habitaciones que han rechazado todos los avances tecnológicos o estéticos de las últimas cuatro décadas. Cuando Agatha renovó la casa, él insistió en que no se efectuara ninguna modificación en su pequeña parte. Se prepara sus propios platos insípidos, no en la reluciente cocina que utiliza el chef de Agatha, sino en su propio hornillo de gas. Sus utensilios son de baquelita. Su electricidad es el tungsteno. Sus moquetas y cortinas y empapelado tienen manchas de humo de cigarrillo y de whisky y té que se han derramado.

Ella le insiste constantemente en que limpie su apartamento. Le gusta contarle de gente que conoce que ha remodelado por completo los sótanos de sus residencias. Entre los londinenses adinerados se ha puesto de moda cavar profundamente el suelo y construir un laberinto subterráneo de piscinas, salas de juego

y cines privados. Algunos han construido habitaciones del pánico o búnkeres subterráneos por si se produce alguna emergencia. No era inaudito que personas muy pudientes como ella misma fueran objeto de secuestros, robos a mano armada o extorsiones. Y cuando, unos años atrás, se produjeron disturbios en Londres, una muchedumbre de vándalos la persiguió por la calle con pasamontañas negros, blandiendo palos de golf y bates de críquet.

Agatha llama a la puerta. Oye al anciano levantarse de su sillón de orejas. Oye a Fedor raspar y deslizarse sobre el suelo de linóleo y luego saltar hasta la puerta y olfatear la parte inferior. Roster tira del pomo y Agatha lo ve en la penumbra llena de humo. Fedor se levanta sobre las patas traseras y apoya las garras delanteras en el pecho de Agatha.

—Lo único que tenías que hacer era sacarlo a pasear — dice ella—. No se supone que debas tenerlo aquí contigo, en esta mugre.

—Es un perro. La mugre es su territorio.

—Tonterías. Es un *borzoi* de raza. Sus antepasados dormían en las camas de los zares rusos. Sus antepasados eran reyes entre los perros.

Roster observa a Agatha desde lo alto. La luz atenúa el brillo de sus fríos ojos grises.

—Y los tuyos eran ladrones y putas.

Los lupanares de Southwark

Tabitha deposita un penique de cobre sobre la mesita de noche. Ella y Precious se acercan a mirarlo. Tabitha mantiene la mano levantada encima de la moneda. Tiene los ojos y la boca abiertos por la expectativa. Precious frunce el ceño.

—¿Qué se supone que estoy mirando?

—Lo hizo antes — dice Tabitha.

Precious se acerca al penique, como si un incremento de su concentración pudiera alterar su estado.

—Estaba vibrando — insiste Tabitha—. Se movía por la mesa.

—Bueno, pues ya no se mueve.

Aguardan unos segundos. Precious se siente idiota. Entonces el penique empieza a sacudirse. Tintinea sobre la superficie de la mesa como una campana que alguien estuviera tañendo, luego se detiene y se queda inmóvil y en silencio.

—¿Qué crees que significa?

—Nada, probablemente.

—¿Por qué hace eso?

—Tal vez tengas poderes mágicos.

—¿Crees que es un terremoto?

Precious admite que a veces se sienten pequeños terremotos en Londres. Recoge el penique y se lo guarda en el monedero, luego va a sentarse al sofá.

Están esperando a que llegue el resto de las chicas. El apartamento de Precious y Tabitha es el mejor lugar para reunirse debido a que es el más grande y tiene acceso al jardín de la terraza.

Solo algunas de las mujeres relacionadas con el edificio poseen apartamentos allí. Otras viven en otro sitio y alquilan las habitaciones por horas. Mayormente se llevan bien, pero no es ninguna utopía. Scarlet la Joven una vez llamó furcia barata

a Cynthia y desde entonces las dos mujeres casi no se hablan. Precious, sin embargo, les cae bien a todas.

Todas suponen que «Precious» es el nombre que adoptó al empezar en el oficio, así como la mayoría de las otras chicas adoptaron nuevos nombres. Pero es el que le puso su madre al nacer. Pasó su infancia entre Lagos y Londres: la mayor parte del año en Nigeria, luego largos veranos en el Reino Unido, visitando a parientes. Su padrastro dividía sus actividades entre las dos ciudades. Era el pastor de la estricta iglesia evangélica en la que Precious se crio y su trabajo lo hacía viajar mucho, trasladándose entre el Reino Unido y Nigeria y luego a Estados Unidos y Canadá, en giras de oración.

Precious tenía por delante un claro destino de matrimonio y vida hogareña. El sexo era para la reproducción. Empezó a estudiar obstetricia en Lagos y luego pasó un año en un programa organizado por su iglesia que proporcionaba asistencia médica a mujeres de las zonas más pobres del país. Recorría las aldeas del norte de Nigeria administrando atención pre- y posnatal a madres, así como asistiendo a las comadronas con los partos. Vio muchas cosas. Tocó cuerpos. Aprendió a no ser aprensiva. Aunque formaba parte de un programa evangélico, aquel año hizo que a Precious empezara a gustarle la idea de la independencia. Se fue a vivir lejos de su familia, hizo amistades y salía por las noches. Bailaba y reía y a veces recibía propuestas de hombres. A veces aceptaba esas propuestas y salía con ellos y a veces tenía sexo. A veces el sexo era maravilloso. A veces el sexo era decepcionante. Pero ella siempre sentía que controlaba la situación.

Las cosas fueron en serio con uno de esos hombres y Precious se fugó a Londres con él. En aquel momento esa relación parecía una buena idea. Michael tenía grandes aspiraciones y el deseo de conocer mundo. En esos aspectos, ella veía algunas semejanzas con sus propios sentimientos. Michael encontró trabajo en una empresa local sin grandes dificultades, pero Precious tardó más tiempo en buscarse algo. Abandonó la obstetricia y se reconvirtió en esteticista. Obtuvo un empleo en un salón de belleza de Highgate. A esas alturas vivían en Peckham, de modo que cada día cogía el autobús 63

rumbo a Elephant and Castle y a continuación la línea Northern del metro. Masajeaba cuerpos y utilizaba cepillos y barros especiales para exfoliar la piel desnuda. Depilaba el vello corporal con cera y maquinilla e hilo. A veces insertaba un tubo de plástico en el ano y purgaba el interior de los clientes de los alimentos que habían comido y digerido parcialmente.

Precious y Michael tuvieron un hijo, Marcus, y luego las cosas empezaron a desmoronarse. Se producían discusiones sobre el dinero, el cuidado del hijo y la organización de las tareas del hogar. Eran discusiones que empezaban en voz baja y que luego crecían. Mayormente discutían sobre el hecho de que Precious siguiera trabajando. Michael había supuesto que ella trabajaría un par de años, pero que luego renunciaría al puesto y se dedicaría a la familia. Precious discrepaba. Le gustaba trabajar, a pesar de que el empleo de Highgate no era tan satisfactorio como el que había tenido en Nigeria. Michael se marchó de repente, un mes antes del nacimiento de su segundo hijo.

Precious, Tabitha, Hazel, Candy, Scarlet la Joven y algunas otras pasan la velada bebiendo vino. Hablan sobre la carta de la casera, sobre qué podría hacerse para enfrentarse a los cambios y sobre qué harían si no podía hacerse nada. Posteriormente, la conversación pasa a versar sobre el sitio web de Scarlet. Ella trabaja tanto en internet como con clientes «que vienen de la calle» y considera que no tendrá grandes problemas si terminan teniendo que marcharse del Soho.

—Se hace todo mediante suscripciones — explica—. Hay niveles diferentes de suscripciones dependiendo de cuánto estás dispuesto a pagar y qué grado de acceso quieres.

—¿Empieza con una suscripción de «Yo no hago esta clase de cosas habitualmente» y luego sigue hasta «Jodido perverso absoluto»? — pregunta Candy.

Precious y Tabitha se echan a reír, pero Scarlet la Joven frunce el ceño.

—En realidad los niveles son bronce, plata, oro y platino — continúa, como si Candy no hubiera dicho nada y no estuviera

sentada a su lado en el sofá. Luego se vuelve hacia su amiga—. De hecho es un sitio web muy elegante, Candidiasis, a diferencia de tu espectáculo con chorro de esperma incluido.

Precious y Tabitha siguen riendo. Scarlet la Joven y Candy se intercambian unas miradas ponzoñosas.

Scarlet continúa explicando lo que significan los diferentes niveles y los servicios que proporciona a los miembros, así como el hecho de que algunos de sus clientes de internet terminan visitándola en la vida real, o LVR, como ella la llama.

—Pero, por otra parte — dice—, jamás he conocido a algunos de mis mayores fans. Están la mar de entusiasmados con mis tetas, pero nunca vienen a tocarlas de verdad en L-V-R.

Precious siente recelos respecto de internet. Algunas de las otras chicas piensan que las reticencias de Precious hacia el negocio *online* se debe a que está chapada a la antigua. Se burlan de ella por trabajar como una especie de prostituta de época, con la que se contacta por teléfono (¡y por una línea fija!).

—Eres como una retroputa — le dice una.

—Una puta artesanal, hecha a mano — añade otra.

—En serio, Precious — interviene Scarlet—. Te estás perdiendo una importante fuente de ingresos. Hoy en día gano casi lo mismo con la página web que con los clientes que vienen de la calle. Y encima de eso está el dinero que me pagan por vender los datos a una gran compañía de investigación que predice qué tipo de coches puede terminar comprándose alguien de acuerdo con la clase de pornografía que mira.

Precious niega con la cabeza. No se fía de la tecnología, como ya le ha dicho a Scarlet antes.

—Pierdes todo el control — dice—. Tan pronto como te filmas o te haces fotos y las subes a internet, pueden ir a parar literalmente a cualquier sitio. Cualquiera podría estar mirándolas y pasándoselas.

—No, no, no — repone Scarlet—. Yo mantengo el control.

—Eso no es cierto — insiste Precious.

—Bueno, no me importa. No monto tanto escándalo por ello

como tú. Prefiero el dinero al control.

Scarlet no dice nada más durante un buen rato. Puede que a Precious se le haya ido de las manos. Todo el mundo tiene diferentes zonas de confort, límites diferentes. No está en condiciones de indicarle a Scarlet qué puede hacer y qué no. Lo único que quería decir era que ella misma no estaría cómoda con eso. No le gusta la idea de que su imagen digital esté disponible para que todo el mundo la vea, pero, por otra parte, evidentemente no todas las mujeres están conformes con intercambiar sexo por dinero.

A veces a Precious le gusta verse a sí misma como un cuadro valioso. Vale el dinero que vale porque es única, exclusiva, difícil de acceder. Si permitiera que su imagen se reprodujera una y otra y otra vez, no valdría nada. ¿Cómo podría cobrarles a sus clientes lo que les cobra si pudieran arreglárselas conectándose a su página web y haciéndose una paja?

Expresa este pensamiento en la sala y las otras la miran como si estuviera demente. Candy dice algo respecto de obras de arte que no son otra cosa que montoncitos de mierda literal sobre una mesa en el medio de una galería lujosa, y todas ríen y Precious vuelve a beber vino.

Después de que las otras se marchen, Precious y Tabitha recogen juntas y luego se preparan para irse a la cama. Comparten una de matrimonio. El grado de intimidad que existe entre ellas es el mayor que dos personas pueden tener, aunque su relación no es romántica. Están enamoradas, pero no son amantes.

No es la cama grande y recargada de la sala principal en la que Precious ejerce su oficio, sino la que está en la parte de atrás del apartamento, en un dormitorio pequeño. Se trata de una cama ergonómica cara con un colchón especial debido a que Tabitha padece de un intermitente y agudo dolor de espalda. Precious la compró en John Lewis. También compró las sábanas en John Lewis, durante las rebajas. Eran de algodón fino y suaves para la piel sensible de Tabitha. Precious duerme con una almohada y Tabitha duerme con cinco.

A Tabitha le gusta leer en la cama antes de dormirse, lo que

a Precious le resulta frustrante, porque está cansada y quiere apagar la luz inmediatamente. Sin embargo, está acostumbrada a esa forma de hacer las cosas y no sería razonable impedir que su compañera leyera en la cama.

Tabitha está leyendo un libro sobre la Londres isabelina. Le interesan los Tudor en general e Isabel I en particular. Precious estudió la historia de Nigeria en la escuela, así como la historia de la diáspora africana, de modo que no sabía quiénes eran los Tudor (o simplemente «Tudor», como ella los llama) cuando conoció a Tabitha. Eso le pareció a Tabitha muy extraño.

—Enriqueoctavo — dijo, como si con esa explicación bastara—. Enriqueoctavo y sus seis esposas.

Más tarde Precious dedujo que esos Tudor eran reyes y reinas de otra época, pero no consigue entender la fascinación. En una ocasión Tabitha le pasó un libro sobre la historia de la monarquía británica y a Precious le interesó más el período de la guerra civil, durante el cual depusieron a la monarquía brevemente.

Precious se ha puesto de lado y está empezando a dormitar cuando Tabitha dice:

—¿Sabías que en la Edad Media un grupo de prostitutas se reunieron en París e intentaron donar dinero para la construcción de un vitral en la catedral de Notre Dame?

—No, no lo sabía. ¿Lo dice en tu libro?

—No, este libro es sobre Londres en la época isabelina, no sobre París en el medioevo. Lo leí en otro libro hace siglos y acabo de recordarlo.

—Claro — dice Precious.

—¿Sabías que en la época de los Tudor todos los burdeles estaban al sur del río, en Southwark, y que no fue hasta mucho después cuando se trasladaron al Soho? Lupanares, los llamaban en esa época.

—Sí, eso me lo habías contado.

Precious mueve el cuerpo para pasar parte del edredón a su lado de la cama. Tabitha tiene la costumbre de apropiárselo.

Pasan algunos minutos y Precious vuelve a estar al borde del sueño.

—Isabel I estaba muy metida en el ocultismo. Es increíble,

cuando piensas en ello — dice Tabitha.

Precious intenta dormirse durante unos minutos, hasta que se da cuenta de que le será imposible mientras Tabitha esté leyendo. Las amenazas de interrupción son constantes. Se gira para mirar a su compañera.

—¿Cuál crees que sería el equivalente para la era moderna de esa historia de la catedral? ¿Que entre todas organicemos una maratón para recaudar donaciones para los niños necesitados o algo así?

—Sí, o que entreguemos los beneficios de un día entero a la Real Sociedad para la Protección de las Aves. PájarasxPájaros.

Precious lanza una risita contra la almohada. Ya no puede dormir, así que se sienta en la cama y se apoya en el cabecero acolchado. Saca una revista de cotilleos del cajón de la mesita de noche. Gira las páginas con la punta del dedo índice y se detiene en las fotografías de miembros menores de la familia real delante de grandes chimeneas y coches de lujo. Gran Bretaña es un sitio raro, piensa. No es la primera vez que lo hace.

—Si tuviéramos que marcharnos de aquí, ¿vendrías conmigo?

Tabitha cierra el libro, pero deja el pulgar entre las páginas para señalar el punto en que ha interrumpido la lectura.

—Supongo que eso depende de adónde vayas. ¿Has pensado algo?

—En realidad no — responde Precious—. No lo he pensado en serio. Tal vez vuelva a Peckham para estar cerca de Marcus y Ashley.

Tabitha arruga la cara.

—No me atrae Peckham. Ya tengo más de sesenta años. No es exactamente un destino cotizado para pasar la jubilación.

—A mí me gusta Peckham.

—A mí también, en cierta manera, pero siempre supuse que terminaría en una casita bonita en el campo.

—¿Y yo de qué podría trabajar en el campo? ¿Sugieres que nos instalemos en Chipping Norton y que atienda a los miembros del club conservador de la zona?

—¿Por qué no? Por lo que he oído, todo está pasando por

allí. Alquilas un Airbnb en el campo durante un mes, más o menos, y anuncias tus servicios en internet. Luego te mudas a otro sitio antes de que la policía empiece a husmear. Burdeles *pop-up* . Así podrías ganar todo un nuevo mercado para tu negocio.

—¿Como ese criadero orgánico *pop-up* que van a instalar en Soho Square?

—Supongo. Si trasladan los cerdos al Soho, bien pueden poner a las putas a pastar.

—Ya sabes que en esos burdeles de campo trabajan con chicas víctimas de la trata — dice Precious.

Tabitha vuelve a abrir su libro.

A ninguna de las dos les gusta hablar de la trata de mujeres. Solo es posible referirse a esas cosas de manera despreocupada cuando hay muchos pasos en el medio. Si lo único que separa tu propio mundo de su infernal simulacro es una membrana traslúcida, es mejor mirar para otro lado.

—Echaría de menos todas las luces — dice Tabitha, retomando la conversación sobre su propia situación—. En cualquier sitio en el que termináramos que no fuera este, echaría de menos el bullicio y la sensación de encontrarme en el centro de todo. Me gusta que haya mucha gente. Siempre me ha gustado. Si vamos a cualquier otro lugar, todo me va a parecer muy tranquilo.

Vapor

Bastian se detiene en la acera delante del club y se pone los auriculares. Busca música en su teléfono y luego guarda el dispositivo en el bolsillo interior de la chaqueta. Los auriculares se ajustan a la perfección, con sus cuentas de plástico que parecen caracoles diminutos acurrucados en sus conchas. La música amortigua la ciudad y le hace sentir como si pudiera estar en cualquier sitio, haciendo cualquier cosa.

Camina hasta el metro. Está volviendo a su casa solo. Rebecca quería quedarse e irse a bailar con sus amigos. Bastian la conoce lo suficiente como para darse cuenta de que no quedó muy contenta con su partida anticipada, pero no armó ningún escándalo. Él le dijo que le dolía la cabeza, lo que en parte era cierto, en el sentido de que sí sentía una especie de molestia en la cabeza, aunque no se trataba de un dolor físico.

Después de toparse con Glenda en la escalera, regresó a la mesa y le contó a Rebecca a quién acababa de ver.

—¿Se supone que sé quién es?

—Estuvimos con ella en la universidad.

—Ese nombre no me dice en realidad nada. ¿Cómo es físicamente?

Bastian le describió la apariencia de Glenda lo mejor que pudo.

—Podrían ser quinientas personas distintas. — La conversación tenía lugar delante del grupo y Bastian se dio cuenta de que Rebecca estaba disfrutando de su actuación.

Volvió a intentarlo añadiendo más datos descriptivos y luego mencionó un par de acontecimientos y anécdotas sobre Glenda que tal vez le refrescaran la memoria a Rebecca. El problema era que Bastian tampoco la conocía bien. Conocía a su amiga Laura, de quien estaba evitando rotundamente hacer mención alguna delante de Rebecca, pero sí había unos pocos

episodios característicos relacionados con Glenda que podía traer a la mente.

—Creo que ella formaba parte del comité organizador de aquel acto que hicieron para recaudar fondos para los refugiados sirios.

—Ya veo. Estaba metida en política. — Rebecca se volvió hacia sus amigos, con una expresión que daba a entender que esta última descripción era la única explicación que ellos necesitaban.

Bastian no estaba seguro de que recaudar dinero para los refugiados pudiera considerarse como estar metido en política de la manera en que Rebecca había querido expresarlo, pero no insistió en ello. Rebecca era claramente apolítica, lo que significaba que le gustaban las cosas tal y como estaban. Votaba en las elecciones generales, como cualquier persona respetable, pero no creía en las campañas por las buenas causas y consideraba sumamente irritante a cualquiera que sí lo hiciera.

Ella volvió a girarse hacia sus amigos del trabajo y explicó:

—Nuestra universidad estaba llena de Guerreros por la Justicia Social que se pasaban todo el tiempo en el bar tratando de hacerte firmar peticiones para dios sabe qué. Todos con rastas, ya sabéis.

Sus amigos se rieron con amabilidad. Bastian no se sumó a esa reacción. Por lo general coincidía con Rebecca respecto de la política estudiantil, pero, en ese momento, estaba demasiado perturbado por su encuentro con Glenda y la mención de Laura. Rebecca, no obstante, estaba en racha.

—Bastian hacía un análisis fantástico de toda esa gente —continuó—. ¿Qué era lo que decías? Cuando los niños son pequeños, quieren ser hábiles en los deportes. Fútbol o rugby o lo que sea. Así van organizando las jerarquías sociales. Luego, si descubren que no son hábiles para los deportes, se meten en la música. Ya sabéis, se convierten en esos chicos que montan bandas y cosas así, porque es la única manera de poder conseguir sexo. Y luego, si eso no funciona, si no tienen mucho talento para la música, van a la universidad y se meten en política estudiantil.

Las mujeres rieron. Algunos de los hombres parecían incómodos. A esas alturas, Bastian sintió la necesidad de intervenir.

—Sí, es cierto que yo decía eso en una época, pero no estoy totalmente seguro de que sea así. Quiero decir, es verdad que parte de la política estudiantil que tenía lugar cuando estábamos en la universidad era bastante irritante, pero creo que, en general, esa gente logró muchas cosas buenas. Por ejemplo, me alegro de que hayan recaudado dinero para los refugiados, ¿no?

Después de decir eso, Bastian recordó la escena de la planta superior. Los catres, las postales, la mujer con la fregona y el cubo. Se le ocurrió contárselo a Rebecca, pero la conversación ya había pasado a otro tema y, por algún motivo, la idea de contárselo, a ella o a cualquier otra persona, lo incomodaba. Se sentía como si hubiera transgredido un límite al entrar en esa habitación y ver lo que había visto. Describir la escena también habría sido una transgresión, como si mencionarla lo hiciera cómplice de alguna clase de delito. Lo más fácil sería olvidarlo todo, pero sospechaba que, si no hacía nada, aquello terminaría convirtiéndose en uno de esos pensamientos retorcidos que te dan vueltas en la cabeza y van corroyéndote poco a poco, como la carcoma en una iglesia vieja. Tomó nota mentalmente de que debía hablar con su padre al respecto por la mañana. Bastian acaba de entrar a trabajar en la empresa de su padre, que representa a una mujer que posee muchas propiedades en esa zona. No sería raro que el club también le perteneciera.

Bastian llega a la estación de metro y pasa la tarjeta para acceder. Una larga escalera mecánica lo lleva a los niveles inferiores. Alcanza a oír a alguien que está tocando *standards* de jazz con un saxo tenor. La música desentona con la que está escuchando y se quita los auriculares para prestar atención a la interpretación en directo. Las notas rebotan contra los azulejos, van y vienen por las paredes curvas, a través de los extensos túneles. Llega al último nivel y encuentra al saxofonista aferrando su instrumento y canturreando en su interior, con los

ojos cerrados. Hay un bote para propinas a los pies del saxofonista, pero Bastian no dispone de dinero suelto, de modo que aprieta el paso y llega al andén.

Bastian toca el contrabajo, pero en comparación con ese tipo es un completo aficionado. Casi nunca toca en público, pero Laura logró que en una ocasión tocara para ella. Bastian le interpretó un fragmento de un concierto contemporáneo, a continuación dejó el arco a un lado y punteó un par de frases de jazz, con la técnica de *walking bass,* lo que Laura encontró graciosísimo. Bastian se dio cuenta de que se estaba burlando de él y, aunque ella insistió en que, en realidad, le había gustado mucho, era demasiado tímido y jamás volvió a tocar para ella.

Bastian había conocido a Laura durante las últimas semanas de sus estudios de grado. Los exámenes ya habían terminado y los finalistas estaban esperando la graduación. Eran semanas de fiestas en jardines y de bailes. Todos bebían mucho Pimm's y champán y comían blinis de salmón ahumado y salchichas de cóctel. Salían de paseo en bateas y se caían en el río Cam y se tumbaban sobre el césped recién cortado.

Bastian y Rebecca se habían separado. Las presiones de los exámenes finales los habían afectado a ambos y estaban «tomándose un tiempo», como Ross y Rachel de *Friends* . Ya no salían juntos, pero no había habido ningún final oficial de la relación. Decidieron volver a verse después de que concluyeran los exámenes, solo que los de Bastian terminaron varias semanas antes que los de Rebecca y él tuvo que pasar solo las festividades de verano.

Bastian conoció a Laura Blind en un cóctel que tuvo lugar al atardecer en el jardín de una de las facultades cuya parte trasera daba al río. La había visto antes y sabía que estaban en el mismo curso, pero jamás habían hablado. Estudiaban asignaturas distintas y sus círculos de amigos eran muy diferentes, con casi ninguna coincidencia entre ellos.

La fiesta tenía una temática carnavalesca. Había personas vestidas de forzudos y mimos, malabaristas y magos. Un tenderete en un rincón anunciaba un «espectáculo de fenómenos» que, por razones de buen gusto, consistía

principalmente en estatuillas de plástico y verduras deformadas. En otro rincón había un salón de espejos y una pequeña tienda con una adivina en su interior. Bastian no había entrado, pero al parecer había una mujer vestida de vidente, que echaba el tarot, leía la palma de la mano y tenía una bola de cristal.

Bastian vio a Laura junto al puesto de fresas escogiendo los especímenes más rojos y jugosos y poniéndolos en un cuenco de cartón. La observó mientras ella cogía la jarra de nata y la vertía sobre la fruta muy generosamente, como si estuviera echando leche en los cereales del desayuno.

No parecía que estuviera allí acompañando a nadie, sino que se quedaba sola delante del puesto con su cuenco y su cuchara y comía sin levantar la mirada. En determinado momento cogió con ambas manos el cuenco de nata, manchado con el jugo de los frutos rojos, se lo llevó a la boca y bebió de él hasta que estuvo vacío.

Bastian se acercó y notó que parte de esa nata rosada se le había quedado en los labios, enfatizando su curvatura. No sabe por qué se aproximó a ella. No lo supo en el momento. No lo sabe ahora.

Laura no se dio cuenta de que Bastian estaba acercándose hasta que se puso directamente delante de ella.

—Bonitas fresas — dijo Bastian, sin darse cuenta de lo que decía hasta que las palabras salieron de su boca.

—¿Qué?

Debió de tomarlo por un completo imbécil.

A él le pareció que lo mejor era continuar en la misma vena.

—Van muy bien con la nata, ¿no?

Más idioteces.

—Eh…, sí.

Laura empezó a mirar por encima del hombro de Bastian, tratando de encontrar a algún amigo o a alguna otra persona que pudiera servirle para escabullirse.

Él, que sentía la necesidad de redimirse, le preguntó si quería una copa de prosecco. Era una oferta banal. Todas las bebidas eran gratis en esa fiesta. Ella, no obstante, respondió que sí y Bastian fue a buscar una botella. Cogió una de un cubo

cercano y la abrió. Se alegraba de tener que realizar esa tarea; le servía para romper el hielo.

Laura sonrió con aire vacilante cuando cogió la copa que le ofrecía. Era una sonrisa que decía «gracias», pero también «ahora lárgate». Pero él no se largó. En cambio, extendió la mano derecha con la palma hacia arriba. Miró a Laura con mucha prudencia y dijo:

—¿Cuál es mi destino?

Laura acababa de meterse un largo sorbo de prosecco en la boca y lo estaba reteniendo sobre la lengua para saborear su dulzura y dejar que las burbujas se disolvieran. Una vez que Bastian habló, mantuvo el líquido en ese sitio un poco más y reflexionó sobre sus palabras, observando reiteradamente su cara y la palma de la mano.

Tragó y dijo:

—Tendrás una vida llena de aventuras e intrigas, siempre que sigas la línea del amor más que la de la fortuna.

Él relajó el brazo.

Después hablaron y escucharon. Rieron mucho; Laura hacía reír a Bastian. Se marcharon juntos de la fiesta y se dirigieron a un pub, donde pidieron una botella del vino más barato y asqueroso de la casa, que bebieron de copas llenas de arañazos. Luego fueron a la habitación de Laura. Estaba en la parte superior de una oscura y retorcida escalera victoriana, tenía el techo inclinado y una ventana que daba al mercado. En un extremo de la habitación había una cama individual. Laura se quitó los zapatos dando patadas y se dirigió hacia el lecho, llevando a Bastian de la mano. Luego se giró y lo besó. Tenía los labios azul sangre, por el vino. Él supuso que los suyos tendrían el mismo color.

Estuvieron juntos solo un mes, pero de ese mes pasaron cada día y cada noche uno al lado del otro, hasta que, una mañana, la relación terminó abruptamente. Bastian aún no consigue explicarse lo que ocurrió. Poco después, Bastian y Rebecca volvieron a juntarse. Que él estuviera con Rebecca era más lógico, razonó. Tenían más en común. Se conocían desde hacía más tiempo. Le prometió a Rebecca que jamás volvería a ponerse en contacto con Laura, promesa que cumplió.

Cuando llega a su apartamento, Bastian entra en la estrecha cocina y abre la nevera. En su interior hay una botella de vodka recubierta de escarcha. Un vaso boca arriba descansa en el escurridor. Lo endereza, vierte en él un poco del líquido pastoso y bebe un sorbo. Apenas lo traga siente el ardor en la garganta y luego en el estómago. Llena el resto del vaso con agua del grifo y luego se lo acaba de una vez. Repite ambas acciones. Cuando llega Rebecca, Bastian ya está borracho.

No ha ido a bailar, después de todo, y ha regresado antes de lo esperado. Entra y pasa a la sala. Bastian está tumbado en el sofá. Ha sustituido sus auriculares por otros más caros, que están enchufados a un complejo equipo de alta fidelidad. Hay un disco girando en el plato. Bastian tiene los ojos cerrados.

Rebecca le da un codazo. Él da un respingo y entonces, cuando ve quién es, se quita los auriculares y se los cuelga alrededor del cuello.

—Ya lo he deducido — dice Rebecca. Aún no ha soltado la cartera.

—¿Qué has deducido?

—Quién era Glenda. Era la lesbiana que estaba siempre con Laura Blind.

Bastian se siente ruborizar. Jamás debería haber traído ese asunto a colación.

—¿Os habéis vuelto a poner en contacto? — continúa ella.

Bastian se endereza y se sienta en el sofá con la espalda recta.

—No — insiste—. No, por dios. Hace dos años que no hablo con ella.

Rebecca lo mira un rato más, sin decir nada.

Bastian oye la música que sale de los auriculares que tiene colgados al cuello. Suena latosa, como cubiertos raspando un plato vacío.

Inhala profundamente dos veces. Lo mismo hace Rebecca.

—Porque si te has puesto en contacto con ella, lo nuestro se ha terminado.

—Sí, ya lo sé.

Rebecca se tira del labio inferior. El pintalabios se le ha borrado. Se aparta de Bastian, entra en el dormitorio y cierra

la puerta. La oye entrar en el baño y abrir la ducha.

Bastian apaga la música y guarda los auriculares y los cables. Está empezando a despejarse de la borrachera. Se siente como un completo gilipollas. Por lo general, cuando piensa en el tiempo que pasó con Laura, es capaz de construir una red de explicaciones y excusas que se ponen de su parte: Rebecca había dejado claro que no quería verlo; Rebecca podría haber hecho algo similar si hubiera querido (y tal vez lo haya hecho, después de todo); jamás hubo ninguna certeza de que él y Rebecca volverían a juntarse. Y cuando terminaron haciéndolo, la actitud de Rebecca al respecto fue tan pragmática que jamás se vio obligado a tener en cuenta sus sentimientos.

A veces Bastian tiene la impresión de que Rebecca ve la relación como una inversión sólida. Los dos proceden de una familia adinerada; es probable que los dos tengan trayectorias profesionales exitosas parecidas. Los dos son atractivos e inteligentes.

Sabe que a ella le gusta tener una relación con él, pero no sabe si le gusta pasar tiempo con él.

A él sí le gusta pasar tiempo con ella. Le gusta verla disertar delante de otros, o hacer reír a la gente, incluso cuando lo hace con maldad. Le gusta ir a restaurantes con ella y probar platos nuevos y apasionantes. Le gusta que le cuente anécdotas sobre el trabajo y especialmente le gusta cuando le habla de las cerámicas que evalúa. Bastian no sabe nada de cerámica, como tampoco de arte en general, ni siquiera de Asia oriental, pero da la impresión de que es un tema por el que Rebecca siente un verdadero entusiasmo. Es su pasión, algo que le gusta de verdad, no solo algo que cree que debería gustarle.

Bastian se detiene delante de la puerta del baño y llama. Ella le dice que entre. Su voz suena formal y distante a través de la puerta, como si fuera un anuncio en el tren.

El baño está lleno de vapor. El cristal transparente de la mampara de la ducha está recubierto de condensación y Bastian puede ver la silueta de Rebecca pero ninguno de los detalles. Se ve como una plantilla de sí misma. Él se acerca a la mampara, extiende la mano y coloca la palma contra el cristal.

—No me voy a acostar contigo.

Bastian retrocede.

—No es esa la razón por la que he venido.

—Bueno, te estoy avisando.

—No es esa la razón por la que he venido, joder. Me cago en la leche. He venido a ver si estabas bien. Quería, no sé, quedarme aquí y charlar contigo, joder.

—No hace falta que te alteres.

—No me altero — insiste él. Se tranquiliza e inhala profundamente un par de veces—. Lamento haberme alterado. Es solo que no había venido a intentar algo contigo. Solo quería decirte hola.

—Hola — dice ella.

Bastian deja caer la mano, pintando el gesto en la condensación como el penacho de un gallo. Vuelve a la sala. Supone que Rebecca sale de la ducha y se va a la cama. No tiene manera de saberlo. Se queda dormido en el sofá.

Arqueología

El grupo se dispersa por la obra como un puñado de arena que alguien hubiera dejado caer. Cada uno se sitúa en un rincón oscuro con su propio montón de desechos. «Nunca se sabe lo que se puede encontrar», les recuerda el Arzobispo con frecuencia. Buscan metales descartados, herramientas, madera que pueda rescatarse y reutilizarse, cualquier cosa a la que poder sacarle algún beneficio.

Paul Daniels encuentra una pila de cajas de madera y empieza a revisarlas. Algún otro avanza hacia el contenedor, lleno hasta arriba de restos de madera, escombros de la construcción, vigas de madera atravesadas por clavos oxidados, brocas de taladro rotas, mangos de escoba partidos, ladrillos desconchados, elementos de albañilería valiosos que han sido desechados debido a imperfecciones menores.

La mujer a la que llaman Debbie McGee deambula entre sus amigos. No ha olvidado los temblores. Camina entre los escombros, tomando la precaución de pisar con delicadeza, dejando que la planta de los pies se mueva sobre el suelo y detecte cualquier vibración que vomite el terreno. Se mueve como una detectora de metales sobre un antiguo campo de batalla, trabajando lo más metódicamente que le permite su fragmentaria memoria a corto plazo, encarando la obra en construcción como una cuadrícula, caminando en una línea lo más recta posible, girando en ángulos rectos.

Avanza hasta el extremo más lejano del terreno. Pisa con el pie izquierdo y luego con el derecho. Cuando trata de dar un nuevo paso con el pie izquierdo, trastabilla. Se tropieza con el suelo, extiende los brazos delante del cuerpo para frenar la caída y se rasguña el codo izquierdo.

Resollando, intenta liberar el pie, pero está atascada. Gira el cuerpo para ver en qué se ha enganchado. Extiende la mano y

coge lo que parece ser un grueso aro de metal. Está frío al tacto y cubierto de terrones de barro. Está semihundido en el suelo. Debe de haber quedado expuesto cuando los albañiles retiraron la capa superior. Una vez que consigue soltar el pie, se incorpora y coge el grueso aro de metal con ambas manos. Tira una y otra vez y sacude el aro y poco a poco la tierra afloja su fuerte apretón sobre el objeto. Retrocede tambaleándose, sin soltar el tesoro.

El alboroto no pasa inadvertido. Dos de los otros empiezan a trotar en dirección a ella. En cuanto ven el objeto que tiene en las manos, les hacen gestos a los demás para que se acerquen. Los recién llegados examinan con detenimiento el resplandeciente aro. Están asombrados.

Algunos extienden las manos para tocarlo. Debbie McGee acerca el objeto a un rayo de luz proyectado desde lo alto de una grúa y el objeto empieza a lanzar destellos que atraviesan las capas de tierra. Emite un resplandor dorado y también de otros colores, traslúcidos y opacos, titilantes, que reflejan la luz y luego vuelven a hundirse en las sombras.

El hombre al que llaman el Arzobispo y el hombre al que llaman Paul Daniels son los últimos en llegar, pero lo hacen con la máxima determinación. Paul Daniels se abre paso entre la multitud, empujando a los otros. Ve a su mujer en el centro del círculo. Primero le examina la cara, su expresión cautivada por lo que tiene en las manos. Repara en que ella contempla ese objeto con más asombro y reverencia de los que jamás ha manifestado hacia él. Se le acerca y, con toda facilidad, le arrebata el aro metálico.

Debbie McGee no se resiste. En cuanto le quitan el tesoro, se rinde y se acerca los brazos al cuerpo como una flor replegando los pétalos cuando el sol desaparece. Da un paso hacia atrás. Ya no está alumbrada por la fuerte luz blanca de la grúa. Se mezcla con los demás, envuelta por la pequeña multitud de vagabundos, absuelta de todo protagonismo.

El grupo se vuelve hacia Paul Daniels, quien ahora está en el centro, sosteniendo el objeto. No cumple ese papel durante mucho tiempo. Enseguida llega el Arzobispo, arranca el objeto de metal de las manos del hombre al que llaman Paul Daniels y

el foco pasa a girar en torno a él.

—¡Traed agua!

El Arzobispo profiere esta instrucción sin dirigirla a nadie en particular, y uno de sus lacayos se marcha a la carrera y regresa con un cubo de agua que ha encontrado junto a la mezcladora de cemento.

El Arzobispo sumerge el objeto en el cubo y junta agua con las manos para rociarlo, como si estuviera bautizando a un bebé.

La costra de tierra se disuelve lentamente y cuando el Arzobispo saca el aro del agua se revela una corona dorada incrustada de gemas resplandecientes: azules, rojas, verdes, amarillas.

—Oh — dicen—. Ah — dicen.

La levanta con las dos manos y la sostiene en lo alto para examinar las piedras. Las fuertes luces de los focos se reflejan y se refractan. Las joyas deslumbran; sus colores son auténticos. El Arzobispo alza la corona todavía más alto; luego, lentamente, con una solemnidad litúrgica, se la coloca en la cabeza.

La muerte de Debbie McGee

Robert se levanta del taburete de la barra, trastabilla, se sujeta para recuperar el equilibrio, luego abre de un empujón la pesada puerta de madera y sale tambaleándose a la acera. Dejó a Precious varias horas atrás sintiéndose peor en lugar de mejor. Esperaba que gastar dinero en sexo le impidiera gastar dinero en bebidas. El sexo es mejor para la salud, aunque no lo sea para el saldo de su cuenta, y por lo general le mejora el ánimo.

Esa noche no lo hizo sentirse mejor y además le quedó dinero suelto para seguir bebiendo. No quería regresar al Behn y explicarle a Lorenzo el motivo de su ausencia, de modo que entró en un pub diferente, se sentó solo junto a la barra, encorvado, y pidió un whisky doble mezclado.

Robert Kerr lleva cincuenta años follando. La primera vez que folló fue cuando tenía catorce. Estaba en Glasgow, donde el Rangers había perdido catastróficamente contra el Celtic. Él, que era un aficionado acérrimo, se sumó a un grupo de simpatizantes que llevaban su amor por el club hasta los más turbios extremos. El club y la patria. Dios salve al Rangers; dios salve a la reina.

Después del partido, Robert salió del estadio Ibrox con ese grupo y se dirigieron a un pub cerca de Paisley Road. Legalmente era demasiado joven para beber y fumar junto a esos hombres duros, pero era muy corpulento para su edad y quería probar su valía. Encontraron a unas chicas a la vuelta de la esquina y las llevaron a los cuartos del fondo.

Una de las chicas se reservó a Robert para ella. Tenía caderas anchas y grandes, pechos blancos y pelo de color naranja, como el refresco Irn-Bru. Se le sentó sobre las piernas y le dejó acariciarle la parte interior del muslo desnudo con la punta de los dedos y luego subir la mano por debajo de su

vestido. Un hombre mayor que él fue testigo del comienzo de ese encuentro.

—¿Vas a llevarte a esa hembra a la planta superior?

Robert lo hizo. Las habitaciones que estaban encima del pub seguían empapadas de las ruinas de la guerra. Había estores opacos, pero no cortinas; se veían agujeros en las paredes donde habían arrancado los apliques de hierro forjado. No cambiaban las sábanas entre ocupantes.

Fue en ese escenario donde Robert Kerr besó por primera vez los labios de una mujer, besó por primera vez los pezones de una mujer, sintió por primera vez una mano que no era la suya agarrándole la polla, sintió por primera vez una boca y una lengua en ese sitio. Aunque era joven, supo instintivamente lo que tenía que hacer. Tomó la iniciativa.

Se enamoró con la misma decisión que exhibiría cualquier chico de catorce años en su situación. Para Robert, esa mujer pelirroja que probablemente le doblaba la edad era la cosa más hermosa que había caminado por las orillas del Clyde. Al final del encuentro, pagó la tarifa de mercado.

Esta noche, Robert ha estado follándose a Precious durante cincuenta minutos. Llegó a sudar. Precious se retorcía debajo de él. Era hábil en su oficio, pero no tanto como para poder fingir interés durante casi una hora sin delatarse. Lo hacía lo mejor que podía, y Robert se daba cuenta de ello, para no mostrarse manifiestamente aburrida, pero la artificial excitación y conexión de los primeros veinte minutos no tardó en disiparse. Robert sintió una punzada de culpa. Culpa por tardar tanto, culpa por ser tan viejo y feo y por imponer su cuerpo a esa mujer hermosa; culpa, en definitiva, por irse de putas.

Cuando Robert salió del edificio, Karl, el segurata, lo siguió. Robert llegó al final de la calle, giró por la esquina y sintió una mano en el hombro.

—¿Qué quieres? — preguntó.

—Informarte de que este sitio está acabado — respondió Karl.

—¿Cómo acabado?

—Los propietarios llevan meses tratando de echarlas. Ellas

se resisten, pero no tienen ninguna oportunidad de ganar. Terminarán marchándose dentro de poco tiempo. Yo ya tengo apalabrado otro trabajo. Hay unos tipos que instalaron un lugar en Surrey. Son todos rusos o europeos del Este o algo así y necesitan a gente como yo. Y, bueno, obviamente están en busca de clientes.

Karl hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta de cuero negro. Sacó lo que parecía una tarjeta de visita, solo que no tenía nada impreso en ella. A continuación extrajo un lápiz y escribió un número de teléfono móvil.

—Si buscas un lugar nuevo cuando este cierre, llámame.

Robert cogió la tarjeta y miró cómo Karl volvía a su puesto de guardia.

Surrey. Robert conoce esa clase de sitios: viviendas aisladas, poco sospechosas, situadas en las afueras de poblados insignificantes. Ventanas tapiadas. Chicas drogadas y arrojadas sobre las camas. Puteros que les dan el dinero a hombres como Karl. Idiotas como Robert recogidos por coches negros con cristales tintados, que los vuelven a dejar donde los recogieron una vez que acaban. No es para él. Tal vez sea inevitable, como ha dicho Karl, pero Robert no soporta esos lugares. Ha visto unos cuantos, para su vergüenza, pero solo por trabajo.

Que le den a Karl por haber apalabrado un puesto con esos europeos del Este cuando todavía está trabajando para las chicas. Esas chicas le pagan una buena suma de dinero para que él las cuide. La gente ya no tiene ningún sentido de la lealtad.

Robert gira en la acera, se tropieza, cae a la calzada y apoya una mano sobre el asfalto para recuperar el equilibrio. Los juerguistas lo esquivan. Un grupo de mujeres jóvenes al otro lado de la calle apartan la mirada. Él se esfuerza al máximo para ir en línea recta. Consigue avanzar tal vez unos veinte pasos, antes de detenerse a descansar.

El punto en el que está ubicado se encuentra contiguo a un callejón que da a un gran solar vallado con tablas de madera contrachapada, estampadas con los caracteres y el logotipo de una conocida empresa constructora. Detrás de las tablas hay

una ruidosa obra. Lleva allí muchos años, durante los cuales va cambiando de forma y cubriendo y liberando nuevas áreas. Nadie que Robert conozca ha visto lo que están construyendo detrás de las vallas, pero probablemente podría haberlo averiguado con facilidad.

Si leyera los periódicos, escuchara la radio o viera en la televisión alguna otra cosa además de fútbol, sabría que están cavando un gran hoyo. Están construyendo una nueva línea de metro, que estará instalada a gran profundidad. Las vallas de madera contrachapada ocultan máquinas inmensas. Hay excavadoras que aflojan la capa superior del suelo y mueven montones de tierra, que luego cargan en camiones que los sacan de la ciudad. Unas vastas perforadoras muerden el lecho de roca. Rotan, cortan y empujan escombros hacia la superficie. Hay bombas que lanzan agua para enfriar la perforadora según aumenta la fricción. Las máquinas retumban. Las rocas y la tierra y los edificios colindantes también retumban. A medida que el hoyo se vuelve más grande, las máquinas se hunden más profundamente. El estruendo también se vuelve más profundo.

Robert se apoya contra la pared, se endereza y recupera el aliento. Mientras espera, vislumbra una figura que se aproxima lentamente en su dirección. La luz de la calle se le refleja en la piel pálida y en la ropa sintética. Se ve como una rendija de luz, un rayo solitario, la grieta entre una puerta y su marco. Ella sigue avanzando y él parpadea varias veces en un intento de aclararse la visión. Procura enfocar bien y ver la figura como única y nítida, no doble y deshilachada.

—Oh — dice cuando ella se acerca lo suficiente para convertirse en pies y piernas y brazos y un cuerpo y una cabeza con pelo y cara—. Eres tú.

Se le acerca sigilosamente y se une a él en la sombra. Él la mira a los ojos y ve la sangre en su interior y las arrugas debajo, lo mismo que ya ha visto antes ese mismo día. Ve las grietas en la piel en torno a la nariz y la boca y ve cicatrices en los sitios donde las grietas anteriores se abrieron, se curaron, se abrieron, se curaron.

—¿Qué haces aquí?

Ella susurra su respuesta.

—El Arzobispo nos mandó a localizar los temblores que sentí. Los otros han regresado, pero yo me he quedado. Sé que es aquí donde va a volver a empezar.

Esa respuesta no significa mucho para Robert. Está demasiado ido para escucharla.

De todas maneras asiente y coge a Cheryl del brazo; Cheryl, a quien la mayoría de la gente en esta parte de la ciudad conoce como Debbie McGee.

Robert se inclina y le dice:

—Tú cuídate. Prométemelo.

Ella lo promete, con frágiles suspiros.

—Cuídate y si te metes en algún problema, en cualquier problema, en serio, ven a buscarme y yo lo resolveré. ¿Me has oído? Ven a verme directamente.

Un frágil gesto de asentimiento.

Robert se aparta de un empujón de la pared contra la que estaba apoyado y gira en dirección a la calle para volver a su casa.

Cheryl, la mujer a la que llaman Debbie McGee, permanece. Vuelve a la obra. Encuentra la entrada del inmenso cráter y una escalera que se interna en él. Desciende. No regresa.

Finales de septiembre

Las afueras

La ciudad está demasiado limpia. Han quitado toda la suciedad buena — la tierra, la arcilla, el compost, la materia orgánica—, la han trasladado por calles pavimentadas y la han sacado a las afueras. Está en jardines y parques, en el centro de las rotondas y los costados de las autopistas. Las superficies son lavables. Limpian las ventanas, aspiran las moquetas, desinfectan las encimeras. Limpian hasta las calles, les quitan el polvo, las palomas muertas, las hojas caídas. No hay tiempo para la suciedad buena. No hay tiempo para dejar que se asiente, se disuelva, se desintegre, se mezcle con la suciedad que ya está en su sitio y luego reemerja bajo la forma de algo nuevo y hermoso: una flor, un árbol, una seta ornamental. En cambio, hay mugre: residuos de disolventes tóxicos, una delgada película de esmog condensado en los edificios, un hollín que se cuela por los orificios nasales y los poros de la piel.

Jackie Rose está en las afueras, sentada en el banco de su jardín. A Jackie le gusta su jardín y le gusta trabajarlo. Vive en esa casa desde hace treinta años. Ella y Keith han criado tres hijos allí. Los tres son altos, atléticos, inteligentes y amables. Jackie y Keith se sienten infinitamente orgullosos de ellos. El mayor va a la universidad, pero todavía vive en esa casa. Se desplaza en tren hasta Queen Mary y estudia ingeniería. Se llama Harry. Lo bautizaron así en homenaje al príncipe Harry. Jackie lloró cuando Diana murió. El segundo hijo es aprendiz de carpintero. Andy, probablemente, es el más apuesto: las chicas lo miran por la calle. Eso le proporciona a Jackie un extraño placer indirecto. Sí, piensa: ese es mi hijo. Lo he hecho yo. El más joven es Mark. Está estudiando secundaria. Tiene novia, pero Jackie y Keith sospechan que tal vez sea gay.

Jackie considera que ese jardín es suyo. Todo lo demás es de ella y Keith juntos: la casa, los coches, la caravana, los

muebles. Pero el jardín le pertenece solo a ella. Dice: «Mi jardín». «¿Qué habéis hecho con mi jardín?», cuando los chicos aplastan los tulipanes con una pelota de fútbol. «Compremos eso para mi jardín», cuando ella y Keith ven un tiesto atractivo en la tienda de jardinería. «¿Cómo está mi jardín?», cuando no se encuentra en su casa, sino investigando un caso.

Jackie planta, poda, siega, pone alambres para las rosas trepadoras y palos de bambú para los guisantes de olor. Cava hoyos para los bulbos y luego los rellena con compost. Camina y pisotea y chapotea con botas de agua de color verde después de que ha llovido, cuando es un buen momento para remover la tierra. Ahora, en otoño, barre las hojas caídas, que se han encogido y han quedado amarronadas y crujientes.

También hay malas hierbas: indeseadas, intrusas. Hay dientes de león, margaritas, tréboles, musgo. Se infiltran en el prístino césped que Jackie y Keith pusieron cuando compraron la casa: cintas de hierba verde enrolladas como pergaminos sagrados, colocadas una al lado de la otra para que se acoplaran entre sí durante aquel primer verano.

Jackie libra una guerra contra los hierbajos. Libra esa guerra con una horqueta en miniatura, tijeras de podar y armas químicas. Pasa la azada, escarifica, arranca las malas hierbas de entre las baldosas del patio con los puños apretados, antes de que tengan tiempo de echar raíces. Rasga, rompe, tijeretea, suelta palabrotas.

Es un martes por la mañana de finales de septiembre. Es el equinoccio. El día es tan largo como la noche y la noche es tan larga como el día. La temperatura es moderada. Hay rocío sobre la hierba y una delgada capa de neblina. Son las seis de la mañana. Keith le lleva a Jackie una taza de café instantáneo con leche y azúcar. Jackie tiene un archivador y está hojeando algunos de los documentos que hay en el interior.

Poco después, va a su trabajo, en una comisaría del centro de Londres. Entra en el despacho de su superior para darle un informe trimestral. Lleva las notas y los casos que quiere discutir y datos detallados de los recursos que cree que su equipo necesita.

Michael Warbeck está sentado detrás de su escritorio,

recostado en la silla, mirando su teléfono y dando golpecitos en la pantalla con los dos pulgares. Levanta brevemente la mirada cuando entra Jackie y luego dice:

—Ya estoy con usted, Rose. — Sigue dando golpecitos.

Jackie se acomoda en la silla delante de su escritorio y se coloca la pila de documentos sobre las rodillas. Comienza a organizarlos y pone arriba los que son más dignos de mención.

—Ya estoy con usted — repite él—. Solo tengo que…

Se queda en silencio, sin terminar la frase.

—¿Está escribiendo una novela? — le pregunta Jackie. Es un comentario insolente, pero es demasiado mayor para que eso le importe. Puede jubilarse dentro de tres años.

Warbeck lanza una risita un poco hueca. Jackie se da cuenta de que está disgustado, pero no lo bastante como para que sea motivo de preocupación.

—Perdón — dice él con una sonrisa en la que muestra todos los dientes—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Le traigo mi informe — dice Jackie.

—Por dios, ¿en serio? Qué rápido lo ha hecho esta vez.

—Cada tres meses.

—¡Válgame dios! Es como si hubiera sido ayer mismo. Es evidente que ha estado muy presente en mis pensamientos estos últimos meses.

—Señor, he impreso algunos gráficos para ayudarlo a entender mejor la situación en la que se encuentra actualmente este departamento.

Jackie ha descubierto que Michael Warbeck responde mejor a las imágenes que a las palabras. Las viñetas también son útiles porque organizan las palabras en formas, en el caso de que hagan falta palabras. Desde que a él lo ascendieron a ese puesto de mando, dieciocho meses atrás, Jackie se ha convertido en una experta en concisión. Ahora es capaz de resumir tres meses de trabajo de su departamento en una sola página tamaño A4.

Desliza el documento por el escritorio. Él lo levanta, le echa un vistazo y vuelve a dejarlo sobre la mesa.

—Ya sé — dice—. ¿Por qué no me lo suelta todo aquí y ahora? Explíquemelo, Jackie.

Jackie sonríe. Era lo que esperaba. Saca más notas de la carpeta.

—Señor, las cosas están mucho peor. Si lo que está haciendo desaparecer a la gente fuera una enfermedad, a estas alturas tendríamos entre manos una epidemia. Las denuncias de desapariciones de personas jóvenes y vulnerables se suceden a un ritmo que jamás había visto antes. Hombres y mujeres. En el caso de los hombres, sospechamos que se trata de suicidios; al menos, eso es lo que indican las pruebas, y en ese punto no estoy segura de que nosotros, la policía, podamos hacer mucho. Con las mujeres, por el contrario, bueno, las pruebas que ha obtenido mi equipo apuntan a explotación y tráfico sexual. Son mujeres que proceden de ambientes difíciles; muchas son inmigrantes de primera o segunda generación, algunas inmigrantes ilegales; a muchas de ellas ya las teníamos fichadas, o bien nosotros, la policía, o los servicios sociales; muchas se criaron en hogares para huérfanos; y luego desaparecen y nadie parece hacer gran cosa al respecto.

—No suena a que hayan sido unos meses muy productivos. ¿Ha habido algún resultado positivo? ¿Han encontrado a alguien?

—Señor, me temo que las personas que encontramos habrían aparecido de todas maneras. No puedo decir que hayamos tenido mucha suerte a la hora de averiguar el paradero de estos individuos a los que me refiero. Necesitamos implantar estrategias más eficaces para identificar a las personas vulnerables, en primer lugar, y también tenemos que colaborar de manera más estrecha con otros equipos dentro de la división de Delitos Graves, en el marco de Explotación Sexual, para poder prevenir mejor el acoso sexual de menores y la trata de mujeres.

—Jackie, Jackie, un momento. — Michael Warbeck levanta una mano—. Ya sé que usted quería estar en ese sector. Todos lo sabemos. Deseaba de todo corazón estar en Explotación Sexual. Pero lo cierto es que eso no encajaba con la organización del personal que teníamos disponible. Nos hacía falta en Personas Desaparecidas. Lo siento, pero las cosas son así. Ahora, espero que no esté usando esta situación como una

oportunidad para hacer una transición a esa área.

—No, señor. Mi prioridad consiste en encontrar a las personas denunciadas como desaparecidas; lo que yo digo, simplemente, es que si tuviéramos mejores relaciones con otros equipos, eso nos ayudaría a lograrlo. Permítame que le dé un ejemplo. — Busca entre sus papeles y extrae un expediente—. Esta es Cheryl Lavery, señor. Alias Debbie McGee.

—¿Como la esposa de Paul Daniels? ¿La de *Strictly Come Dancing* ? ¿El concurso de baile de la tele?

—Sí, señor. Ese es su apodo. Se sabe que ella y su hombre recorrían el Soho haciendo trucos de magia. De ahí los nombres. Él es Paul Daniels.

—Ya veo.

—De cualquier modo, los servicios sociales y la policía tienen fichada a Cheryl Lavery desde hace tiempo. Es drogadicta, no ha tenido ningún domicilio fijo en mucho tiempo, posee antecedentes de hurto, exhibicionismo y prostitución. Finalmente, hace tres meses ha sido declarada como desaparecida. Si bien no lo sabemos con certeza, sospechamos que ha caído en manos de una red de proxenetismo. Encuentran a personas vulnerables como ella, que tal vez hayan trabajado en la calle regular u ocasionalmente, las instalan en un prostíbulo y las obligan a trabajar las veinticuatro horas del día.

—Bueno, en ese caso, es una tarea que corresponde a otra unidad.

—Pero si trabajáramos juntos... Si pudiéramos transferir un equipo pequeño de nuestra unidad a la otra...

—Jackie, no estoy seguro de disponer del presupuesto para traslados temporales.

Jackie se serena.

—Por supuesto, señor. Es solo que no puedo evitar sentirme frustrada cuando nos encontramos con los expedientes de todas estas personas que han desaparecido y a las que podríamos haber ayudado. A las que todavía podemos ayudar.

Michael Warbeck asiente con un gesto de comprensión.

—Se trata de una situación difícil — dice—. Una de las más difíciles que tenemos que afrontar como agentes de policía. Es

muy fácil involucrarse emocionalmente en nuestros casos.

—No es eso, señor. Es una cuestión de productividad.

—Jackie — repite él y se levanta de la silla—. Le diré lo que haremos. Volveremos a vernos para hablar de este asunto. Me temo que ahora tengo unas reuniones en Whitehall para las que debo prepararme. Pero ¿sabe qué?, le echaré un vistazo a su informe y tal vez encuentre algo en él que pueda mencionarle al ministro. ¿Qué le parece? — Extiende la mano para recibir los documentos.

Jackie entiende que le están ordenando que se retire. Añade algunos de los documentos principales a su resumen y al informe más extenso y le entrega los papeles al comisario, convencida de que volverán a encontrarse en muy pocas ocasiones hasta el próximo informe trimestral.

Caza

Agatha saca a pasear al perro temprano para evitar cruzarse con la clase de personas que sacan a pasear a sus perros después de las nueve de la mañana. Le gustaría evitar a todos los otros paseadores de perros, pero en Londres eso es imposible y ha leído que los cachorros necesitan socializar, de modo que es una buena idea permitir que Fedor se relacione con otros miembros de su especie. Y, si él tiene que relacionarse con otros perros, entonces ella tiene que relacionarse con quienes los sacan a pasear. Según su experiencia, los que salen antes de las nueve son preferibles a los que salen después. Los primeros son esa clase de personas que se despiertan temprano y aprovechan el día y tienen cosas que hacer: empleos, etc. Son gente trabajadora y disciplinada, y su forma de tratar a los perros es similar. Los que sacan a pasear a sus perros después de las nueve son descuidados. No es probable que tengan empleos ni compromisos y presumiblemente tratan a sus animales con la misma desidia. Cada vez que Fedor tiene peleas con otros perros es después de las nueve. Agatha ha llegado a la conclusión de que eso no es ninguna coincidencia.

Esta mañana se ha quedado dormida y sale más tarde de lo que hubiera preferido. Sujeta la correa de Fedor mientras Roster la sigue con el abrigo del perro, por si cambia el clima, y demás parafernalia relacionada con sacar a pasear al animal.

—¿Aquel qué es? — le pregunta Agatha a Roster. Señala a un perro a lo lejos que está corriendo entre los árboles y olfateando las hojas caídas.

—Un *pointer* — responde Roster.

—Mal — repone Agatha—. Es un *vizsla* .

—Un *vizsla* es un tipo de *pointer*.

—De Hungría, sí. Pero no puedes decir *pointer* y ya está. Si

dices *pointer* sin ningún matiz, entonces yo entiendo que te estás refiriendo a un *pointer* típico, no a un *vizsla* . Imagínate si señalaras un *clumber spaniel* y dijeras simplemente que es un *spaniel* .

—Imagínate — dice Roster.

Siguen caminando por un sendero de gravilla bajo las copas de los árboles. Hay bellotas esparcidas en el césped junto a las primeras hojas marrones que han caído. Fedor tira de su arnés. Agatha mira a su alrededor en busca de peligros, luego se inclina y le suelta la correa.

Ha crecido mucho en los últimos tres meses. Ya ha alcanzado su altura máxima de adulto, aunque el torso aún no se le ha rellenado del todo; su crecimiento se ha canalizado más a través de su extensión que de su peso. Los hombros le sobresalen y la columna dorsal es visible a través de su pelo, desde el cuello hasta las caderas. Cada vértebra conectada se distingue individualmente, ondulando como letras manuscritas cursivas en una página.

Fedor se aleja a la carrera y entierra el hocico, largo como un dardo, en los vivos aromas. A Agatha le sorprende el grado en que los perros se valen de su hocico para orientarse en el mundo y el hecho de que sus experiencias del mundo seguramente serán muy diferentes de las de los humanos, que se guían con los ojos. Los perros captan la estructura de la tierra en el aire. Cuando Fedor aprieta la cara contra las hojas caídas, inhala bocanadas de putrefacción vegetal y partículas de hongos de la tierra que está debajo. Inhala la orina y las heces de ratones y topillos o puede que detecte al búho que voló en lo alto la noche antes, lanzándose en silencio a capturar su cena. Es a través de su hocico como un perro se enfrenta a la historia.

Los sentidos de Agatha solo descifran el presente. Para acceder al pasado, debe recurrir al testimonio de otros.

Fue la sexta hija de Donald Howard, que no engendró ningún hijo varón. El primer embarazo tuvo lugar de manera inesperada. En 1934, con catorce años, Donald dejó preñada a una chica de su aldea. Cásate con ella, dijeron todos. Él no se casó con ella. Huyó. Se mudó a la capital y empezó a trabajar

de aprendiz de carnicero en el East End, cerca de los pantanos. Seccionaba cerdos y limpiaba la sangre y los excrementos del suelo del matadero. Aprendió a manejar hojas afiladas con habilidad.

Su segunda hija era también la nieta del carnicero, su jefe. Cuando el embarazo salió a la luz, el carnicero se le abalanzó con una cuchilla, pero Donald fue más rápido; se agachó, se giró y atrapó al viejo en el vientre con un cuchillo de trinchar. Limpió la sangre del carnicero y arrojó el cuerpo al canal con una pesa atada al tobillo. Bandas locales, dijeron todos. Se sabía que el carnicero no había acatado las demandas de los hombres duros que dirigían el vecindario. Donald repitió la misma versión y en esa ocasión sí se casó con la chica. Juntos se convirtieron en mascarones de proa de la reacción contra esas bandas y el resultado fue una nueva banda, con Donald al timón. La banda se había creado sobre la premisa de una búsqueda de venganza por el asesinato del carnicero, pero se volvió más violenta y se apartó de su propósito original. Donald reclutó a jóvenes de la zona y entre todos expulsaron al este a las bandas anteriores y se pusieron al frente de buena parte de los negocios del hampa. Dirigían burdeles y casinos ocultos en calles apartadas y contrabandeaban con cigarrillos y alcohol.

Para cuando llegó la guerra y con ella el reclutamiento, Donald ya había sufrido dos heridas de cuchillo distintas en el muslo izquierdo y había empezado a cojear. Se libró del servicio militar, pero otros hombres de su edad no. Donald sacó provecho de esa situación. Su influencia se extendió. Al igual que su reputación. Fue más o menos en esa época cuando su primera esposa lo abandonó y con ella se marchó su segunda hija. Él ha cambiado, dijo ella. Él ha cambiado, dijeron todos.

Después de la guerra, Donald adquirió propiedades en el centro de Londres. Los precios se habían desplomado y una buena parte de esas propiedades estaban en mal estado debido a la pobreza ocasionada por la guerra o directamente a los daños causados por las bombas. Las vendían barato. Pocos años antes, Donald Howard había ido a ver una película en

tecnicolor al Trocadero de Leicester Square. Se llamaba *Lo que el viento se llevó* . La tierra, eso es lo único que importa, le decía el señor O'Hara a su hija. Donald se tomó a pecho esas palabras. Compró y compró. Todo el dinero que obtenía mediante sus actividades ilícitas lo invertía en propiedades en el Soho. Montó más prostíbulos y clubes de estriptis y bares clandestinos para gais, y se volvió dolorosa y deslumbrantemente rico. Otra esposa. Esta era mucho más glamurosa que la anterior: tenía aspiraciones en las comedias musicales y fumaba cigarrillos con una larga boquilla roja. Tres hijas más, cinco en total. Él y su glamurosa esposa bautizaron a estas hijas con nombres de sitios famosos de Londres: Angel, Chelsea y Victoria.

Cuando Donald conoció a Anastasia, la madre de Agatha, ya era un viejo. «Donski, cariño, es un varón. Sé que es un varón.» La joven y hermosa Anastasia se lo repetía una y otra vez. Donald quería creerla desesperadamente y, durante los últimos meses de su vida, que pasó junto a su esposa rusa, modificó su testamento, de modo que el patrimonio fuera heredado por su hijo más pequeño, que aún no había nacido. Donald Howard murió poco después. Cuando el bebé nació, era una niña.

Agatha tiene programado un día de reuniones. No espera con ganas ninguna de ellas. Le gusta la parte del negocio relacionada con la planificación y la construcción, trabajar con arquitectos e ingenieros, y convertir una ruina abandonada e inútil en algo bello y productivo, pero, últimamente, muchos de sus planes se han estancado a causa de la situación del burdel y las continuas disputas legales con sus hermanas. Una reunión es con un agente de policía, que espera que pueda resolver la primera de esas cuestiones, y la siguiente es con su abogado, que le traerá novedades respecto de la segunda.

Divisa a otro perro y a su dueño, que avanzan en dirección a ella. El perro es muy pequeño y cuando se acerca Agatha distingue la cara y los rasgos de un *yorkshire terrier* que lleva una cinta rosada atada en forma de lazo entre las orejas. El dueño es un hombre orondo de alrededor de un metro sesenta y cinco, brazos fuertes y cabeza afeitada. Tiene el rostro

redondeado y rojizo.

Fedor está suelto pero cerca. No ha notado la presencia del otro perro.

Agatha y Roster siguen caminando y lo mismo hace el hombre del *yorkshire terrier* . Ya están más o menos a unos diez metros de distancia. Al acercarse, el hombre sonríe. Da la impresión de que está a punto de decir algo. Ni Agatha ni Roster le devuelven la sonrisa y el hombre cambia el gesto.

Fedor capta el olor. Se pone firme y alerta. Levanta las orejas; abre bien los ojos; tiene los labios cerrados pero listos, temblorosos. El hombre no ha reparado en la postura del lebrel; tampoco Roster. Agatha sí ha reparado en la posición de Fedor, pero no le da importancia.

El *yorkshire terrier* lanza un ladrido corto y agudo. Estimulado por la frecuencia de ese sonido, el *borzoi* da una sacudida y se lanza hacia delante. Las patas traseras saltan como el brazo de una catapulta. En un instante, se arroja sobre la criatura pequeña.

Nadie entiende lo que ha ocurrido. Los tres humanos miran, con Agatha frunciendo el ceño levemente y Roster a un par de pasos por detrás. El dueño del *yorkshire terrier* sigue sujetando un extremo de la correa, cuyo otro extremo está atado al perro pequeño, que está dentro de la boca del perro grande.

Ni siquiera el pequeño *terrier* se ha dado cuenta de lo que ha sucedido. Cuelga sin fuerzas y no emite sonido alguno.

Entonces el dueño del *terrier* entra en pánico y empieza a gritar. Tiene un acento fuerte de una parte del país que Agatha no ha visitado y ella no puede entender lo que dice. Es la primera vez que un completo desconocido le grita. Tiene muy poca interacción con los que denominaría «miembros del público» y todavía menos experiencia con esta clase de incidentes. Se echa un poco hacia atrás, pero, a excepción de ese gesto, se queda inmóvil.

El perro grande continúa reteniendo al más pequeño entre las mandíbulas. El perro más pequeño ya ha empezado a temblar y a lanzar gemidos agudos. Roster está tratando de explicarle al hombre que grita que eso no hace más que empeorar la situación, que el *borzoi* está reaccionando a su

muy sensible instinto de presa, que el *borzoi* cree que el *yorkshire terrier* es un conejo o algún otro típico animal de presa.

Hacen falta casi diez minutos para persuadir a Fedor de que suelte al otro perro. A estas alturas, el hombre está llorando.

Vivalavirgen

El día de Lorenzo empieza con una audición para un papel en una nueva serie de televisión. Lo hace por Glenda, se dice, pero, por otra parte, el dinero le vendría bien. La productora es estadounidense, pero el rodaje se llevará a cabo en el norte de Inglaterra con un elenco mayormente británico. Eso es para darle al programa una atmósfera de «viejo mundo». Aunque tiene lugar en una tierra fantástica, se supone que es una especie de fantasía medieval y se considera que los acentos británicos le brindarán mayor autenticidad.

La agente de Lorenzo lo propuso para un papel en particular, pero la productora le ofreció una audición para otro. Debido a que el programa contará con un presupuesto abultado, está rodeado de mucho secretismo y los datos del papel para el que va a realizar la audición no son específicos. Le dijeron que averiguaría más cuando llegara al estudio.

Lorenzo entra en el gran vestíbulo de techos altos a través de unas puertas giratorias de cristal. Una joven lo hace pasar a la sala de espera. Le hace una fotografía con una camarita digital adosada a la parte trasera de su ordenador para este fin y poco después le entrega una credencial válida para un día con una foto nueva de su cara en ella. Una vez en la sala de espera, se le suman otros dos hombres de edades similares a la suya. Siguiendo las reglas de cortesía, los tres se sientan lo más lejos posible entre sí y, tras una impersonal sonrisa y un saludo con un movimiento de la cabeza, cada uno de ellos hace todo lo posible por evitar cualquier interacción posterior.

Lorenzo recoge de la mesita auxiliar una publicación periódica de tendencias izquierdistas. Alguien ha escrito un artículo sobre ser un miembro de la «clase trabajadora de segunda generación». Lorenzo no estaba enterado de que ese concepto existía.

«Claro, me crie en una casa bonita y asistí a una escuela que estaba en una zona decente, pero mis padres crecieron en la pobreza y no probaron la pasta hasta que estaban en la universidad.»

Lorenzo lee otra frase.

«Cuando charlo con mis amigos sobre ópera o arte, no tengo los mismos códigos, el mismo bagaje cultural heredado.»

Y luego:

«Jamás he ido a esquiar.»

Lorenzo deja la publicación sobre la mesa. Trata de ordenar las ideas. Recita mentalmente algunas de las líneas del fragmento que ha preparado. Quizá ni siquiera le pidan que lo interprete. Ese pensamiento lo hace sentirse mejor y peor al mismo tiempo.

Por fin lo llaman a la sala de audiciones. A los otros dos competidores, o bien los han hecho salir del edificio por una salida diferente después de sus audiciones, o bien los han asesinado y descuartizado y arrojado por el inodoro, porque Lorenzo no vuelve a verlos. A él lo hacen subir a una estancia con suelo de madera y ventanales en una de las paredes. Hay espejos en la pared que da a las ventanas. La sala se parece a un estudio de baile.

Lo saluda un hombre desgarbado de pelo ralo y gris que lleva un jersey negro de lana merina.

—¿Lorenzo? — El hombre le tiende la mano.

—Hola. Sí — dice Lorenzo. Extiende su propia mano hacia la de aquel hombre y le da un apretón. El hombre no continúa el diálogo diciéndole cuál es su nombre. Debe de haberse olvidado de esa regla específica de las interacciones sociales.

—Genial, empecemos — dice. Se da la vuelta y va a sentarse detrás de una mesa, donde ya están situados una mujer y otro hombre.

Lorenzo permanece de pie en el medio de la sala. Se balancea sobre los dedos de los pies un par de veces y se pregunta si no debería haber hecho algunos de los viejos ejercicios de precalentamiento de la academia de interpretación. Probablemente. Ya es demasiado tarde.

—¿Qué sabes del papel? — le pregunta el hombre

desgarbado.

—Muy poco — responde Lorenzo—. Sabía algo del papel para el que me propusieron, pero no sé casi nada de este.

—Claro, sí, no hay problema. No esperábamos que supieras nada. Todo es supersecreto.

El hombre levanta una hoja de papel y se inclina por encima de la mesa para entregársela a Lorenzo. Lorenzo se acerca para recogerla.

—Toma asiento — dice la mujer.

—Oh, sí, toma asiento — dice el hombre—. Perdona. Qué malos modales tengo.

Lorenzo se sienta, con el papel en la mano.

—Entonces, bueno. Estamos hablando de una gran historia fantástica, enorme, de gran envergadura — dice el hombre—. Con muchísimos episodios.

—Eso esperamos — interviene la mujer.

—Eso esperamos — repite el hombre—. Esperamos que tenga muchísimos episodios; y el rodaje se realizará mayormente aquí, en el Reino Unido.

—En el norte — clarifica la mujer.

—Sí, en el norte. — Haciendo una mala imitación del acento de Yorkshire, el hombre exclama—: ¡Vayamos al norte! Allí hay un estudio pequeño pero maravilloso y muchísimos paisajes agrestes bellísimos, que es exactamente lo que necesitamos. Colinas y acantilados y cascadas, y un montón de nubes oscuras que crearán ambiente. Esa clase de rollo. Y, con suerte, también rodaremos en otras partes del mundo. En lugares bonitos y exóticos. ¿Te parece bien?

—Claro — dice Lorenzo—. Suena fantástico.

Empieza a sentirse más optimista respecto de su incursión en la televisión. Le hablan como si estuvieran tratando de venderle el papel.

El hombre continúa:

—El papel en sí mismo es realmente divertido. Ya sabes, es esa clase de papeles que un actor idóneo podría hacer muy bien. Es muy creativo; tiene muchas luces y sombras.

—Y un texto excelente, también — añade la mujer.

—Sí — coincide el hombre desgarbado—. El texto es

excelente. Tenemos a unos verdaderos talentos en el equipo.

—Bueno, eso siempre es una buena señal — responde Lorenzo. No quiere dar la impresión de que no se le ocurre nada interesante que decir—. Muchas veces un buen guion es lo más importante, ¿verdad? Un buen texto puede hacer que una interpretación mediocre quede mejor, pero una buena interpretación no puede disimular un texto mediocre.

—Sí, claro — contesta el hombre—. Nunca lo había pensado de esa manera.

—En realidad, yo discrepo totalmente de ese comentario — interviene la mujer—. De hecho, no estoy para nada de acuerdo. Creo que es una idea tremendamente equivocada.

—Eh… — dice Lorenzo con voz débil. La reacción de la mujer ha sido tan contundente que Lorenzo se pregunta por un momento si no lo estará poniendo a prueba. Había hecho ese comentario sin pensar. Ni siquiera sabe con certeza si está o no de acuerdo con lo que él mismo acaba de decir.

Ella no parece esperar una respuesta, por suerte, pero tampoco da la impresión de estar bromeando. El hombre desgarbado prosigue como si no hubiera oído la afirmación de la mujer. El tercer miembro, el otro hombre, se ha pasado toda la conversación mirando atentamente un papel que está sobre la mesa.

—De modo que tú serías un proxeneta — dice el hombre desgarbado, redirigiendo la conversación hacia el *casting* .

—Bien — dice Lorenzo.

—Pero un proxeneta realmente divertido — continúa el hombre desgarbado—. Ya sabes, muy exótico. La actitud que queremos transmitir es la de una especie de vivalavirgen, un caradura, que se dedica a algún que otro contrabando aquí y allá, y que ha hecho esto y aquello con su vida y que tiene bastante mundo, pero que ahora se encuentra al frente de un prostíbulo de alto nivel verdaderamente lujoso en lo que vendría a ser el núcleo económico y político de este mundo. ¿Qué tal te suena?

—Bueno, sí, bien. Supongo que tendría que leer el guion para meterme en el papel, pero en teoría suena bien.

—Hemos visto una grabación de algunas de las actuaciones

cómicas que has hecho. Pero también lo de Shakespeare. Puedes mostrarte feliz y alegre y simpático un momento y ponerte verdaderamente letal y amenazador al minuto siguiente. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Eh…, sí. Supongo que puedo hacer ambas cosas.

—Y das el tipo. — El hombre desgarbado se vuelve hacia sus colegas—. Da el tipo, ¿no?

La mujer asiente. El tercer hombre levanta la mirada del papel que está sobre la mesa, reflexiona y luego asiente también.

Lorenzo se pregunta qué significa «el tipo» en este contexto.

Los tres miembros del jurado murmuran por lo bajo, cubriéndose con las manos. El hombre desgarbado dice:

—Bien, fantástico. Nos encantaría verte en algunas situaciones. Creo que ya tenemos una idea clara de tu nivel como actor individual a partir de lo que hemos visto en la grabación, pero nos gustaría probarte con otra persona.

—De acuerdo — dice Lorenzo—. Suena bien.

—Fantástico — responde el hombre. Se levanta. Lorenzo repara en lo alto que es. Algunas personas delgadas parecen más altas de lo que son a causa de sus proporciones. Este hombre no es una de esas personas: es delgado y también realmente alto. Se dirige al fondo de la sala, donde hay una puerta abierta—. Kim — llama—. ¿Kim?

Se oye un revuelo en el interior de la otra habitación y una persona que es de presumir que se llama Kim aparece en la puerta y luego entra en la sala.

—Ella es Kim — dice el hombre.

—Hola, Kim — dice—. Soy Lorenzo.

—Hola, Lorenzo — dice Kim. Extiende la mano y él se la estrecha de esa manera que consiste en que los dedos de una persona apenas rozan la palma de la otra.

Kim es una actriz estándar que cumple con los requisitos que podrían figurar en la típica convocatoria de *casting* de cualquier estudio grande. Mide un metro sesenta y tiene el pelo largo y claro. Es bonita, incluso hermosa, pero no de las que roban las escenas. No eclipsaría a nadie. Podría tener tanto treinta años como dieciocho.

—Magnífico — dice el hombre y vuelve a rodear el escritorio con unos papeles en la mano—. Bueno, Lorenzo, nos gustaría que ensayaras esta escena con Kim. ¿Te parece bien? Ella ya la ha hecho con un par de tipos que se presentaron antes para este papel. Quiero decir, no me importa contarte que estamos probando a otras personas. — Se echa a reír. Lorenzo también ríe. El hombre les entrega los papeles a Lorenzo y a Kim—. Tómate un par de minutos para familiarizarte con el material. Luego haremos una prueba. ¿Vale?

—Bien — responde Lorenzo. Echa un vistazo al guion.

OMATIO : ¡Abre las piernas, jodida puta!

PUTA I: Por favor, señor, por favor. Otra vez no.

OMATIO : ¿Crees que esto es un juego? ¿Crees que es un puto juego? ¿Crees que te he traído hasta aquí para que me hagas compañía? ¿Para que me cuentes historias de tu país de mierda?

PUTA I: Por favor, señor. No lo sabía. No lo sabía.

OMATIO : Porque, déjame explicártelo, puta. No quiero oírlas. Me importa un carajo ese lugar de mierda. ¿Me has oído? Tenemos clientes ahí fuera ahora mismo y cada minuto que pasas aquí sentada con las piernas cerradas pierdo un florín de oro.

[Entra Kvist, un cliente, ataviado con finos atuendos.]

OMATIO : ¡Señor mío! ¡Pero un momento! ¿Alguno de mis hombres os ha servido una copa de nuestro mejor vino? Tenemos de todas las cosechas buenas. Os traeremos lo que escojáis dentro de un momento.

KVIST : He oído jaleo.

OMATIO : No ha sido nada. No ha sido nada, señor.

KVIST : ¿Esa chica está llorando?

OMATIO : ¡Lágrimas de risa, nada más! Justo ahora estaba contándome historias de su pueblo muy divertidas. ¿Habéis oído hablar de los Moradores de la Arena de Amon K'Tur? Ella es de ese pueblo. ¿Sabíais que se cubren el cuerpo con una

mezcla de arena y pis para protegerse del sol? Y, una vez, llegó un viajero que se excitó tanto con ese aroma que lo embotelló y lo puso en venta en el mercado de Temorry como si fuera un perfume de lujo, ¡a cincuenta florines de oro cada frasco!

[Kvist ríe.]
[Omatio ríe.]
[La Puta I sigue llorando.]

La escena continúa de esta guisa durante varias páginas. Lorenzo la lee un par de veces y luego la representa con Kim como la Puta I y con el hombre desgarbado como Kvist. Al final del fragmento se requiere que le dé una bofetada a Kim en la cara. Lorenzo ha hecho un extenso entrenamiento de lucha en la escuela de arte dramático, de modo que es capaz de hacerlo sin causarle ningún daño físico. Después de la audición, les da la mano a todos y sale del edificio sintiéndose asqueado. Lo ha hecho bien. Se odia a sí mismo por haberlo hecho bien.

Un inglés completo

Después del desagradable incidente con el *yorkshire terrier,* Roster y Agatha se dan la vuelta y se dirigen hacia el coche. El agente de policía de alto rango con quien Agatha ha quedado en encontrarse es Michael Warbeck. Le han asegurado que es una de las estrellas más rutilantes del cuerpo. Su carrera se inició con un programa de grado para jóvenes talentosos y ha ascendido rápida y frecuentemente. Se rumorea que tiene ambiciones políticas y que en breve renunciará a la policía y anunciará su candidatura a la alcaldía de Londres. Todo muy en secreto, no obstante. A causa de su cargo, le está totalmente prohibido participar en actividades políticas y hasta que renuncie a él debe llevar a cabo subrepticiamente todos los preparativos para su campaña.

Se encuentran en una cafetería cerca de la casa de Agatha. Roster aparca el coche delante del establecimiento y espera. La cafetería tiene manteles blancos de hilo y cafeteras plateadas. Hay varias clases de salmón ahumado y caviar en el menú, así como pastelillos y desayunos calientes. Michael Warbeck llega tarde y pide un capuchino y un desayuno inglés completo.

—¿Le importa? — pregunta mientras hace su pedido.

—Para nada — responde Agatha.

Se suceden unos pocos minutos de trivialidades y a continuación Agatha redirige la conversación para comprobar que él entiende cabalmente el grado de riqueza e influencias de las que ella dispone. Después hablan con reservas sobre el actual alcalde de Londres y luego hacen unos breves comentarios sobre el café que tienen en la taza y sus respectivos desayunos, hasta que, finalmente, Agatha encuentra la oportunidad de traer a colación el tema que más le interesa tratar.

—En mi opinión, lo que de verdad impide que esta ciudad

progrese a la velocidad que podría hacerlo es que sigue habiendo mucha desigualdad.

Michael asiente con un gesto. Tiene los carrillos llenos de alubias al horno.

—Y, en concreto, en lo que se refiere a la vivienda —continúa ella—, como evidencian los últimos acontecimientos.

Michael vuelve a asentir, todavía con la fritanga en la boca, pero en esta ocasión su expresión se torna apropiadamente grave, como corresponde al truculento suceso al que ella alude.

—Es atroz, en serio — insiste ella. Hace una pausa, para permitirle que mastique y trague la comida. No quiere intimidarlo. Las ideas que está tratando de generar serán mucho más eficaces si él cree que son suyas.

—Es una situación horrorosa. Nosotros lo constatamos en el terreno todo el tiempo. Con nosotros me refiero a la policía.

—Estoy segura de ello.

—¿Sabe?, las comunidades están menos integradas ahora que cuando me incorporé. Antes hablábamos de la formación de guetos como si fuera un fenómeno exclusivamente estadounidense, pero ya lo estamos experimentando aquí.

—Qué terrible.

—En efecto.

Michael vuelve a centrarse en el desayuno. Agatha quiere asegurarse de que la conversación continúe girando sobre ese tema y que no se desvíe, por lo que, mientras él corta la salchicha, ella dice:

—Hasta yo misma lo he notado. Yo, por supuesto, soy una persona muy privilegiada, pero antes que nada soy londinense. Así es como me considero. Y, desde luego, he notado que hay enormes diferencias entre los barrios. Eso no puede ser sano.

—Claro, exactamente.

Resulta frustrante lo monosilábico que se muestra, de modo que Agatha continúa por su cuenta. Tal vez debería haber sugerido un encuentro en un lugar donde no sirvieran comida.

—¿Sabe?, pienso cada vez más en este asunto. Y en lo que puedo hacer como promotora inmobiliaria. Algunas de las propiedades que eran de mi padre están muy desvencijadas y desde que me he puesto al frente de la empresa hago lo que

puedo por renovarlas. Pero a veces es difícil, ya sabe.

—Qué interesante que lo mencione. Créame, no son muchos los propietarios que se preocupan por esas cuestiones. Dígame, desde su perspectiva, quiero decir, desde la perspectiva de una promotora inmobiliaria…

—Y de una londinense — lo interrumpe ella.

—Y de una londinense — añade él—. Desde su perspectiva, ¿qué se puede hacer? ¿Cuál es la prioridad principal?

—Bueno, no estoy segura de cuál sería la solución. Supongo que eso lo tienen que decidir otros. Pero sí sé cuál creo que es la prioridad principal. La seguridad. La seguridad es una cuestión fundamental. Es importante que la gente se sienta tan segura en una zona de la ciudad como en cualquier otra. En especial las mujeres. Cualquier mujer debería sentirse tan cómoda caminando por la calle en Croydon como en Highgate. O en el Soho — añade en tono indiferente—. Pero, por otra parte, el Soho es un asunto aparte. Allí una, como mujer, corre toda clase de peligros.

—Oh, ¿en serio?

—Oh, sí — afirma ella—. Una buena parte de mis propiedades están situadas en esa área y nosotros, es decir, mis colegas, mis empleados y yo, nos encontramos con todo tipo de cuestiones desagradables. Desde luego que, tradicionalmente, es la sede del comercio sexual londinense lo que, claro está, es legal. Pero también está la intersección entre lo que es legal y lo que no. A veces nos topamos con situaciones u organizaciones en algunas propiedades que están a nuestro cargo que nos resultan cuestionables. Pero, como es obvio, no podemos hacer mucho al respecto. En la mayoría de los casos los inquilinos de esas propiedades disfrutan de contratos extraordinariamente largos. Y por supuesto que no los podemos desahuciar sin motivo, lo que está bien. Pero al parecer tampoco podemos desahuciarlos cuando nos preocupa seriamente el tipo de actividades que tienen lugar dentro de esas propiedades.

—¿Qué clase de actividades?

—Bueno, sospechamos que puede haber consumo de drogas. Y, más específicamente, considerándolo desde mi perspectiva,

como una mujer preocupada por la seguridad de otras mujeres, me inquieta la posibilidad de la explotación. De la explotación sexual.

Michael Warbeck se endereza en la silla y, como ya ha terminado de comer, deja el cuchillo y el tenedor juntos sobre el plato vacío, recoge la blanca servilleta de hilo que tiene sobre las piernas y la utiliza para limpiarse las comisuras de los labios.

—La explotación sexual ha crecido mucho últimamente — afirma. Deja la servilleta arrugada sobre la mesa, al lado del plato—. Quiero decir, hoy en día es una preocupación importante en el Reino Unido.

—Como debería serlo — dice Agatha.

—Además, los recursos de los que disponemos para enfrentarnos a ello son insuficientes, lo que es deplorable. Estamos más o menos al tanto de la existencia de focos activos en todas partes, pero no hacemos nada porque no contamos con los recursos necesarios para obtener datos específicos. Las comunidades no hablan con nosotros porque no hay bastantes agentes patrullando.

—Eso es espantoso.

—Efectivamente, es espantoso — coincide él. Se pasa los dedos por el pelo, que lo lleva muy corto, y luego añade—: ¿Sabe? Si alguna persona interesada de verdad en estos asuntos se presentara como candidato para la alcaldía, podrían hacerse enormes avances en este tema.

—Estoy segura de ello.

Él comienza a juguetear con la servilleta.

—Y, en general, me parece importante, para desarrollar cualquier labor policial, que contemos con información de la comunidad, o de particulares que tengan ciertas experiencias o datos que ofrecernos. Ciudadanos conocedores, como me gusta llamarlos. Gente como usted. Usted posee experiencia empresarial y en la construcción, y su conocimiento de esas áreas le permite interpretar las situaciones en el terreno tal y como son. Usted entiende de verdad lo que ocurre a nivel de calle.

—Absolutamente.

—Sin gente como usted, nosotros, la policía, ¿cómo podríamos actuar? Este uniforme puede suponer una verdadera barrera entre nosotros y la comunidad, créame. La policía está más apartada de la vida real de lo que podría pensarse.

Michael Warbeck ha pedido otro capuchino. Cuando se lo sirven, empuña la cucharilla de plata que descansa sobre el platillo y revuelve la espuma de leche en el interior del café oscuro. A continuación levanta la taza, da un sorbo y arruga la cara de una manera que da a entender que el líquido está demasiado caliente o demasiado amargo. Agatha no toca su café, pero sí lo mira y ve reflejada su propia silueta en su sedosa superficie negra.

*

Más tarde, esa misma mañana, Jackie Rose recibe la orden de volver a reunirse con su superior. En esta ocasión él se levanta de detrás del escritorio y va hasta la puerta para recibirla y la hace pasar al despacho, guiándola con el brazo. Ella se sienta en la misma silla, pero Warbeck, en lugar de retomar su posición detrás del escritorio, se apoya en el borde. Su bragueta queda aproximadamente a la altura de los ojos de ella.

—Gracias por venir a verme otra vez — dice él, como si ella estuviera haciéndole un favor en lugar de obedecer una orden.

—Ningún problema. De todas maneras hoy me tocaba tarea de escritorio.

Él esboza una sonrisa débil y hace un ruido ambiguo con la garganta, pero luego su actitud se vuelve más seria.

—Escuche, Jackie. Ha ocurrido algo. ¿Ese caso de Debbie McGee? ¿Sabe?

—¿Cheryl Lavery?

—Sí. Me gustaría que le asignara la máxima prioridad.

Es un cambio de rumbo tan repentino que Jackie no está segura de cómo reaccionar.

—No hay ninguna trampa — continúa él. Extiende los brazos en una especie de gesto reconciliatorio—. Estuve pensando en lo que usted decía. Sobre la seguridad de las

mujeres en nuestras calles. Debería ser nuestra prioridad número uno. Y este caso en particular es un buen principio para establecer nuestra posición al respecto.

—Magnífico — responde Jackie—. Estoy totalmente de acuerdo, por supuesto.

—Sí — dice él—. De modo que voy a asignarle más recursos. Quiero que forme un equipo, hoy mismo si es posible, y empiece a hacer preguntas. Vamos a imprimir carteles con la imagen de Cheryl e iniciar una campaña en internet. Y daré una rueda de prensa más tarde. Usted está invitada a hablar, también, si lo desea, pero enfrentarse a esas personas tan espantosas, me refiero a los periodistas, es un auténtico follón. No le conviene perder el tiempo en esas cosas.

—A mí me da lo mismo — contesta Jackie—. Pero, por lo general, preferiría estar en la calle, hablando con la gente, recolectando información.

—Allí es donde reside su talento. Usted es una de las mejores, de hecho. Siempre lo ha sido.

Poco después, Jackie deja la comisaría de policía y sale a la calle.

Apartamentos de lujo

Bastian se gira en la cama. Estira el brazo hacia la cálida hondonada de las sábanas. Había alguien a su lado, que ha dejado una hendidura semejante a un hoyuelo en una cara sonriente.

Ha vuelto a soñar con Laura.

Antes de toparse con Glenda en el club hacía mucho que no pensaba en Laura ni en aquel breve período de su vida. Cuando él y Rebecca volvieron a estar juntos, fue como si el recuerdo de Laura se reprimiera para enfrentarse a su ausencia. Ahora se da cuenta de que piensa en ella todo el tiempo, y los recuerdos no se presentan escalonados, sino todos a la vez. Lo atraviesan como rayos X, revelando las partes tiernas.

A medida que va despertándose, los detalles se desprenden como agua que cae de un cuerpo que sale de una piscina. Recuerda el sonido de su risa y la silueta de sus pechos.

Bastian parpadea a causa del sol radiante que se filtra a través de la abertura de las cortinas y huele a café recién hecho. Las cortinas se abren y el café está en la mesita de noche y Rebecca está de pie a su lado. Bastian se siente culpable por los sueños y las ensoñaciones.

Rebecca parece tensa. Bastian ha empezado a darse cuenta de que ella es una persona profundamente nerviosa. Se preocupa por todo: el trabajo, si se esfuerza lo suficiente o no, si lo está haciendo bien, si realmente les cae bien a sus colegas o si solo fingen que les cae bien. Cuando Bastian la interroga al respecto, a ella no se le ocurre ningún motivo por el que podrían estar fingiendo, aunque en una ocasión confesó que finge todo el tiempo que la gente le cae bien cuando en realidad no es así, de modo que es lógico suponer que otros hacen lo mismo.

Le da las gracias por el café, extiende el brazo para cogerlo

y acuna la taza caliente entre las manos hasta que se ha enfriado lo bastante como para darle un sorbo. La mira vestirse. Rebecca va y viene entre el dormitorio y el baño para luego pasar a la sala y a la cocina. Bastian oye el pitido de la tostadora y Rebecca regresa al dormitorio con una tostada untada con mantequilla entre los dientes y la sostiene de esa manera mientras se para sobre un solo pie y mete el otro en un par de medias negras.

Bastian piensa que las medias son extrañas y se lo dice a Rebecca. A continuación, añade:

—¿No es raro que los hombres y las mujeres se pongan ropa diferente?

—¿Raro cómo?

—Es extraño, nada más. Es decir, es una de esas cosas a las que te acostumbras tanto que no se te ocurre cuestionarlas, pero luego hay ocasiones, por ejemplo, ahora, cuando te veo ponerte esas medias, en que te das cuenta de que es bastante estrambótico.

—Podrías decir lo mismo de cualquier cosa — responde Rebecca. A veces es difícil descifrar su expresión y decidir si algo le parece gracioso o exasperante. En esta ocasión, él sospecha que se cumplen ambas cosas—. ¿A ti te gustaría ponerte ropa de mujer, Bastian?

—No particularmente. Parece un poco incómoda. En especial las medias. Pero me parece extraño que no pueda hacerlo. O, mejor dicho, sí que puedo hacerlo, pero se percibiría como una declaración dramática sobre mi identidad cuando en realidad, si piensas en ello, ¿por qué debería tener importancia para nadie?

—Qué radical te has puesto. — Esta vez ella está burlándose de él, pero él cree que lo hace de manera amistosa. Vuelve a la cocina y Bastian oye cómo vierte un poco de café de la cafetera en su termo y enrosca la tapa.

Rebecca trata de llegar al trabajo a las ocho en punto cada mañana, mientras que Bastian no empieza hasta las nueve, motivo por el cual ella se levanta más temprano y suele salir de casa antes de que él se haya vestido. Le lleva una taza de café y él se sienta un rato en la cama que comparten y lo bebe

a sorbos.

—¿Te gustaría ir al cine esta noche? — dice él en voz lo bastante alta como para que llegue a la otra habitación.

Rebecca no responde inmediatamente, sino que asoma la cabeza en el dormitorio y dice:

—Me encantaría, pero tengo que trabajar hasta tarde hoy.

Bastian asiente.

—Lo siento — continúa ella—. Pero sabes lo ocupada que estoy.

—Sí, no hay problema.

Ella va a la sala para reunir sus cosas. Bastian vuelve la atención a su café y mira la taza, ya casi vacía, a excepción de una capa de líquido color tierra y unos gránulos sueltos.

Rebecca trabaja mucho últimamente. Dentro de poco tendrá lugar una subasta importante en la empresa donde trabaja y tiene que estar todo dispuesto para exhibir las antigüedades, hay que tomar fotografías en alta resolución y redactar descripciones precisas de los artículos. Si se equivocan en algo, los pueden demandar, de modo que deben revisar y volver a revisar cada frase.

Rebecca se marcha poco después. Le grita desde el vestíbulo para informarle de que se va y decirle adiós, pero no vuelve a verlo. Él considera la posibilidad de levantarse para saludarla con la mano, pero no lo hace. Luego saca su teléfono. Se le ocurre averiguar si Milo o Alexander están libres, pero entonces piensa en Glenda.

Bastian y Glenda se han encontrado unas cuantas veces en los últimos meses. Jamás fueron verdaderos amigos en la universidad, solo se conocían un poco a través de Laura, pero después de toparse con ella en el club, Bastian volvió a contactarla. Tras intercambiarse algunos mensajes, y al darse cuenta de que sus trabajos estaban separados por apenas dos manzanas, decidieron cenar juntos una noche en una pizzería que se había inaugurado hacía poco.

El restaurante estaba lleno y el camarero hizo una mueca de desagrado cuando le informaron de que no habían hecho reserva, pero se las arregló para encontrarles sitio en el fondo.

Al principio de la velada, Glenda le preguntó a Bastian por

Rebecca y él sintió que se ruborizaba. Glenda parecía confundida. Bastian respondió con una evasiva para hacer avanzar la conversación. Dijo que Rebecca estaba bien y luego mencionó que su trabajo la tenía muy ocupada y que últimamente tenía que quedarse en la oficina hasta tarde varias noches de la semana.

—¿Dónde trabaja?

Bastian se lo contó. Glenda parecía interesada.

—Ah, sí, conozco a otra persona que trabaja en la misma empresa. Dicen que las subastas pueden ser realmente emocionantes, aunque ellos no tengan nada en juego. Es decir, ellos mismos no van a comprar nada y su participación en la venta es tan solo tangencial, pero aun así se dejan llevar por la excitación. Es decir, de pronto alguien suelta un millón por una estantería de doscientos años. ¡Bam! — Le dio un golpe a la mesa con la mano.

—Me parece que Rebecca no participa mucho en las subastas. Mayormente trabaja con clientes, verificando lo que tienen. Comprobando si es real o falso.

Cuando llegó la pizza, el camarero hizo algunos aspavientos con la pimienta negra y Glenda pidió aceite de guindilla en los jalapeños. El camarero enarcó las cejas, pero obedeció. Hubo unos minutos de silencio durante los cuales los dos se centraron en lo que estaban comiendo y luego Glenda dijo:

—Vosotros dos debéis de llevar bastante tiempo juntos. Aparte de la interrupción en el medio.

Bastian terminó de masticar el bocado de pizza y lo tragó. Dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato y se limpió la boca con una servilleta de papel. Tenía que alcanzar un determinado nivel de compostura antes de tener esa conversación con Glenda.

—Hablando de la interrupción en el medio — continuó ella —, el otro día estuve charlando con Laura.

—¿En serio? — Bastian trató de sonar desinteresado.

—Sí, pero no hablamos de ti. — Lo dijo como si él se lo hubiera preguntado, lo que no era el caso.

—No pensaba que hablaríais de mí.

—Pero sí lo habríamos hecho hace un año.

—¿En serio? — Esta vez no pudo sonar desinteresado.

—Oh, sí. Le costó bastante olvidarte.

Glenda levantó la mirada de su plato y observó la reacción de Bastian. No tenía idea de qué aspecto presentaba su cara para ella, pero sí podía sentir que se le aceleraba el pulso y que estaba parpadeando más de lo habitual. No había supuesto que Laura tardaría nada en olvidarlo. No tenía la menor idea de que, por parte de ella, hubiera habido nada que superar. Él mismo era en parte consciente, y eso había empezado en los últimos tiempos, de que sus propios sentimientos por ella habían sido fuertes. Y aún no se sentía capaz de pensar en ello durante más de cinco segundos, mucho menos expresarlo en voz alta. Siempre había pensado que ella era casi inmune a cualquier clase de vulnerabilidad.

Sopesó la idea de confiar en Glenda. De confesarle que pensaba mucho en su amiga. Consideró intentar explicarle las diversas maneras en que varios aspectos de Laura habían empezado a filtrarse en su rutina cotidiana. Cuando se lavaba los dientes pensaba en la manera en que ella se ponía a su lado y se lavaba los suyos. Recordaba la peculiar intensidad de su expresión mientras se los cepillaba. Todavía conservaba una camiseta blanca de algodón que ella se había puesto un par de veces y que era lisa, con excepción de un pequeño logotipo negro en la manga derecha. Le venía a la mente la imagen de ella con la camiseta puesta, sentada junto a la ventana abierta en las tardes calurosas. Esa prenda no había supuesto un problema antes, pero desde la noche que se topó con Glenda, no podía mirarla sin acordarse de Laura. Tuvo que hacer una bola con la camiseta y meterla en el fondo de su armario, como si estuviera escondiendo un producto de contrabando.

En lugar de hablar claramente del tiempo que había pasado con Laura o del tiempo que llevaba pensando en ella desde entonces, le preguntó a Glenda cómo estaba.

—Está bien. Pero odia su trabajo.

—¿Dónde trabaja?

—En una especie de organización caritativa. La tratan como a una mierda y al mismo tiempo no paran de decirle lo agradecida que tendría que estar por trabajar en un entorno

tan amable, y en el hecho de que están haciendo algo realmente maravilloso pagándole un salario por su tiempo en vez de obligarla a dedicar su tiempo gratis. Quiere marcharse de allí lo antes posible.

—¿Qué quiere hacer?

—No creo que sea exigente al respecto. Me parece que en un mundo ideal estaría trabajando en una campaña política importante con alguien realmente asombroso en el que crea. ¿Pero cómo diablos va a encontrar algo así? Y, ya sabes, ¿cuánta gente consigue un trabajo que le gusta?

—¿Pero trabajar en beneficencia no es algo parecido? Quiero decir, ¿no está colaborando con una buena causa?

Glenda lo miró como si él acabara de vomitar.

—En realidad no es así — le explicó en voz baja, como si estuviera tan avergonzada por lo que él acababa de decir que no quería que los de las mesas cercanas oyeran cómo lo corregía—. La caridad es reaccionaria por naturaleza, ¿no? Hace recaer la responsabilidad en el individuo en lugar del colectivo. Se basa en que determinados individuos disponen de una renta enorme. A mí me parece que Laura preferiría buscar soluciones políticas para los problemas del mundo, no caritativas.

—Ah, claro — respondió Bastian.

—¿Eres feliz con Rebecca?

—¿Qué? — Bastian empezó a preguntarse si Glenda estaría borracha.

—Estaba pensando en por qué me llamaste. Tal vez buscabas una manera de volver a ponerte en contacto con Laura.

—No — se apresuró a responder él—. Para nada. Soy muy feliz con Rebecca, en serio. No es una relación perfecta, ¿pero hay alguna que lo sea? Nos entendemos, Rebecca y yo. Tenemos mucho en común.

—Venís del mismo sitio — señaló Glenda.

—¿Sí? Ella es de Berkshire.

—No, quiero decir del mismo nivel. Social y económico.

—Ah, sí. — Volvió a sentir que su rostro se ruborizaba.

—Aunque siempre pensé que eras mucho más interesante

que los otros. Quiero decir que claro que me quedé bastante sorprendida de que tú y Laura os liarais, pero no tan sorprendida como me habría quedado si se hubiera tratado de Milo Chelmsford o Alexander Garnick. ¿Sigues en contacto con ese grupo?

—En cierta forma. Sí, un poco. Vamos de copas a veces. ¿Por qué?

—Porque sí. — Pinchó el borde de la pizza con un cuchillo dentado—. ¿Recuerdas la fiesta del veintiún cumpleaños de Milo?

—Sí. ¿Por qué? No sabía que habías estado.

—Yo era una de las encargadas del *catering* .

—Ah — respondió Bastian. No sabía qué más decir.

Ella esbozó una sonrisa débil, casi sarcástica, sin mostrar los dientes. Bastian no alcanzaba a entender cuál era su motivación y su compañía le resultaba un poco perturbadora. Glenda era muy directa, pero se las arreglaba para expresar sus comentarios hirientes con tan buen humor que era difícil decir si hablaba en serio o no. Bastian rellenó las copas de vino y luego las de agua. A continuación volvió a centrarse en la pizza. Unas cuantas copas de vino más tarde encontraron temas de conversación que no inquietaron a Bastian y empezaron a disfrutar realmente del encuentro.

Congeniaron más de lo que Bastian esperaba y volvieron a verse, primero una vez más, luego con bastante regularidad. Nunca le miente a Rebecca al respecto, en un sentido estricto. Le dice que ha tomado una copa con «gente del trabajo», lo que es en parte cierto, pero jamás entra en detalles. En realidad no hay nada de malo en ir de copas con Glenda, pero por alguna razón no está seguro de que Rebecca lo interprete de la misma manera. Rebecca es bastante celosa y él se dice que no quiere causarle ninguna inquietud innecesaria. Si fuera más sincero consigo mismo, tal vez se daría cuenta de que en realidad lo que no quiere es causarse a sí mismo ninguna complicación innecesaria. La vida con Rebecca es fácil y mayormente satisfactoria. Piensa en Laura, sí, pero logra convencerse de que no es distinto de pensar en las mujeres atractivas en general lo que obviamente es algo natural y

normal, pero que no conviene discutir con Rebecca. Está seguro de que Rebecca también piensa en hombres atractivos. De hecho, así lo espera.

*

Bastian termina la taza de café y se levanta de la cama. Lleva la taza vacía a la cocina y la coloca en el estante superior del lavavajillas. A continuación se ducha, se viste y se dirige al trabajo.

Se encuentra con su padre en la oficina.

—He pedido un coche — le dice Tobias cuando llega.

—Son quince minutos andando, como mucho. ¿No podemos ir a pie?

Tobias accede y Bastian lo observa mientras saca el teléfono y con un movimiento inseguro del pulgar abre la aplicación del servicio de coches que Bastian le descargó recientemente. Da unos golpecitos a la pantalla, tratando de cancelar el vehículo que ha reservado y, como la aplicación no responde, la golpea con más fuerza.

—Condenado trasto — dice.

Bastian le quita el teléfono, lo hace y le devuelve el dispositivo. Mira su propio teléfono para volver a asegurarse de cuál es el mejor recorrido y descubre que el tiempo estimado de caminata es de veinticuatro minutos, aunque no piensa explicarle a su padre que su destino está más lejos de lo que le había dicho. Tobias Elton come demasiada carne roja, bebe demasiado vino tinto y no hace nada de ejercicio. A Bastian le preocupa su salud.

Salen. Bastian camina más lento de lo que lo haría habitualmente.

—¿Has pensado un poco más en la licenciatura? — le pregunta Tobias. En los últimos tiempos Bastian ha considerado vagamente la idea de estudiar abogacía.

—Un poco — responde Bastian—. Está claro que no quiero empezar el próximo año. Pero tal vez el siguiente.

Los dos hombres se quedan en silencio durante un rato. Luego Tobias dice:

—¿Sabes?, no estás para nada obligado a hacerlo. Hay otras funciones que puedes cumplir en la empresa y a mí no me importa si decides utilizar este trabajo como un punto de partida. Puedes obtener experiencia en varias áreas y luego pasar página.

—Sí — responde Bastian—. No sé. El tema de la estrategia me atrae bastante. Me gusta pensar dónde hay que desarrollar algo y qué es lo que hay que hacer. También me agradan las cuestiones legales, pero es todo muy detallado y repetitivo.

—¿Pensabas hacer algo más creativo? En ese caso deberías hablar con tu madre.

—Tal vez. Lo cierto es que me ha invitado a que me aloje con ellos en Nueva York, para ver si hay algo allí que me gustaría hacer, pero no quiero vivir con ella y Jerome.

—Claro — coincide Tobias—. Entiendo por qué no te gustaría hacerlo. Además, ya te has instalado en el piso de Rebecca.

Bastian no responde.

—Todavía tengo la idea de darte tu propio apartamento, ¿sabes? — continúa Tobias—. Cuando esta última serie de pisos en el Soho esté terminada, Agatha Howard me ha dicho que me venderá uno a un precio favorable. Si lo pongo a tu nombre, tú y Rebecca podríais alquilarlo o podríais mudaros allí y alquilar el de ella. Esos ingresos, sumados al interés del fideicomiso de tu abuelo, te proporcionarían la suficiente estabilidad como para correr algunos riesgos.

Bastian se lo agradece a su padre. Luego dice:

—¿Esa es la razón por la que nos reuniremos con Agatha hoy?

—¿Qué? Oh, no, no. Tiene que ver con ese espantoso asunto de las hermanas. Verás, tú crees que no soy más que un notario de escrituras de compraventa con pretensiones, pero en realidad me he tenido que especializar en testamentos.

Bastian sabe que las hermanas de Agatha Howard quieren invalidar el testamento de su padre y llevan años demandándola por varios asuntos. No es habitual que Tobias entre en detalles sobre el pleito en sí, pero menciona a algunas de las personas implicadas, especialmente a las tres hermanas:

Angel, Chelsea y Victoria.

—También quiero presentarte a Agatha. Si decides seguir en este puesto, en algún momento deberías conocerla.

Bastian se da cuenta de que conoce todo tipo de detalles sobre los negocios y las disputas legales de Agatha Howard, pero que jamás ha oído a su padre hablar de ella como persona.

—¿Cómo es? — pregunta.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de su personalidad.

Tobias se echa a reír.

—¿Qué?

—Ya lo verás.

—¿Qué quieres decir?

—Se esfuerza mucho — dice Tobias. Luego vuelve a reír.

Bastian también empieza a reírse, incitado por la estrafalaria respuesta de su padre. Bastian le pregunta a qué se refiere.

—Se cree muy sofisticada, mucho más sofisticada que sus hermanas. Pero, en realidad, no son tan distintas. — Tobias mira a su hijo de soslayo y nota que sigue confundido—. Son muy extravagantes. Todas ellas.

—Bueno — dice Bastian, que sigue inseguro—. Esperaré a verlo.

El camino los lleva por el Soho, a lo largo de Old Compton Street. Bastian no lo había pensado cuando sugirió que fueran a pie. Hay *sex shops* y bares gais, y hombres abrazados en las terrazas, mirando a los transeúntes. De pronto se siente alarmado por la posibilidad de que la gente piense que él y su padre son una pareja, y por un momento intenta figurarse cuál sería la mejor manera de ofrecer la imagen de una relación filial, hasta que se dice a sí mismo que no sea tan ridículo.

Entonces pasan delante del club y Bastian recuerda la habitación que encontró en la planta superior llena de catres. Ya le contó a su padre lo que vio esa noche. Había supuesto que su padre — o cualquier otra persona a quien se lo pudiera haber dicho— pensaría que había sufrido una alucinación, y por ese motivo era reacio a mencionar el incidente. Al

principio intentó olvidarlo. Pero el recuerdo no se quedó quieto ni se redujo gradualmente. Por el contrario, empezó a respirar en su interior y a buscar otros recuerdos a los que pudiera aferrarse, como la hiedra entre una hilera de árboles. Bastian se lo topaba en lugares inesperados o, en realidad, se le presentaba cuando estaba pensando en cosas totalmente diferentes y no relacionadas con eso. Estaba en la tienda de la esquina y veía una caja de guantes de limpieza y pensaba en el par que llevaba la mujer. Iba a comprar equipamiento de camping y recordaba los catres, dispuestos unos al lado de los otros. Incluso ocurría lo mismo con las cajas de comida para llevar o con determinada clase de moqueta de aspecto industrial. Y cada vez que leía algo en internet sobre personas desplazadas o inmigrantes ilegales, pensaba en esa habitación.

Por fin, Bastian se lo contó a su padre. Lo hizo un par de meses atrás y la reacción de Tobias fue extraña.

—¿Cuándo fue esto? — preguntó.

Bastian buscó la fecha precisa en su memoria.

—A finales de junio — dijo—. No puedo ser más preciso sin revisar mis mensajes de texto, pero si hace falta, lo hago.

—No, no, era solo curiosidad.

—Lo mencioné porque me pareció probable que Agatha Howard fuera la propietaria del edificio.

—Lo es.

—Y era algo muy raro, en serio. ¿Tienes idea de qué puede haber sido?

—A mí me suena a que tienen gente del servicio doméstico viviendo allí.

—Claro. Bueno, eh… Eso no es habitual, ¿verdad?

—No sé si es habitual o no, pero desde luego es ilegal.

—Sí, a mí tampoco me pareció muy correcto.

—Hablaré con Agatha al respecto la próxima vez que la vea.

En ese punto la conversación terminó. Bastian se pregunta si eso es lo que su padre discutirá con Agatha Howard hoy. Sea como sea, está bastante convencido de haber cumplido con cualquier deber que pudiera haber tenido de informar de lo que había visto, fuera lo que fuera.

Cruzan Regent Street hacia Mayfair y llegan al club antes

que Agatha. Bastian espera en el vestíbulo mientras su padre encuentra una mesa apropiada en la que recibir a su invitada. Bastian se instala en una silla antigua, incómoda y chirriante, y saca su teléfono. Glenda ha respondido a su mensaje.

> No estoy libre pero me encantaría verte! Voy a cenar con mi amigo Lorenzo (creo que ya le conoces) y dice que le parece bien que vengas. Quedamos en el Behn a tomar una copa y luego vamos juntos al restaurante. Se llama Festín y suena… interesante…

Le ha enviado un par de reseñas y Bastian las lee. Suena estrambótico. El Festín consiste en una sola mesa larga situada en un teatro abandonado del Soho. Todos los presentes se sientan en bancos y comen cortes de carne de un animal que se ha cocinado lentamente durante horas. El sitio de la mesa en el que te sientas influye tanto en el precio como en el corte de carne que te sirven. Se supone que remeda una costumbre histórica según la cual tu clase social determinaba qué parte del animal recibías y en qué momento. En este caso, en lugar de que el factor decisivo sea la clase social, cada uno paga un precio distinto. Eso significa que uno puede decidir pagar mucho para sentarse en el extremo superior de la mesa y comer solomillo o puede pagar muy poco, sentarse en el extremo inferior y que le sirvan los cortes más baratos. La parte de «emprendimiento social» del concepto consiste en que, al finalizar la cena, personas sin hogar o usuarios de los bancos de alimentos pueden entrar y disfrutar de un sustancioso caldo gratis hecho con los huesos.

Ante los ojos de dios

Precious espera. Hay cinco mujeres delante de ella en la cola de las cajas de autopago. Dos de ellas llevan auriculares y se contonean al ritmo de melodías privadas. Una está leyendo una revista femenina. Hojea páginas con consejos de moda y fotografías indiscretas de famosas sorprendidas. Otras dos están mirando el teléfono, con los ojos atraídos por líneas luminosas e imágenes en movimiento. Ha habido un tiroteo masivo en Estados Unidos y una de las mujeres observa un boletín informativo. Se incluyen vídeos de padres llorando y las declaraciones de un inexpresivo portavoz de la NRA.

Precious lleva una cesta de la compra cargada de cepillos de dientes, pasta dentífrica, jabones y bombas de baño efervescentes. Es su día libre. Lo dedica a hacer ese tipo de tareas: primero esto, luego una visita a su médico de cabecera, luego un poco de descanso. Más tarde habrá una manifestación en la calle delante del edificio y posteriormente tiene que reunirse con una fotoperiodista que se puso en contacto con ella. Es la segunda protesta que han organizado y supone la culminación de meses de campaña. Precious tiene dudas sobre la eficacia de esas actividades, pero algo tienen que hacer.

Un grupo de adolescentes holgazanea, cerca de allí. Se cuentan chistes soeces como si estuvieran compitiendo entre sí. Uno de ellos se siente evidentemente incómodo con el comportamiento de sus colegas y se agita con nerviosismo. Le lanza miradas de inquietud a Precious, como si tuviera miedo de que ella pudiera llamar de inmediato a su madre. Debe de tener el aspecto de esa clase de personas que se ofenden con facilidad.

La cola avanza y Precious se pone delante de una máquina de autopago. Escanea sus artículos uno por uno y luego los deposita a un costado mientras la máquina calcula cuánto

dinero debe. Decide que ha comprado demasiados artículos distintos como para poder acarrearlos sin peligro, de modo que coge una bolsa de plástico. La máquina le pide siete con veintiocho libras. Precious inserta un puñado de monedas en la ranura sin contarlas y la máquina escupe el cambio.

Fuera un viento fresco brinca por la calle. Levanta basura y derrama torrentes del agua que cayó durante el chaparrón de la noche anterior y que se ha acumulado en los toldos de las tiendas. Precious se desata de la cintura las mangas de su delgada sudadera y se la pone. Se la aprieta para ceñir la tela al cuerpo y encorva los hombros. El verano ha llegado a su fin.

La clínica se encuentra en la siguiente calle. Precious tiene una cita con una enfermera para una mamografía de rutina. Es una tarea que la molesta hasta un grado indescriptible, pero al parecer ya ha llegado a esa edad. En diciembre cumplirá cuarenta y dos.

La sala de espera está abarrotada y hay escasez de sillas. Al principio Precious consigue una, pero luego se la cede a un anciano y se apoya contra una pared junto a un tablón de anuncios en el que se exhiben imágenes de dolencias habituales. El anciano que ahora está sentado en su silla le guiña un ojo. Se ha derramado parte del desayuno en la camisa. Precious alcanza a ver una costra de leche y gachas de avena secas. Él vuelve a guiñarle un ojo. Ella mira para otro lado.

Hay mujeres con sus hijos. Una joven madre está tratando de distraer a su bebé para hacerle olvidar su dolor de estómago con un juego de figuras de madera de animales de granja. La vaca y las ovejas no cumplen su cometido. El cerdo funciona un poco mejor, pero el niño no tarda en cansarse de la cola enroscada y la sonrisa llena de dientes del animal y reanuda sus quejidos.

Precious reconoce a una mujer en un rincón, pero no logra ubicarla. Está vestida con prendas discretas y elegantes. Lleva un delicado vestido de lino natural y unos cuantos diamantes en los dedos, en una de las muñecas y en torno al cuello. Están cortados de manera un poco desigual, en ese estilo que está de moda actualmente, como si no fueran diamantes, sino trocitos

de cristal desgastado encontrados en la playa y vendidos en una subasta por miles de libras.

Llaman a Precious para que pase a ver a la enfermera. Su nombre suena oxidado por la megafonía. La P explota y la última sílaba cruje. El apellido sale aspirado. Precious cruza la sala hasta el otro extremo, franquea un par de pesadas puertas batientes y luego avanza por un estrecho pasillo alumbrado por turbias claraboyas. La puerta en la que debe entrar es la última a la derecha. Da unos suaves golpecitos y pasa.

—Buenos días.

—Buenos días.

La enfermera lee el nombre completo de Precious en la pantalla de su ordenador.

—Sí, soy yo.

La sala es mohosa y cáustica a la vez: una mezcla de detergente de limpieza y cualquiera que sea el aroma que se suponía que debía despedir ese detergente. Huele a un traje de baño que alguien dejó mojado dentro de una bolsa de gimnasia.

Precious se quita el jersey, la camiseta y el sujetador, y coloca las prendas dobladas sobre la silla. La enfermera inicia el examen. Tiene las manos frías. Presiona metódicamente, luego lleva a Precious al mamógrafo y la ayuda a meter los pechos en la abertura. Es un proceso incómodo y desagradable.

La enfermera tiene modales parcos y se niega a hacer contacto visual. Debe de haber leído la historia clínica de Precious y haber llegado a algunas conclusiones, la mayoría de las cuales probablemente sean precisas. Lleva un crucifijo pequeño y plateado en el cuello.

En otro tiempo, Precious era cristiana. Se crio en una iglesia estrictamente evangélica, dirigida por su padrastro, aunque estaba obligada a dirigirse a él como «pastor». Conducía un Rolls Royce y poseía una colección de relojes Rolex. Cuando Precious era pequeña, confundía esas marcas de lujo y se refería al reluciente coche del hombre como un Rolex Royce. Para el pastor, el lujo se correspondía con la devoción. Los ricos heredarían la tierra, y la entrada al cielo se compraba y se vendía. Alentaba a su grey a interesarse en el progreso

material tanto como en los asuntos referidos al alma inmortal y prometía asistencia a cambio de sustanciosas donaciones a la iglesia. A medida que fue creciendo, Precious fue desilusionándose poco a poco, aunque el resto de la familia estaba completamente embaucada. Ese fue el motivo de la pelea.

Una vez terminada la prueba, Precious vuelve a vestirse y sale a la fuerte luz del sol. En la salida, ve al anciano que guiña el ojo. Resulta que tenía un tic y no estaba intentando coquetear con ella. Ha salido del médico con un parche y su aspecto es mucho más distinguido.

Precious se detiene en el mercadillo. Hay tenderetes de ropa, vinilos de segunda mano, queso y *chutney* , y un par de puestos de frutas y verduras que llevan en ese sitio desde que Precious tiene memoria. Se dirige a uno de ellos y considera la posibilidad de comprar una piña. Sería bonito tenerla en el apartamento, aunque nunca llegue a comérsela. La gente compra flores para decorar las casas; entonces, ¿por qué no una fruta? Coge una piña del cajón y la inspecciona en busca de golpes, la gira hacia un lado y hacia otro y luego se la lleva a la nariz. Huele a miel y musgo. Satisfecha, se la pasa al verdulero. Mientras él mete la piña en una bolsa de papel marrón, ella planifica su comida. Preparará un curri y utilizará la piña. Le pide al hombre que aguarde un poco y recoge más ingredientes frescos: brócoli, cebollas, jengibre, guindillas. Tiene masas especiales para decorar tartas en la nevera y especias en frascos. Quiere algo picante. Algo que le acelere el pulso y que le haga arder los párpados. Algo que la ponga de humor para una pelea y que la mantenga en pie toda la tarde.

Le entrega al verdulero cada artículo adicional y él los envuelve en bolsas de papel marrón. Paga y camina desde el mercado hasta su casa con dos bolsas de la compra llenas en cada mano. Las asas le dejan surcos rojos en los dedos y siente el peso en los codos y en las muñecas. A veces se da cuenta de que está encorvando la columna vertebral y corrige la postura. La acción le recuerda las quejas de una madre, muy remota, y de una abuela, muy remota, posiblemente fallecida.

La perspectiva de la protesta de la tarde la pone intranquila.

La primera, un mes atrás, atrajo a una gran multitud y la atención de los medios, pero a Precious le preocupa que la novedad de su causa ya haya pasado. Durante los últimos días, ha revisado regularmente el pronóstico meteorológico. Se imagina que poca gente querrá acudir si llueve. La agencia meteorológica ha pronosticado sol con nubes intermitentes y la posibilidad de un diluvio a las tres en punto. La manifestación empieza a las dos.

Precious mira el cielo. En ese momento está azul claro, pero hay nubes de tormenta a lo lejos, inmóviles sobre el sudoeste de Londres. Con suerte habrá tiempo suficiente para congregarse, gritar un poco, transmitir el mensaje y entregar folletos antes de que se desate la tormenta. La mayor parte de la organización del acto ha estado a cargo de unos activistas entusiastas que se han implicado en él, pero sigue considerándose responsable de que salga bien. Se siente como si hubiera montado una fiesta y ahora tuviera que esperar, ataviada con sus mejores galas, para ver si viene alguien, si los invitados bailan y si se comen los canapés.

En los últimos meses, la cuestión del prostíbulo ha concitado una atención inesperada. No una sino varias agrupaciones feministas se han hecho eco de la causa, ya sea en apoyo de las trabajadoras del sexo o en apoyo de las «mujeres prostituidas». Las primeras son una selección de personas bienintencionadas que hacen campaña en favor de que conserven sus hogares y continúen ejerciendo su oficio. Las segundas las ven como víctimas de proxenetas, puteros y, a mayor escala, del propio patriarcado, dentro del cual ellas y su cuerpo se convierten involuntariamente en mercancías. Intentaron convencer a Precious y a las otras de que no se prostituyeran y también se confabularon con la policía. Tabitha se acercó a las de este último grupo y les dijo que se fueran a la mierda.

Hubo organizaciones religiosas que también intentaron involucrarse. Aunque tenían un aspecto diferente al de las feministas y usaban palabras distintas, sus objetivos eran más o menos los mismos: Precious y las otras tenían que ser rescatadas y ellos eran los únicos que podían hacerlo. También

hubo muchas discusiones sobre hijas. Todas eran «hijas», «nuestras hijas», «la hija de alguien», «imagínate si fuera tu hija». Precious no tiene hijas, de modo que, presumiblemente, no puede hacer ningún comentario al respecto.

Para Precious la situación se ha vuelto tediosa. Al principio agradecía todo ese apoyo, pero no le gusta tener que justificar cada día su existencia y buena parte de sus decisiones vitales ante varias personas. Precious no es ajena a esos puntos de vista opuestos, pero intenta no hacerles caso. Para ella, no es más que un trabajo. Lo hace por dinero. No le gusta mucho ni lo disfruta, pero tampoco disfrutaba de su empleo anterior, y en su oficio actual al menos no tiene jefes, se queda todo lo que gana, puede tomarse días libres cuando quiere y no tiene que trasladarse de casa al trabajo.

Precious considera que tiene una buena vida. No le molesta su oficio. No es más que sexo, joder. No entiende a qué se debe tanto escándalo. Nunca lo ha entendido. Es algo que haces con partes de tu cuerpo. A veces sienta bien. A veces es un poco incómodo.

Cuando trabajaba en el salón de belleza de Highgate, en una ocasión derramó accidentalmente una cantidad minúscula de cera caliente en la pierna de una clienta importante y, a pesar de haber reconocido su error y de haber pedido disculpas, la clienta le dio una bofetada en la cara. Precious se quejó a la jefa, pero esta tomó partido por la clienta y le quitó una semana de paga. En su oficio actual, cuando un cliente se pone agresivo, Tabitha llama por teléfono a la planta baja y aparecen los seguratas, que se llevan al hombre y lo muelen a patadas.

Precious sabe que esa organización es poco habitual y ella es la única de todo el burdel cuya experiencia se limita solamente a ese sistema. Tabitha ha atravesado situaciones distintas. Antes de mudarse al Soho y retirarse del sexo, trabajó en toda clase de circunstancias espantosas. En una época vivía en Chapeltown, un distrito de Leeds. Tenía un proxeneta, buscaba clientes en la calle, se la pasaban de establecimiento en establecimiento, dormía en condiciones difíciles, perdió a una amiga a manos del Destripador de Yorkshire y a otra a

manos de un hombre que mató a golpes a un par de prostitutas, pero no tantas como para convertirse en una celebridad. Precious no puede ni pensar en las cosas por las que su amiga ha pasado. Nada más lejos de su propia experiencia.

Alrededor de una semana después de recibir la notificación de desahucio, las residentes del burdel se reunieron en el Aphra Behn para discutir los pasos que había que dar. Algunos de los clientes las reconocieron, pero fingieron no hacerlo. Las mujeres les devolvieron el favor. Otros también las reconocieron, pero no se inmutaron y las saludaron como amigas.

Tabitha invitó a una ronda de copas. Precious esperó pacientemente a que llegaran todas, que se contaran y oyeran los cotilleos preliminares, que pusieran las carteras en el suelo y que colgaran las chaquetas en el respaldo de las sillas.

—Estamos aquí reunidas… — empezó a decir.

—Ante los ojos de dios.

Risas.

Precious hizo caso omiso de la interrupción.

—Estamos aquí para discutir algunas cosas muy importantes. Estamos aquí para resolver cómo vamos a proteger tanto nuestro hogar como nuestro modo de vida. Porque en este momento ambas cosas corren peligro. Si no podemos quedarnos en el Soho, ¿qué haremos?

—Nada de jodidos chulos. Ese es el punto principal.

—En efecto, Scarlet. Gracias.

—Hasta ahora hemos solicitado asesoramiento legal y hemos remitido algunas cartas a los propietarios del edificio a través de los abogados. Pero también hemos acatado las modificaciones.

—Temporalmente.

—La mayoría de nosotras hemos aceptado que nos aumentaran el alquiler con la esperanza de que se nos devuelva la diferencia si ganamos el pleito.

—Pero yo ya no puedo seguir pagándolo. No gano lo suficiente para mantenerme. Si sigo así, me conviene conseguirme un trabajo en un supermercado — dijo Scarlet la

Joven.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—¿Y qué podrías hacer en un supermercado? — preguntó otra mujer—. ¿Atender un mostrador de mamadas?

Más risas.

La mujer continuó:

—Recoged los huevos y el beicon, y pasad por detrás del mostrador de la pasta si queréis echar un polvete.

Más risas.

Otra se sumó.

—Estarías muy bien en la sección de embutidos, ¿eh? Especialista en salami, ¿eh? ¿Eh?

Eso generó menos risas.

—Como sea — interrumpió Precious—. Tenemos que replantearnos las cosas. Todas estamos de acuerdo en que ya no podemos seguir pagando esos alquileres y ninguna de nosotras desea un pleito prolongado.

—Muy bien dicho — intervino otra mujer.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Se produjo un silencio. Las mujeres se miraron entre sí, pero ninguna habló.

Entonces una dijo:

—Tengo un cliente que es parlamentario. Podría preguntarle qué podemos hacer.

—Sí, claro.

—¿Qué?

—Cariño, no creo que quiera involucrarse, ¿tú sí?

Se encogió de hombros.

—¿Qué?, ¿crees que llevará el asunto al Parlamento? «Sus señorías, mi puta tiene algunos inconvenientes, llamemos al ejército.»

—Tal vez. No al ejército, pero algo así.

—¿Bromeas? No, cariño, estamos solas en esto. No se trata de una causa glamurosa. Difícilmente vamos a conseguir que Bob Geldof y Bono tomen partido por nosotras.

—Oíd, basta — dijo Precious—. Hablemos en serio, aunque sea un momento.

—Perdón, Precious.

—Perdón, Precious.

—He estado pensando. Y, además, se me acercó una persona, por así decirlo. Una periodista. Una fotoperiodista, en realidad. Que quiere hacer un reportaje sobre nosotras. Por qué nuestro trabajo es mejor que el que tienen otras mujeres, cosas así. Y quiere publicarlo en un periódico importante. No sé, supongo que, como se pondrá de nuestro lado, eso puede beneficiarnos. Está convencida de que un artículo que escribió sobre unos propietarios de pisos de alquiler de Glasgow que eran unos canallas hizo que muchos de ellos se echaran atrás. Tal vez eso sea lo único que necesitamos.

—No lo sé, Precious.

—Sí, y tampoco es que yo quiera aparecer en el periódico, para ser sincera. No todos mis parientes saben lo que hago en Londres.

—No, por supuesto. Le dije eso mismo a esta mujer, que se llama Mona, y contestó que lo suponía y que no tendría ningún problema en que nuestras caras aparecieran tapadas. Y que las fotos serían realmente buenas. De buen gusto, pero también captando nuestro verdadero ser.

—Tal vez hasta sea bueno para los negocios. Anuncios gratis.

—Bueno, es posible — dijo Precious—. Mirad, no digo que yo esté totalmente de acuerdo, pero creo que es una alternativa que podríamos explorar.

Se oyeron murmullos de aprobación y murmullos de disenso, pero en definitiva las demás mujeres se pusieron de acuerdo en que si Precious lo consideraba una buena idea, debía llevarla a cabo.

La fotógrafa también irá a la protesta. Esa es otra de las razones por las que Precious se siente nerviosa. Ella y las demás llevarán máscaras — tanto por seguridad como por cualquier otro motivo—, pero sigue inquietándole la posibilidad de que le saquen una foto y sea de dominio público. La fotógrafa subirá al apartamento y hablará con ella y con Tabitha, además de tomar fotografías del sitio en el que viven. Precious quiere mostrarle a la gente que no son distintas

de nadie.

Precious llega al piso. Hay una entrada trasera para uso personal, de modo que las mujeres no tengan que acceder a través de la puerta principal y cruzarse con los clientes. Se llega a ella por el callejón en el que los restaurantes de la zona almacenan sus contenedores de basura. Cuando los chefs se olvidan de cerrar los candados por la noche, hay vagabundos y zorros que revisan las bolsas negras de plástico en busca de sobras de comida. El resultado es sucio. Se ha caído una caja de una docena de huevos y las yemas y claras partidas forman una red de fiordos pegajosos. Hay hojas de col y pieles de patata. Un par de caracoles se deslizan por el borde de uno de los contenedores grandes y hay avispas arremolinándose en torno a una tarta de limón desechada.

Precious abre la puerta trasera que, en realidad, debería ser una salida de incendios. Es pesada y azul. Alguien ha garabateado sus iniciales con rotulador negro y algún otro las ha tachado y ha añadido las suyas. En el interior hay un vestíbulo oscuro y un húmedo tramo de escaleras de cemento con una barandilla de hierro oxidado sujeta a la pared mediante estacas de hierro. Precious sube el primer tramo de escaleras de dos en dos, luego reduce la velocidad durante el resto del ascenso.

Franquea la puerta acarreando las bolsas y ve a Tabitha en la sala con los pies levantados, leyendo el periódico. Esta mañana, cuando Precious salió, Tabitha estaba limpiando.

—Oh, bien — dice Tabitha cuando ve a Precious—. Estaba a punto de levantarme y poner la tetera, pero ahora puedes hacerlo tú.

—Eres un encanto.

Precious entra en la cocina con las bolsas. Saca los artículos y los coloca primero sobre la encimera y luego dentro del armario y de la nevera, dejando a un lado los ingredientes para el curri. Pone la tetera al fuego, saca del armario la taza favorita de Tabitha y mete una bolsita de té negro.

—¿Quieres ayudarme a cocinar? — grita Precious desde la cocina.

—En realidad no — responde Tabitha, pero poco después

asoma la cabeza por la puerta, entra y se apoya en la encimera.

Precious está pelando la piña. El mango de un cuchillo corto descansa en su mano. La hoja separa las espinas y la cáscara gruesa y leñosa de la carne dorada, y el zumo resbala a lo largo del cuchillo, se derrama sobre su mano y luego pasa a la tabla de cortar.

—¿Sabes que te comen a medida que las comes?

—¿Perdón?

—Las piñas te digieren mientras las digieres. Solo que más lentamente, así que tú ganas. Cuando te metes un pedazo de piña en la boca empieza a digerirte la lengua, el paladar y las encías. Incluso te quita el esmalte de los dientes. Tiene una especie de enzima química o algo así. Y luego, cuando ya la tienes en el estómago, empieza a digerirte el estómago también, solo que el ácido del estómago es más fuerte y actúa más rápido que la piña. Y tú ganas.

Precious no levanta la mirada.

—Un relato aleccionador.

Precious y Tabitha comen en la mesa de la cocina mientras ven un concurso gastronómico en el televisor pequeño adosado a la pared. Discuten sobre a cuál de las dos le iría mejor si participaran en ese programa.

—Lamento tener que decírtelo, Tab, pero perderías tú a causa de tu presentación. Me encanta tu comida y lo sabes. Eres una gran cocinera, pero en este programa tienes que ser sofisticada.

—No, no — responde Tabitha—. Toda esa sofisticación hay que desarrollarla poco a poco. Al principio los enloquecería con sabores potentes y audaces, y luego aprendería a hacer todas esas cositas raras. Los conquistaría a todos. Tú, por otra parte, eres demasiado inconstante. No te ofendas. Quiero decir, a veces tu comida es una absoluta maravilla, mil veces mejor que la mía. Luego, otras veces, no sé, te desconcentras o algo así y ¡bam!, te pasas con las verduras y quemas el pescado. No discutas; sabes a lo que me refiero.

—Oh, ¿en serio? Te gusta bastante esta comida, ¿no?

—Es absolutamente deliciosa. Muchas gracias por hacerla.

Precious bate las pestañas y devora el arroz. Después de un

rato oye un movimiento en el baño.

—¿Hay alguien ahí? — le pregunta a Tabitha. Se levanta para mirar.

—Bueno, Precious, cariño, antes de que te enfades…

—Oh, no me digas que…

—Bueno, podría ser.

—¡Oh, no hablas en serio!

—Tal vez sí.

Precious abre la puerta del baño.

—Oh, por el amor de dios — dice.

En el interior hay un hombre a cuatro patas, fregando el suelo con un cepillo de dientes azul claro. Deja de trabajar cuando Precious abre la puerta y levanta la mirada, con un gesto de entusiasmo y ansiedad.

—¡Miles! — exclama Precious, exasperada.

—Lo lamento — dice Miles desde su posición en el suelo—. Lo lamento mucho.

—No tienes nada que lamentar, cariño. Es esta la que debería lamentarlo. — Precious agita el brazo en dirección a Tabitha.

—Me suplicó que lo dejara — explica Tabitha—. Y, bueno, había que hacerlo, así que pensé, ¿por qué no? Gracias a eso tuve tiempo de dedicarme a otras cosas.

Miles sigue a cuatro patas, disculpándose, rociando detergente, frotando las baldosas del baño con el cepillo de dientes.

—Si te preocupa que esto implique explotar a alguien, he preguntado y todas las personas con quienes he hablado han dicho que si es lo que él quiere, entonces no hay nada de malo en ello.

—No es eso — responde Precious—. No me importa lo más mínimo que lo estemos explotando. Es solo que este es mi día libre.

—Pero eso es lo bonito de todo este asunto, ¿sabes? Tú no tienes que hacer nada. Puedes descansar y Miles nos paga y limpia el apartamento al mismo tiempo.

—Pero no me puedo relajar sabiendo que hay un cliente…

—Pero no es un cliente.

—Pero sigue habiendo un tío ahí dentro haciendo dios sabe qué cosas.

—Está limpiando, nada más — dice Tabitha.

—Sí, pero si eso lo excita, ¿qué más hace?

—Ya le he dicho que, si hace cualquier travesura, lo mando a la mierda.

—Apuesto a que eso le ha encantado.

—Pues sí, en efecto.

Disfrazada

Lorenzo vuelve de la audición y se encuentra a Robert sentado en el escalón que señala la entrada del bloque de apartamentos. Robert tiene la cabeza entre las manos, que están marcadas por cortes irregulares, recubiertos de sangre coagulada y una ligera infección. Hay dos latas vacías de *lager* a su lado. Una está aplastada y parcialmente desgarrada, dejando al descubierto un filoso borde metálico. La otra conserva su forma, pero está apoyada de lado y se desliza hacia delante y hacia atrás a medida que la brisa se cuela en su interior y la empuja en una y otra dirección.

—¿Dónde demonios estabas? — le pregunta Lorenzo—. Hace semanas que no te veo.

Robert levanta la mirada hacia su amigo y luego vuelve a apoyar la cabeza entre las manos.

—Hostia — dice Lorenzo. Vuelve a mirar las latas vacías—. Has empezado temprano.

Se inclina, agarra a Robert de los antebrazos y trata de ayudarlo a incorporarse. Robert es mucho más fornido que él y no consigue levantarlo.

—Me levantaré si me llevas al pub — dice Robert.

—No me parece buena idea. ¿Qué tal si vamos a mi casa y nos tomamos un té? Te prepararé un sándwich de beicon.

—No — dice Robert—. Prefiero quedarme aquí. El pub o nada.

Lorenzo consulta su reloj. El Aphra Behn ya estará abierto. Sabe que no es el mejor plan, pero le molesta mucho cuando algún entrometido priva de alcohol a un borracho solo porque lo está. Además, a Lorenzo también le gustaría tomarse una cerveza.

—Bien — responde—. Pero puedes levantarte solo, cerdo.

Robert se incorpora con un gemido ronco y sacude el cuerpo

como un perro que acaba de salir del agua. Lorenzo capta el olor a cerveza que tiene en la ropa y algo más fuerte en el aliento. Los dos caminan juntos por la calle y luego cogen un atajo lleno de cajones de madera apilados y basura sin recoger. El pub está en la esquina. Con excepción del personal, son los primeros en llegar. Lorenzo aleja a Robert de sus asientos habituales junto a la barra y lo lleva a una mesa en una esquina del salón que tiene dos sillas de roble con apoyabrazos contra ella y una pila de posavasos de cartón con el logotipo de una fábrica de cerveza en la parte superior. Lorenzo se acerca a la barra y pide dos pintas. Se le ocurre, pero solo durante un instante, la idea de no pedir una bebida alcohólica para Robert, después de haber elegido el pub como lugar de encuentro.

Lorenzo lleva las cervezas y se sienta.

—¿Qué hay?

Robert se pasa la manga por la cara como si estuviera limpiándose lágrimas, pero no hay lágrimas ni jamás las ha habido.

—Nada — responde—. Me encuentro perfectamente. — Coge uno de los vasos de cerveza con la mano cortada y se lo lleva a la boca. Le queda espuma en el labio superior después de beber y levanta la manga para volver a pasársela por la cara.

—Bueno, algo anda mal, eso es evidente. Hace varias semanas que no sé de ti. Es inaudito que pases tanto tiempo lejos del pub. Entonces, ¿de qué se trata?

Robert no responde. Mira a su amigo, baja la mirada al vaso de cerveza, luego vuelve a dirigirla a su amigo.

—Parafrasearé la pregunta — dice Lorenzo—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Dónde has estado?

Robert es lo bastante listo para darse cuenta de que esa sigue siendo una pregunta sobre sus sentimientos, solo que disfrazada.

—Me encuentro bien — dice—. En serio, me encuentro bien.

Bebe otro sorbo de cerveza y se endereza en el asiento, lo que hace que Lorenzo se sienta repentina y fugazmente

disminuido. Se ve como un niño y a Robert como un adulto y como una bestia. Piensa: ¿qué hago siendo amigo de este hombre? ¿Qué demonios hago yo, un marica católico de Sri Lanka, aquí sentado bebiendo una cerveza con este matón? ¿Qué sé de él en realidad? ¿Qué cosas ha hecho en la vida? ¿Qué cosas ha visto? En un mundo diferente, o ni siquiera tan diferente, solo en una época diferente, hace apenas unos años, podría haberme apuñalado en la calle o aplastado la cara a golpes o haberme prendido fuego.

Es un sentimiento fugaz y, tan pronto como vuelve a levantar la mirada, ve a un amigo y se siente cómodo. Aguarda la respuesta. Tiene la esperanza de que el silencio estimule a Robert a hablar.

—Al carajo — dice Robert. Se frota la cara con las manos—. Soy un mal hombre, Lorenzo. He hecho cosas malas. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Donald Howard?

—Claro — responde Lorenzo.

—Trabajé para él.

—¿En calidad de qué?

Robert no contesta, pero Lorenzo cree que probablemente puede adivinarlo. Donald Howard tenía muy mala fama en esa zona. La madre y la tía de Lorenzo hablaban de él y de su banda en voz baja, aunque había muerto años antes de que Lorenzo oyera esas historias. Era propietario de varios apartamentos en el mismo edificio en el que vivían y recordaban cómo sus hombres venían a cobrar el alquiler. Más tarde, alguien en la escuela le contó a Lorenzo que cuando la banda de Donald Howard ejecutaba a alguien hacían una máscara mortuoria con su cara. De niño, Lorenzo poseía una imaginación vívida y esta historia le causó pesadillas durante meses.

—¿Sabes cómo me he hecho esto? — pregunta Robert, cambiando de tema. Se señala una cicatriz que tiene en la frente, entre las cejas.

Lorenzo le da a entender que no lo sabe.

—Tenía un tatuaje en ese sitio y me lo hice quitar — explica Robert—. ¿Sabes de qué era el tatuaje?

Lorenzo niega con la cabeza.

—Era una esvástica — dice Robert—. Tenía una esvástica tatuada en la frente.

Lorenzo mira a su amigo sin decir nada. Entonces Robert le pregunta directamente:

—¿Qué opinas de ello?

—Por favor, no me pidas que te responda directamente a esa pregunta, Robert. Es obvio que tenía mis sospechas, pero ahora que lo sé con certeza, por favor, no me pidas que haga un comentario sobre eso. Mejor será que…

—Hice cosas malas — dice Robert.

—Estoy seguro — replica Lorenzo—. Son gajes del oficio, supongo. — Levanta su vaso y bebe un largo trago con objeto de proporcionarle a Robert una excusa para que no diga nada más durante al menos cinco segundos.

—Yo no…, ya no — continúa Robert—. Y, en realidad, nunca he estado metido en eso, ¿sabes? Políticamente. Es solo la gente con la que andaba en esa época, cuando vine a Londres. Las bandas de *hooligans,* todo eso.

Lorenzo asiente.

—Una vez voté a los demócratas liberales — dice.

—¿Eh?

—Nada — responde Lorenzo.

—¿Sabes que Cheryl ha desaparecido?

—¿Quién es Cheryl?

—Ya sabes, Debbie McGee. La que va con ese mago gilipollas.

—¿Paul Daniels y Debbie McGee?

—Sí. Su verdadero nombre es Cheryl. Ha desaparecido.

—No lo sabía. Hace tiempo que no la veo, supongo. En realidad no había pensado en ello.

—La mayoría de la gente tampoco lo haría.

En ese momento, la camarera se acerca a la zona del pub donde se encuentran y se pone a ordenar sillas y posavasos, y a limpiar las partes pegajosas de las mesas que se le han pasado por alto a quienquiera que se suponía que debía limpiarlas la noche anterior.

—Creo que es hija mía.

—¿Quién? ¿Ella? — Lorenzo señala a la camarera con un

gesto.

—¡No! Por todos los diablos, joder. Debbie McGee. Cheryl, quiero decir. Cheryl es hija mía.

—Oh, por dios — se limita a responder Lorenzo.

—Es lo que creo — continúa Robert—. Quiero decir, estoy casi completamente seguro. Lo sé. Lo sé aquí — dice, señalando hacia su caja torácica donde podría estar el corazón.

Los dos hombres se miran a los ojos y luego apartan la mirada. Robert se frota la cara con las manos. Lorenzo echa un vistazo hacia la ventana grasienta y nota que el sol ha reaparecido.

No dice nada más, pero observa atentamente a ese extraño amigo, extraño debido al hecho de su amistad.

—Nunca he hecho nada por ella — dice Robert—. Nada, en realidad. Nunca he hecho nada por ella ni por su madre. Me decía a mí mismo que sí lo hacía. Les pasaba un poco de dinero cada tanto, a veces hacía algunos trabajillos. Las rondaba en ocasiones. Pero en realidad nunca he hecho nada. Gloria, la madre de Cheryl, era una chica con la que salía en aquel entonces. Quiero decir, muchos hombres salían con ella, era despampanante. Pero cuando se quedó embarazada, supe que había sido yo. Lo sabía, a pesar de que ella no. ¿Pero hice algo al respecto? ¿Hice algo para colaborar? Y una mierda. Le tenía cariño a Gloria. Quiero decir, le tenía el máximo cariño que le he tenido a una chica. Tú probablemente utilizarías la palabra «amor», pero bueno, ¿qué importa eso ahora? Y no hice una puta mierda por ella. Y cuando falleció no hice una puta mierda por su hija. Por nuestra hija. Y ahora ha desaparecido, joder.

—Lo siento — dice Lorenzo.

—No hace falta que lo sientas — repone Robert—. Y tampoco tengo que sentirlo yo. Es hora de que haga algo al respecto, joder. Solo que no tengo la menor idea de qué puedo hacer. Y acabo de pasarme los últimos tres meses sentado bebiendo casi hasta matarme como el puto desperdicio de inútil que soy.

—¿Perdón? — Hay una mujer sentada a la mesa situada en el otro extremo del pub. Ni Lorenzo ni Robert la han visto

entrar ni pedir la taza de café que ahora tiene en la mesa delante de ella.

El primer pensamiento de Lorenzo: ¿café en un pub? El primer pensamiento de Robert: me cago en la leche, no habría soltado tantas palabrotas si hubiera sabido que había una dama presente.

—¿Perdón? — vuelve a decir la mujer.

—Eh, ¿sí? — responde Lorenzo.

—Hola, me llamo Mona. Soy fotógrafa. — Saca una cámara que parece cara—. ¿Le molestaría que le hiciera una foto? — Está hablándole a Robert.

—¿Una foto a mí? ¿Por qué una foto a mí? ¡La estrella es él! — Robert señala a Lorenzo, que, avergonzado, hace un gesto para apartar el dedo de su amigo—. Es un actor importante, ¿sabe? Estuvo en el programa aquel.

—Basta, Rab.

La fotógrafa vuelve a dirigirse a Robert.

—No he podido evitar oír parte de la conversación — dice —. ¿Puedo hacerle una foto? Del tatuaje, ya sabe.

Robert deja de sonreír.

—Ah, claro. Bueno, ese no era el tema principal de la conversación. No sigo metido en nada de eso. Me he hecho quitar el tatuaje. No me gusta hablar de ello.

La fotógrafa, Mona, ya ha levantado la cámara a su cara y está tomando fotografías. Se oyen varios chasquidos del obturador.

—No — insiste Robert—. No quiero que esto se sepa. — Hay consternación estampada en su voz y dibujada en su rostro. Al menos Lorenzo sabe que se trata de consternación. Otra persona podría interpretarlo como ira. Robert tiene esa clase de cara que parece proyectar toda emoción como una especie de ira.

Mona, la fotógrafa, deja de pulsar el obturador.

—Oh, lo siento, no me había dado cuenta. Ningún problema, las borraré. Es solo que me pareció una historia interesante, eso es todo. Y usted tiene una cara totalmente fascinante. — Gira la cámara en las manos y presiona algunos botones de la parte trasera. Lorenzo y Robert oyen un pitido y

suponen que las fotos se han borrado.

Robert dice:

—Está bien, cariño. No ha pasado nada.

Mona se marcha del pub. Su café sigue sobre la mesa, intacto.

Lorenzo le dice a Robert que va a salir a fumar, a pesar de que lo dejó hace años y que probablemente Robert lo sabe. Robert asiente y le dice que tomará otra copa mientras espera a que vuelva. Lorenzo coge su abrigo y se lo pone. Abre la puerta de un empujón, la cierra y se aparta un poco del umbral. A través de la ventana alcanza a ver a Robert dirigiéndose a la barra. Gira hacia la calle. El Soho es un lugar concurrido, pero no a niveles insoportables. La actividad de entre semana es diferente de la de los fines de semana. Los peatones se dirigen a destinos específicos. Avanzan rápido y en línea recta. También las bicicletas y los vehículos a motor se desplazan con un propósito definido.

Lorenzo conoce a Robert de toda la vida. Jamás le ha preguntado mucho sobre su pasado, puesto que siempre le ha parecido mejor ignorarlo. Su madre y sus tías a veces hacían comentarios sobre su vecino, pero últimamente deben de haber llegado a la conclusión de que no suponía ningún peligro; de otra manera no habrían permitido que Lorenzo se juntara con él. Lorenzo ya había adivinado que Robert era un tipo un poco complicado y que había hecho algunas cosas turbias. Sabía que había estado en la cárcel años atrás. Pero esto...

Lorenzo siempre le otorga el beneficio de la duda a cierta clase de hombres. Ahora se da cuenta de que lo hace con la clase de hombres que fundamentalmente lo aterrorizan y que eso siempre ha sido así. Y, al mismo tiempo, esa es justo la clase de hombres que él hace lo imposible por justificar.

Tal vez Lorenzo es como ese hombre de la película de Herzog que se iba a vivir con los osos *grizzly* en la espesura de Alaska durante varios meses cada año, creyendo que eran bondadosos, cordiales, dóciles, o pensando que lo querían tanto que estaban dispuestos a abandonar su propia naturaleza. Hasta que, un día, se lo comieron.

Lorenzo vuelve a mirar al interior del pub. Robert está

sentado a la mesa otra vez, con una pinta para sí mismo y otra para Lorenzo. Lorenzo gira y se marcha por la calle.

Nada parecido a Harry Potter

El hombre al que llaman Paul Daniels está sentado en el sótano oscuro con la espalda contra la pared. Está ligeramente alejado del resto del grupo. Las sombras le oscurecen los rasgos, la expresión y la dirección de su mirada. Si los otros lo vieran claramente o si estuvieran lo bastante interesados como para observarlo, notarían que tiene el ceño fruncido y la atención centrada en el Arzobispo. Este último se encuentra en su sitio acostumbrado: una silla, un trono, casi, construido con palés de madera rellenados con mantas andrajosas y cojines manchados. Está dormido y la corona que lleva sobre la cabeza se ha ladeado, aunque sigue firmemente clavada en su sitio, como si se la hubieran encasquetado en la frente, hasta las orejas, haciendo fuerza con dos manos.

El Arzobispo dormita lanzando fuertes ronquidos. Sus labios correosos vibran como los de un caballo con cada exhalación y una neblina de saliva se derrama sobre la pechera de su bata. En ocasiones se retuerce como reacción a un sueño inquietante y, con menos frecuencia, grita, a veces algo infantil, a veces algo sin sentido, a veces algo obsceno.

A los del grupo que están sentados lejos de Paul Daniels, Paul Daniels debe de parecerles callado, estático, pero si estuvieran situados un poco más cerca, percibirían un murmullo grave, casi, pero no del todo, imperceptible. Mira dormir al Arzobispo y murmura para sus adentros. Las murmuraciones de Paul Daniels giran en torno al prelado durmiente y a la corona que lleva en la cabeza.

Cuando encontraron la corona, tenía una costra de tierra y, en algunos sitios, estaba oxidada. Ahora está un poco menos sucia, puesto que la han enjuagado en un cubo y la han utilizado, pero para nada inmaculada.

Paul Daniels considera que si la corona estuviera en su

posesión, la tendría resplandeciente. La cuidaría como es debido, se la colocaría como es debido y la llevaría a la joyería de Piccadilly Arcade para obtener una tasación correcta de su valor.

No. No a esa puñetera joyería. Tal vez sería mejor llevarla a los anticuarios de las calles de Bloomsbury, cerca del gran museo. Pero estos también podrían ser unos bribones. De hecho, lo más probable es que lo sean. No le harían una valoración justa. La tasarían a un valor inferior al real con la esperanza de reducir el precio. Querrían comprársela por mucho menos de lo que vale. Con solo echarle un vistazo a él pensarían que podrían salirse con la suya. Intentarían quitársela a cambio de una fracción de su valor real y venderla en una subasta a algún oligarca ruso o caudillo africano o príncipe árabe y ganarían millones — miles de millones, probablemente— y Paul Daniels no recibiría nada.

Al carajo con los anticuarios. La llevará al museo directamente. Ellos la querrán. Tienen de todo ahí dentro. Estuvo una vez, hace años. Había estatuas y cuadros y joyas y tumbas y reliquias y espadas y armaduras. Las espadas y las armaduras le gustaron especialmente y se imaginó utilizándolas, lanzándose al combate y cortando cabezas.

Llevaría la corona al museo y ellos se pondrían fueran de sí. Se pelearían para alabarla y alabarlo a él por ser la persona lista que la encontró. Y le pagarían millones — tal vez miles de millones— de libras por ella y la guardarían bajo llave en una vitrina situada en un lugar importante.

Salvo que no. Algo fallaba en ese plan. El hombre al que llamaban Paul Daniels no creía haber oído jamás de un museo que le hubiera pagado a alguien — a cualquiera— miles de millones de libras por algo.

Y, por otra parte, si recurría a esa clase de canales oficiales, ¿quién podría asegurar que no surgirían molestos obstáculos legales? ¿Quién podría asegurar que no aparecería algún viejo entrometido que hiciera preguntas groseras sobre dónde había encontrado la corona y cuándo? Y tal vez luego habría preguntas todavía más indiscretas acerca de con quién estaba y quién era el propietario del terreno donde la había encontrado.

En lo que respectaba a Paul Daniels, las cosas son de quien las encuentra.

Paul Daniels buscará a algún enterado que pueda sacarla del país y llevársela directamente a algún príncipe árabe o caudillo africano u oligarca ruso o mafioso sudamericano. O, mejor aún, lo hará él mismo. Analizará la situación y buscará compradores adecuados. Lo único que tiene que hacer ahora es tomar posesión de la propia corona, pero, por desgracia, todavía sigue firmemente encajada en la cabeza de otro hombre. El Arzobispo ha adoptado la costumbre de llevarla puesta vaya donde vaya, día y noche.

—¡Maldito seas, Arzobispo! ¡Que dios te maldiga!

Paul Daniels está de pie, gritando. Apunta al viejo con un dedo.

—¡Que dios te maldiga y te mande al infierno!

El viejo se despierta sobresaltado. Ve a Paul Daniels de pie encima de él e instintivamente se lleva una mano a la corona. Luego le muestra los dientes a Paul Daniels y emite un gruñido grave.

Un golpe en la puerta impide el recrudecimiento de las hostilidades. Nadie llama a la puerta jamás. La gente, o bien vive aquí, de modo que entra directamente, o no tiene ninguna razón ni inclinación por ir. Sea como sea, nunca hay golpes.

Alguien se levanta y se sube a una silla para poder mirar a través de la rejilla entre el sótano y la acera. Esa persona, impactada, vuelve la mirada hacia el Arzobispo.

—La policía.

—Al carajo — dice Paul Daniels. Recoge sus escasas pertenencias y se esfuma en la sala contigua o, mejor dicho, al otro lado del viejo telón de teatro que han colgado para dividir el espacio en salas.

El Arzobispo se incorpora lentamente, con la corona todavía en la cabeza. Se dirige a la escalera que lleva a la trampilla que llaman puerta, la abre y sale a la acera, donde se encuentra cara a cara con dos mujeres policías.

Están buscando al hombre que se ha ocultado detrás del telón.

—Hace varias semanas que no duerme aquí — les explica el

Arzobispo—. Si vuelve, le diré que ustedes han pasado.

—Es sobre la desaparición de Cheryl Lavery.

—Sí, sí, todos lo sabemos. Por eso no ha venido por aquí. ¿Es que no saben nada?

—¿A qué se refiere?

—Ha ido a buscarla, ¿entienden?

—¿Lo ha conseguido?

El Arzobispo se encoge de hombros como un dibujo animado.

—Según nuestros registros, la desaparición ha sido denunciada por un tal Richard Scarcroft, que dio esta dirección como su domicilio. ¿Se encuentra aquí?

—Jamás he oído hablar de ese hombre.

Cuando la agente de policía Rose y la agente de policía Granger salen del edificio las aborda un hombre de contextura mediana, pelo largo y barba enmarañada.

Se presenta como Richard Scarcroft y a continuación pregunta:

—¿Es por la mujer? ¿La mujer Debbie McGee?

—Cheryl Lavery. Así es.

—Habéis tardado bastante. Lleva meses desaparecida.

—Se han asignado más recursos al caso. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Sí, pero aquí no. Cualquier excusa es buena para salir de esta pocilga.

Lo llevan a la comisaría de policía, lo hacen pasar a una sala de interrogatorios y le sirven agua y una taza de té.

—Casi no la conocía, para ser sincero. Trato de no meterme con nadie en ese sitio. Estoy allí solo porque no tengo alternativa. Son todos unos chiflados que siguen a ese Arzobispo por todas partes como si fuera el líder de una especie de secta. Y ese Paul Daniels es el peor de todos. En cualquier caso, cuando su parienta desapareció nadie lo denunció ni nada, así que se me ocurrió hacerlo yo, a pesar de que creo que jamás he hablado con ella. De todas maneras, no está bien, ¿verdad? El hecho de que sea una yonqui no significa que no importe, ¿verdad? Esa pobre chica no tiene a

nadie que la cuide. Su hombre se ha vuelto loco desde que desapareció, pero tampoco es que haya hecho nada *útil* al respecto. Lo único que ha hecho es ir por ahí y poner el grito en el cielo. ¿Tenéis un cigarrillo?

—Me temo que aquí no se puede fumar.

—¿Hablas en serio?

—Sí, señor Scarcroft, lo siento. Dígame, ¿notó algo sospechoso en los días o semanas previos a su desaparición? ¿La vio hablando con algún desconocido? ¿Fue alguien a visitarla?

—Como ya he dicho, no la conocía, y sinceramente no recuerdo haber hablado jamás con ella. Pero en cuanto a si tuvo contacto con algún rarito, bueno, no hay gente mucho más rara que el mago ese. Está totalmente chalado. Y, bueno, ella estaba todo el tiempo con él, ¿no? Si le ha pasado algo malo, él es el hombre al que buscáis. Tal vez le hacían falta algunas monedas. En serio, ese viejo vendería a su propia abuela, no digamos ya a su parienta.

—¿Venderla cómo?

—Ya sabéis a qué me refiero. Es el Soho, por el amor de dios.

—¿Se refiere a que Paul Daniels, perdón, Kevin Metcalfe, era su proxeneta?

—Probablemente. Venían tipos todo el tiempo.

—Dígame, de esos hombres que venían todo el tiempo, ¿había alguno que lo hiciera con una frecuencia particular? ¿O alguno que llamara la atención por algún motivo?

—No, en realidad — responde—. Aunque, hum, déjame pensar…

Se bebe de un solo trago el resto del líquido marrón y permite que lo que se le derrama por las comisuras de la boca le chorree por el mentón y se le filtre por la barba.

—¿Tenéis más té? ¿Y algunas galletas?

Le llevan más té y una lata de galletas. Escoge un par de mantequilla y mermelada de frambuesa y una de crema pastelera y las dispone sobre la mesa junto a la taza.

—Había uno que sí venía con bastante regularidad. Y lo recuerdo porque parecía un tío legal, es decir, no un loco de

remate, y estaba claro que tenía un domicilio fijo y todo eso, así que me acuerdo de él porque siempre me pareció raro que viniera a verla, ¿entendéis lo que os digo? Era una verdadera asquerosa. Tal vez a algunos les va eso. Hay gente para todo.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—No. Nunca lo supe. Como ya he dicho, comparto un sótano con esa gente, pero no me detengo a charlar con ellos si puedo evitarlo.

—Lo entiendo. ¿Pero recuerda qué aspecto tenía? ¿Tiene alguna idea de dónde podríamos encontrarlo?

—Intentadlo en el pub de la vuelta de la esquina. El Aphra Behn. Lo veo allí muchas veces. En cuanto a su aspecto, no lo sé. Unos sesenta y cinco años. Un tío grande pero fornido, ya sabéis, no gordo. Da la impresión de que sabe defenderse. Calvo. Y tenía una cicatriz rara en la frente. Como Harry Potter. Solo que nada parecido a Harry Potter.

Poco después, dos agentes de policía se presentan en el Aphra Behn. Encuentran a un hombre sentado en la barra que encaja con la descripción. Les resulta fácil convencerlo de que los acompañe a la comisaría de policía. Como si en cierto sentido estuviera esperando que llegaran. De camino a la puerta, empieza a confesar.

—Es culpa mía, es culpa mía — chilla. Una vez dentro de la comisaría, su angustia se transforma en furia—. Es culpa mía, es culpa mía — aúlla, aunque se niega a decir qué cosa es culpa suya. Vuelca una mesa y tres agentes lo derriban al suelo, luego lo arrestan y lo meten en una celda, hasta que se le pase la borrachera.

Jackie investiga los antecedentes del hombre al que han cogido. Es bastante fácil sacarle su nombre. Robert Kerr. Agresión con agravantes. Lesiones graves. Robo. Cinco años en Wormwood Scrubs. Nada en el registro después de su salida de prisión, y eso fue treinta años atrás, pero es bastante para empezar.

Delgado como el papel

Agatha no sabe por qué accede a encontrarse con su abogado en las tibias heces del poder imperial británico. Tobias la ha invitado a su club, que es una organización para hombres de su clase. Escoge esos sitios para humillarla; en todos los otros aspectos se requiere de él que sea servil, al punto de la sumisión.

Agatha considera que Tobias Elton es un idiota y se lo dice con frecuencia, pero no hay ninguna otra persona que sepa tanto sobre sus propiedades o que esté tan personalmente involucrada en sus intereses. Salvo Roster.

La fortuna de Donald Howard se puso en un fideicomiso a nombre de Agatha hasta que ella cumpliera veintiún años. Ese fideicomiso estaba administrado por su abogado, Tobias Elton, y fue gracias a los esfuerzos de Tobias Elton por lo que la fortuna se mantuvo intacta, a pesar de las acciones legales y paralegales de las tres hermanas de Agatha, que habían sido producto del segundo y más largo matrimonio de Howard, y que ya eran adultas cuando murió.

Durante esas disputas, Elton defendió los intereses de Agatha y, junto a Roster y a la madre de ella, se aseguró de proteger el fideicomiso. Una buena parte de sus propios ingresos se derivaban de ese trabajo y él había supuesto correctamente que si se congraciaba con la niña y su madre, tenía posibilidades de ganar mucho más.

Los ritmos y las rutinas de la vida de Agatha están dirigidos por ese último testamento. El documento es su plan de acción, su carta astral, su ADN. Sus contenidos trazaron para ella una vida radicalmente distinta de cualquiera que hubieran conocido sus antepasados. Orientaron su geografía y su geología. La riqueza no solo determina lo externo: la vida que ese documento dispuso para Agatha la construyó desde dentro

hacia fuera. La opulencia que heredaría la nutrió desde el día que nació hasta el día que la reclamó.

Agatha dedica buena parte de su tiempo a contemplar ese pedazo de papel y el poder que ejerce sobre ella. Si no se hubiera escrito, tal vez su madre no la habría retenido en ese país, o quizá no la habría retenido, sencillamente. Tal vez le habría clavado un alfiler antes de que naciera o la habría dejado en las escalinatas de una iglesia ortodoxa.

Agatha se pregunta si habrían vuelto a Rusia. Es poco probable: Anastasia jamás ha mostrado ningún interés en regresar, ni siquiera para una visita. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Agatha ha conocido a muchas amigas de su madre que no tuvieron tanta suerte. Ellas también se unieron a hombres ricos, pero no consiguieron mantener esa posición. Las mujeres como su madre, pero no su madre, tendían a terminar en burdeles ubicados en oscuras casas de protección oficial. Sus hijos también se veían forzados a volverse adultos cuando todavía eran muy pequeños. Si no fuera por ese papel, podría haber sido arrojada a una vida de pobreza, alcohol y drogas.

Roster detiene el coche delante de la entrada principal del club y desciende del asiento del chófer para abrirle la puerta. Fedor la acompaña. Cuando baja a la calle, el perro no da señales de querer seguirla, sino que se queda despatarrado en el cómodo asiento trasero, envuelto en una manta.

—Aparcaré el coche y sacaré al chico para que corra un poco — dice Roster.

—Si te deja — responde Agatha—. Le apetece dormir.

—Ya veremos.

Agatha empuja las pesadas puertas que dan al vestíbulo. La recibe un portero que le observa los pantalones y abre la boca como si quisiera hacer un comentario sobre ellos. Se requiere que las invitadas del sexo femenino usen falda. Él titubea. La mayoría del personal del club procede de Europa del Este y probablemente varios de ellos hablen un poco de ruso además de inglés. Ella le dice en ruso:

—¿Tiene importancia?

La mira, sobresaltado por el idioma que Agatha ha escogido,

y responde, también en ruso:

—Para mí no, pero si no intentamos al menos hacer valer las reglas, somos nosotros los que sufrimos las consecuencias.

—No pienso ir a casa a cambiarme de ropa — prosigue ella en ruso—. De modo que tendrás que sufrir.

El portero empieza a ruborizarse. Lleva la mirada a su portapapeles, pero no hace nada para refutar ese comentario hiriente. En inglés, le pregunta el nombre del anfitrión.

—Tobias Elton. Estará en la sala Trafalgar.

Cada vez que Agatha acude a ese club le impresiona lo venido a menos que está. Ocupa toda una casa con vistas a una de las plazas más caras de la ciudad, pero su interior es decrépito. Se trata de una estética tan pronunciada que tiene que ser deliberada. Las caras moquetas están tan desgastadas que su espesor se ha reducido y hay muebles antiguos llenos de rozaduras, puesto que ¿qué importancia tienen esas cosas para aquellos hombres? La renovación es una preocupación burguesa.

El portero abre la puerta de la sala Trafalgar y se hace a un lado para que Agatha pueda pasar. Luego la cierra después de que ella entre. En las paredes hay retratos de hombres británicos que tal vez hayan sido ilustres en algún momento, pero que ya están olvidados. Tobias está sentado en un grueso sillón de cuero junto a uno de los altos ventanales de tipo mirador. Agatha se acerca y él no se levanta; ella se da cuenta. Lo que sí hace, no obstante, es servir leche en una taza y a continuación té de una tetera plateada, para luego deslizar la taza hacia ella. Agatha se sienta frenta a él y cruza los brazos y las piernas.

Durante las últimas semanas han tenido solo dos temas de discusión: los desahucios en el Soho y las hermanas de Agatha. Ella se lleva bien con la hermana mayor, Valerie, que nació cuando su padre era adolescente, que ahora es una anciana y que sigue viviendo en la aldea en la que se crio. Las tres siguientes, Chelsea, Angel y Victoria, son un fastidio insistente y constante. Ninguna de ellas parece tener nada que hacer, excepto acosarla, y todavía siguen presentando reclamaciones sobre su dinero.

Cuando Agatha era pequeña, sus hermanas intentaron invalidar el testamento de su padre alegando incapacidad mental, pero el argumento no pudo sostenerse. Era posible que no estuviera en sus cabales cuando mandó redactar el testamento, pero, por otra parte, lo más probable es que nunca lo hubiera estado. Agatha, que no había llegado a conocerlo, tenía una visión de su personalidad que era prestada, que se había ido construyendo de manera irregular a partir de comentarios hechos de pasada, conversaciones oídas por casualidad y, por parte de aquellos que buscaban congraciarse con ellas, hagiografías. La impresión que le ha quedado de él es muy aproximada, pero consiste en un hombre con un carisma enigmático y a menudo imprevisible. Ha oído historias de estallidos de violencia, de mezquinas venganzas. Recuerda haber estado sentada en el asiento trasero de un coche cuando era muy pequeña, fingiendo escuchar su reproductor portátil de casetes cuando en realidad prestaba atención a la conversación de los adultos. Roster estaba en el asiento delantero, hablando con otro hombre al que no reconoció. Mencionaron una habitación detrás del despacho de su padre en el Soho llena de estatuas de cera, como las que podían verse en el Museo Madame Tussauds de Marylebone Road. Comentaron que, cuando a su padre alguien no le caía bien, o cuando alguien hacía algo que lo enfurecía, les enseñaba las estatuas de cera. Agatha no había entendido la historia del todo, el significado de las estatuas o la razón de que asustaran tanto a los adversarios de su padre, y con el correr de los años los detalles que recordaba se fueron apartando de los que había oído realmente. Pero la imagen quedó grabada en su memoria. Cuando se hizo mayor, buscó esa habitación, pero no encontró nada, y cuando le preguntó a Roster, respondió que no sabía de qué le hablaba.

El problema de Chelsea, Angel y Victoria era que tenían que recurrir a canales legales para arrebatarle a su hermana una fortuna que había sido obtenida ilegalmente. Cuando no pudieron invalidar el testamento, recurrieron a métodos incendiarios en lugar de incisivos. Ahora su objetivo no parece ser controlar el negocio, sino destruirlo, junto con Agatha.

Creen que, si la amenazan con hacerlo, se verá obligada a proponerles alguna clase de acuerdo económico.

—En realidad, es algo bastante parecido a un chantaje — dice Elton—. Tienen pruebas de que su padre obtuvo su fortuna por medios ilegales.

—Claro que la obtuvo por medios ilegales — responde Agatha—. Todos lo saben.

—Sí y no. Su dinero en metálico procede de, bueno, quién sabe. Nunca tuve ninguna relación con ese asunto. Pero las propiedades se adquirieron de una manera totalmente legal, aunque con ese mismo dinero. En este momento son las propiedades las que representan sus activos más valiosos, de lejos. Fue bastante previsor al comprar exactamente cuando y donde lo hizo. Pero sus hermanas afirman poseer pruebas que lo relacionan directamente con el comercio sexual en el Soho, con el proxenetismo y, de hecho, con la trata de mujeres, pruebas que dan a entender que no solo no ignoraba que había prostíbulos en sus propiedades, sino que, en realidad, estaba involucrado en el negocio de la prostitución y recibía una comisión directa de las ganancias de las prostitutas, lo que era ilegal y sigue siéndolo. Y, más aún, sostienen que, de hecho, esta relación sigue existiendo. Afirman tener pruebas que podrían conectar el fideicomiso con el proxenetismo y, por asociación, que podrían conectarla a usted con esas actividades.

—Jamás he tenido nada que ver con nada de eso — asegura Agatha.

—Lo sé, pero hay algunos aspectos de los contratos de alquiler a largo plazo que usted tiene con esos establecimientos que podrían relacionarla de una manera más directa de lo que le gustaría con las actividades de sus inquilinas.

Ella se mueve hacia la parte delantera del sillón profundo. Está diseñado para las caderas, la espalda y los hombros de un hombre, y en él se han sentado y acomodado precisamente esa clase de hombres. Recorre la sala con la mirada, la detiene en los cuadros a los que apenas un momento antes les prestó tan poca atención, en los otros sillones de cuero ubicados en esa gran habitación vacía que, al igual que el de ella, han sido

utilizados por y hechos a medida de una silueta que no es la suya. Los hombres de esa sala han comerciado con piel durante cientos de años. Amasaron sus fortunas sobre el sudor de otros, pero si ella llega apenas a rozar el negocio de los cuerpos, puede quedarse en la ruina.

—Esas zorras… — escupe—. Saben que jamás obtendrán en un tribunal el acuerdo que buscan y prefieren que el Gobierno confisque todo lo que él ha construido antes que permitir que yo lo disfrute en paz.

—Así es. La cuestión es que al parecer ellas poseen copias de ciertos documentos.

—¿Qué documentos? ¿Usted los ha visto?

—No, pero nuestro primer paso podría ser organizar una reunión. Ver qué tienen realmente.

—Bien. Puede ocuparse de ello.

—Sí. Pero han estipulado que usted tiene que estar presente en cualquier reunión para negociar este asunto. Quieren reunirse con usted personalmente.

—Preferiría no hacerlo — dice Agatha.

—Me doy cuenta de que ha conseguido evitarlas hasta ahora, pero una reunión cara a cara es inevitable.

Tobias bebe un sorbo de té. Es evidente que tiene algo más que decir, pero Agatha se le adelanta.

—Tenemos que acelerar los desahucios. Hemos sido demasiado tolerantes. Ya se han divertido con sus pequeñas protestas. Tienen una grande planeada para esta tarde, según he oído. Pero ahora tienen que marcharse. Francamente, todo este asunto es bochornoso. Para ellas, particularmente, pero también para nosotros.

—¿Ha tenido algún contacto útil con la policía?

—Justo esta mañana — responde Agatha—. Me pareció una persona receptiva. Quiere presentarse a las elecciones a la alcaldía, ya sabe; los rumores son ciertos. Todo muy discretamente, por supuesto, hasta que renuncie a su puesto en la policía, pero se ha mostrado muy interesado en la posibilidad de que yo le brinde algún apoyo y va a actuar en consecuencia mientras siga teniendo la placa.

—Bien — dice el señor Elton—. Eso debería servir para

asustar un poco a esas chicas. Si la policía se involucra, no querrán llevar las cosas mucho más lejos.

—Tal vez — vuelve a decir Agatha. Se echa atrás en el sillón, sintiéndose totalmente deprimida. Las protestas han atraído cada vez más atención, no menos, y se han extendido como una inflamación por un cuerpo enfermo. Se siente furia en Londres y la ciudad no está preparada para disturbios a gran escala. Hay demasiado orgullo en esa ciudad.

Saben de las revoluciones en París. Allí, los alborotadores arrancaban adoquines de la calle y los arrojaban. Arrastraban carros para bloquear las arterias. Cuando Napoleón III reconstruyó la ciudad, se aseguró de que las arterias fueran más anchas que la longitud de un carro y las pavimentó con algo más pesado que los adoquines. Luego, en 1968, los estudiantes descontentos volcaron autobuses de dos pisos y los utilizaron para bloquear las calles.

Las zonas más elegantes de Londres son anchas y luminosas, y a los disidentes les resultaría difícil conquistarlas por la fuerza. En el Soho las calles son estrechas y las calzadas son oscuras. Y siempre ha sido un lugar propicio para la sedición.

Agatha ha tomado precauciones para el peor de los casos. Además de la residencia de Mayfair, posee una casa solariega en el norte de Inglaterra, y con ella un terreno y unas casitas de campo alquiladas. Su padre adquirió esa propiedad en sus últimos años de vida. Si interpreta las señales de advertencia correctamente, es probable que tenga tiempo de recoger sus pertenencias y salir de la ciudad antes de que se torne peligrosa. Es decir, siempre que las acciones se restrinjan a la capital. Si el descontento se extiende más allá, tendrá que marcharse del país.

Tiene un yate, llamado *Versalles,* anclado en el Támesis, totalmente aprovisionado, con una tripulación permanente. Es caro, pero lo vale. Su madre nunca se cansa de preguntarle si no puede utilizar el yate para dar unos pequeños paseos por el Mediterráneo, pero, más allá de los viajes que hacen juntas en verano, Agatha, invariablemente, se niega. Siempre que se encuentre en Londres, el yate estará anclado en el Támesis.

La ventaja de un yate respecto de, digamos, un avión es que

tiene más fácil acceso. Los aeropuertos y aeródromos pueden estar llenos de gente, y hay controles de seguridad y demoras. En una embarcación puede navegar por el Medway, salir al canal de la Mancha y a esas alturas ya estaría lejos.

Nadie más conoce esos planes de emergencia. Solo ella y Roster. Si los contara, pensarían que ha perdido el juicio, como todas esas personas que viven en búnkeres en Nuevo México encurtiendo pepinos y enlatando animales atropellados para prepararse para el apocalipsis.

Elton ya ha pasado a hablar de otros asuntos. Está hablándole sobre su hijo. Agatha tiene la cabeza en otra parte, pero entra el hijo y ella lo conoce. Es más atractivo de lo que esperaba; probablemente eso le venga de la madre, puesto que del padre desde luego que no. Entonces recuerda que Elton tenía una esposa inesperadamente bohemia que lo abandonó en circunstancias sórdidas y ese recuerdo la hace sonreír para sus adentros.

Poco más tarde, Agatha llama a Roster, sale del club y lo encuentra fuera, de pie junto al coche. Fedor la observa distraídamente desde el asiento trasero. Agatha se sienta a su lado y le pone una mano sobre su sedoso tórax. Roster sube al asiento del conductor y mete la llave en el contacto. El coche se pone en marcha y el viejo lo conduce lentamente a través de las calles de estilo georgiano, recubiertas de hojas otoñales caídas.

—¿Qué te ha dicho hoy el hombre elegante? — pregunta Roster.

Agatha se lo cuenta.

—Tiene sus propios métodos, pero sabes que yo tengo los míos. Si alguna vez los necesitas, no vacilaré.

—Tus métodos son precisamente lo que estamos intentando evitar. Puede que a mi padre le fueras útil de esa manera, pero a mí eso no me vale. El negocio ha cambiado. El mundo ha cambiado.

Roster gira por una calle lateral y aparca el coche junto a una pequeña cafetería gestionada por una familia italiana que lleva décadas en ese sitio. Es un establecimiento más adecuado para él que para ella: una reliquia de una época que ya no

existe. Sirven fritangas grasientas a albañiles hambrientos y bistecs y pasteles de carne con salsa, puré de guisantes y patatas fritas. Hay sillas de plástico adosadas a mesas de plástico, cada una con una dotación de sal, pimienta, vinagre, kétchup y salsa marrón. No es la clase de lugares que Agatha frecuenta, pero a ese le tiene un cariño especial y va con Roster cada tanto, como hacía cuando era pequeña y pasaba tiempo en Londres con él y con su madre.

Roster pone el freno de mano y apaga el motor. Habla desde el asiento delantero, sin girar la cabeza.

—Puede que el negocio haya tomado un nuevo rumbo, pero el mundo es prácticamente idéntico a como ha sido siempre.

Gusanos y trueno

Precious lleva una máscara de carnaval que compró en Venecia. Está adornada con estrás y enmarcada con unas plumas que son negras debajo de las nubes, pero iridiscentes debajo del sol, como un vertido de aceite en el mar. El vendedor exageró su calidad. A la luz dorada de una primavera veneciana, el brillo parecía auténtico. A la luz cobriza de un otoño londinense, se ve chabacano.

Se la pone en la cara y se sujeta la tira elástica en la nuca, luego se mira en el espejo. La máscara le cubre la frente y el contorno de los ojos, pero la boca y el mentón quedan al descubierto. Si alguien la viera, quizá podría identificarla a partir de esos elementos. Dependería de lo bien que la conocieran. Algún amigo cercano, quizá. Sus hijos.

A su lado hay un cartel. Precious tiene un palo de madera en la mano y el letrero adosado descansa contra el suelo. Algunas de las otras fabricaron sus propios carteles con cajas de cartón pegadas al extremo de mangos de escoba y eslóganes garabateados con rotuladores permanentes. Precious quería algo más duradero, de modo que fue a una imprenta y les encargó un cartel.

—¿Que quiere que le ponga qué? — le preguntó la dependienta, horrorizada.

—Ya me ha oído — respondió Precious, que no estaba de ánimo para someterse a los caprichos de nadie. Contempló varios eslóganes antes de decidirse por ese. Otras optaron por carteles jocosos, pero Precious no.

—Este es un asunto serio — le dijo a Crystal cuando vio el suyo—. Ya hay gente dispuesta a descalificarnos por lo que somos. No nos conviene darles más motivos para que nos tomen por tontas.

—¿Tú crees que a una tonta se le ocurriría algo así? A mí

me parece que no. A fin de cuentas, el sentido de todo esto es llamar la atención de la gente. No vas a atraer a nadie con «NO AL DESAHUCIO DE LAS PROSTITUTAS DEL SOHO ». Esa frase es poco sugerente.

—Pero es un buen resumen de nuestros objetivos, a diferencia de «OCUPADME LA VAGINA ».

Precious está en la sala principal, mientras que Tabitha sigue preparándose en el dormitorio. Si se asoma por la ventana, alcanza a ver la calle que está más abajo. Se ha comenzado a congregar una multitud. Divisa a algunas de las chicas del edificio, así como a algunas amigas de Brewer Street. Incluso han venido mujeres del Barrio Chino. Distingue a las dos Scarlet, la Joven y la Vieja, juntas. Parecen aburridas y con frío. Precious no esperaba que ni la madre ni la hija fueran puntuales, pero allí están. Ve más carteles. El que lleva Giselle dice «NO A LA CONTIENDA, SÍ A LA JODIENDA ». Precious cierra los ojos y respira profundo, luego los abre y se vuelve hacia la habitación.

Todavía falta media hora para que empiece el acto, pero es bueno que haya llegado gente temprano. Hay algunas mujeres de los grupos con los que han estado en contacto, ataviadas con prendas de segunda mano, zapatos andrajosos, cortes de pelo angulosos y gafas demasiado grandes.

Tabitha sale del dormitorio. Lleva tejanos negros, un forro polar negro, zapatillas de cuero cómodas y un casco de Darth Vader.

—Es lo único que he podido encontrar — explica en tono de disculpa. El casco tiene un modulador de voz incorporado que la hace sonar como un lord de los sith. Se ve y se oye completamente ridícula.

—Bueno — dice Precious y respira profundo—. Vamos.

Recogen sus bolsos y sus carteles, y bajan a la calle. La muchedumbre ha aumentado, absorbiendo a los recién llegados. Divisan a Candy, a Scarlet la Joven, a Scarlet la Vieja, a Hazel y a Crystal, y se abren paso entre los distintos grupos para llegar hasta ellas. Candy y Hazel también llevan carteles. El de Hazel tiene declaraciones relacionadas con su cuerpo y sus decisiones, escritas con rotuladores rosas y azules. Candy

sostiene el cartel apuntando hacia el otro lado y Precious no alcanza a verlo. Candy gira el palo y Precious ve su propio rostro reflejado en un brillante cartón plateado.

—¿Qué es eso? — pregunta.

—Un espejo de la sociedad — responde Candy, como si fuera obvio.

Precious se limita a asentir. «Tómatelo con calma, Precious», se dice para sus adentros, preguntándose, y no por primera vez, por qué dedica tantos esfuerzos a preservar un estilo de vida que la obliga a estar cada día cerca de esas personas.

La muchedumbre se balancea como la tripulación de un barco grande y repite unos cánticos sin demasiado entusiasmo. Todavía no han entrado en calor. Precious avista a Cynthia, merodeando en la acera opuesta, y le hace un gesto para que se les una. Scarlet la Joven deja escapar un suspiro dramático y hace un ostentoso gesto de exasperación, poniendo los ojos en blanco. Scarlet la Joven y Cynthia se odian.

Cynthia gana una fortuna con su trabajo; una cantidad significativamente superior a la de cualquiera de las otras mujeres. Hay una razón evidente para ello, que todas, salvo Scarlet la Joven, entienden y aceptan. Cynthia es dueña del trasero más grande de todo el Reino Unido. Incluso ganó un concurso. Tiene un trofeo en una vitrina en la habitación en la que trabaja. Hay personas que tienen una fijación particular con los culos grandes y que son capaces de trasladarse cientos — a veces miles— de kilómetros para visitarla y que están dispuestas a pagar la cifra adicional que se requiere. Esto le suena perfectamente razonable a cualquiera, excepto a Scarlet la Joven, que no alcanza a entenderlo.

—Es una gorda cabrona — dijo Scarlet cuando se enteró de las discrepancias entre sus ingresos. Tabitha la regañó seriamente por ese comentario y Scarlet la Joven se disculpó, aunque sin mucho entusiasmo, y posteriormente se declaró asombrada de que alguien quisiera follarse «ese culo grasiento».

Scarlet la Joven se considera la mujer más atractiva del burdel, aunque nadie más comparte esa opinión. Es una de las más jóvenes y tiene el aspecto que mejor encaja con el gusto

predominante. Mide alrededor de un metro sesenta, tiene una contextura delgada pero pechos grandes, tiene el pelo largo y rubio y una cara que podría describirse más como atractiva que como bella. Se cuida, siempre está arreglada y se aplica maquillaje caro en grandes cantidades. Todo lo que ve en películas y en la televisión y todo lo que lee en internet y en las revistas le ha enseñado que es deseable. Y lo es. Pero posee esa clase de deseabilidad que es corriente, mientas que el deseo que florece en esa zona de la ciudad es diverso. Los cuerpos que consiguen los precios más elevados son los que más se alejan de lo habitual. En su propio terreno, Cynthia, la del culo grasiento, posee un monopolio.

Cynthia ve que Precious la llama con un gesto y valiéndose de esas caderas que baten récords se abre paso fácilmente entre los grupos de gente. Abraza a Precious, Candy y Hazel y, una vez que Precious le explica quién se oculta bajo la máscara de Darth Vader, también abraza a Darth Vader.

Hay rostros desconocidos, además de las amigas. Al mirar a la multitud, a Precious la impresiona lo inmensa que es la ciudad y la gran cantidad de personas que se han presentado y que no conoce.

El sol ha desaparecido y el día está nublado.

Un grupo ha traído tambores. Los llevan a la cintura sujetos con unas correas coloridas y los golpean con las manos o con unas porras grandes. El ritmo se vuelve cada vez más feroz. Otra persona ha traído alguna clase de instrumento de viento, que emite una nota esporádica y solitaria. Suena a un volumen ofensivo y surge a intervalos inesperados. Tabitha está junto a Precious y se sobresalta cada vez que oye ese instrumento, se golpea contra Precious o, en una ocasión, se pone de puntillas.

Otro grupo de manifestantes ha traído parafernalia circense. Un hombre está haciendo malabares con palos multicolores y otro lanza un objeto al aire con dos palos y una cuerda. Hay otra persona que camina con zancos.

—¿Quién ha invitado a los hippies? — pregunta Scarlet la Joven—. ¿No es posible ir a una manifestación con el pelo bien cepillado?

En principio, Precious intenta juzgar menos a los demás que

Scarlet la Joven, por lo que le dirige a su colega una mirada reprobatoria, mientras que, en secreto, coincide con ella. La mayor parte de la multitud tiene un aspecto desaliñado y, en opinión de Precious, uno de los objetivos principales consistía en mostrarse como personas respetables y responsables. Muchos de los que han acudido lo han hecho con la esperanza de pasárselo bien, como si aquello fuera un carnaval o un festival de música.

El sol insiste en asomarse por detrás de las nubes y en reflejarse en el espejo de Candy. Cada vez que esto ocurre lo levanta en alto y proyecta el reflejo sobre la multitud. Los otros miembros de la manifestación no parecen estar del todo contentos con esto, especialmente cuando alguno recibe todo el rayo de sol justo en los ojos. Candy, sin embargo, se lo está pasando en grande.

—Soy como el ojo de Sauron — dice.

Precious ya lleva bastante rato de pie, y tanto la planta de los pies como los músculos de los tobillos están empezando a dolerle. Cambia el peso de un pie al otro, luego repite el movimiento.

No hay una dirección clara en la protesta. Brotan algunos cánticos, pero nadie los lidera. La gente se arremolina en grupos pequeños. De pronto, algunas personas, que al parecer asisten a muchas manifestaciones de esta clase, empiezan a lanzar consignas. Precious no reconoce a ninguno de ellos, aunque alguien comenta que pertenecen a un movimiento antigentrificación o a alguna organización política. Están diciendo algo sobre el Gobierno. A Precious le preocupa la posibilidad de que el verdadero motivo del encuentro se difumine y que ella lo esté permitiendo.

Precious siente un fuerte codazo en la espalda y Cynthia se inclina hacia ella y susurra:

—¿De qué están hablando? Deberías ser tú la que está allá arriba.

Precious niega con la cabeza. Jamás ha hablado ante una multitud.

Tabitha coincide con Cynthia en que debería ser Precious la que estuviese allá arriba con el megáfono, pero Precious vuelve

a negarse.

No sabría qué decir. Cuando piensa en los sentimientos que le produce el hecho de que la expulsen del Soho, se abruma. No sabría explicarlos sin confundirse y sin generar malos entendidos. Es una situación muy delicada e importante para ella; no tiene ningún deseo de enredarlo todo delante de una gran muchedumbre.

En cierta forma es extraño que Precious se haya encariñado tanto con ese barrio. En el Soho hay suciedad, contaminación y mucha violencia. Hay personas que venderían a su propia madre o que te comerían viva. Si la sociedad se hundiera a causa del calentamiento global o de una guerra nuclear, ese sería el último lugar en el que querría estar. En poco tiempo desaparecería la comida y se beberían toda el agua. La gente empezaría a comer ratas, después gatos y perros, y terminarían alimentándose los unos de los otros. Precious ha oído que la carne humana sabe a cerdo.

Pero también ve compasión y personas diferentes mezclándose entre sí. La gente va a beber, consumir drogas y en busca de un polvo rápido, y también va a reír, a escuchar música, a bailar, a comer tartas dulces y pringosas, bollos chinos o caracoles cocidos en mantequilla de ajo, a beber café con sabor a chocolate, tinto de Burdeos y a ver obras de teatro y a oír música.

Y es su hogar. No sabe muy bien qué es un hogar, pero supone que tiene que ver con los amigos y la familia y también con encontrarte en un lugar que sientes que te ha dejado una marca, para bien o para mal, así como encontrarte en un lugar en el que tú has dejado una marca, para bien o para mal. Un lugar que recuerda que tú has estado allí, que lleva tu impronta, como una silla blanda en la que te has sentado muchísimas veces.

Cuando Precious lo piensa, se da cuenta de que eso es lo que ese sitio significa para ella y el motivo de que no quiera marcharse. Tabitha y Candy la empujan hacia la escalerilla. Alguien le pasa un megáfono cónico y le enseña qué botón apretar. Lo sostiene con la mano derecha, dobla los dedos en torno al mango, apoya el índice sobre el pulsador. Cuando lo

apriete se oirá un chasquido y cualquier palabra que decida pronunciar se expandirá por el aire.

—Hola — dice. Sus palabras suenan a alto volumen, pero le son extrañas, como si estuviera gritando dentro de una caja de cartón. Le lleva un par de segundos darse cuenta de que no necesita alzar la voz, puesto que el dispositivo se encargará de ese trabajo en su lugar. Tabitha, Candy, Scarlet la Joven y las otras la miran con actitud expectante. Tabitha se ha quitado el casco de Darth Vader y le sonríe a Precious como una madre alentando a su hija en una función escolar. Precious no sabe si ver a sus amigas allí es mejor o peor. ¿Preferiría hacer el ridículo ante un grupo de extraños o ante gente que conoce? No está segura.

—Gracias a todos por venir. Es algo muy importante para todas nosotras. Cuando empezamos a librar esta batalla creíamos que nadie lo notaría. Pensábamos que estábamos completamente solas. Este acto de hoy, como mínimo, nos ha demostrado que las personas, algunas personas al menos, se interesan por nosotras. Y, bueno, pues eso siempre es bonito. No tengo ningún discurso preparado ni nada de eso, pero me gustaría haceros una pregunta. ¿Qué será del Soho sin gente como nosotras? Seamos lo que seamos. Seguirán escribiéndose obras sobre nosotras. Y comedias musicales. Incluso se representan óperas sobre mujeres como nosotras en el Covent Garden, allí donde toda esa gente fina se sienta a beber champán y usa unos binoculares pequeñitos. La gente va a Piccadilly Circus o a Leicester Square a ver espectáculos y películas donde aparecen personas como nosotras cantando y bailando, donde personas como nosotras se desnudan y tienen sexo o donde nos asesinan o morimos de tuberculosis, cuando no nos enamoramos de algún gilipollas que quiere rescatarnos. Pero si estos desahucios siguen adelante, ya no estaremos más aquí, personas reales con vidas reales. Y algunos pensarán: ¿y qué? Expulsadlas. Limpiad el barrio. Pero la cuestión es: ¿adónde iremos? Mirad, no es fácil hablar de esto sin pintarlo todo negro o blanco. No estoy diciendo que este sea un oficio perfecto ni tampoco el oficio con el que soñábamos cuando éramos pequeñas. Pero así es la vida. La mayoría de nosotras

terminamos muy lejos de donde empezamos. Pero hemos conseguido crear una buena situación en este sitio. No todas tienen nuestra suerte. Si nos echan, nuestro trabajo será más peligroso, no menos. Y estoy harta de la hipocresía. La gente tiene sexo por muchísimas razones diferentes. Y, bueno, nosotras tenemos sexo por dinero.

Se oye una ovación. Candy lanza un grito. Cynthia ha levantado las manos por encima de la cabeza y está aplaudiendo como si se encontrara en un concierto de rock.

En ese momento, Precious ve a los hombres. Llevan uniformes negros, chalecos antipuñaladas, botas negras de cordones. Dirige la mirada hacia el estrecho callejón que conecta esa calle con la siguiente y los ve avanzando a paso vivo en una sola hilera, paralelos a la multitud. Tienen escudos y palos. Precious entra en pánico y gira sobre sus talones para fijarse si vienen más. Ve una furgoneta aparcando a lo lejos. Las puertas se abren y más hombres enmascarados descienden del vehículo y empiezan a correr en su dirección. Precious vuelve a girarse y divisa a otro grupo de enmascarados al otro extremo de la calle. Ya se están acercando a la multitud y avanzan lentamente hacia la asamblea de manifestantes. Los tambores se detienen. Su ritmo se ve reemplazado por el de las botas de suela de acero sobre el pavimento duro, que suenan como dientes castañeteando.

—¡Nos están embolsando!

Precious no sabe qué significa embolsar en este contexto. Mira a su alrededor desesperadamente. Al parecer otras personas sí saben lo que significa embolsar, y no parece nada bueno. Ve que algunos empiezan a correr. A ella no se le ocurre huir. Pierde de vista a Tabitha e intenta encontrarla, pero la multitud se ha convertido en una maraña de rostros asustados y por el momento no alcanza a distinguir a nadie que conozca.

La policía los rodea y luego los cerca. Están atrapados. Nadie puede entrar ni salir. Pasan varios minutos, tal vez veinte, tal vez más. Precious empieza a cansarse. La policía los retendrá allí hasta que sus superiores les den la orden de liberarlos. Todos los que están a su alrededor empiezan a

irritarse. Hasta los agentes de policía empiezan a irritarse. Siente la ira que crece detrás de los escudos y las máscaras.

Un codo se hunde en la parte baja de su espalda. Precious tiene la cara presionada contra el escudo de un policía. El acrílico transparente está muy rayado, por años de uso. Su mejilla y el ojo izquierdo se aplastan contra el escudo y, a través del cristal turbio, alcanza a ver a los antidisturbios, uno al lado del otro, con escudos y porras, y a otros más detrás de ellos, manteniendo el perímetro.

Recuerda a sus hijos al otro lado de una puerta acristalada, entre la cocina y el salón de su viejo apartamento. Acostumbraban a apretar la cara mientras cocinaba, aplastando los labios y la mejilla contra el cristal para hacerla reír.

Alguien le pisa el pie. Ella trata de moverlo.

Oye que Candy se enfrenta a otro policía. Hace lo posible por girar el cuerpo en dirección al sonido.

El hombre al que Candy le grita es excepcionalmente fornido. Con sus botas, le saca casi treinta centímetros. Lleva un casco, de modo que Precious no alcanza a verle bien la cara, y sus manos están cubiertas por unos oscuros guantes gruesos.

Candy le está diciendo que es un cabrón. Que debería estar avergonzado de sí mismo. Luego cambia de táctica.

—Me meo sobre hombres como tú cada día — le dice—. Me meo sobre ellos profesionalmente. Les meo la cara. Les meo la polla.

La reacción del hombre queda oculta bajo el pasamontañas y el grueso casco con su visor. No mira a Candy, sino, por encima de ella, a la multitud.

Candy sigue gritando.

—Me meo en agentes de policía. Me meo en jueces. Me meo en políticos. — Está cada vez más enfadada. El policía no le hace caso, pero sus colegas han empezado a mirar. Hay una mujer policía que parece furiosa. Otra asustada.

Entonces Candy deja de gritar. La expresión de su cara se tranquiliza. Se ve como si estuviera tratando de buscar algo en el suelo, pero el peso de la gente que la rodea la obliga a

permanecer de pie. Se inclina ligeramente, de modo que se pierde de vista, y luego vuelve a incorporarse. Precious trata de empujar hacia atrás a la persona que tiene contra la espalda para poder mirar mejor, pero no es necesario. En poco tiempo lo siente en los pies. Orina.

El policía corpulento ha bajado la mirada y ella le sonríe. Y entonces él da un salto. Se ha dado cuenta de lo que ella está haciendo. Él se mueve como un toro asustado dentro de un cepo para ganado. La muchedumbre de manifestantes delante y la hilera de policías detrás le impiden apartarse de su posición, pero su movimiento es involuntario y explosivo. Agita los brazos salvajemente. La gente que lo rodea cae al suelo. Un golpe derriba a Candy y también a Precious. Esta consigue alejarse arrastrándose, pero ve cómo unos agentes de policía empujan al suelo a Hazel y a algunas de las otras, las ve patalear, lanzar gritos y alaridos, mientras las arrastran hacia la parte trasera de furgones policiales y se las llevan.

Entonces llega la lluvia. Las nubes se han ido acumulando durante toda la tarde y en ese momento caen, como si las nubes fueran lo que ocurre cuando el mundo empieza a soñar despierto, y la lluvia es lo que llega cuando recupera la conciencia. Al principio el agua cae en forma de gruesas gotas, primero lentamente, luego, de pronto, muy rápido y, finalmente, en forma de hielo. El granizo se hace añicos contra el pavimento, el cemento y los ladrillos, proyectando esquirlas hacia las cloacas y los desagües.

El pasado

A menudo Robert ve un fantasma. Es un fantasma que camina de noche junto a un perro fantasmal. No es tan alto como antes; con la edad, sus huesos se han ido hundiendo unos en otros, como maderitas lamidas por el fuego, pero Robert sigue reconociendo la silueta: la pose, la larga nariz, la manera en que mira por encima del hombro después de cambiar de dirección. El perro es nuevo, pero encaja con él, alto y delgado como un galgo, pero con pelo largo, blanco y sedoso. Trota a los pies del fantasma. Vienen desde Mayfair, cruzan Regent Street y luego recorren las calles apartadas del Soho. Robert piensa en llamarlo, o en acercarse y darle una palmadita en el hombro, pero no lo hace.

Robert se mudó a Londres desde Glasgow cuando tenía alrededor de veinte años. Durante una pelea entre los simpatizantes del Rangers y los del Celtic, le asestó un botellazo al hijo de una persona importante y le aconsejaron que desapareciera. Se trasladó a Londres con un papelito en el bolsillo en el que habían garabateado con un bolígrafo la dirección de alguien que podía ayudarlo a conseguir trabajo, así como un nombre que Robert no pudo descifrar. Siguió las indicaciones para ir desde la estación de Euston hasta el Soho y llamó a una puerta que estaba a nivel de calle. Lo hicieron pasar y subir a un despacho de la planta superior. De joven, Roster era excepcionalmente apuesto. Hasta Robert recuerda haber quedado impresionado. Reginald Roster le llevaba cinco, tal vez diez años a Robert, y lo protegía, en cierto sentido. Roster era el chófer del jefe, pero también mucho más. El jefe mantenía todas las conversaciones más importantes en el asiento trasero de su coche y Roster las oía. Le solucionaba todo y conseguía a hombres como Robert para que lo ayudaran a hacerlo.

Robert está sentado solo en su celda. Lo trajeron para tener una charla, luego él se puso violento y lo metieron en la celda para que se tranquilizara. Tiene derecho a hacer una llamada telefónica. En otros tiempos, cuando se metía en problemas, llamaba a Roster y este se presentaba en compañía del abogado. Deben de haber pasado treinta años desde entonces, pero Robert recuerda el número telefónico con la misma claridad de siempre. No tiene la menor idea de si sigue en activo. No está seguro de dónde estaba conectado en aquella época, si era a una línea del despacho del Soho o a una línea de la casa residencial de Mayfair.

Considera la posibilidad de llamar a Lorenzo, pero ya está arrepintiéndose de todo lo que le ha contado. Lorenzo se marchó del pub sin despedirse, y Robert se quedó sentado un rato bebiendo hasta que estuvo claro que no regresaría. El chico lo había mirado como si fuera alguna clase de monstruo. Tal vez sí es alguna clase de monstruo. Solo que no es así como se siente. Se siente como una persona con recuerdos de un pasado malo y con la esperanza de un futuro mejor.

Robert vio crecer a Lorenzo. Recuerda cómo se marchaba a la escuela por las mañanas y regresaba por las tardes, cómo se sentaba en el balcón a hacer los deberes en los días calurosos de verano. Siempre se esforzaba mucho. Robert pensaba que aquel chaval terminaría siendo médico, abogado o empresario. Cuando consiguió una plaza para estudiar en Cambridge, su madre y su tía organizaron una fiesta y Robert aportó una caja de champán (que robó de un club de estríperes donde trabajaba como encargado de seguridad). Le pareció correcto celebrar la noticia con algo fino. «Tendrás que acostumbrarte a cosas así — le dijo a Lorenzo—. Tendrás que dejar de beber *lager* y empezar a beber champán, y aprender a utilizar todos esos cuchillos y tenedores. Cuando vuelvas para Navidad no te reconoceremos.» Robert lo dijo en broma, pero el chico pareció disgustarse. Bajó la mirada hacia su bebida y luego volvió a mirar a Robert. «Lo siento», dijo Lorenzo. No había sido esa la intención de Robert. Dejó su propia bebida sobre la mesa y puso una mano en cada uno de los hombros del muchacho.

—Nunca pidas disculpas por haber tenido una buena

educación — dijo—. Nunca pidas disculpas por ser inteligente y por haberte esforzado y porque te vaya bien. Estoy orgulloso de ti.

Fue una sorpresa que Lorenzo anunciara que iba a dedicarse a la interpretación. La perspectiva inquietó a sus parientes. Su padre se puso especialmente vehemente al respecto, aunque Robert sospechaba que, más que inquieto, Jimi estaba avergonzado. A esas alturas había quedado claro que Lorenzo no sería la clase de hombre que Jimi deseaba que fuera.

El padre de Lorenzo casi nunca estuvo cerca de él cuando era un niño, y quienes se ocuparon de criarlo fueron su madre y sus tías, que trabajaban todas en un restaurante italiano. Jimi era marino mercante. Procedía de Sri Lanka y conoció a Maria cuando su embarcación fondeó en el Medway y él subió por el Támesis para pasear por la ciudad. En opinión de Robert, Jimi era un cabronazo hecho y derecho. Se pasaba fuera la mayor parte del año, lo que no habría sido un problema si hubiera mandado su salario a su familia como era debido. En cambio, se lo gastaba en los puertos extranjeros. Era guapo y seductor, y a Robert no le habría sorprendido que tuviera familia en otras ciudades. Era una manera deshonesta de actuar. Robert lo sabe todo sobre la lujuria, pero no miente ni engaña. Aunque quizá eso se deba a que jamás ha tenido a nadie a quien mentir, jamás ha tenido a nadie a quien engañar.

Lo hacen salir de la celda y lo llevan por el pasillo hacia el teléfono. Sus dedos encuentran el viejo número. Oye el tono de marcar y luego el sonido de la llamada al otro lado de la línea. Después de siete u ocho pitidos, está seguro de que no responderá nadie, pero decide que tal vez sería mejor no colgar mientras trata de pensar a qué otra persona podría llamar. Entonces alguien sí responde. Oye la voz del hombre, familiar pero distante. Le explica quién es y qué ha ocurrido. Roster habla poco. Robert no sabe si el hombre se acuerda de él.

Luego regresa a la celda y espera. Mira a través de la rejilla de la puerta cómo arrastran a unas chicas con carteles. Reconoce a algunas. Se ha follado a más de una de ellas, aunque hace meses que no visita el edificio. Ha perdido el

deseo; el deseo fue abandonándolo poco a poco con el cambio de las estaciones. Tiene frío y se siente hueco, quebradizo, y su cuerpo le es extraño, como si él mismo fuera un extraño en su interior.

Meten a una de las chicas en una celda cercana a la suya. Reconoce su voz cuando ella le grita obscenidades al oficial de guardia.

—¿Candy? — susurra.

—¿Quién es? — pregunta Candy.

—Robert.

—¿Robert qué?

—Robert Kerr.

—¿Y ese quién es?

—Soy uno de tus clientes habituales.

Silencio. Luego:

—¿Eres el tío fornido con pinta de duro y una cicatriz en la cabeza?

—En efecto.

—¿Ese al que le gusta jugar al marido y a la esposa?

—¿Qué?

—Ya sabes: debajo de las sábanas y en la posición del misionero. Sexo clásico y serio.

—Bueno, ¿qué otra cosa podría hacer?

—Mira, olvídalo. ¿Por qué estás aquí?

—Por una gilipollez. ¿Y tú?

—Me arrestaron después de la manifestación. Al igual que a muchas de nosotras.

Robert ha oído hablar de la manifestación. También recuerda lo que le comentó Karl aquella vez respecto de los desahucios. Luego dice:

—No sé qué haría si tuvierais que marcharos.

—Por el amor de dios, estoy segura de que sobrevivirías. En realidad esto no tiene que ver contigo, ¿verdad?

—No. Lo siento. No tiene que ver conmigo.

A continuación, ella dice:

—Oye, ¿conoces a algún buen abogado?

Robert piensa en pasarle el número al que acaba de llamar.

—No — responde—. Pero te asignarán a alguien. — Se

refiere a la policía.

Roster llega acompañado de Tobias Elton. El abogado se sienta junto a Robert cuando una mujer policía llamada Jackie Rose lo interroga en una sala. Le pregunta sobre Cheryl Lavery: cómo la conoció, dónde la vio por última vez. Al principio no entiende la índole de las preguntas, pero luego comprende que sospecha que él ha tenido algo que ver con la desaparición de Cheryl. Robert pierde la calma. Elton le ordena que se calle y que se siente. Robert obedece.

La policía le pregunta a Robert si la ha secuestrado. Le preguntan si alguien le ordenó que lo hiciera. Dicen que están investigando una red de tratantes de mujeres. «¿La drogaste? ¿La mandaste a algún sitio? Sabemos que entras y sales de los burdeles. Sabemos la clase de gente para la que trabajabas. ¿Has vuelto a trabajar para ellos?»

Elton le indica que mantenga la boca cerrada, lo que él hace. Más tarde, Roster paga la fianza, como hacía siempre. Luego Robert y Roster se van a tomar una copa al Behn y el abogado se esfuma hacia donde sea que se marchan los abogados.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? — pregunta Roster después de que se sientan en unos taburetes bajos a ambos lados de una mesa pequeña y redonda—. ¿Veinticinco años? ¿Treinta?

—Más o menos — responde Robert—. O un par de semanas, según lo mires. Te veo cada tanto, aunque no me acerco a hablarte. — Hay dos pintas de cerveza sobre la mesa y Robert también ha colocado encima de ella su cartera de cuero marrón—. Pero sí, hace más de veinticinco años desde la última vez que hablamos.

—Desde entonces han cambiado un par de cosas.

—En efecto.

Roster rodea el vaso de cerveza con la mano. Robert nota unos nudillos no diferentes a los suyos.

—Ahora trabajo para la hija de Don — le cuenta Roster—. La más pequeña.

—¿La que tuvo con la rusita?

—Esa.

—¿Se parece a su mamá o a su papá?

—Un poco a los dos. Tiene el mismo temperamento que su padre.

—¿Terca?

—Podría decirse eso. Lista. Seria. A veces es despiadada, como él, pero de otra forma. Cree que los tiempos son diferentes. — Roster le cuenta a Robert sobre los cambios que está imponiendo Agatha Howard en esa zona.

—Sí, las chicas me lo han contado. No están para nada contentas con eso.

—Tal vez, pero no pueden ganar.

—¿Por qué?

—Venga, Rab.

Robert asiente tristemente y le da un sorbo a su cerveza. Por supuesto que no pueden ganar.

A continuación, Roster ilustra su afirmación:

—Cuando un *terrier* tiene una rata entre los dientes, es imposible obligarlo a que la suelte.

—Sí.

—Y sería mejor para ellas que no se retorcieran tanto.

—No puedes reprocharles que quieran impedirlo. Algunas de esas chicas llevan años aquí.

—No puedes reprochárselo, no, es cierto, pero les diría que pararan si fuera amigo de ellas.

Roster pone un puño sobre la mesa, luego extiende el dedo índice en dirección a Robert y golpetea la madera. Robert entiende.

—No creo que me vean como un amigo — responde en voz baja.

—Deberían saber que solo piensas en sus intereses.

—Tal vez. — Robert no quiere decir nada decisivo.

Roster cambia de tema, aunque solo de la manera en que un halcón cambia de dirección después de perder una presa para volver a girar e intentarlo nuevamente.

—¿Sigues en el apartamento de las torres nuevas?

—Sí, pero hace por lo menos sesenta años que no puede decirse que esas torres sean nuevas.

—Tienes razón, supongo. Fue un buen trato el que conseguiste con eso.

—Me lo gané, sin ninguna duda.

—¿Donald te dio el piso directamente o fue como un alquiler a largo plazo?

Robert jamás se ha considerado una persona astuta, pero hasta él puede darse cuenta de que Roster le está recordando una deuda.

—Creo que probablemente lo sabes.

—Sí, es cierto. Fue un alquiler a largo plazo. Sería difícil expulsarte, pero no imposible.

—Para expresarlo sin rodeos — responde Robert, tratando de mantener un tono ligero en la voz.

—Para expresarlo sin rodeos — coincide Roster bruscamente. Luego se endereza en el taburete y se pone una mano sobre una rodilla—. Agatha espera que la policía desaloje el edificio, pero yo no estoy tan seguro de que involucrarlos a ellos sea una buena idea. He hecho mis propios planes; he estado reuniendo a algunos miembros de la vieja pandilla. Necesitamos recuperar el edificio. Dar algunas palizas. Asustarlas. Para quitarles las ganas de pelear.

Roster no se queda mucho más tiempo. Apunta el número de teléfono más reciente de Robert y se asegura de tener bien la dirección. Luego vuelve a recordarle el favor que acaba de hacerle en la comisaría y regresa a Mayfair.

Robert termina la cerveza y decide marcharse a su casa. Camina desde el Behn lleno de alcohol y recuerdos; ebrio de ambas cosas. Es como si aquel viejo, que Robert pensaba que jamás volvería a hablarle, hubiera aparecido, lo hubiera cogido de la mano, lo hubiera arrastrado hasta un cementerio de la zona y hubiera empezado a cavar. Se siente como si estuviera delante de un abismo del que ha estado huyendo durante veinticinco años, solo para descubrir que ha estado corriendo en círculos y que allí está, después de todo ese tiempo, delante de él otra vez, sin ningún otro sitio al que ir.

Pasa delante del Des Sables de camino al piso. Todavía está abierto. No hay nadie sentado afuera, aunque el clima de la noche es suave, según la opinión de Robert. En el interior solo parecen estar los camareros. Encima del Des Sables están los apartamentos donde viven las chicas. Precious, Candy y todas

ellas. Piensa en subir y comentarles la conversación que acaba de tener con Roster, pero no está seguro de que sirva de algo. Ellas ya saben que hay tipos que se la tienen jurada y tampoco es que Roster le haya contado nada que pueda serles de alguna utilidad.

Debajo del restaurante se encuentra el sótano del Arzobispo. Robert vuelve a pensar en Cheryl. Siente deseos de hincar las rodillas, ponerse la cabeza entre las manos y quedarse quieto hasta convertirse en piedra.

Rapunzel, Rapunzel

—Estamos justo arriba del todo. Y no hay ascensor, solo esta escalera. ¿Necesitas ayuda con el equipo?

—Si no te importa…

La fotógrafa le pasa a Precious una bolsa de lona negra con una larga correa de cuero. Precious se la carga al hombro. Es más pesada de lo que esperaba. Mona recoge las bolsas restantes y un trípode metálico plegado y ella, Precious y Tabitha empiezan a subir la escalera.

—Yo también ayudaría — empieza a decir Tabitha en tono de disculpa—, pero tengo los ligamentos lesionados en ambos hombros y me han prohibido cargar peso. Estoy en lista de espera para una operación. Es una laparoscopia, pero de todas maneras con anestesia total.

—¿Arriba del todo? — pregunta Mona.

—Me temo que sí.

—Como las princesas.

—¿Qué princesas?

—Todas. Siempre viven en el último piso de unas torres altas, esperando que venga a rescatarlas el príncipe azul. Como la Bella Durmiente. ¿Ella no vivía en una torre?

—En un bosque — la corrige Tabitha.

—Rapunzel.

—¿Ese era el enano que engañó a la dama y quería que adivinara cómo se llamaba y al que luego atraparon bailando en torno a una hoguera y gritando su nombre?

—No.

El trío llega a la última planta y hace una pausa para recuperar el aliento antes de seguir por el pasillo hasta el apartamento.

Entran. Mona no espera a que le muestren el sitio; en cambio, se sitúa inmediatamente en el centro de la sala y

empieza a preparar los equipos.

—Se me ocurrió hacer fotografías de vosotras en diferentes partes del apartamento, como aquí, sobre la cama, y allí, sobre el sofá. Quiero mostrar cómo vivís las dos. Ya sabéis, centrar el proyecto en vosotras como personas, en vuestras vidas, etcétera, no solo en vuestro oficio de prostitutas, perdón, de trabajadoras sexuales, en ropa interior sobre la cama, ¿sabéis?

—¿Quieres que aparezca en ropa interior? — pregunta Precious.

—No todo el tiempo. Solo en un par de tomas, para dar una idea de contexto.

Precious intercambia una mirada con Tabitha. Debería haber sido más clara con Mona la primera vez que hablaron por teléfono.

—No hago esa clase de cosas. Lo siento, sé que a ti te parecerá todo lo mismo… Es decir, yo me gano la vida chupando pollas; entonces, ¿por qué me iba a molestar que quieran hacerme algunas fotos obscenas? Pero yo, personalmente, no me siento cómoda con eso. Hoy en día, con las fotos, nunca se sabe dónde irán a parar.

Mona deja de trastear con el trípode y escucha. Sigue de rodillas, pero endereza la espalda. Mira a Precious con expresión seria. Tenía unos ojos luminosos cuando se encontraron fuera, pero Tabitha acaba de encender la luz roja, y lo que antes era verde ahora ha perdido todo el color. Están completamente negros, más negros que el negro, como si quien mirara a Precious fuera una aparición en un película de terror.

—Lo entiendo perfectamente — dice Mona—. Es culpa mía. Debería haberte explicado mejor mis intenciones. Desde luego que no quiero que ninguna de las fotos sea obscena. Escuchad, dejadme contaros cuál es mi objetivo y que os explique la clase de material que utilizo. — Se inclina hacia la bolsa que Precious ha subido por las escaleras y abre la cremallera. Luego saca una cámara grande, que parece cara, y la levanta —. Esta es mi cámara digital — explica—. Es grande y reluciente y nueva y tiene muchos botones. Cuando hago fotos con esta cámara, se convierten en archivos digitales, que pueden cargarse en cualquier ordenador y, como bien has

dicho tú, luego puede pasar cualquier cosa con ellas. Una vez que están en internet, se acabó. Pueden ir a parar a cualquier lado. Créeme, siendo una persona que se gana la vida con la fotografía, eso también me molesta. Sin embargo, con vosotras voy a usar otra cosa.

Mona guarda la cámara digital en la bolsa y cierra la cremallera. Junto a la bolsa hay una caja de madera. La fotógrafa abre el pestillo y lentamente deja al descubierto una cámara muy antigua y muy grande. Precious jamás ha visto nada así en la vida real, solo en los dramas de época que Tabitha la obliga a ver.

—Vaya — dice Tabitha y se apoya contra el marco de la puerta, después de haber ido y vuelto de la cocina esperando que hirviera el agua de la tetera.

—Utilizo una técnica fotográfica que se llama platinotipia. — De otra caja, Mona saca un rectángulo de cristal idéntico a uno de los paneles de una ventana de guillotina. Se lo pasa a Precious, quien, instintivamente, lo coge de los bordes, como haría con una fotografía—. Uso placas de cristal y las recubro con una sustancia fotosensible. Cuando les da la luz, se oscurecen, de modo que, si se les dirige la luz de una manera controlada, por medio de una lente, las partes más luminosas se ponen negras y las partes más oscuras se vuelven claras. Así se genera una imagen en negativo de la escena. A continuación, proyecto la imagen sobre un papel fotosensible, la revelo y la fijo con otros productos químicos. A través de esta técnica, puedo obtener un resultado muy detallado y muy hermoso, Precious, captarte en tu totalidad, pero no de una manera dura como con las cámaras modernas. El resultado es una imagen suave, en la que los tonos de la piel aparecen reproducidos con matices plateados. Brillarás. No se parece en nada al porno. Y no es digital, de modo que no se puede subir a internet. Sí, puede que para algunas tomas te pida que te quedes en ropa interior, pero también me centraré en los detalles de tu vida, en el apartamento. Quiero verte en tu ambiente. ¿Has oído hablar de una fotógrafa que se llama Diane Arbus?

Precious responde que no.

—Yo sí — interviene Tabitha.

—¿Sí? — Precious se da la vuelta para mirar a Tabitha. Tiene la fuerte sospecha de que Tabitha está mintiendo para causarle una buena impresión a la invitada.

—Por supuesto — insiste ella.

—Era una fotógrafa increíble — explica Mona—, famosa por sus retratos de ambiente, en los que situaba al sujeto en su propio ámbito. Dejadme ver si puedo encontrar un ejemplo. — Mona saca su teléfono, escribe, luego pasa la pantalla. Gira el teléfono y le enseña a Precious una fotografía de tres chicas idénticas, trillizas, sentadas sobre una cama. Llevan una camisa blanca y una falda negra, y tienen el pelo oscuro, las tres a la misma longitud, recogido hacia atrás con diademas idénticas.

Tabitha se acerca a mirar y se inclina por encima del hombro de Precious. Debe de haberse olvidado de las tazas de té que estaba preparando. Hace rato que la tetera hirvió y se apagó.

—Dios mío, qué raras son las trillizas, ¿no? Las mellizas ya son bastante malas, pero las trillizas son todavía peor.

—Bueno, exacto — concede Mona—. Arbus está jugando con nosotros. Las chicas son idénticas, pero no hay ninguna simetría en la imagen. Un fotógrafo menos talentoso las habría alineado perfectamente y se habría situado a los pies de la cama y la fotografía habría sido un ejercicio de precisión. Pero Arbus trastoca nuestras expectativas. No hay nada alineado. Todo está un poco torcido. Y apretado. Se llegan a ver las otras dos camas de las chicas a los lados. Las cortinas y el papel de la pared son muy recargados. Todo es excesivo. Es claustrofóbico. Así nos estimula a pensar sobre qué clase de vida llevan esas chicas, lo que se siente al ser una de las tres. Se puede saber tanto sobre una persona con una foto de su dormitorio como con una foto de la cara.

—Más — la lisonjea Tabitha.

Precious, que no quiere que la superen, también aporta su contribución.

—Nosotras lo sabemos más que nadie.

—Apuesto a que sí. — Mona hace un gesto en dirección a la cama sobre la que Precious, y ahora Tabitha, están sentadas—.

¿Ahí es donde duermes? — Le dirige la pregunta a Precious, pero responde Tabitha.

—No, por dios. Eso sería como dormir en la oficina. Aquí es donde Precious hace lo suyo. Tenemos un dormitorio pequeño en la parte de atrás. Pero con una cama mucho más cómoda que esta. Con un colchón de espuma con memoria.

—Dices «nosotras». ¿Sois pareja?

Precious y Tabitha cruzan una mirada de complicidad.

—Verás, Mona, esa es una buena pregunta, cuya respuesta es muy fácil de entender para algunas personas, mientras que para otras es muy difícil — dice Tabitha.

—Tengo una mentalidad muy abierta.

—Estoy segura de ello, Mona. La cuestión es que, cuando conocí a Precious, ella tenía unos veinticinco años y yo unos treinta y cinco.

—Tú tenías cuarenta.

—Como sea. Yo era una trabajadora y alquilaba una habitación de este edificio por turnos. Así es como trabajan algunas de las chicas de este sitio; no todas viven aquí y, en aquella época, yo tampoco lo hacía. En cualquier caso, para entonces ya me apetecía bajar un poco el ritmo, pasar más hacia el lado de la asistencia, ver si había alguien más joven que pudiera necesitar mi ayuda.

—Perdona, ¿pero a qué te refieres con lo de la asistencia? ¿Tú limpias la casa?

—Me ocupo de la limpieza y de la colada. Pero es más que eso. Una asistente cuida de su chica, la ayuda, se encarga de vigilar por si tiene algún cliente difícil. En cualquier caso, hace unos diez años…

—Veinte, más bien.

—Conocí a Precious. En aquel entonces ella trabajaba en un salón de belleza del norte de Londres. Era un sitio muy sofisticado. Muchas clientas ricas y famosas y todo eso. Me di cuenta de que odiaba ese trabajo y evidentemente también reparé en lo hermosa que era, de modo que sabía que ganaría una pasta en mi oficio. Así que se lo sugerí.

—¿Y entonces te convertiste en prostituta, Precious? ¿Así de sencillo?

Precious se encoge de hombros.

—Ganaba más dinero y la gente era más amable.

—Al principio fue ocasional. Ella vivía en Peckham y criaba a los niños. Venía por aquí de tanto en tanto. Cuando sus hijos se hicieron adolescentes se fueron a vivir a Crystal Palace con la madre de su padre, y Precious y yo nos mudamos a este piso y empezamos a vivir juntas. A esas alturas nos conocíamos muy bien. En nuestro trabajo es bastante habitual que se genere intimidad, ¿sabes? Como pasa con muchas asistentas y sus chicas, nosotras compartimos la misma habitación. —Tabitha continúa narrando su historia. Precious sabe que le gusta hacerlo—. ¿Precious y yo somos pareja? Bueno, veamos. La quiero más que a cualquier otra persona en el mundo. Vivo con ella. Comparto mi economía con ella. Me voy de vacaciones con ella. Duermo en la misma cama que ella. Cocino para ella y ella cocina para mí. Me cuida cuando me siento mal. Le preparo baños de agua caliente si ha tenido un día difícil en el trabajo.

—Tejes gorros y bufandas para mis hijos y para mi nieta.

—Tejo gorros y bufandas para sus hijos y su nieta.

Tabitha se echa hacia atrás y se pone las manos sobre las caderas como si acabara de demostrar algo.

—Suena a que somos pareja, ¿no? ¿Pero qué falta?

—Lo obvio. ¿Tenéis una relación romántica o sois solo amigas? ¿Tenéis sexo?

Tabitha levanta las manos en el aire y le sonríe enigmáticamente a Mona. No dice nada más.

Después de una breve pausa, Mona pregunta:

—Bueno, ¿entonces?

Tabitha ríe. Precious también. A Tabitha le encanta llevar a la gente a ese terreno.

—Con todo respeto, cariño, eso no es asunto tuyo, joder.

Guiña un ojo con expresión traviesa y se mete en la cocina.

Después de que Tabitha se ha marchado, Mona le susurra a Precious:

—Lo siento, no quería ofender.

—No hubo ninguna ofensa. Se está burlando de ti.

Precious sigue a Tabitha a la cocina para recoger su taza de

té.

Mona desaparece debajo de una capa negra que ha llevado consigo. Precious oye algunos chasquidos y crujidos, y luego Mona le pide que se desvista hasta quedarse en ropa interior y que se siente en la cama. Precious obedece. Se quita el *blazer* que se había puesto para verse respetable y sofisticada en la manifestación. Luego se quita la blusa y la elegante falda que había escogido. Tiene un conjunto de sujetador y bragas de seda y encaje en tono marfil. Es un color que le sienta bien. Se siente segura de sí misma con esas prendas.

Mona le dice a Precious que se ponga cómoda, pero no hace falta que se lo diga. Precious se sienta en el borde de la cama con las piernas cruzadas y los dedos del pie izquierdo casi tocando el suelo. Estira los brazos hacia atrás y apoya las palmas sobre el edredón, con los dedos extendidos. Mete la barriga un poco, no porque sea tímida, sino porque le están haciendo una fotografía y quiere verse lo mejor posible. Tiene una amplia sonrisa en la cara.

—Dime cuándo — indica.

—Todavía falta un poco. Tengo que preparar algunas cosas más.

Parece que Mona tarda mucho en organizar la cámara, e incluso cuando parece que ya está preparada, sigue manipulándola durante varios minutos. Mientras gira botones y aprieta tornillos, charla con Precious, como dijo que haría. Hablan de muchas cosas distintas. Precious le habla sobre su infancia, su familia, su vida en Nigeria. Le cuenta acerca de cuando se mudó a Londres, de su exmarido, de cómo se sintió cuando nació su nieta, de la primera vez que se enamoró.

Después de un rato, la propia Precious empieza a sentir curiosidad y le hace una pregunta a Mona.

—¿Por qué te dedicas a lo que te dedicas? — pregunta—. ¿Qué sacas de esto?

Mona la mira a los ojos. Tiene una expresión indescifrable; no deja traslucir nada.

—Busco fama y fortuna creando imágenes bellas con la patética vida de los otros.

A Precious se le va la voz. Le cambia la cara. Entra en

pánico. Mona toma la fotografía.

La recompensa del diablo

Después de su encuentro con Tobias Elton, Agatha le dice a Roster que se verán luego en casa y va andando hasta una galería cercana.

Hay una exposición de arte religioso de la edad de oro española que tenía ganas de ver. Los cuadros que allí se exhiben han sido importados de todo el mundo.

Paga el bajo precio de la entrada y compra un programa para leer mientras la recorre. Hay vírgenes a montones. Vírgenes con niño, vírgenes en su ascensión. Vírgenes que ya no son vírgenes, sino madres que lloran a hijos muertos. Bautistas a montones. Bautistas señalando corderos, bautistas con conchas, bautistas sin cabeza, bautistas sin cuerpo; Salomé con su bandeja de plata, Herodes mirándola. Apóstoles, evangelistas. Pecadores condenados. Cuerpos devorados. Las bocas abiertas del infierno. Al fondo hay una sala dedicada a imágenes contemporáneas de la península ibérica y América Latina. Consisten en posados fotográficos que reflejan las composiciones de los cuadros de la sala anterior. Una fotógrafa ha ido a una cárcel de mujeres y ha tomado fotos de las internas, representándolas como diferentes encarnaciones de María. María la virgen, María la madre, María la semidiosa. Las mujeres de las fotografías están tatuadas. Algunas tienen visibles cicatrices de parto, violencia, consumo de drogas, cicatrices que los retratos enfatizan.

Agatha considera que esta parte de la exposición es insulsa, predecible. Las temáticas ilustradas por las fotografías están influidas por los estilos típicos de la desafección izquierdista. Las protestas de siempre. Tal vez estas personas se consideren muy listas, pero, en opinión de Agatha, su trabajo es poco original. Regresa a una de las salas anteriores para volver a mirar una obra del Greco.

Un niño chilla sin parar cerca de ella. Agatha le dice a la madre que lleve al niño fuera, pero la madre se niega y se enfada. Se produce una disputa, en la cual triunfa Agatha porque se mantiene serena, mientras que la madre se pone histérica y llama la atención del asistente de la galería y posteriormente del personal de seguridad.

Agatha vuelve a su casa y oye ruido de risas en el sótano. Una de las voces pertenece a Roster. La otra es femenina, aunque igualmente familiar. Agatha desciende y abre de un empujón la puerta que da a los aposentos de Roster. No llama. Ve a Roster repantigado en su viejo y mugriento sillón y a su madre, Anastasia, despatarrada sobre las piernas del hombre. Roster está vestido con su habitual traje negro. Anastasia lleva una minifalda ceñida. Los dos sostienen grandes copas de brandy que se inclinan peligrosamente cuando se ríen a carcajadas. La mano de Anastasia se ha abierto camino entre los botones de la camisa de Roster. Él tiene la corbata torcida.

La escena no sorprende a Agatha.

—No tienes que estar aquí. Puedes ir a las habitaciones de arriba.

—Pero yo quería ver a mi Reggie. A mi adorado Reggie.

Se refiere a Roster. Anastasia siempre lo llama por su nombre de pila.

—Que suba él también. Por el amor de dios, ¿por qué prefieres sentarte aquí abajo?

Agatha le da la espalda a la pareja y sube por la escalera. Anastasia se apresura a seguirla.

—¿Estás feliz de verme, querida? — Se lo dice en ruso—. ¿Me das un beso?

Agatha se gira y roza delicadamente la mejilla de su madre con los labios. Sigue subiendo por la escalera y pasa a la recepción principal de la parte delantera de la casa. Tiene vistas al parque. Su madre la sigue y lo mismo hace Roster, que no se sienta con las mujeres, sino que se queda de pie junto a la puerta. Se ha abrochado los botones de la camisa, se la ha metido dentro del pantalón y se ha acomodado la corbata.

—Ven y siéntate a mi lado, Reggie, cariño.

—No lo hará — dice Agatha.

—No lo hará si sigues tratándolo de esa manera tan fría. ¿Por qué eres tan fría con él? Es un miembro de la familia.

—No lo hará. Cuando sube aquí está trabajando. Eso no tiene nada que ver conmigo. Solo sé que no se sentará con nosotras.

—Ven aquí, Reggie.

—Un hombre tiene que mantener un orden en su vida. Ahora estoy trabajando.

—Y una mierda. Ven y abrázame. Ven aquí con esa polla de buey. — Anastasia se vuelve hacia su hija—. ¿Sabías que nuestro hombre está dotado como un buey? El diablo lo bendijo con una bien grande como recompensa por todos los pecados que cometería.

Anastasia se ríe de su propio chiste.

Agatha no mira a Roster. Le pregunta a su madre por qué ha ido a visitarla.

—¡Qué recibimiento! Tal vez algún día estés dispuesta al menos a fingir que te alegras de verme.

—No dije que no me alegrara de verte. Solo me preguntaba a qué se debía, en particular, esta visita.

—Reggie me llamó por teléfono. Me contó que has tenido más problemas con las zorras de tus hermanas. Y con una panda de putas que se niegan a darse por vencidas.

Agatha mira a su chófer, que sigue en posición rígida junto a la puerta, como un asistente en una galería.

—Cada tanto hablo con tu madre — le dice él—. Y en la última conversación surgió casualmente ese tema.

—Por eso he venido a verte de inmediato — lo interrumpe Anastasia—. Eres demasiado débil con esta gente, Agy. Les permites que se aprovechen de ti.

—No es cierto. Estoy ocupándome de ambas situaciones.

Cuando se sentaron, Agatha eligió el sofá opuesto al de su madre. Ahora Anastasia se pone de pie, se sitúa en el pequeño espacio que hay entre su hija y el apoyabrazos, tira uno de los cojines al suelo para hacerse un hueco y se sienta con los pies levantados y doblados hacia el cuerpo.

Agatha comienza a revolverse en su sitio, pero Anastasia la

estrecha entre sus brazos y le apoya la cabeza sobre el hombro.

—¿Tienes novio, Agy? ¿O novia? A mí no me importaría. Sería un poco más difícil tener hijos, pero solo un poco. Haría falta una planificación adicional, nada más.

La postura de Agatha se vuelve rígida. Le contesta a su madre que no tiene novio, pero que si hubiera alguien, sería un novio.

Anastasia coge un mechón del largo pelo rubio de su hija y lo recorre con los dedos.

—¿Está mal que quiera tener nietos? Sé que no todas las mujeres desean ser madres, pero estoy segura de que todas quieren ser abuelas. Si hubieras tenido un hijo a la misma edad que tenía yo cuando tú naciste, casi podría ser bisabuela.

—Ni siquiera has cumplido los cincuenta — señala Agatha.

Anastasia hace un ruidito ante la mención de sus años.

—Si Roster hubiera empezado a la edad en que empecé yo, a estas alturas tendría todo un clan. Sería como Gengis Kan, con sus genes esparcidos a través de un vasto continente.

—Tal vez sí empecé a la misma edad que tú — responde Roster en voz baja.

Agatha se levanta y se acerca a la cama de Fedor, que está en la esquina de la habitación. Levanta uno de sus juguetes y lo aprieta para que haga ruido. Desde la escalera llega el sonido de las suaves pisadas del sabueso y luego se ve su largo hocico empujando la puerta. Trota hasta Agatha, le saca el juguete de las manos y lo sacude.

—Cariño, salgamos — dice Anastasia.

—Acabo de entrar — responde Agatha.

—Pero no has salido como se debe. Estabas trabajando o haciendo algo aburrido. Vayamos al Soho. Podemos tomarnos unas copas, tal vez cenar, luego ir a bailar. Tal vez conozcas a alguien.

—No quiero conocer a nadie en el Soho.

—Entonces, vayamos a bailar. Hace tanto tiempo que no bailo... Como si hubieran pasado años.

—Estoy segura de que bailaste en Cannes.

—Un poco, puede ser. Pero no es lo mismo. No existe ningún sitio para bailar como el Soho.

—¿Sórdido, quieres decir?

—Bueno, puede ser. ¿Eso es tan malo?

—Supongo que depende de la perspectiva con que lo mires.

—Quiero sentir a alguien frotándose contra mí en la oscuridad.

—En ese punto diferimos. Tú deseas que un completo desconocido abuse sexualmente de ti. A mí no se me ocurre nada peor que eso.

Anastasia se desploma en el sofá, haciendo un mohín. A Agatha le impresiona lo infantil que se ve su madre en esa postura. Anastasia pasa los veranos asoleándose, tiene una piel bronceada que, a pesar de la aplicación de cremas caras, está empezando a caerse y arrugarse. Pero su aspecto es juvenil. Tiene gestos de adolescente. Suspira, hace mohines, se encoge de hombros, se enfurruña, se ríe de chistes juveniles, hace comentarios soeces.

Agatha es consciente de que tal vez haya estado un poco descortés con ella.

—Podríamos ir a cenar — dice. Su madre se endereza en el asiento. Se le ilumina la cara—. Tengo que darme una ducha y cambiarme. Salgamos dentro de una hora.

A Anastasia la entusiasma mucho la perspectiva de prepararse para salir a cenar con su hija y empieza a hablar sobre el pelo y el maquillaje. Agatha sonríe y le sigue el juego y, después de la ducha, permite que Anastasia le seque y alise sus largos cabellos e incluso que le aplique delineador de ojos y rímel. No acepta ninguna de las sugerencias de ropa de su madre, pero Anastasia está tan feliz de poder establecer contacto físico con su única hija que no protesta demasiado.

Agatha y Anastasia deciden ir al Soho a pie. Anastasia le cuenta a su hija que un breve paseo antes de entrar en un bar le favorece la cara a una mujer más que mil libras en tratamientos cosméticos y que, si esa mujer lleva tacones altos, le favorecerá el culo todavía más. Anastasia siempre le da esa clase de consejos.

Mientras caminan, Agatha le pregunta a su madre cómo ha estado desde la última vez que la vio el verano pasado.

—¿Cómo se encuentra Mohammed? — pregunta.

—Está deprimido.

—Lamento oír eso — responde Agatha, alarmada. Mohammed parecía estar bien cuando lo vio por última vez.

—Es porque me separé de él. Le rompí el corazón y ahora está deprimido.

—Lamento oír eso también.

—Se volvió muy aburrido. Tuve que ponerle fin. Quería instalarme en un apartamento y venir a visitarme y montar cenitas familiares conmigo como si yo fuera su esposa. Me negué. No soy tu esposa, le dije. Le dije: no quiero ser tu esposa, deja de tratarme como si lo fuera. Entonces dijo que lo lamentaba y que estaba enamorado de mí o algo así y después dijo que quería pasar todo el tiempo conmigo y que no podría divorciarse de su esposa actual, debido a sus hijos y a su trabajo, pero que ya me veía como la persona más importante de su vida. Y yo le dije: esto no es así. Quieres que nos encontremos en un hotel, de acuerdo. Llevarme a cenar, de acuerdo. Comprarme diamantes, bolsos, un coche, sí, por favor. Pero no esperes que me quede en una casita preparando estúpidas tartas y esperando que aterrice tu vuelo. No, gracias.

—A mí me caía bien Mohammed.

—Bueno, tú a él no. Pensaba que me tratabas con poco respeto. No tenía idea de por qué yo te aguantaba.

—De acuerdo — dice Agatha. No hay mucho más que pueda añadir.

Caminan por una calle que Agatha no reconoce. No va mucho por ahí. Su madre la agarra del brazo, tal vez como un gesto de reconciliación después de esas pullas innecesarias, y poco a poco el ritmo de ambas se iguala. Tienen la misma altura, sus piernas y sus pies son de la misma longitud y el mismo tamaño, aunque Anastasia lleva unos tacones mucho más altos, lo que la obliga a inclinarse para coger el brazo de su hija.

Hay mucha gente en la calle y los bares y pubs están abarrotados. Hay hombres trajeados en la acera con vasos de cerveza, forcejeando entre sí para hacerse un hueco junto a la ventana y poder apoyar los vasos o los codos en el alféizar. Un hombre corpulento retrocede sin mirar y empuja a la calzada a

Anastasia y a Agatha. Anastasia lo insulta, pero la calle está tan llena de gente y el bullicio del bar es tan fuerte que él no lo nota.

Llegan al restaurante francés, el Des Sables. Agatha no se había dado cuenta de que era allí hacia donde se dirigían. No había prestado atención mientras su madre la guiaba a través del Soho.

—Aquí no — dice.

—Me encanta este lugar. Tu padre me traía cuando estábamos empezando a salir. Sabía cómo tratar a una chica. Yo jamás había comido esa clase de cosas. Caracoles. Y ajo. Él pedía la comida más deliciosa para mí y los vinos más caros. Yo creía que estaba engordando, pero resultó que estaba embarazada. — Levanta la mano y la acerca a la mejilla de Agatha en un gesto de ternura.

No es habitual que Agatha oiga a su madre hablar de su padre con afecto. Las conversaciones sobre él, en el contexto que sea, tienden a centrarse en su dinero. En otra ocasión, querría sonsacarle más a Anastasia, pero está demasiado nerviosa por encontrarse delante de ese restaurante.

—Pero están a punto de cerrar. Ya les hemos notificado el desahucio.

—Más razón todavía para aprovecharlo.

—Mamá, saben quién soy.

—¿Y qué te importa? No se atreverían a decir nada. Necesitan trabajar todo lo que puedan.

—No es que me importe particularmente. Pero creo que estaríamos mejor en otro lugar. Dejar atrás esta clase de sitios.

Anastasia cede. Se dirigen a otra parte y debaten sobre los méritos de diferentes gastronomías europeas hasta que se deciden por un restaurante italiano que sirve platos toscanos sabrosos pero poco originales para una clientela exclusiva.

El día más corto / La noche más larga

El regreso de Debbie McGee

Debbie McGee no está muerta. El día que sintió los temblores entró en la obra en construcción del centro del Soho. Encontró la boca de un gran hoyo, como un cráter tallado por un mortero en el Somme. Halló una escalera, unos peldaños. Fue tanteando el camino en la oscuridad. Sus manos se aferraron a la fría barandilla de metal y sus pies se apoyaron en los escalones. Se tomó su tiempo. Si se resbalaba, se sujetaba, esperaba, y luego continuaba. Descendió a lo profundo de la tierra. Encontró túneles y los recorrió hacia atrás y hacia delante, hacia arriba y hacia abajo.

Los túneles se abrían en todas las direcciones. Había túneles altos, lo bastante grandes como para que un tren pasara por ellos. Había túneles más pequeños, corredores por los que podía caminar una persona. Había túneles todavía más estrechos, en los que tenía que agacharse para atravesarlos o arrastrarse a cuatro patas. Había unas recámaras diminutas, como capilares, que se extendían desde las arterias principales, para las ratas, los topos y otros mamíferos pequeños. Y había unas grietas en las que solo cabían insectos. Debbie McGee encontró túneles que eran nuevos, estaban en buen estado y revestidos de cemento; otros viejos y desgastados, apuntalados por maderas putrefactas y ladrillos desconchados; muros de tierra desnuda o tallados en la roca. Palpó raíces de árboles, algunas vivas, otras muertas. Había larvas y gusanos y otras cosas de las que no sabía el nombre. Caminó durante lo que le parecieron días enteros. Bebía el agua que caía en gotas. No comía. Se perdió en la oscuridad, avanzando a tientas, sin ver nada.

Hasta que, a lo lejos, divisó una luz y caminó hacia ella. La luz se hizo más grande y más fuerte. Su forma fue cambiando, pasando de ser un borrón indefinido a un rectángulo de líneas

horizontales. Acercó los brazos a la luz y avanzó como si quisiera empujarla. Sus manos extendidas chocaron contra una fría rejilla de metal. Sintió que se movía en su soporte, sintió que cedía, que se deslizaba, que desaparecía en la habitación de la luz. La oyó caer con estrépito contra una superficie dura y ese estrépito que resonó a través del agujero en la pared y rebotó contra el túnel oscuro le proporcionó textura al espacio. Apoyó las manos sobre el borde de la rejilla, empujó para izar su cuerpo peso pluma y se deslizó por el agujero. Parpadeó. Vio una extensión ondulante de color turquesa. Un febril sueño hollywoodense, una tira reactiva de Kodachrome. Era una piscina, iluminada desde abajo, iluminada desde arriba. La piscina estaba recubierta de baldosas en distintos matices de azul. Las paredes que iban del suelo al techo reproducían la fotografía de una playa, arena blanca, olas rompiendo suavemente, sol. Los lados de la piscina estaban bordeados de plantas tropicales. Palmeras con hojas del tamaño de sombrillas, zarcillos largos y delgados en una estática explosión de verde y flores grandes como la cuna de un bebé. Rosas, amarillos, lilas, rojos. Había lámparas ultravioleta, similares a las que había visto en las plantaciones de marihuana. Esas plantas de la piscina también estaban alimentadas mediante una instalación hidropónica. Aquello era un ecosistema bajo el suelo, un oasis subterráneo, un refugio de cloro y halógeno, un jardín con paredes en seis lados. Dio tres vueltas enteras a la piscina, extendiendo las manos para acariciar las plantas, inclinándose y poniéndose en cuclillas para oler las flores. Se detuvo al borde del agua clara. Se quitó las prendas andrajosas y manchadas de hollín, las dobló y las colocó en una pila ordenada. Se quedó desnuda y extendió los brazos en el aire. Alcanzaba a oír el canto de las aves, el rumor de los insectos, el parloteo de los loros, las cigarras que se frotaban las patas. ¿Había altavoces ocultos entre las plantas? ¿Transmitían sonidos grabados de la jungla tropical? ¿O era que al ver el agua y las plantas, al oler las flores y las hojas, y al sentir los rayos ultravioleta en la piel ella misma había imaginado sonidos que se adecuaran a la escena? Se puso en cuclillas y luego se metió en el agua. Se tiró hacia delante y

empezó a nadar a braza, recordando las clases de natación de su infancia, pagadas por un hombre al que no podía recordar: flotadores y tapones para las orejas y gorros de baño y Lucozade y Kit Kat después. Respiró profundo varias veces, se llenó los pulmones con el aire tropical de imitación y hundió la cabeza bajo la superficie. Dejó los ojos abiertos, a pesar del escozor del cloro. El agua se deslizó entre su pelo suelto y arrastró estelas de hollín y aceite. Salió a la superficie, renovada.

Descubrió un complejo subterráneo. En la sala adyacente a la piscina había un salón con una cocina pequeña, una nevera grande que zumbaba suavemente y filas de champán caro. En los armarios encontró *pretzels ,* bolsas de patatas fritas, frutos secos, frascos de caviar, alcachofas, jalapeños rellenos, aceitunas verdes y negras, *foie gras* . Comió y bebió todo lo que pudo. Los alimentos de los armarios eran no perecederos, pero llevaban bastante tiempo allí. Abrió un paquete cerrado de galletas saladas que se deshicieron en sus manos cuando las sacó. Encontró una jarra de pepinillos cuya tapa estaba rodeada de moho. Algunas de las salchichas que mordió estaban duras.

Las primeras semanas se sintió mal. No sabía si era por la comida o por el síndrome de abstinencia. Se quedaba tumbada en el sofá envuelta en mantas y vomitaba hasta que solo podía tener arcadas. Sudaba y temblaba y apagaba todas las luces que encontraba. No soportaba la luminosidad. No soportaba ver su reflejo en el espejo ni en el aluminio de la nevera, ni en el cristal de la puerta del horno, ni en el agua clara de la piscina, ni cóncavo en el dorso de las cucharas, ni convexo en el fregadero de acero inoxidable.

Una vez que su organismo eliminó las drogas, durmió durante lo que le parecieron días o semanas. Se acostó, se envolvió en todas las mantas que pudo encontrar y apiló encima de ellas sábanas del armario de la ropa blanca. Se metió dentro de su propio capullo.

No volvió a ponerse su vieja ropa, sino que la dejó a un lado de la piscina. Encontró un albornoz en el armario al lado de la sauna y se lo puso junto con un par de pantuflas. Deambulaba

así por el complejo. Si alguna otra persona la hubiera visto, habría pensado que se trataba de una usuaria de un *spa* de categoría.

En cuanto dedujo cómo usar la sauna empezó a quedarse sentada en el cálido cubículo, desprendiéndose de la piel muerta de las plantas de los pies y raspándose la suciedad de los poros antes de salir, enjuagarse, secarse y untarse el cuerpo con la manteca de karité que estaba en un envase que había encontrado en un armario y que al principio creyó que era comida. Lo hacía cada día. Vaciaba frascos enteros de esa sustancia. La piel empezó a curársele. Antes tenía cortes, llagas, moretones, pero todas esas cosas empezaron a esfumarse, hasta que lo único que quedó fue un surtido de cicatrices.

Empezó a volver a encender las luces, valiéndose del regulador para iluminar y oscurecer las habitaciones, admirando bajo intensidades diferentes de luz cómo se le había renovado el tono y la textura de la piel. Empezó a gustarle mirarse los brazos, las piernas y las manos y notar cómo recuperaba la carne y los músculos debajo de la piel. Una carne nueva. La presionaba con los dedos y veía cómo se hundía y luego rebotaba hacia arriba y volvía a su lugar. Su piel no hacía eso antes. Antes, cuando se pellizcaba, se quedaba en la misma posición, como claras de huevo batidas.

En una de las estancias había una pequeña sala de cine con sillas rojas plegables de teatro. Se sentaba en la oscuridad y veía imágenes en movimiento proyectadas en la pantalla. Lo hizo durante tanto tiempo que las caras y las historias se entremezclaban con sus propios recuerdos y se volvían indistinguibles unas de los otros. ¿Era Cheryl Lavery o Debbie McGee? ¿O Scarlett O'Hara o Vivien Leigh? En otra sala había una bolera. Las pistas estaban impolutas y muy lustradas. No había rasguños ni partes desconchadas en el laminado de madera. Muchas de las bolas seguían en las cajas de cartón en las que habían llegado, dispuestas como contrapesos en el casco de un navío, como si tuvieran la función de mantener el edificio en su sitio. Sacó las bolas de las cajas y las lanzó por las pistas en dirección a los bolos. Practicó sin cesar.

Perfeccionó su técnica. Encontró puertas cerradas y buscó las llaves y, si no podía encontrarlas, abría las cerraduras con un clip doblado. En una de las salas cerradas, encontró caros aparatos de gimnasia, incluidas mancuernas y máquinas de remo y esterillas de yoga. Levantó las mancuernas, probó la máquina de remo, contorsionó el cuerpo en posturas de yoga que encontró explicadas en un libro. En otra sala, había cajas de divisas extranjeras y, detrás de las cajas, lingotes de oro desde el suelo hasta el techo. Los sacó de los estantes, los sostuvo en las manos, los contempló fijamente, luego volvió a ponerlos cuidadosamente en su sitio y cerró la puerta. Había una biblioteca. Leyó novelas, libros de viaje, libros de historia y libros de autoayuda. Aprendió a motivarse. Aprendió qué significaba ser un miembro productivo de la sociedad. Aprendió cómo ser feliz.

Empezó a contarlo todo. A medirlo todo. Contaba la cantidad de libros que leía y la velocidad con que lo hacía. Comparaba el número de páginas, el número de palabras en cada página. Contaba las películas que veía y todo lo que había en ellas. ¿Cuántas veces tal personaje dice «Sí»? ¿Cuántas veces tal otro personaje dice «No»? Contó la cantidad de largos que nadaba y la velocidad con que lo hacía. Contaba lo que comía, no solo los paquetes, sino cada patata frita individualmente, cada cacahuete, cada fideo. Apuntaba cada cifra en una libreta que llevaba consigo a todos lados, como si esa colección de números tuviera algún valor.

Cheryl lleva seis meses en el sótano. Las provisiones se están acabando. Ha vaciado los armarios y la nevera y el almacén lleno de cajas que descubrió durante la cuarta semana. Las cajas casi se han terminado y está empezando a cansarse del caviar y de las aceitunas rellenas. Ha leído todos los libros y las publicaciones viejas y ha visto todas las películas. Ha nadado ocho mil doscientos sesenta y seis largos en la piscina. Ha utilizado todo el jabón y el champú de la ducha contigua a la piscina. Se ha hartado del *jacuzzi* .

Las plantas tropicales de la piscina tienen unas pequeñas etiquetas clavadas en la tierra que anuncian sus nombres en

latín. Se los ha aprendido todos y además les ha dado a las plantas apodos que ella misma ha inventado, como si fueran mascotas. Aparte de ella, las plantas son las únicas criaturas vivas del sótano, a menos que cuentes las bacterias o el moho del queso azul (algo que no hace). Ha dado vueltas de un lado a otro, se ha metido el dedo en la nariz, se ha masturbado. Ha dormido en una cama con un edredón y con almohadas y con suaves sábanas de algodón. Está sana y en buena forma. Su dieta en ese búnker, aunque extraña, ha resultado más nutritiva que cualquier cosa que haya comido antes en toda su vida. Ha hecho mucho ejercicio cada día. Se ha masajeado la piel con caras cremas hidratantes. Ya no la tiene seca, quebradiza, agrietada, magullada. Está suave y elástica y bronceada por las lámparas ultravioleta.

Está lista. Atraviesa la sala donde se encuentra la piscina, se despide de sus amigas botánicas, roza suavemente los pétalos y las hojas con las manos. Sube por la rejilla por la que ha entrado y empieza a retroceder por los túneles. Durante los últimos seis meses, lo único que no ha contado con precisión han sido los días. Cuando descendió, era pleno verano, el solsticio, el día más largo, la noche más corta. El día que decide ascender, es pleno invierno: el día más corto, la noche más larga. Descendió cuando la rotación de la Tierra alejó el sol del hemisferio norte. Asciende cuando la luz empieza a regresar.

Oxbridge Escorts

Glenda y Bastian están sentados uno frente al otro en el tren. Los dos miran por la ventanilla. Glenda sigue la escena exterior que corre desde atrás. Bastian la ve corriendo desde delante. Hablan muy poco. La piel blanda en torno a los ojos de Glenda está rosada. En todo el resto de la cara, está pálida, incluso más pálida que la noche anterior, cuando Bastian se encontró con ella. Cada tanto, él le ofrece una sonrisa. A veces, ella se la devuelve. Otras veces, se queda sentada, observando a su amigo.

—Gracias, Bastian — dice Glenda—. No quiero sincerarme demasiado contigo, pero eres muy bueno por haber hecho lo que hiciste. — Deja de mirarlo y vuelve su atención a la ventanilla. Pasan como un rayo delante de prados, bosquecillos, edificaciones anexas y destartaladas maquinarias agrícolas.

Bastian no necesita responder. Apoya la cabeza en el cristal, manchándolo con la grasa natural de su pelo. Luego hurga en su bolsa en busca de un libro.

Todavía es temprano. El tren está abarrotado de ejecutivos que se dirigen a sus reuniones en las ciudades del norte. Toman té y café y consultan complejas hojas de cálculo.

La noche anterior, Bastian se quedó trabajando hasta tarde, hasta la madrugada. Lo han puesto a cargo del área de Comunicación de Howard Holdings y se ha visto inundado de solicitudes relacionadas con la Ley de Libertad de Información y de preguntas de plataformas de noticias. Tenía que redactar un comunicado para enviarlo a la mañana siguiente.

Volvió a su casa en taxi. Cuando llegó, vio desde la calle que las luces estaban encendidas. Eran las dos de la mañana. Entró en el edificio, subió en ascensor a la cuarta planta y abrió la puerta.

Dejó las llaves en el cuenco que estaba junto a la puerta. Dejó la bolsa debajo del perchero y se quitó los zapatos. Pasó del vestíbulo a la sala principal con los calcetines puestos. Rebecca estaba sentada en el sofá con los brazos y las piernas cruzados.

—¿Dónde carajo estabas?

—Trabajando. ¿No recibiste mi mensaje?

—¿Esperas que crea que estabas trabajando?

A Bastian esa frase le sonó como sacada de una telenovela y no pudo evitar sonreír, aunque lo hizo girando la cabeza de modo que Rebecca no pudiera verlo.

—¿Por qué no ibas a creerlo? — preguntó.

—Tu amiguita vino hace un rato. Se puso a aporrear la puerta en plena noche.

—¿Qué amiguita?

—¿Tienes más de una, entonces?

—Rebecca, lo siento, pero no entiendo de qué me estás hablando.

—Anda que no.

Bastian decidió no responder. Estaba demasiado cansado y todo era demasiado confuso. Entró en la cocina y se sirvió un vaso de agua del grifo. Regresó y dijo:

—Es obvio que he hecho algo que te ha molestado, pero sinceramente no sé de qué se trata.

—Tu amiga Glenda.

—¿Glenda ha venido aquí?

—Borracha como una cuba. Se tropezaba por todos lados. No paraba de llorar y de chillar. Tenía cortes en las manos. Aporreó la puerta como una loca. Quiero decir, ¿qué cojones?

—Oh, dios mío. ¿Se encuentra bien?

—¿Cómo iba a saberlo? No la dejé entrar. Estaba hecha un espanto. Preguntó por ti. Debería haberme dado cuenta de que habías vuelto a liarte con esa Laura. Estabas actuando de manera muy sospechosa últimamente.

—¿Adónde fue?

—Dios mío, la manera en que se comportaba. Qué desastre.

—Sí, ¿pero ahora dónde está?

—¿Eso es lo que te preocupa? Por dios, ¿entonces yo te

importo tan poco que ni siquiera vas a tratar de rescatar esta relación?

—Rebecca, no sé qué piensas que he estado haciendo, pero, para serte sincero, eso lo podemos discutir más tarde. Glenda es una persona vulnerable; en los últimos tiempos lo ha pasado muy mal y está teniendo muchas dificultades. Y, francamente, no puedo creer que no la dejaras pasar.

—¿Por qué habría debido hacerlo? No estoy dispuesta a que cualquier borracha entre en el apartamento.

—Pero ella no es cualquier borracha, ¿verdad? Iba a la misma universidad que nosotros. Tal vez jamás hayas hablado con ella, pero sabes quién es.

Bastian sacó su teléfono de la bolsa y llamó a Glenda, pero le saltó el buzón de voz. Volvió a ponerse los zapatos y salió a la noche a buscarla, mientras Rebecca gritaba todo el tiempo que lo de ellos se había acabado, que si él salía por la puerta, podía olvidarse de regresar.

—Me estoy follando a mi entrenador personal — aulló ella como disparo de despedida.

—¿A Dave? ¿Al marido de tu amiga?

—Así es. Llevamos meses follando.

Luego ella le cerró la puerta en las narices.

Bastian recorrió las calles en torno a su apartamento y miró en las paradas de autobuses cercanas a la estación del metro. Trepó por encima de la verja del parque, a esa hora cerrado, y buscó en los bancos y alrededor de la laguna. Caminó hasta las orillas del río Támesis. Había cisnes que ocultaban la cabeza bajo las alas. El agua lamía la costa.

Todo ese tiempo, pensaba: ¿cómo puede importarle tan poco? Glenda es una persona que evidentemente precisaba de su ayuda; nuestra ayuda. Y ella la rechazó.

Encontró a Glenda en el puente entre la estación de metro de Embankment y el Royal Festival Hall, mirando en dirección al Támesis. No llevaba nada de abrigo y estaba tiritando. Tenía lágrimas en los ojos.

La persuadió de que lo acompañara y se dirigieron al McDonald's del Strand, que abre las veinticuatro horas del día. Bastian pidió una taza de té caliente y un Big Mac para Glenda,

y el combo Filet-O-Fish con una Fanta para él porque jamás había estado antes en un McDonald's, no sabía qué pedir y el nombre le pareció gracioso.

La noche anterior, cuando volvió a su casa, Glenda se encontró con que la habían expulsado de la habitación.

—Todo aquello era muy sórdido, en cualquier caso — dijo —. Y sabía que se acabaría tarde o temprano. Solo que no pensaba que sería de una manera tan abrupta.

—¿No es ilegal que te echen de esa manera?

—Bueno, ya era ilegal que estuviera allí, así que supongo que no puedo hacer mucho al respecto.

—Algo podrás hacer. No eras tú quien estaba violando la ley, sino ellos. ¿Tienes algún amigo abogado?

—Seguro que sí.

—Si no, mi padre es abogado.

—No tienes que pedirle ayuda a tu padre, está bien así.

—No está bien así. No pareces estar bien. Quiero decir, ¿entonces ahora eres una persona sin hogar, literalmente?

—No, no te preocupes. Cuento con un empleo y con una red de protección. Soy afortunada. Jamás seré una persona sin hogar. Puedo ir a casa de mi tía en Barkingside o volver al norte con mis padres. Tampoco es que las cosas me estén yendo bien aquí.

—Tal vez no sea mala idea que salgas de Londres por un tiempo — concedió él—. Podrías quedarte con tus padres. De todos modos, tu trabajo no te gusta.

Glenda se encogió de hombros, luego aceptó su sugerencia y luego le dio las gracias.

Se sientan juntos en el tren. Bastian reconoció algunos de los puntos de referencia cuando estaban saliendo de la ciudad: un estadio de fútbol, una universidad, un bloque de apartamentos donde había estado en una fiesta de Año Nuevo. Ahora están en el campo y el paisaje es nuevo. Hay colinas bajas y bosques tupidos y prados vacíos. El tren los biseca, dividiendo la escena en secciones organizadas que llenan los marcos de las ventanillas. Cuando pasan debajo de un puente o atraviesan un túnel breve, se crea un parpadeo de oscuridad seguido de un

relámpago de colores brillantes.

Después de un rato, Glenda empieza a hablar.

—De todas maneras, la cuestión es que me doy cuenta de lo ridículo que es todo. Es como si todo el tiempo tuviera experiencias extracorpóreas múltiples. Estoy yo, sintiendo todas estas cosas, y luego estoy fuera también, mirando hacia dentro, consciente de lo afortunada que soy tal como está el mundo en general o como quieras llamarlo. Y, aparte de eso, soy consciente de que en realidad todo es inútil y que, en definitiva, si no disfruto de la vida, vivir no tiene sentido. Además, por supuesto, también está lo que realmente me mantiene viva: la conciencia del dolor que le causaría a mi familia y a mis amigos si me quitara la vida. Así que no tengo más remedio que seguir aquí, al parecer. Quedarme aquí, sintiéndome una mierda, pero sin poder hacer nada al respecto. Por ejemplo, jamás he acabado ninguno de los proyectos que empecé, ni siquiera el del suicidio.

Todo esto lo dice en voz muy baja, para no alarmar a los otros pasajeros.

—¿Qué haría falta para que empezaras a disfrutar de la vida? Quiero decir, sé que es una pregunta muy difícil, pero…

—No es una pregunta difícil. Es una pregunta realmente fácil que puede responderse de una manera realmente fácil. Me gustaría encontrar una persona a quien amar y que también me ame a mí. Me gustaría encontrar un lugar donde vivir con ella. Nada lujoso, pero sería adorable que tuviera un pequeño jardín. Y, sí, en cuanto a la cuestión laboral, lo único que quiero es un trabajo donde me paguen una cantidad modesta y en el que pueda trastear un poco y hacer algunas tareas y luego volver a casa y estar junto a la persona que amo, sea quien sea esa persona. No necesito tener un montón de dinero y de éxito; no necesito ropa bonita ni vacaciones de lujo. No quiero correr en esas putas maratones de beneficencia. Quiero cosas sencillas, nada más. Lo que ocurre es que es increíble lo lejos de mi alcance que parecen esas cosas. Parecen tan lejos, tan imposibles de alcanzar, que es como si ni siquiera pudiera encontrar la manera de empezar a buscarlas.

—¿Hay alguna posibilidad de que conozcas a alguien?

Glenda lo mira con una expresión que se aproxima a una mueca de dolor.

—¿Es una sugerencia tan espantosa? — continúa él.

—No, es solo que… Mira, ¿realmente quieres hablar de estas cosas? Me siento como una de esas gilipollas que comparten demasiado lo que les pasa.

—Sí, realmente quiero hablar de estas cosas.

Tan pronto como lo dice, sin embargo, Bastian se pregunta si no terminará arrepintiéndose de esa afirmación.

—Tengo la sensación de que debería reestablecerme como persona o lo que sea antes de tratar de conocer a alguien. Espero que eso ocurra en algún momento, pero ahora mismo no puedo contemplar la idea de tener intimidad con otra persona.

El tren sigue avanzando. El revisor se acerca y comprueba los billetes. Glenda continúa.

—Tal vez sería más fácil si me metiera en situaciones peligrosas y muriera a causa de algún desastre natural. Por ejemplo, quizá debería dedicarme al montañismo, lo que aumentaría en gran medida mis posibilidades de morir bajo una avalancha. Y sería una manera de lo más glamurosa de despedirme. Nadie haría comentarios como que Glenda ha muerto de una sobredosis, vaya fracasada, sino cosas como que Glenda murió en un accidente de montañismo. Y otros dirían, oh, qué espantoso.

—Supongo que el hecho de que imagines que te elogiarían una vez muerta significa que en realidad no quieres morir.

Glenda hace un gesto.

—Esa es buena — dice.

Bastian vuelve a dirigir la mirada hacia la ventanilla.

—Entonces, ¿tu relación con Rebecca ha terminado? — le pregunta ella.

—Creo que sí.

—Lo siento.

—Está bien. En realidad, había terminado hace bastante tiempo.

Bastian acompaña a Glenda hasta la casa de sus padres.

—Es muy amable de tu parte que hagas esto — dice Glenda.

—Para ser sincero, probablemente acabas de contraer una deuda de sangre conmigo.

Glenda no consigue reír. Tal vez en lo profundo de su ser cree que eso es cierto.

—Entra conmigo, por favor — dice.

Él niega con la cabeza.

—Me voy a Wakefield.

Glenda saca su teléfono, toca la pantalla con el pulgar unas cuantas veces, luego le manda un mensaje con un archivo adjunto que incluye la dirección y el número telefónico que él necesita.

Se abrazan. Un abrazo de verdad, de esos en los que sientes el calor del cuerpo de la otra persona.

Glenda entra en la casa agachando la cabeza, aunque es imposible que se choque con el dintel. Gira y hace un saludo con la mano, luego entra y cierra la puerta. Él ve que se enciende una luz en el vestíbulo.

Bastian vuelve a la estación y busca un tren que lo lleve adonde tiene que ir. Se compra una taza de té en el puesto de AMT. Tiene una larga espera. Mucho tiempo para pensar. Se sienta en un banco y rodea con las manos la taza caliente de papel hasta que empieza a escaldarse.

Se dirige a la casa de Laura.

No quiere presentarse de improviso, de modo que se sienta en la estación y redacta un mensaje para ella. Le hará saber que se encuentra en la zona y le preguntará si puede ir a verla. Si está libre. Si quiere.

Irá a Wakefield y se sentará a leer su libro, se tomará un café. Tal vez visite la galería Hepworth. Esa mañana le llegó al teléfono el anuncio de una exposición que tiene lugar en ese sitio ahora mismo. Se trata de una combinación de esculturas e instalaciones sonoras, lo que se relaciona con el interés de Bastian por el jazz y los equipos de alta fidelidad. Y, si Laura le responde, irá a verla y tendrá una verdadera conversación con ella.

El breve período durante el que Bastian y Laura estuvieron juntos terminó abruptamente. Ese final abrupto se desencadenó

a partir de una conversación relacionada con lo que hacía Laura para pagarse los estudios. A pesar de que su madre no podía trabajar, Laura no recibía ninguna beca de la universidad, por motivos complejos relacionados con un padre que tenía un salario, pero estaba ausente y con la cantidad de tiempo que su madre llevaba sin trabajar. Laura había pedido un préstamo con el que cubría la matrícula y que también incluía algo de dinero extra para su manutención, pero no le alcanzaba para todos sus gastos. Tener un trabajo estable durante el período de clases estaba prohibido, puesto que la universidad consideraba que eso quitaría tiempo a los alumnos para los estudios. Laura encontraba trabajo en las vacaciones, pero durante esos meses sus medio hermanos tampoco iban a la escuela y para la economía de la familia era más sensato que Laura colaborara con el cuidado de los niños.

Laura le mencionó a Bastian de pasada que tenía un perfil en un sitio web llamado Oxbridge Escorts y que le pagaban para acompañar a hombres ricos en citas. Bastian se quedó horrorizado.

Estaban en la habitación de la residencia universitaria de Bastian con las ventanas totalmente abiertas. La habitación de Bastian daba al río y los chapoteos de las barcazas y los gritos de quienes las impulsaban ascendían con el calor del mediodía. Había sido una mañana lánguida de café y sexo. Luego Bastian salió en busca de un par de cruasanes y más café. Había una tetera y una cafetera en el escritorio de las habitaciones, pero Laura dijo que lo quería con espuma, por lo que Bastian salió de la universidad, pasó debajo de la torre neogótica de la entrada y cruzó una amplia avenida para entrar en una cafetería donde unos camareros creaban la espuma adecuada valiéndose de jarritas de leche caliente y un pitorro que expedía vapor.

Bastian regresó con dos capuchinos en una mano y una bolsa de papel marrón que contenía dos cruasanes en la otra. La mantequilla de la pasta se filtraba y formaba ventanitas de grasa en el papel. Mientras volvía a la universidad se sintió feliz, probablemente más feliz que lo que se había sentido en años. Más feliz que lo que se había sentido nunca.

Laura estaba sentada desnuda en la cama. Siempre se comportaba con naturalidad respecto de su cuerpo. No le preocupaba que alguien la viera desnuda, ya fuera Bastian o alguna otra persona que la vislumbrara accidentalmente a través de la ventana si la luz le daba de determinada manera y las cortinas se apartaban, o si ella se inclinaba hacia el alféizar para coger el teléfono o un vaso de agua. No le importaba ocupar espacio. Era capaz de despatarrarse sobre un sofá o una cama de matrimonio extendiendo los brazos y separando las piernas. A Bastian le fascinaba la comodidad que ella tenía con su cuerpo y el modo en que ocupaba todo el espacio disponible.

Laura tenía el portátil abierto delante de ella. La página del perfil de Oxbridge Escorts estaba en la pantalla. Bastian le preguntó de qué se trataba y ella se lo explicó.

—¿Quieres decir *escort escort* ?

—Quiero decir *escort escort* .

—¿De modo que sales con hombres por dinero?

Laura se encogió de hombros.

—No sé qué decir — dijo Bastian.

—Entonces, no digas nada — dijo Laura—. Mira, acabo de abrir el sitio solo para borrar mi perfil.

—¿Pero lo has hecho antes? Es decir, si estás borrándolo ahora. ¿Qué? ¿Cuánto tiempo lo has hecho?

—Un par de años, de manera intermitente.

—Yo… ¿Qué? No sé qué decir.

—No paras de decirlo.

—Bueno, ¿cómo creías que iba a reaccionar?

—No pensé que te enterarías. Volviste antes de lo que esperaba. Cuando entraste no quise…, no sé…, cerrar el ordenador de golpe ni nada raro como eso. No es más que una cosa que hago. Que hacía. Que he hecho. No tiene importancia.

Bastian seguía con los cafés y la bolsa de papel marrón en la mano. Laura estiró la mano para recibir su bebida y Bastian se la pasó automáticamente. Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas. Se había envuelto con el edredón y sostenía la taza de café con ambas manos. Le quitó la tapa de plástico y

se la llevó a la boca para lamer la espuma de leche.

—Mira, es lo que es. Algo que hice durante un par de años y que tal vez vuelva a hacer en el futuro, pero en este momento no quiero hacerlo porque, bueno, llámame antigua, pero no quiero salir con otros hombres ahora mismo.

—No hay nada de antiguo en ello.

—En realidad, es la profesión más antigua del mundo.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que realmente te acostaste con ellos? No solo eran citas. ¿Que realmente eres una prostituta? Fabuloso. Eso es fabuloso.

—No seas gilipollas.

Laura se levantó. Empezó a recorrer la habitación y a juntar sus cosas. Encontró unas bragas en el suelo y se las puso. Se colocó el sujetador por encima de la cabeza y luego el vestido sin mangas que llevaba la noche anterior. Encontró la bolsa de la colada y empezó a guardarla dentro de su mochila. Bastian estaba demasiado impresionado para detenerla o para decir mucho más. Dio algunas vueltas por la habitación y trató de beber un poco de café, pero a esas alturas estaba frío.

Ella seguía meneando la cabeza y llamándolo cabrón. Se había puesto colorada y se negaba a mirarlo a los ojos. Se marchó y él se quedó demasiado aturdido para hacer nada.

Estación de servicio

Agatha está en la parte trasera del Rolls Royce con el *borzoi* Fedor, cuya larga cabeza descansa sobre su regazo. Le pasa la mano por el pelo, deshaciendo los nudos con las puntas de los dedos. Anastasia está sentada delante, con Roster. Hay una barrera que separa la parte delantera de la trasera, que aísla a Agatha y a Fedor de sus compañeros de viaje.

A Agatha no le importa. Le proporciona un respiro del afecto maternal que ha recibido los últimos meses. Desde que su madre se vino a vivir con ella, ha dado su opinión sobre cada aspecto de la vida de Agatha. Hace un par de días, la tensión estalló.

Anastasia vio la foto de Precious. A su hija le llegan materiales de todas las galerías de Londres, porque es patrocinadora de muchas de ellas. Anastasia estaba hojeando las cartas y se encontró con un folleto. Reconoció a Precious en la foto de la portada, a partir de las imágenes que le había proporcionado a Agatha una empresa privada de seguridad que ella empleaba. Anastasia pasó las hojas del folleto y reconoció otra de las fotos, que aparecía en miniatura en la parte de atrás. Una mañana se presentó en persona en la galería para ver la imagen completa y asegurarse de que no se hubiera equivocado. Le preguntó al encargado si conocía el nombre del hombre que aparecía en la fotografía y él la miró con actitud despectiva, como si acabara de preguntarle si Caravaggio todavía estaba vivo.

—No creo que esté en la lista. Todos ellos son personajes del barrio en el que se sumergió la artista.

Anastasia sabía exactamente quién era aquel hombre; solo quería asegurarse. Volvió a casa y le llevó a Agatha una selección de postales de la exposición. Robó las postales para no tener que hacer cola delante del mostrador, deslizándolas

en el bolsillo de su larga gabardina.

Le enseñó las fotos a su hija. Agatha reconoció a Precious, pero no al hombre.

—¿Por qué me muestras esto?

Anastasia acercó la postal a la cara de su hija.

—No la chica negra. El hombre. Míralo — le imploró—. Trabajaba para tu padre. Es justo lo que necesitamos.

—¿En qué sentido es justo lo que necesitamos?

—En otra época era una leyenda. El hombre más duro al norte del río, y eso era solo porque las pandillas del sur no se animaban a cruzar a este lado para medirse con él.

—Asombroso — dijo Agatha secamente. Estaba en el baño, pasándose hilo dental. Anastasia se sentó en el borde de la bañera.

—Ninguno de tus métodos legales está dando resultado, Agy. Esto se está prolongando demasiado. Si quieres construir alguno de esos apartamentos nuevos esta década, necesitas sacar rápido a las putas.

Agatha siguió tirando de la delgada cinta blanca que estaba enrollada en un carrete de plástico. La cortó al largo deseado y luego se la pasó entre dos incisivos. Miró a su madre por el espejo, pero no respondió.

—¿Me has oído? No está dando resultado. ¡No estás consiguiendo nada!

Agatha tiró del hilo hacia delante y hacia atrás varias veces y luego repitió el procedimiento. Mantuvo la calma mientras su madre se alteraba cada vez más.

—¡Eres una condenada idiota! — gritó Anastasia. Le tiró a su hija las postales de la exposición a la cara, salió corriendo del baño y cerró de un portazo.

Era bueno salir de Londres. La ciudad parecía inquieta, potencialmente peligrosa y habían tenido lugar un par de encuentros extraños. El primero había sido con un comercial agresivo que apareció en la puerta de Agatha. El segundo con un vagabundo asqueroso que la abordó cerca de su casa y no paró de atosigarla hablándole de un objeto antiguo que había encontrado y proponiéndole que se lo comprara. Era obvio que

estaba desquiciado.

Agatha ha hecho ese trayecto muchas veces. Roster la llevaba desde Londres hasta su escuela, situada en Yorkshire del Norte. Ahora lo realiza para visitar a sus caballos, para verlos correr y para pasar tiempo en su casa de campo.

Se practica la caza en la propiedad, pero esa es una actividad por la que no siente interés alguno. Los terratenientes vecinos le suplicaron que no despidiera a los guardas del coto. Le ofrecieron colaborar con la gestión del personal y con la organización de las partidas de caza, así como con la manutención del brezal para evitar que se convirtiera en maleza.

Agatha no tiene ningún interés en cazar faisanes, como tampoco lo tiene en permitir que hombres ricos de Londres y Dubái pisoteen sus bosques y sus brezales, disparando al cielo.

Despidió a la mayoría del personal tan pronto como tomó posesión de la propiedad. Hubo quejas de la comunidad local y artículos repugnantes en la gaceta del pueblo. Ella, obviamente, no se molestó en leerlos y, en definitiva, era su decisión y nadie podía hacer nada al respecto.

Aprovechando su viaje, visitará a su hermana mayor. Valerie Howard vive en esa tierra desde siempre. Donald y su noviecita adolescente la tuvieron en 1936, y su madre y sus abuelos se ocuparon de criarla en el pueblo mientras el padre probaba fortuna en la ciudad. Jamás se marchó de allí. Jamás se casó. Trabajaba en la granja, ordeñando vacas y recogiendo huevos. Cuando su padre adquirió Bythwaite Hall en los sesenta — comprándoselo a la familia en cuyos terrenos él había cazado furtivamente cuando era un chaval—, colocó a su hija mayor en la casa de los guardeses y le indicó que cuidara de la propiedad, pagándole un estipendio simbólico. Está allí desde entonces.

Valerie ha vivido de la tierra toda su vida. Odia esa puta tierra. Odia la suciedad que se le mete debajo de las uñas y en la ropa y en el pelo. Odia la maleza que estrangula los cultivos. Odia los zorros que van de noche en busca de las gallinas. Odia las gallinas que se dejan atrapar, que pillan infecciones, que picotean sus propios huevos hasta convertirlos en una pulpa

arenosa antes de que ella pueda recogerlos. Odia las vacas que se quedan quietas todo el día, contemplándola con esos ojos inexpresivos y acusatorios, o que gimen de noche cuando sacrifica a sus terneros. Odia las moscas y las avispas y los pulgones y las abejas y los escarabajos y los pájaros y las ratas y los ratones y toda esa mugre que jamás se quita.

Le expresa esos sentimientos a Agatha cada vez que se encuentran, como un soldado veterano reviviendo el trauma de la guerra. Y hace todo lo que puede por destruir la tierra. Los pesticidas son sus amigos. Acepta las toxinas. Si pudiera hacer lo que quisiera, toda la propiedad estaría recubierta de cemento y trampas para animales y cercada por alambres de púas.

Agatha se ríe con ella. La última vez que Agatha estuvo en Bythwaite Hall, las dos hermanas recorrieron el perímetro de la propiedad. Valerie viene haciendo lo mismo cada año desde antes de que Agatha nació, y ahora que Agatha es la propietaria, lo hacen juntas. Es lo más parecido que tiene Agatha a una tradición familiar. Consiste en una caminata de alrededor de veinticuatro kilómetros y les lleva el día entero, pasando por páramos cubiertos de brezos, atravesando bosquecillos de robles, fresnos y avellanos. En algunos lugares el olor a ajo de oso es tan intenso que Agatha tiene que cubrirse la boca y la nariz con la manga. En otros, el aire es tan limpio que siente que una sola bocanada podría alcanzarle para el resto de su vida.

Llevan comida. Valerie prepara un surtido de sándwiches de estilo antiguo, rellenos de cecina o pasta de salmón y pepino, que a Agatha le gustan muy a su pesar. Comen sentadas en un muro de piedra seca o en el tocón de un árbol. Valerie llama a esa caminata La Delimitación de la Frontera. La última vez que la hicieron, Agatha le preguntó a Valerie de dónde venía esa frase, y Valerie se limitó a agarrar su largo bastón, fabricado con una rama de tejo con una hendidura en la parte superior para apoyar el pulgar, y empezó a apartar a golpes la vegetación que estaba a ambos lados del sendero.

Valerie camina acompañada por Bunny, su anciana perra de raza *border terrier* y, en su visita anterior, Agatha pudo

presentársela a Fedor, quien por entonces todavía era un cachorrito. Ahora esa perra podría pasar limpiamente por debajo del cuerpo del perro largo sin siquiera tener que agachar su cabeza entrecana. Aquella última vez Bunny dedicó un par de minutos a soportar las juguetonas embestidas del cachorro, luego pasó el resto de los veinticuatro kilómetros ignorándolo. Fedor inclinaba las patas delanteras y llevaba la cabeza hasta el suelo, moviendo la cola, para luego soltar un par de gañidos quejosos y agudos. Después de un rato se dio por vencido y, mientras su anciana prima trotaba por el sendero detrás de su ama casi presionando el hocico contra las botas de goma de Valerie, Fedor empezó a brincar y se puso a deambular entre los brezos, a correr entre matas y arbustos, a saltar sobre charcos enlodados, o a agacharse para enterrar el hocico en aromas interesantes.

Agatha encabezaba la marcha. El sendero era estrecho y a ambos lados la maleza era alta, irregular y estaba endurecida por la escarcha. Las hermanas solo podían caminar en fila india. Valerie nunca había estado tan lenta.

—Valerie, ¿cuántos años tienes? — le preguntó Agatha.

—Es grosero preguntarle la edad a una dama. ¿Tu madre no te lo enseñó?

En cambio, Agatha hizo el cálculo mentalmente.

—Debes de tener ochenta, al menos.

—Supongo que debo de tenerlos.

—Estás en muy buena forma para alguien de esa edad.

—Supongo que lo estoy.

Siguieron caminando. Luego Valerie le preguntó a Agatha si seguía teniendo «ese problemilla con esas guarrillas».

Agatha le respondió que en efecto, todavía lo tenía, pero que estaba trabajando con la policía para encontrar una solución. Era probable que se efectuaran algunos arrestos pronto.

Valerie clavó el bastón en el suelo, se apoyó sobre él y luego se dio la vuelta para mirar a su hermana menor.

—Una vez hubo una plaga en la casa grande. Eran abejas. Tú todavía eras una bebé y no tenías padre, y yo estaba sola cuidando este lugar. Las veía entrar y salir por los aleros, así

que me acerqué a echar un vistazo. Había millares. ¿Sabes lo que hice?

—¿Qué?

—Conseguí una de esas bombas de humo que colocan en los cascos de los buques de guerra para echar a las ratas. La puse en el vestíbulo, le saqué la anilla y salí por patas. Había tanto humo... Nunca has visto algo así. Nubes de un humo muy espeso. Gris, pero tan gris que casi parecía azul. Salía por todos lados. Por los espacios entre los marcos de las ventanas, por las grietas de debajo de las puertas. Salía por los agujeros pequeñitos de los ladrillos y la mampostería. Por las chimeneas. Por el techo. Era como si la casa grande estuviera desangrándose. Expulsando las entrañas como un cerdo. Aquello era todo un espectáculo. Y acabó con las abejas. Cada primavera barría todo y diez años más tarde seguía encontrando los cadáveres.

Valerie desenterró el bastón del suelo y siguió caminando, apartando los escombros del sendero a su paso.

De todas las hermanas, Valerie es la que más se asemeja a Agatha, aunque ya está vieja. Ninguna de las otras se le parece en nada. Al menos, en su opinión.

Agatha no puede saber hasta qué punto se parece a su padre. No llegó a conocerlo. La gente dice que ha salido a su madre. Es un cumplido: su madre es una mujer de una belleza extraordinaria. Agatha también es hermosa, pero no tiene la increíble belleza de Anastasia, y lo que sea que haya disminuido en ella la perfección de su madre debe de venirle del padre. No está segura de en qué consiste esa esencia de él, pero desde luego se trata de algo que Agatha y Valerie comparten.

Los únicos puntos de referencia de los que dispone Agatha sobre el aspecto que tenía su padre son fotografías, cuadros chabacanos, su propia apariencia y la de sus hermanas. Aunque podría suponerse que las fotografías o los cuadros ofrecerían el retrato más preciso, más fiel y más realista de aquel hombre, es justo lo contrario, porque esas fotografías y esos cuadros no están vivos. No se mueven, no respiran, no emiten sonido, no huelen como él, no revelan su personalidad,

sus modales, su postura. La mejor aproximación que Agatha puede conseguir del padre al que jamás conoció procede de una amalgama de ella misma y de sus otras hijas. Agatha y cada una de esas otras cinco mujeres poseen una parte de su totalidad.

El trayecto desde el centro de Londres hasta Ryedale transcurre mayormente por autopistas y autovías. Agatha se marea, por lo que no puede leer en el coche, pero escucha un audiolibro sobre la guerra de los Treinta Años. A mitad de camino se detienen en una estación de servicio de la autopista para que Fedor pueda estirar las patas.

Por lo general, Agatha prefiere permanecer en el vehículo durante esas paradas para no cruzarse con la gente gorda y corpulenta que se arrastra con dificultad desde los restaurantes de comida rápida hasta el aparcamiento. Derraman café y bebidas azucaradas en el suelo y en las mesas y sus hijos chillan y gritan. No pueden usar el baño sin esparcir papel higiénico por todo el suelo o mear en los bordes de la taza del inodoro. De solo pensar en esos servicios compartidos se siente enferma. Todas esas criaturas feas, sucias y estúpidas meando y cagando y menstruando en los cubículos contiguos al suyo.

En esta ocasión no la dejan quedarse en el coche. Anastasia quiere comprar un pintalabios. Abre la puerta trasera del coche y hace salir a Agatha por la fuerza, insistiendo en que la ayude a escoger uno. Agatha intenta convencerla de que espere hasta llegar a Londres, así pueden ir a Selfrigdes o a Harvey Nichols o a una *boutique* de Mayfair, pero al parecer Anastasia quiere el pintalabios inmediatamente. Agatha la acompaña a la estación de servicio y encuentra un expositor de maquillaje dentro de una pequeña sucursal de los supermercados Tesco. Su madre es tan infantil…

Se quedan juntas varios minutos, pasándose diferentes tonos de pintalabios, discutiendo sobre tonalidades, manchándose el dorso de la mano con los probadores.

—De ninguna manera te vas a comprar uno con purpurina. De ninguna manera.

—No me vas a decir qué puedo hacer y qué no.

Prueban más variedades y añaden otros colores al dorso de la mano cada una. Sostienen los pintalabios contra la cara y se miran en el espejo cuadrado que está a un costado del expositor para ver si el color se complementa bien con el tono de la piel.

—Compremos uno para ti — sugiere Anastasia.

—No voy a comprar maquillaje en un expositor de una estación de servicio de la autopista.

—Oh, pero para mí sí está bien, ¿no? — Hay un tono de resentimiento en su voz que ha ido acumulándose durante los recientes meses de frío rechazo que le ha hecho pasar su hija.

—No, no está bien. Por eso te he sugerido que esperaras. Y si no puedes esperar hasta que estemos de regreso en Londres, al menos intentemos encontrar algo en Ripon o Helmsley. Seguro que tienen mejores marcas.

—Sí, sí, tienen esas marcas que son todas iguales. Quieres que me vista como esas aristócratas terratenientes que tienen caballos. Bueno, pues lo lamento, Agatha, pero yo no soy así. Me gusta el pintalabios con purpurina azul y si tienes un problema con eso, mala suerte.

Es imposible razonar con ella. Está tan sensible estos días...

—Puedes ponerte lo que quieras cuanto estés ligándote tíos en la Riviera francesa, pero comprenderás que no quiera presentarme en el club de socios con una madre que parece una prostituta.

Anastasia deposita cuidadosamente el pintalabios en el expositor, se da la vuelta hacia su hija y le da una fuerte bofetada en el rostro.

Esa es otra cosa que tiene su madre: ve demasiados programas de televisión durante el día.

Anastasia lleva varios anillos en cada dedo. Se enganchan en la piel de Agatha y hacen que sangre un poco del labio superior.

Hay una mujer de mediana edad y uniforme azul reponiendo sándwiches en una nevera cercana. Se queda paralizada y se gira hacia la escena. Tiene los ojos muy abiertos.

—¿Qué carajo miras, estúpida zorra?

La trabajadora se escabulle hacia un lado de la tienda, se apresura a marcar un código en el teclado de una puerta cerrada y luego desaparece tras ella.

—No puedo creer lo que acabas de hacer — dice Agatha en voz baja.

Anastasia rebusca dentro de su bolso y saca un pañuelo de papel. Se acerca a la cara de su hija para limpiarle la sangre. Agatha retrocede.

—No volverás a tocarme nunca más.

—Oh, por favor. Oh, por favor. No ha sido nada. Si eso es lo peor que te han hecho, pues sí que has tenido una vida muy fácil, querida mía.

—Tal vez. Pero no pienso tolerar que me trates con tan poco respeto.

—¿Cómo te gustaría que te tratara? ¿Te gustaría que te hiciera una reverencia y que me inclinara ante ti, que te tratara como una princesita porque resulta que ahora tienes dinero? ¿Y de dónde ha salido ese dinero? ¿Lo has ganado? ¿Has peleado por él? ¿Lo has conseguido con sudor y sangre y dejándote la piel? No. Era mío. Todo mío. Oh, mi querida, dulce e ingenua princesita. Si solo supieras las cosas que he tenido que hacer para darte esta vida... Las cosas que he hecho. Las cosas que me han hecho. Pero no. Tú lo crees, ¿verdad? ¿Lo crees realmente? ¿Crees que tienes todos estos lujos porque eres superior?

—El negocio no ha parado de crecer desde que está a mi cargo. Lo sabrías si te molestaras en revisar los números. Pero no lo entenderías, aunque lo hicieras. No sabes leer. Desde luego que tampoco sabes hacer cuentas. No entiendes nada de economía ni de negocios. Y no fuiste tú quien amasó esta fortuna; fue mi padre. Y está claro que, aunque jamás lo conocí, salgo más a él que a ti. Erigió un imperio de la nada. Lo único que tú has hecho fue encontrar hombres ricos y poderosos y pegarte a ellos. Y eso es un talento, ¿verdad? ¿Es un talento? ¿Es algo por lo que debería admirarte, sentirme orgullosa de ti, tratar de emular? ¿Crees que siento vergüenza de ti? Bueno, pues sí. Sí que me avergüenzo de ti. Claro que sí. ¿Qué otra cosa podría hacer? No eres más que una puta. Puta,

puta, puta.

La sangre del labio superior de Agatha está empezando a secarse. Coge el pañuelo de papel de la mano de Anastasia y se lo pasa por la herida.

El rostro de Anastasia adopta una expresión que Agatha no consigue descifrar. Podría estar a punto de disculparse o podría estar a punto de escupirle a la cara a su hija. Después de una breve pausa, dice:

—Te están atacando por varios frentes. Tus hermanas siguen tratando de probar que eres ilegítima o que el testamento de Donski lo es. Esa banda de furcias ha montado un escándalo enorme. Y ahora se han metido los periódicos: la prensa de izquierdas porque eres rica y por tus contribuciones políticas; la prensa de derechas porque tu negocio tiene raíces turbias y también porque eres mujer y, a ojos de ellos, extranjera. En un momento como este necesitas a tus amigos. Necesitas a tu madre.

—Tengo todo bajo control. Cuando necesite ayuda, llegará de profesionales educados, cualificados y preparados a quienes les pagaré por sus servicios. Tú no sabes nada de eso.

—¿Yo no sé nada de eso? Me he pasado toda la vida defendiendo tu fortuna. He estado peleándome con tus hermanastras desde el momento en que saliste de mi vientre. Iba a los arbitrajes con tu boca pegada a mi teta. Sé qué clase de personas son. No las subestimes. Preferirían que todo se derrumbase antes que permitirte controlar el patrimonio. Puedes valerte de tus abogados y tus políticos y tus policías y tu jerga empresarial todo lo que quieras, pero no te olvides de cómo se creó esta fortuna, porque es eso lo que van a utilizar en tu contra.

Agatha no responde de inmediato. Una familia con niños pequeños entra en la tienda. Se arremolinan delante de las neveras, eligiendo y volviendo a elegir entre las combinaciones de sándwiches, *wraps,* refrescos y paquetes de patatas fritas que conforman la oferta de comida de la tienda. No prestan atención a la escena que se desarrolla en el pasillo contiguo. El padre lleva una camisa a cuadros y unos tejanos azules descoloridos. Está cada vez más irritado a causa de su esposa y

sus dos hijos mayores, que no paran de cambiar de idea y de pelearse por el último sándwich de beicon, lechuga y tomate. La madre interviene con la sugerencia de que lo compartan, propuesta que no se recibe con buenos ojos. Solo la menor, una niña de alrededor de cinco años, se mantiene apartada de su familia y observa la discusión entre Anastasia y Agatha.

La niñita ve cómo el rostro de la mujer de más edad se arruga de rabia y luego se relaja de desesperación. Ve cómo el color de sus mejillas pasa del rojo al blanco y luego otra vez al rojo. Ve cómo se le acumulan lágrimas en las comisuras de los ojos que luego se desbordan como agua hirviendo y se le derraman por la cara. La mujer de más edad dice «joder» muchas veces. La niñita conoce esa palabra porque su hermana mayor se la susurra entre bocado y bocado cuando están sentadas a la mesa durante la cena y luego lanza una risita y vuelve a susurrársela tapándose la boca con la mano y luego vuelve a lanzar una risita. Ve cómo la mujer de más edad se gira y sale de la tienda aferrando un pintalabios en una mano y su bolso en la otra. La mujer más joven, a quien la niñita no puede concebir como una hija porque las hijas son niñas pequeñas como ella, permanece inmóvil.

Agatha va hasta la caja y espera a que la encargada de cobrar vuelva a aparecer. Paga en metálico el pintalabios que su madre ha cogido, deslizando dinero suelto sobre el mostrador moneda a moneda.

Grabado en plata

—Soy una idiota por haber confiado en esa zorra. Pero no importa. El daño ya está hecho. He aprendido la lección. Ya he pasado página. — Precious no ha pasado página—. Lo que me jode, de todas maneras, es que saltaba a la vista que iba a pasar algo así. Debería haberlo visto venir.

—Si fuera un tío, lo habrías hecho — dice Tabitha—. Siempre estamos alerta por si aparece un tío chungo, hombres que te pagan por una cosa y luego exigen otra, hombres que no pagan lo que han acordado, hombres que fingen ser totalmente encantadores y son unos completos gilipollas. A esos podemos detectarlos. Pero con una mujer es una historia totalmente distinta.

Tabitha está de pie junto a la encimera de la cocina, contemplando la tostadora. El aparato está situado en un ángulo desenfadado, más cerca del borde de la superficie de lo que debería. Lo empuja y lo coloca contra la pared.

—¿Soy yo o esta tostadora está más hacia delante que antes? Cada mañana la pongo de nuevo en su sitio, pero a lo largo del día vuelve a moverse.

Precious no le hace caso.

—¿Pero en serio tienes que pasar página? — Candy está sentada al lado de la mesita auxiliar situada en una esquina. La ventana que se encuentra junto a ella está abierta en la parte inferior y Candy tiene el brazo colgando hacia fuera, con la muñeca inclinada y un cigarrillo encendido en la mano. A cada instante se acerca a la abertura, da una calada, exhala y luego vuelve a participar en la conversación—. ¿No hay nada que puedas hacer al respecto?

—¿Como qué?

—No puede ser que alguien te haga una foto y la publique en todas partes sin tu autorización.

—Sí puede ser. Claro que puede ser. ¿Crees que los *paparazzi* les piden permiso a los famosos antes de vender fotos de ellos enseñando el culo y las tetas a las cuatro de la mañana?

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Precious invitó a esta fotógrafa a su apartamento. Posó para ella.

—Tonta de mí — dice Precious—. Eso justamente hace todavía más difícil que pueda hacer algo al respecto. Por dios, qué idiota soy. Es como invitar a un ladrón conocido a tu casa y luego sorprenderte de que huya con tus joyas.

—Que le den por culo — dice Tabitha—. Que le den por culo a Mona Beardsley. Que le den por culo hasta que termine en el infierno.

Tabitha tira al suelo el folleto que tenía en la mano. Es el programa de una exposición de fotografía. Para anunciarla, han elegido la foto que tomó Mona de Precious en su dormitorio tres meses antes.

Esa mañana, Tabitha había estado fuera de la casa más tiempo del habitual. Volvió de las tiendas con una expresión sombría en el rostro y le tendió el folleto a Precious con brusquedad. Se había encontrado con una versión mucho más grande de la imagen en un póster que estaba en la entrada de la estación del metro y corrió hacia la galería para ver de qué se trataba.

Scarlet la Joven está en la habitación con ellas. Se inclina para mirar el folleto que Tabitha ha arrojado al suelo. Adopta un tono de superioridad y afirma:

—Si sirve de algo, es una imagen muy poderosa.

Precious también la mira. Se ve a sí misma reflejada en blanco y negro. El contraste entre las luces y las sombras es muy reducido, lo que significa que la totalidad de la imagen, ella incluida, presenta una tonalidad plateada. Da la impresión de que brillara, a pesar de que el papel es mate. Tiene un aspecto antiguo, como esas fotos de los abuelos de la gente que estaban en las repisas cuando ella atendía a los clientes en sus domicilios; lo único diferente en esta foto es la modelo que

aparece en ella. Está sentada en la cama, con ropa interior, inclinada hacia atrás y con una expresión en el rostro que no reconoce. Se contrapone a todo lo que piensa sobre sí misma y lo que siente respecto de su vida. Parece asustada. El retrato la capta en un momento inusitado de vulnerabilidad, pero esa será la versión de ella que todos verán. La mirarán y creerán conocerla. Se conmoverán por esa imagen hermosa y poderosa de una mujer pobre y frágil, sin darse cuenta de que se trata de una mentira.

Hace poco Precious vio una foto de Agatha Howard. No tiene ordenador y solo utiliza el teléfono para ponerse en contacto con sus amigos y sus parientes, o para jugar al solitario muy de vez en cuando. Tampoco tiene un perfil en Facebook ni una cuenta de Twitter y pocas veces utiliza el correo electrónico. Jamás se le habría ocurrido acosar a un adversario a través de internet.

Fue Tabitha la que le avisó de que existía esa posibilidad. Había estado en el pub con Crystal, quien le enseñó una foto de Agatha Howard que había encontrado. Cuando regresó a casa, Tabitha se la mostró a Precious, junto con el artículo de un periódico de un pueblo de Yorkshire que relacionaba a Agatha Howard con unos despidos de trabajadores que habían tenido lugar en esa zona.

—Parece una zorra rica — dijo Tabitha.

Precious miró la foto de Agatha. La habían tomado en un evento de la alta sociedad, y ella estaba junto a un hombre y una mujer. En el fondo alcanzaban a verse otras personas, dando vueltas con copas de champán.

Los hombres llevaban esmoquin y relucientes zapatos negros. Las mujeres estaban ataviadas con vestidos que llegaban hasta el suelo.

El vestido de Agatha Howard era negro. El negro es el color más elegante, pero también el más clandestino. Es un color detrás del cual esconderse. Agatha Howard tenía el pelo largo y rubio. Le llegaba hasta el pecho y era lacio y preciso. Era una mujer muy hermosa. Tenía los pómulos altos, los ojos azul claro y un rostro simétrico, y era alta y delgada.

Precious separó los dedos para ampliar la imagen. Expandió

y alargó partes de la cara y del cuerpo de Agatha Howard, así como los rostros de la gente que la rodeaba, como si pudiera encontrar pistas sobre su adversaria a partir de esos primeros planos de piel y seda negra, desde la manera en que sostenía la copa de champán hasta la manera en que se colocaba con un pie ligeramente delante del otro.

Era extraño ver la cara de la persona que les había causado tanto dolor. Precious no se decidía sobre si su primera impresión de aquella mujer estaba influida solo por la fotografía o por lo que sabía que les había hecho. Se veía fría, retraída, como si todo lo que la rodeaba fuera peligroso y asqueroso, impuro y desagradable. Precious y Tabitha eran motas de suciedad bajo la uña con manicura francesa de esa mujer, algo que había que arrancar y sacarse de encima con una sacudida del dedo.

—Parece aterrorizada — dijo Precious, en parte como respuesta al comentario anterior de Tabitha.

Después, intentaron comunicarse un par de veces con Agatha Howard y organizar un encuentro cara a cara. Jamás obtuvieron respuesta.

Más tarde, cuando Candy y Scarlet la Joven ya se han marchado, Precious recibe una llamada de Marcus, su hijo mayor. Su novia ha vuelto a quedarse embarazada y Precious está ansiosa por saber si hay alguna novedad. Le pregunta sobre las clases prenatales a las que asiste Nicky y sobre los preparativos para el parto. Hablan de la situación laboral de Marcus y de la posibilidad de que obtenga un permiso de paternidad, y organizan una salida de compras para el fin de semana siguiente para que Precious pueda comprarles diversos artículos esenciales antes de que nazca el bebé. Al principio Marcus le dice que no hace falta que lo haga, que ellos mismos pueden comprar esas cosas, pero Precious insiste y Marcus no tarda en acceder.

Marcus y su novia ya tienen una hija, Connie, que no es una abreviatura de Constance, sino un nombre completo. En su certificado de nacimiento figura Connie.

Precious se ha propuesto consentir a Connie. Desea que

crezca querida, que jamás dude de que es querida. Desea que disponga de ropa abrigada comprada en tiendas caras y que le dure años en lugar de meses, pero que, de todas maneras, será reemplazada con regularidad. Desea que asista a una elegante escuela privada y que se haga amiga de otros niños que asisten a una elegante escuela privada y que lleve un elegante uniforme sobre el que Precious pueda tomarle el pelo cuando vuelva a casa.

Tabitha lleva tiempo intentando enseñarle a Precious a tejer jerséis y leotardos para Connie, pero hasta ahora los resultados han sido decepcionantes y finalmente es Tabitha la que termina de manera rápida y eficiente la mayoría de los proyectos en lugar de Precious, que los envuelve en papel de seda, les pone un lacito y añade una pequeña nota que dice: «Con cariño de la abuela».

Luego Marcus dice:

—He visto que han vuelto a entrevistarte en el periódico.

Precious se paraliza. Pensaba que ninguno de sus hijos sabía cuál era su profesión. Pensaba que creían que seguía trabajando en un salón de belleza. Tenía cuidado en esas entrevistas. Se ponía una máscara y no daba detalles personales, excepto su nombre de pila. La idea de que Ashley y Marcus sepan que su madre es prostituta la pone enferma. No siente vergüenza por sí misma, pero los jóvenes pueden tener un sentido extraño del honor que se extiende a todas sus familiares femeninas. Una cosa es sentirse tranquila con las elecciones que una ha hecho en la vida, pero conservar esa tranquilidad cuando se trata de los hijos es algo totalmente diferente.

—¿Qué entrevista? — pregunta ella.

—La que salió en el suplemento de fin de semana, sobre los desahucios. Estás encantadora en las fotos. Con la máscara, quiero decir.

Precious no responde. Tabitha está en la cocina, vaciando el lavavajillas. A Precious le llega el tintineo de los cubiertos y la vajilla a través de un oído y su propio silencio a través del otro.

—Tienes bastantes admiradores — continúa Marcus—. Con

esas cosas que has dicho sobre las propiedades inmobiliarias y los alquileres y la gentrificación y todo eso has puesto el dedo en la llaga. Tu *hashtag* es muy popular.

—Lo sé — dice ella.

—¿Cuántas entrevistas van con esta? Yo he contado doce.

—Quince, si incluyes las de la radio. Estuve en la BBC Radio London y la LBC.

—Debería reunir un álbum de recortes, para los nietos.

—Marcus…

—Creo que es genial lo que estás haciendo, mamá. Tienes mucho talento para esta clase de cosas. Deberías haberte metido en política o algo así.

Precious vuelve a guardar silencio.

—Bueno, en cualquier caso, Nicky está preparando la comida, tendría que ir a ayudarla. Pero nos veremos el próximo fin de semana, ¿vale? Y tal vez hablemos durante la semana.

—Bueno — dice Precious.

—Te quiero, mamá.

—Te quiero, Marcus.

Precious toca el punto rojo del iPhone para cortar la llamada. Tabitha sale de la cocina con un trapo y un frasco de limpiamuebles. Repara en la expresión grave de su amiga.

—¿Te encuentras bien, cariño?

—Sí — responde Precious de manera nada convincente. Deja el teléfono boca abajo sobre el sofá y se incorpora. Entra en la cocina para servirse otro café. Pone la taza llena dentro del microondas. Mientras espera se inclina hacia delante, apoyando ambas manos sobre la encimera. Regresa a la otra habitación antes de que el microondas termine. Dice:

—¿Sabes aquello de lo que hablábamos la otra noche?

Tabitha está delante de la mesa, reuniendo miguitas de la superficie con la mano. Se vuelve hacia Precious y emite un sonido de asentimiento.

—Estoy pensando en hacerlo. Quiero decir, ¿qué tengo que perder? Además de, por ejemplo, mi amor propio.

Tabitha rocía limpiamuebles sobre la mesa y extiende la espuma blanca a lo largo de la superficie de madera con el

trapo.

—No te pondrás en ridículo — dice—. ¿Cómo es posible? Tienes un gran talento para esto.

Tabitha lleva un puñado de migas a la cocina y las echa en el cubo de la basura. Luego vuelve con un par de folletos turísticos que estaban sobre la encimera. En los últimos tiempos ella y Precious habían estado considerando sin mucha seriedad la idea de tomarse un respiro en alguna ciudad europea.

—¿Budapest o Bucarest?

Precious no responde. Ha vuelto a sentarse en el sofá y está haciendo girar el café oscuro y humeante dentro de la taza, esperando que se enfríe.

—Resulta que Marcus sabe lo que hago para ganarme la vida — dice.

Tabitha asiente.

—Ya me parecía que lo sabía, cariño. No es estúpido. ¿Ashley también?

Precious se encoge de hombros.

—No se lo he preguntado. Supongo que sí. Para ser honesta, eso explicaría por qué no responde a mis llamadas últimamente. Pero Marcus se lo ha tomado bastante bien.

Tabitha se acerca a Precious y se sienta a su lado. Los resortes del sofá chirrían cuando se acomoda.

—Marcus tiene esa novia tan agradable. Probablemente ella lo haya hecho entrar en razón. Ashley es un poco más joven, más exaltado. Tal vez le preocupe más lo que sus amigos puedan pensar. Pero terminará entendiéndolo.

—¿Tu familia lo sabe?

—¿Qué familia?

Precious asiente.

—Dejaron de ser mi familia mucho antes de que entrara en este oficio — dice Tabitha—. Contigo es distinto. Has tenido una vida diferente.

Precious le coge la mano a Tabitha.

—Si sigo adelante con esto, no estoy segura de que tengamos tiempo ni para Budapest ni para Bucarest. Lo más probable es que esté de campaña las veinticuatro horas del día.

¿Te parece bien?

—Me parece bien.

Aves del paraíso

El rodaje va con retraso. Los ánimos están enardecidos. Los mecanismos de asignación de responsabilidades y delegación han fracasado. Los presupuestos se estiran. El estudio es una maraña de cables e interruptores y luces y cámaras y acciones y cristal y metal y plástico y goma y chips de silicona y pulsaciones eléctricas y cinta de embalar y anuncios sobre cuestiones de higiene y seguridad y plexiglás y tecnicolor y sillas plegables y fachadas de edificios sin la parte trasera y cajas sin ningún contenido y libros sin palabras y polvo fino de un color que emula cualquier tono de piel concebible y polvo de todas las otras tonalidades que resplandece y centellea y se pinta en los párpados de las damas para que sus rostros brillen como las aves del paraíso. Hay espadas sin filo y hachas de guerra huecas y perros y caballos y dispositivos digitales que simulan ser analógicos y dispositivos electrónicos que simulan ser mecánicos y pantallas verdes y azules y sensores en la cara y las manos de las personas y cubiteras de champán y alternativas saludables en el comedor y un gimnasio para mantenerse en forma y un masajista permanente y la prohibición de usar teléfonos móviles y cotilleos en los pasillos y — para otras personas— mucho papeleo y — para Lorenzo— mucho trabajo personal para establecer una red de contactos, mucho esfuerzo para sacar el mejor partido de las cosas, muchas situaciones en las que hay que ceder en todo y a veces muchas situaciones en las que hay que ocultarse en los camerinos, muchas escapadas al pueblo para tomar una cerveza a solas, muchos recordatorios internos de por qué quería esto, muchas sonrisas y asentimientos y «sí, por favor» y «bien, gracias» y risas falsas que espera que suenen reales.

Lorenzo no tiene que volver al plató hasta las dos de la tarde y en ese momento se encuentra en una casita alquilada

en el límite de un pueblo pequeño llamado Coomby, situado en algún lugar de Yorkshire. Los estudios están en el otro extremo del pueblo, en una serie de hangares aeronáuticos reconvertidos que forman parte de una antigua base de la Fuerza Aérea. Hay una desvencijada mesa de madera y una estufa a leña. Se siente como si estuviera de vacaciones, si no fuera porque todos los días tiene que encerrarse en un hangar aeronáutico reconvertido sin luz natural.

Pasa la mañana hojeando el *Financial Times* de ayer, que cogió del camerino el día anterior cuando ya se habían llevado todos los otros periódicos. Lo lee minuciosamente, posando la mirada sobre sus rosadas hojas, ruborizadas de riqueza. Es posible comprar acciones del Manchester United. Qué idea curiosa.

Quedarse dando vueltas sin hacer nada no está del todo mal. Lorenzo se ha hecho amigo de algunos de los otros actores. Clive y Andy interpretan los papeles pequeños de los guardias del burdel que se supone que dirige el personaje que encarna Lorenzo. Está Jenina, con quien también comparte escenas. Ella hace de una prostituta vieja que ahora es más bien una administradora. También ha trabado amistad con las mujeres que encarnan a las numerosas putas diferentes, pero la mayoría de ellas son bastante reservadas. Deben permanecer desnudas en el fondo de las escenas, paseándose o simulando que practican actos sexuales. Tienen sus instalaciones en una zona distinta del edificio, no las hacen pasar al área de filmación hasta el último momento y se las llevan tan pronto como terminan.

También está Eddie Kettering. Eddie Kettering es una estrella. Tiene un papel protagonista. Es un héroe, un objeto de deseo romántico, un talento, un cuerpo, una cara, una sensación, un fenómeno. Lorenzo comparte un par de escenas con él. El día anterior comieron juntos en el comedor.

—Mañana será un gran día — dijo Eddie cuando se deslizó en el asiento que está delante del de Lorenzo con su comida en una bandeja.

Lorenzo asintió.

—¿Has hecho escenas de sexo antes? — preguntó Eddie.

Hablaba con un afectado acento del este de Londres, aunque Lorenzo y todos los demás saben que fue a Harrow.

—Como esta no. Cuando interpreté a Otelo, había una especie de escena de sexo con Desdémona, pero era más abstracta, ya sabes, como detrás de un visillo. Y a continuación ese mismo visillo se convertía en el pañuelo de ella, cuando Otelo lo encuentra.

—Ah, sí — dice Eddie—. Qué excitante.

Lorenzo se rio inexpresivamente.

—Sí — dijo.

—Están bien — dijo Eddie—. Me refiero a las escenas de sexo. He hecho unas cuantas. Depende de que la chica esté en buena forma, y no por las razones que podrías pensar. Quiero decir, que quede claro que no hay nada sexi en hacer una escena de sexo, y en realidad lo más probable es que te convenga hacerla con alguien que no sea demasiado excitante, para evitar las erecciones accidentales. Pero, además, si te toca hacer una con una chica superatractiva, no termina nunca. Todos los operarios y productores vienen y encuentran excusas para hacerla durar lo más posible; así pueden echar una buena mirada.

Eddie se comportaba como si estuviera contando un chiste, así que Lorenzo respondió con una carcajada.

—Nadie tiene la más puta idea de cómo será hoy. Jamás he hecho una orgía hasta ahora. En un rodaje, quiero decir. — Eddie no llegó a guiñar el ojo, pero la mirada que le lanzó a Lorenzo tenía un sentido similar—. Aunque no será con ninguna de las actrices conocidas — continuó Eddie—. Solo con un montón de extras. De todas maneras apuesto a que los técnicos querrán hacerla durar. Tú no haces más que mirar, ¿verdad? Me refiero a tu personaje.

—Eh…, sí, creo que esa es la idea.

—Me encanta. ¡Qué pervertido! — Eddie se rio para sus adentros. Sin embargo, más adelante, en la misma conversación, dijo algo que a Lorenzo le interesó—. Oye, esta mañana he tenido una charla con mi agente. Los productores ejecutivos ya están pensando en encargar una nueva temporada. Deberías decirle a tu agente que empiece con las

negociaciones cuanto antes. Creo que tu personaje se convertirá en uno de los preferidos de los fans de la serie. Cuando ello ocurra, tu poder de negociación aumentará.

—Eso es bueno, supongo.

Lorenzo dobla el periódico y sale a servirse otro café. No ha desayunado. Está tratando de perder peso, al contrario de las instrucciones que le dio el productor del programa, puesto que podría afectar a la continuidad, y además querían que el personaje de Lorenzo fuera «un poco regordete».

Lorenzo se mete bajo la ducha y se hace una paja y se lava y luego se seca y se viste y se dirige al pub del pueblo. Va a encontrarse allí con Eddie para poder caminar juntos hasta el estudio.

Es un paseo corto. El suelo está firme después de una semana de escarcha. Pasa delante de un buzón recién pintado y ve que tiene grabadas las GR de uno de los Jorges, pero no sabe de cuál. Le gusta fijarse en esa clase de cosas. Hay un parque amplio y abierto y un par de personas llevando a sus perros con correa. Lorenzo les tiene un poco de miedo a los perros y uno de ellos es un *husky* de aspecto feroz, pero más grande de lo habitual. Cruza el parque, pero se mantiene lejos de los perros. El pub se llama Queen's Cushion. Una rosa trepadora cubre la mitad de la fachada, que en esa época del año es puro espinas y ramas muertas y grandes aspiraciones y aguardar el momento adecuado. El pub tiene una gran galería con un techo puntiagudo y suelo de pizarra, así como un sitio para dejar las botas embarradas. No hay estéreo, pero el crepitar del fuego resuena con una melodía primitiva.

Lorenzo pide una pinta Black Sheep y observa atentamente cómo el líquido marrón choca contra el fondo del largo vaso y forma espuma. Cuando estaba en Londres bebía *lager ,* porque era más rápido y más cómodo, pero en un día como ese y en un pub como ese es apropiado tomar algo más fuerte. La camarera deposita la amarga bebida en el mostrador y coge las monedas. El líquido se asienta lentamente y Lorenzo bebe el primer sorbo sin dejar la barra.

—¿Estás de vacaciones? — le pregunta ella.

—En realidad estoy aquí por trabajo.

—Es solo que ya te he visto unas cuantas veces y me parecía que eran unas vacaciones bastante largas. — Ella lanza una risita para sus adentros, aunque Lorenzo no se había dado cuenta de que había hecho un chiste.

—Eh, no. Todavía tengo que quedarme un tiempo más. Estoy en una cabaña en la colina.

—Ah, sí — dice ella.

No le pregunta por su trabajo. Él creía que la gente del norte era extremadamente amable, pero hasta ahora no le ha parecido que fuera así. Tampoco es que sean fríos. En realidad dicen lo que hay que decir y lo dejan así.

Lorenzo se aparta de la barra y se sienta cerca del fuego. Examina los cuadros de las paredes. En su mayoría consisten en dibujos, acuarelas y grabados de escenas de caza. Cacerías de zorros, cacerías de aves. Hay un tablero de corcho con carteles que anuncian clases de yoga, una función *amateur* de *Un enemigo del pueblo,* de Ibsen, y un grupo que hace campaña en contra del *fracking* y que también se llama «Un enemigo del pueblo». Otro cartel anuncia un nuevo plan para ponerse en forma que consiste en que, en lugar de ir al gimnasio, la gente de las ciudades va al campo a última hora de la tarde o los fines de semana y trabaja en las granjas. Pueden mover fardos de heno o segar con guadaña o levantar cosas pesadas, y son ellos los que le pagan al granjero, en lugar de lo contrario. Hay una aplicación para ello. Lorenzo le hace una foto y se la manda a Glenda. Ella captará lo absurdo del concepto. Se pregunta qué pensará de la serie cuando la vea. Estaba muy entusiasmada con la idea de que acudiera a la audición y, luego, de que aceptara el papel, pero no había leído el guion. No sabía nada respecto de la clase de cosas que se vería obligado a interpretar. Un par de días atrás tuvo que rodar una escena en la que su personaje sujetaba a una prostituta, una persona nueva en el burdel, mientras dos hombres la violaban. Aunque el personaje no decía ninguna frase, se suponía que tenía catorce años, pero por razones legales estaba interpretado por una chica de dieciocho que parecía menor. Durante el rodaje, el director se pasaba todo el tiempo indicándole a Lorenzo que le apretara las muñecas más fuerte,

más fuerte. «Tenemos que creer que no puede huir. La estás sujetando demasiado flojo y da la impresión de que podría escaparse fácilmente.» Lorenzo se opuso a la indicación sobre la base de que no quería lastimar a la chica. «Oh, por dios, estoy bien — dijo ella alegremente—. Adelante.»

Dos semanas antes, Lorenzo asistió a una rueda de prensa preliminar sobre la serie. Ya había despertado bastante el interés de los medios y se habían emitido algunos avances. Durante la rueda de prensa le preguntaron a uno de los creadores sobre la violencia: la representación gráfica de la violencia, física y sexual. El periodista que formuló la pregunta añadió a continuación un comentario explicativo que contenía la expresión «el ambiente actual». El creador del programa, que se llamaba Nick y era el hombre que se había quedado callado durante la audición de Lorenzo, respondió que él consideraba el proyecto «fundamentalmente feminista». Cuando le preguntaron qué quería decir con eso, contestó con la afirmación de que, si aceptamos que la violencia sexual es una epidemia dentro de la sociedad, que tiene lugar en todas partes y todo el tiempo, entonces, como artistas y escritores, estamos obligados a mostrarla en todo su horror, y si los artistas y escritores no la mostraban en todo su horror, no le hacían ningún favor a las víctimas de la violencia sexual y si, de hecho, la «cortaban», estaban dando a entender que había algo vergonzoso en ser víctima de esa violencia. En otras palabras, tenemos la obligación de dar testimonio.

Lorenzo estaba sentado a un extremo de la mesa larga. Los actores famosos y los productores estaban en el centro. Mientras Nick decía esas cosas, Lorenzo giró en su asiento y observó atentamente sus expresiones faciales y su lenguaje corporal. Estaba encantado consigo mismo, de eso no cabía duda. A Lorenzo le parecía improbable que el motivo de Nick para crear ese programa de televisión fuera el deseo de llamar la atención sobre la violencia sexual en la sociedad.

El contenido del programa estaba haciendo que Lorenzo se enfrentara a toda clase de cosas respecto de sí mismo en las que no había pensado durante años.

Lorenzo tenía una novia en la escuela. Era un chico apuesto

y popular y tenía un aspecto de vulnerabilidad que atraía a las chicas. Recibía numerosas propuestas. La chica que se convirtió en su novia era una de sus mejores amigas. Se llamaba Anabel y, poco después de cumplir los dieciséis años, cuando los dos estaban cursando el segundo año, le declaró a Lorenzo que estaba enamorada de él. Veía muchísimas adaptaciones de la BBC de novelas de Jane Austen, de modo que, aunque eran jóvenes, expresó sus sentimientos en términos exagerados. A Lorenzo no se le había ocurrido esa posibilidad hasta ese momento, pero suponía una progresión bastante natural. Ya pasaban mucho tiempo juntos. Las personas que los rodeaban se estaban ennoviando y, aunque Lorenzo jamás dedicaba mucho tiempo a pensar en chicas, cuando Anabel le planteó esa sugerencia, se dio cuenta de que, si iba a tener una novia, lo que probablemente debería hacer en algún momento, querría que fuera alguien como Anabel. Al principio, no hubo grandes cambios. Pero, al cabo de poco tiempo, cada vez que iba a la casa de ella después de la escuela, en lugar de ver la televisión o de hacer los deberes, se sentaban en el sofá y se besaban.

A Lorenzo siempre le han gustado los besos y lamenta que en la vida adulta se hayan relegado a los juegos preliminares. Él y Anabel empezaron su relación sin hacer otra cosa que besarse y pasaban horas enteras revolcándose.

Era habitual que durante estos episodios Lorenzo tuviera una erección y después de un tiempo Anabel empezó a bajar la mano y cogerle el pene, primero por encima de la ropa y luego por dentro de ella. Él siguió su ejemplo y la tocó entre las piernas, donde estaba caliente y húmedo. Encontró pelos gruesos y agradables pliegues de piel suave. Lo que más disfrutaba era la sensación de sus pechos. Tenía unos pechos verdaderamente maravillosos ya entonces y, por supuesto, ahora. Lorenzo y Anabel siguen siendo amigos. Él le acariciaba los pechos con ambas manos y le apretaba suavemente los pezones, lo que la hacía gemir y suspirar. Recuerda que eso le gustaba.

Cuando ya había pasado medio año desde que eran novios oficialmente y celebraron el «aniversario» de seis meses viendo

una película en el Odeon del barrio, Anabel le mencionó a Lorenzo que sus padres estarían fuera el fin de semana y ¿no le gustaría quedarse a dormir? Dijo que sí, sabiendo lo que eso implicaba y lo que se esperaba que ocurriera.

Comenzaron de la manera acostumbrada. La música que salía del equipo de alta fidelidad rompía el silencio y amortiguaba cualquier sonido embarazoso. Anabel sugirió que exploraran el botellero de vino que sus padres guardaban en el armario que estaba debajo de las escaleras. Escogieron una botella de tinto al azar, aunque Lorenzo fingió reconocer la etiqueta. Bebieron varias copas cada uno y bailaron antes de empezar a besarse. Se quitaron la ropa mutuamente y se quedaron totalmente desnudos uno delante del otro por primera vez. Anabel se veía distinta totalmente desnuda. Lorenzo había visto segmentos de desnudez, pero nunca todo junto. En lugar de una serie de partes de cuerpo de mujer, era una criatura entera. Eso cambiaba todo, aunque él no entendía por qué. Se daba cuenta de que lo mismo debía de ocurrir con él. Él ya no era las partes de su cuerpo que ella había tocado mientras lo besaba; esas partes que eran masculinas. También era todas las otras partes.

De repente, se sintió cohibido; puro estómago y pulmones y vejiga. Mientras él perdía el valor, ella se volvía más decidida. No estaba seguro de si lo que la impulsaba a ella era el deseo sexual o el deseo de cumplir con un objetivo. Le parecía que era lo segundo. La conocía bien y la expresión que tenía en la cara era la misma que cuando hacía los deberes. Anabel lo atrajo hacia la cama y luego lo hizo ponerse encima de ella. Cuando se besaban ella siempre tomaba la iniciativa, pero esta vez se tumbó boca arriba. Seguía controlando la situación, pero, al mismo tiempo, le indicaba con su postura que en ese momento era él quien tenía que dirigir. Él se daba cuenta de que era el hombre. Sabía que se suponía que los hombres debían asumir un rol activo, pero se sentía débil, pequeño e infantil. Consiguió subirse sobre su vieja amiga y meter la polla donde se suponía que debía meterla. Embistió y se topó con más resistencia de la que esperaba. El rostro de Anabel seguía expresando determinación, pero debajo de esa determinación

Lorenzo captó miedo y dolor. Volvió a embestir y ella lanzó un grito, pero no de placer. Quería preguntarle si le dolía o si quería que parara, pero sabía que, si hacía cualquiera de esas cosas, acabaría perdiendo el valor del todo y la polla le quedaría tan floja como el resto del cuerpo.

Se recordó a sí mismo que se suponía que el sexo era lo mejor del mundo. Había lágrimas en los ojos de Anabel. Se recordó a sí mismo que eso era lo que Anabel quería. Volvió a embestir. Algo dentro de ella se partió. Se encontró más adentro de ella de lo que esperaba, lo que es extraño, puesto que antes pensaba que ya había entrado del todo. Estaba tan impresionado que salió y ella volvió a gritar, pero, entre lágrimas y apretando los dientes, dijo:

—No, no, sigue, me gusta.

A Lorenzo no le gustaba. No le gustaba nada. Había sangre en las sábanas. Había oído algún vago rumor sobre la sangre, aunque no había anticipado que sería tanta. Bajó la mirada y vio sangre en el condón que colgaba de su polla ya floja. Se lo quitó horrorizado y lo tiró sobre la cama. Estaba seguro de que lo que había hecho era ilegal. Su amiga estaba sangrando y llorando y era culpa suya. Desde luego, acababa de atacarla. Si eso no era un ataque, ¿qué era? Lorenzo se disculpó y corrió hacia el baño, estremeciéndose. Estaba desesperado por no ofender y aterrorizado por la posibilidad de que su reacción hubiera supuesto exactamente eso. Las chicas adolescentes siempre creían que todo era culpa de ellas.

Cuando Anabel fue a buscarlo ya estaba vestida. También le llevaba su ropa, cuidadosamente doblada. Se había duchado en el baño de ella y se había envuelto en una toalla limpia. Se puso la ropa. Fueron a la planta baja a beber naranjada. Anabel terminó consolando a Lorenzo, en lugar de lo contrario, lo que a Lorenzo le pareció absurdo incluso entonces.

No tuvo necesidad de romper con ella. El lunes, cuando volvieron a la escuela, estaba claro que la relación había terminado. Un par de meses más tarde Anabel empezó a salir con un chico de otra escuela al que había conocido en una orquesta estudiantil. Lorenzo estaba bastante seguro de que empezaron a tener relaciones casi de inmediato. Él y Anabel

siguieron siendo amigos, pero no volvieron a referirse a aquel encuentro, aunque cristalizó la manera en que Lorenzo entendía el deseo. Tanto Anabel como muchas otras mujeres le parecían físicamente atractivas. Siguen pareciéndoselo. Le gusta el aspecto que tienen y cómo se sienten, pero el deseo no tiene que ver con el hecho de que un cuerpo tenga líneas curvas o rectas, sino con el intercambio de poder. Con Anabel se suponía que él tenía que subyugarla. Eso parecía ser lo que ella quería o lo que creía que quería, o bien un modo en el que ambos se deslizaron sin poder evitarlo.

Eddie Kettering llega tarde al pub y no tiene tiempo de tomar una copa antes de marcharse. La camarera le lanza una mirada de furia porque se sienta al lado de Lorenzo sin pedir nada y cuando Lorenzo se despide al salir, ella no lo mira.

Una vez fuera, Lorenzo se levanta la capucha para protegerse del frío. Es el día más corto del año y, aunque todavía son las primeras horas de la tarde, los setos sin hojas y los postes de las cercas en el horizonte adoptan un apetecible tono gris nocturno. En el camino charlan sobre sus planes para la Navidad y sobre las navidades que recuerdan de su infancia. Cuando llegan al estudio, se dirige cada uno a su camerino. Lorenzo se sienta delante de un espejo mientras una maquilladora le unta crema en las mejillas y en los párpados. Luego se coloca unas vestiduras chillonas y sale al plató, donde el asistente del director está explicando el propósito de la escena.

—Básicamente estamos en la parte en que nuestro héroe, que eres tú, Eddie, empieza a darse cuenta de que en el batallón al que lo han asignado son todos unos tremendos cabrones. Están en el burdel dedicándose a ello y destrozando el antro, y el proxeneta, que eres tú, Lorenzo, se queda mirándolos con signos de dólar en los ojos, básicamente, y la actitud del héroe es algo así como: un momento, esto no está bien. Este es el punto decisivo en el que él decide seguir solo por su cuenta. O sea que, ya sabéis, es importante.

Lorenzo se pone en posición. Eddie Kettering se pone en posición. Los soldados se ponen en posición. Las extras que hacen de prostitutas se ponen en posición. La escena comienza.

Tienda de chuches

Laura y Bastian se sientan juntos en el balancín del jardín. Los goznes están oxidados y chirrían cuando se les aplica presión. El jardín está descuidado. Hay franjas marrones donde ha orinado el perro. Laura tiene una regordeta perra cruzada *staffordshire bull terrier* llamada Flora, que tiene un prominente prognatismo. En el patio hay musgo, pedazos de cemento roto. Los muebles de jardín, que son de plástico, parecen podridos, lo que hace que Bastian se pregunte si en ese sitio se habrá desarrollado una nueva cepa de bacterias que pueden devorar hidrocarbonos y que podría cultivarse y alimentarse y esparcirse a través de los océanos para proteger a las tortugas marinas, los albatros, los caballitos de mar y los langostinos de las botellas de agua y los microplásticos desechados.

—¿Te sentías así hace dos años? — pregunta Laura.

Bastian reflexiona sobre la pregunta.

—Sí — responde—. Pero no habría sabido que ese sentimiento se llamaba así. No habría sabido cómo nombrarlo.

Laura asiente lenta y reflexivamente.

Luego Bastian pregunta:

—¿Y cómo te sentías tú en esa época?

Laura lo mira y también reflexiona sobre la pregunta.

—Gran parte de aquello se ha vuelto borroso — dice—. Los principales pensamientos y recuerdos que tengo del tiempo que estuvimos juntos están relacionados con la manera en que terminó. Supongo que me sentía bastante amargada.

—¿Amargada?

—Bueno, pues sí. Ya lo he superado, pero me dolió. Me dolió mucho.

—¿Qué fue lo que te dolió? — Bastian se vuelve hacia Laura y el asiento del balancín se sacude y chirría.

—¿Hablas en serio? — Ella se da cuenta por su expresión de

que, en efecto, lo hace—. Que me dejaras y volvieras con tu novia. Eso me dolió.

—No fue así como ocurrió.

—Sí que lo fue.

—No. Quiero decir, sí que volví con Rebecca, pero no te dejé.

—Oh, lo siento, ¿todavía estamos juntos? No me había dado cuenta.

Se quedan en silencio. Los dedos de Bastian encuentran un rasgón en el cojín del asiento del balancín y empiezan a retorcer el revestimiento sintético. Nunca había pensado que Laura quisiera algo más. Siempre parecía tan segura de sí misma, controlando lo que quería y cuándo. Las cosas que Bastian le había dicho reflejaban realmente la manera en que había entendido los acontecimientos, pero ahora parece que su interpretación era errada.

Había llegado a casa de Laura justo después de la hora de comer. Fue ella quien abrió la puerta, que era lo que él esperaba. Sabía que vivía con su madre y con sus hermanos menores y le daba pavor la idea de tener que presentarse a ellos antes de poder ver a Laura y explicar el motivo de su llegada.

Después de un rato, Laura dice:

—¿Sabes, Bastian?, es posible no depender totalmente de la aprobación de otras personas y, al mismo tiempo, sentir algo por ellos. Yo te deseaba. Y me dolió que volvieras con ella.

Uno de los hermanitos de Laura sale de la casa con un balón de fútbol bajo el brazo, que es tan grande en comparación con su contextura delgada que se ve como una hormiga acarreando un botín voluminoso. El niño se acerca con incomodidad.

—¿Qué ocurre? — le pregunta Laura.

—Yo y Ryan tenemos entreno de fútbol.

—Ryan y yo — lo corrige Laura.

—Ryan y yo tenemos entreno de fútbol, pero la mamá de Simon no puede venir a buscarnos porque están en Tenerife.

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Podrías llevarnos en tu coche?

El niño deja caer la pelota, se coge la camiseta, la separa del

cuerpo y la retuerce entre las manos. Apoya el peso sobre un pie y luego el otro. Sus ojos pasan de su hermana a Bastian y del suelo al cielo.

Laura suspira dramáticamente. Es un suspiro que los adultos reservan para los niños.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Me he olvidado.

—¿Cuándo te contó la mamá de Simon que no estarían?

—No lo sé.

—Oh, por el amor de dios, Curtis.

Laura se levanta del balancín, que se desliza hacia atrás emitiendo un fuerte crujido. Bastian apoya con firmeza los pies sobre el suelo para estabilizarlo.

—¿Vienes? — le dice Laura.

Bastian habría estado contento de ir a cualquier sitio con Laura, pero trata de no mostrarse excesivamente entusiasmado. Se levanta y sigue a Laura y a Curtis hasta la casa, donde espera a que los niños se afanen buscando sus cosas mientras Laura les grita instrucciones y mira su reloj de manera significativa y va al coche para encender el motor y tocar el claxon agresivamente.

A Bastian le gusta ver ese aspecto de ella. Se sienta en el asiento delantero a su lado y los chicos se sitúan detrás con su revoltijo de espinilleras y calcetines y botellines de agua y guantes de portero.

Se desplazan hasta el campo de juego y los chavales descienden para sumarse al entrenamiento de fútbol mientras Bastian y Laura se quedan charlando en la línea de banda.

Laura trabaja para una fundación benéfica que financia bancos de alimentos, refugios para personas sin hogar y servicios de apoyo en toda la zona norte del país, pero actualmente está buscando un nuevo empleo.

—Hagas lo que hagas — dice—, no trabajes nunca en una fundación benéfica. Créeme. En general, tratan a sus empleados como una mierda.

—Estaba pensando en hacer algún voluntariado — responde Bastian—. Últimamente he empezado a sentir la necesidad de ser una persona mejor, pero Glenda cree que el voluntariado

denigra el valor del trabajo y que las organizaciones benéficas ayudan a sostener el capitalismo.

—Que se vaya a la mierda Glenda. Quiero decir, es probable que tenga razón, como siempre, ¿pero qué quieres? — Laura se echa a reír.

—¿Estás decidida a quedarte por aquí? — pregunta Bastian.

—No tengo muchas alternativas. Alguien tiene que cuidar a mi madre y los críos. Pero, además, creo que siento una especie de conexión extraña con esta zona. La mayoría de los que se gradúan en Cambridge, con títulos de primera, por cierto, se largan a Londres inmediatamente. Pero, no sé, a mí me gusta esto.

—Te entiendo. A veces fantaseo con mudarme a Cornualles — dice Bastian.

—¿Por qué Cornualles?

—Probablemente porque es mi lugar favorito del mundo. Pasaba los veranos allí cuando era niño, en la época en que mis padres todavía estaban juntos. Mi madre se pasaba el día entero pintando el mar y los brezales y los caminos, y yo tuve una infancia como de Enid Blyton.

—¿Montones de bocadillos de lengua y melocotones en lata?

Bastian enarca una ceja.

—Esa fue la característica principal que me quedó de todos los libros de Enid Blyton que leí de niña — explica Laura—. Esos pícnics tan complejos. En realidad no entendía el concepto de comer lengua, así que supongo que por eso se me quedó grabado.

—Creo que jamás he probado la lengua.

Los chavales finalizan sus estiramientos e inician un ejercicio de regates. El entrenador acaba de entrar en la cincuentena y tiene la cara roja y una voz áspera. Da instrucciones en tono alentador y hace bromas y se ríe con los muchachos. Aunque es evidente que sus mejores años han quedado atrás, corre con ellos y les patea la pelota cuando se les escapa. El campo de fútbol está salpicado de toperas como pequeños estallidos de interferencia asilvestrada. Las líneas blancas necesitan que las vuelvan a pintar, y las redes entre los

postes de la portería están flojas.

—¿De modo que Rebecca te echó y decidiste subirte al tren y venir a verme?

Cuando Laura lo expresa así, suena mal. Bastian trata de pensar en cómo explicarle que él y Rebecca llevaban mucho tiempo siendo infelices y que él había empezado a lamentar que las cosas con Laura hubieran terminado prácticamente desde el primer momento. Siente la necesidad de decirle que su mayor fracaso era ser totalmente pasivo, ir por la vida como un sonámbulo. Si no había roto con Rebecca y no había ido a buscar a Laura antes no había sido por falta de deseo, sino por falta de ambición.

Laura espera que Bastian responda, pero, como no lo hace, vuelve a hablar.

—Para serte totalmente sincera, Bastian, aquí hay pocas opciones. No he tenido buen sexo desde que volví y, por la razón que sea, muy a mi pesar, te deseo mucho. Así que, aunque sé que en esta situación debería estar furiosa y debería sentirme, no sé, utilizada o desechable o algo así, a pesar de ello, no te quepa duda de que me acostaré contigo tan pronto como encontremos un momento para estar a solas. Si eso me hace débil o una mala feminista o lo que sea, no importa.

Después de eso, la atmósfera entre ellos cambia. Bastian se excita de repente y de manera inconveniente, porque todavía quedan cuarenta y cinco minutos de entrenamiento de fútbol que tienen que mirar y, por otra parte, cuando vuelvan, la casa de Laura estará llena de niños y perros.

Pero piensa en el cuerpo de ella. En su fuerza. En la manera en que se apretaba contra él cuando se besaban. En cómo le aferraba los brazos con las manos, en el modo en que extendía sus largas piernas cuando él estaba dentro de ella y las cruzaba detrás de su espalda, y él sentía sus muslos contra las caderas. Y la forma en que, cuando ella estaba encima, apoyaba todo su peso sobre el pecho de él con una sola mano, y se balanceaba hacia delante y hacia atrás, y cómo su propia respiración se acompasaba con y contra ese balanceo. Cuando Laura quería algo de él, se lo pedía. Cuando él quería algo de ella, se lo pedía, y sabía que recibiría una respuesta franca.

Ella no piensa que haya nada especial en él. Todos los libros que Bastian ha leído y todas las películas que ha visto le han hecho creer que es bueno que la persona que amas piense que eres totalmente y cien por cien extraordinario. Al parecer todos los personajes de ficción disfrutan mucho de que les digan que son maravillosos y hermosos e inteligentes y valientes, las personas más maravillosas y hermosas e inteligentes y valientes que han existido en toda la historia del mundo. Pero no da la impresión de que Laura piense que Bastian es ninguna de esas cosas, excepto tal vez hermoso, y eso está bien. Eso es exactamente lo que él quiere.

Él está en la media. Es mediocre. No piensa esas cosas de sí mismo porque carezca de seguridad o porque tenga una autoestima baja. Las piensa porque son ciertas.

En la escuela les enseñaban a Bastian y a sus amigos que ellos dominarían el mundo. Eso no era ni siquiera una hipérbole. Les decían literalmente que dominarían el mundo. El mundo de los negocios; el mundo de la política; el mundo de la cultura; el teatro, el cine, la televisión. En esa época pensó: bien. Pero eso fue antes de que cayera en la cuenta de lo que significaba dominar el mundo, antes de que tuviera la oportunidad de decidir qué clase de mundo quería y qué vida quería tener en él.

Los ojos de Bastian siguen la trayectoria del balón que los botines de fútbol se pasan entre sí.

—¿Vienes? — lo llama Laura desde unos metros de distancia. Ella se ha dado la vuelta y está caminando hacia el centro deportivo—. Vamos a la tienda de chuches, ¿de acuerdo?

Bastian lleva años sin oír a nadie usar la frase «tienda de chuches». Sigue a Laura al trote. No lo lleva a una tienda de chuches. Entran en un vestuario vacío al final de un pasillo. Laura empuja delicadamente a Bastian contra la pared y lo besa, y al besarlo levanta la rodilla para acariciarle el tobillo con el pie y se inclina hacia él con la pelvis y él siente que se le pone dura, primero lentamente, luego más rápido.

Le gusta perder el control, la reacción de su cuerpo ante el roce de ella. Ahora puede apagar la mente y siente gratitud por

ello. No tiene ningún sentido tener una mente, en cualquier caso, ni tampoco una personalidad. Mientras ella lo besa y baja la mano para desabrocharle los tejanos, él se inclina contra la pared, se disuelve en ella. No soy nada, comprende. No soy nadie.

Anastasia

Después de la discusión en la estación de servicio de la autopista, la madre y la hija se separan. Anastasia ve a Roster aguardando junto al coche. Le informa de que regresará a Londres por su cuenta. Él no pone objeciones. La conoce desde hace mucho tiempo y sabe que discutir no tiene sentido.

Anastasia se dirige al aparcamiento de camiones en busca de un chófer que parezca adecuado. Sabe en qué debe fijarse, cómo encontrar un objetivo y cómo convencerlo. Ya ha jugado antes a ese juego.

No le lleva mucho tiempo. Él parece solitario y dispuesto. Se dirige hacia Londres y le dice a Anastasia que puede acompañarlo. Se sube al asiento del pasajero y, al hacerlo, constata que las manecillas interiores de las puertas sigan intactas y que ninguno de los pestillos haya sido manipulado. Mientras él va a pagar el diésel, ella mira hacia atrás y debajo de los asientos para asegurarse de que no haya nada sospechoso: cuerdas, bridas, armas. Lo único que encuentra es un paquete de pañuelos de papel y una bandeja semivacía de bombones de chocolate con leche Cadbury's. El chófer no parece un psicópata asesino, pero nunca está de más tomar precauciones.

El trayecto hacia el sur supone escuchar mucho. Anastasia ha hecho muchos trayectos largos y ha escuchado hablar a un montón de hombres. El chófer habla sobre las carreteras y el estado de la industria del transporte. Anastasia, de hecho, está profundamente interesada en todos los aspectos del negocio y de la industria. Le fascina cómo se hacen las cosas y la forma en que esas cosas se trasladan de un sitio a otro y luego se transforman en otra cosa. A pesar de ello, no permite que el chófer se dé cuenta de que su conversación le resulta interesante. Sabe por experiencia que puede ser peligroso

reforzar la autoestima de un desconocido. Casi tan peligroso como debilitarla.

Además, él nunca consigue recordar su nombre.

—Anna, ¿verdad?

—Anastasia — lo corrige ella.

Anastasia no es su verdadero nombre. Lo adoptó cuando llegó a Londres. Nadie podía pronunciar su nombre verdadero, pero «Anastasia» era la clase de nombre que esas personas pensaban que debía de tener, así que les dio lo que querían. Su antiguo nombre sonaba feo cuando los ingleses lo pronunciaban; hizo todo lo que pudo por olvidarlo.

El viaje de regreso a Londres es más rápido. Tal vez se deba a que Anastasia está alterada. Pasan por las mismas torres de alta tensión, los mismos puentes, las mismas señales viales, aunque al revés. Atraviesan una tupida neblina que ha descendido desde la mañana. La niebla se vuelve más espesa a medida que se acercan a la ciudad, como si su masa la atrajera.

Anastasia haría cualquier cosa por su hija. Ese es un hecho inexorable e incómodo. Supone que se debe a una conexión establecida en el nacimiento, solo que apenas recuerda el nacimiento de su hija. En las revistas femeninas lee artículos que hablan de las decisiones sobre el parto que toman hoy en día las mujeres. Cuando estaba embarazada nadie le dijo nada de decisiones sobre el parto. Jamás supo que había decisiones que podía tomar. Tenía diecisiete años, estaba en un país extranjero, bajo la protección de un hombre lo bastante viejo como para ser su abuelo. Cuando sintió las contracciones, la llevaron deprisa al hospital más próximo. El resto del proceso debe de haber sido vívido en el momento, pero ahora consiste en una serie de hechos; no una narración, sino una enumeración. El parto duró ocho horas. Finalmente los doctores le practicaron una cesárea. Agatha pesó dos kilos y medio.

Anastasia no conserva recuerdos sensoriales ni visuales de los acontecimientos, y hoy en día los vive como si le hubieran sucedido a otra persona. Cuando piensa en ello, es como mirar la escena a través de una ventanilla empañada en la que una va dibujando líneas lentamente con el dedo índice.

Anastasia aprieta el dedo índice contra la ventanilla empañada del camión. Mientras mira hacia afuera, empieza a urdir un plan. ¿A quién conoce todavía en Londres de la vieja pandilla? ¿Cuáles de los hombres con los que llegó de Rusia siguen viviendo en la ciudad? Piensa en Vlad. Cuando lo conoció él acababa de salir de la KGB, solo que no de la sección que se ocupaba de inteligencia y espionaje, sino de la que se encargaba de reprimir. Él había visto el interior de instalaciones insonorizadas de tortura y sabía cómo usar los equipos que allí había. Y también está Mikhail, su matón. Hoy en día los dos son respetables hombres de negocios y viven en Belgravia. Trabajan con importaciones y exportaciones y acciones de bolsa y participaciones. Es poco probable que deseen tener algo que ver con esto, por la misma razón que su hija tampoco quiere tener nada que ver con esto.

Conoció a otros hombres duros a través de Donski. Él tenía un pasado criminal y siempre se mantuvo activo en ese mundo, incluso después de que envejeciera y empezara a adquirir propiedades. Mientras el chófer habla, hace una lista mental de algunos de los miembros de la vieja pandilla, juzgando a cuáles de ellos es más probable que consiga localizar y cuáles estarían dispuestos a hacer el trabajo que hace falta.

No tarda mucho en tomar una decisión sobre a quién acercarse.

Anastasia desciende en la ajetreada Euston Road y camina por Bloomsbury hasta el Soho.

Ya casi es Navidad y la ciudad está abarrotada. Solo quedan unos días antes de que cierren las tiendas de las arterias principales, de modo que las compras se han vuelto frenéticas. No hay tiempo de mirar, solo de comprar, y los peatones aprietan el paso. Las luces están encendidas desde hace varias semanas y centellean con mensajes festivos que solo tienen sentido cuando oscurece. En la oscuridad, brillan con fuerza y cubren la calle de rayos de color. Durante el día, se las ve extrañas, fuera de lugar, con un entramado de cables que parecen setos contra un cielo frío y blanco.

En Londres, Robert Kerr está tumbado sobre el sofá con una

lata de cerveza escuchando la BBC Radio 3. Es increíble cómo han cambiado sus gustos en el curso de las décadas. No se le ocurre ninguna razón que lo explique. Cuando era un chaval, escuchaba *rock and roll* . Cuando se sumó a las bandas, escuchaba punk. Ahora escucha a Brahms, Mendelssohn, Schumann, Thomas Tallis, Ralph Vaughan Williams.

Es lo que siempre le habían asegurado que le sucedería, pero no lo había creído. Es lo que los adultos les dicen a los adolescentes.

«Espera unos años — dicen—. No podrás soportar esa basura.»

Esa parte no es cierta. Sigue disfrutando de toda la música de la que antes disfrutaba, solo que no tanto como entonces.

Hace un par de años vio un documental sobre el sonido en la BBC 4. Hablaba de la audición. Los oídos de los adolescentes son mucho más sensibles, decía. Por eso esas cosas que lanzan pitidos agudos en las puertas de las tiendas funcionan. Los jóvenes no soportan esos zumbidos y ya no se quedan bebiendo sidra en las esquinas. O algo así.

En realidad, Robert no recuerda si el Gobierno realmente llegó a instalar esas cosas que lanzan pitidos agudos o si no es más que una propuesta que se presentó como modo de poner freno a la proliferación de vándalos encapuchados, igual que las leyes contra el comportamiento antisocial o los abrazos, y él, simplemente, había supuesto que sí se habían instalado y había confundido un futuro posible que existía en el pasado con el futuro real que en realidad había sucedido en el pasado.

En cualquier caso, la clase de sonidos que salen de una guitarra distorsionada y amplificada son, en términos sonoros, mucho más complejos que los que salen de un piano. De modo que, en términos sonoros, la música punk y el *heavy metal* en realidad son muchísimo más complicados que la música clásica.

Robert se sienta y se termina la cerveza. Se ha calentado y ya no sabe a nada. La cerveza fría tiene toda clase de sabores, incluso la *lager* fría barata, pero la cerveza caliente solo sabe caliente.

Aplasta la lata con la mano derecha y se levanta del sofá.

Camina hasta el otro extremo de la habitación y tira la lata en un cubo de basura, luego coge su guitarra eléctrica, que está en un soporte en un rincón. Es una Fender Telecaster 1962 con su tradicional color caramelo, aunque el barniz está muy desgastado. Probablemente valga una pasta en la actualidad. La enchufa en su amplificador y empieza a rasguear algunos acordes. Sube el volumen. Echa una mirada al reloj de la pared para asegurarse de que sus vecinos estén en el trabajo, luego se ríe de sí mismo por haberse vuelto tan poco punk como para que realmente le importe.

Está tratando de evitar pensar en Cheryl. Hasta él tiene la suficiente conciencia de sí mismo como para reconocerlo.

«Creemos que ha sido víctima de una red de trata, que la han obligado a prostituirse.» Eso fue lo que dijo el policía. El policía de más alto rango que fue a hacerle preguntas en la sala de interrogatorios, el mismo hombre al que ha visto en la tele y en pósteres de campaña política por toda la ciudad. Pensaban que Robert había tenido algo que ver. No era así. Pero cuando lo soltaron, se puso a pensar: el sótano del Arzobispo está debajo del burdel y allí vivía Cheryl. Robert trata de imaginarse a las mujeres que conoció allí mezcladas en ese tipo de cosas. No lo consigue. No parecen para nada esa clase de personas. Ese Karl y sus nuevos socios, por el contrario…

Llaman a la puerta. La abre y ve a una mujer a la que no había visto en casi treinta años.

—¿Puedo pasar? — pregunta Anastasia.

Robert se hace a un lado para dejar entrar a la chica de Don, solo que ya no es una chica y Don está muerto.

Anastasia recorre con la mirada el apartamento de Robert. Prácticamente no ha cambiado nada en casi treinta años. Ve el mismo sofá marrón, la misma mesa con sus sillas en una esquina, que es probable que haya sido utilizada dos veces desde la última vez que estuvo allí y solo dos veces antes de eso.

Hay un televisor que parece nuevo, con una pantalla enorme, en el aparador. La imagen que se ve en él es de unos futbolistas calentando antes de un partido, pero el sonido se ha

silenciado.

También hay cartas sin abrir sobre el aparador y una pila de menús de comida para llevar.

—No tengo visitas a menudo — dice Robert—. Nunca. Y entre todas las personas que pensaba que podrían ser cuando oí que llamaban a la puerta, creo que tú debes de estar al final de la lista. Tú o tu difunto marido, vuelto de la tumba.

—Ha pasado mucho tiempo — concede Anastasia.

La bolsa de fin de semana que Anastasia llevó consigo a Bythwaite Hall cuelga de su hombro. La deja caer al suelo y pone su bolso de mano, más pequeño, sobre la mesa.

—Recuerdo que lo decoré yo — dice ella—. Bueno, recuerdo que escogí los colores y los materiales. Había quedado muy elegante cuando se pusieron las cosas.

—Oh, sí — dice Robert—. Pero no pude apreciarlo. Nunca tuve buen ojo para esa clase de cosas.

—Jamás le pregunté a Donski por qué te dio este apartamento. ¿Por la lealtad y los servicios prestados?

—Algo así.

En aquella época Anastasia había supuesto que Robert Kerr era uno de los matones de su marido, uno de esos hombres que solucionaban esa clase de problemas que requerían una solución particular.

Le ofrece algo de beber a Anastasia. Al principio titubea. Hace tanto tiempo que hubo invitados en esa casa que ha olvidado cómo se hacen esas cosas, pero luego ve cómo los ojos de ella se mueven por el apartamento hasta detenerse finalmente en la cocina y le pregunta si le gustaría tomar una taza de té. Tiene algunas bolsitas viejas en el armario, pero nada de leche.

Ella acepta, más como una respuesta automática que por desear algún refrigerio.

Robert busca la tetera. Mantiene un nivel básico de limpieza en el piso. Pasa el trapo por las superficies y en ocasiones la aspiradora, pero vive solo y no parece tener mucho sentido ir más allá de eso. La tetera está cubierta de huellas digitales y repleta de cal. La llena de agua, la enciende, y un par de minutos después le tiende a Anastasia una taza de agua recién

hervida vertida sobre una bolsita de té, que flota en la superficie que humea suavemente.

—Mi hija te paga una asignación mensual, ¿verdad?

—Si tu hija es la que está a cargo del patrimonio de tu difunto marido, entonces sí, tu hija me paga un estipendio mensual.

Anastasia procesa ese comentario. La evasiva, luego la admisión. Entiende que recibir ese dinero es un tema sensible para él. Es natural que lo sea. Necesita ese dinero, pero, de la misma manera, lo conecta con un pasado con el que tal vez preferiría no estar conectado. Todos comparten ese mismo legado, los fondos generados por esa herencia. Con intereses.

En la casa grande

Un veterano corredor de apuestas se interpone entre Agatha y su objeto de deseo. Agatha está en el club de socios, junto con los otros propietarios, entrenadores y gente de bien. El hipódromo está estratificado según el precio, pero no solo según el precio. Hay sectores baratos y sectores caros, pero para ingresar en el club de socios se requiere una invitación. Los puestos fijos de apuestas están prohibidos, de modo que un número selecto de corredores se instalan en distintos puntos a lo largo de la barandilla y se inclinan hacia el interior de la zona exclusiva con objeto de atender a los clientes adinerados que están dentro.

Agatha está haciendo una apuesta con uno de esos corredores cuando divisa a un joven al otro lado del prado que está forcejeando con un potro asustado. El joven es alto y su contextura es delgada pero atlética, como la que es habitual en los chicos cuando son adolescentes y todavía falta tiempo para que se conviertan en hombres poderosos y robustos: músculos blandos recubiertos por una piel que aún no se ha endurecido ni se ha engrosado.

Agatha sigue las carreras desde una zona elevada, junto a un grupo de conocidos que han oído hablar de su patrimonio neto. Intenta responder a sus insinuaciones y bebe su champán caro. El camarero ha añadido licor en el fondo de la copa. No es casis, pero sí algo igualmente afrutado. Qué estupidez meterle algo así a un champán brut de primer nivel. Otro camarero se acerca con una bandeja de canapés y Agatha prueba algunos. Son todos asquerosos. Es evidente que el hipódromo ha contratado a un chef cuya opinión de sí mismo es más alta de lo que merece.

El caballo de Agatha participa en la antepenúltima carrera. Se llama *El Reinado de Albert,* pero ella ignora el motivo. Le

permitió a Roster que escogiera el nombre y, a modo de explicación, mencionó algo misterioso sobre un hombre que conoció en otra época. El caballo fue un regalo de cumpleaños para él, aunque prefiere apostar a los perros. Roster ha ido a ver las carreras desde la tribuna principal, pero, antes de separarse de él en el aparcamiento, Agatha le metió disimuladamente un puro caro en el bolsillo de la chaqueta. Lo encontrará cuando busque su cartera. Le gusta fumar cuando gana una apuesta, lo que ocurre a menudo.

El Reinado de Albert rehúsa acercarse a los cajones de salida. El jinete prueba todos los trucos acostumbrados, pero el animal no cede ni un centímetro y el juez lo descalifica. Qué vergüenza, joder. Agatha ya ha bebido mucho a esas alturas y lo dice en voz alta. «Qué vergüenza, joder.» No es una broma, pero la multitud que la rodea lo toma como si lo fuera. Se ríen servilmente.

Agatha está harta. Se marcha de modo abrupto sin despedirse de nadie. Se abre paso entre la muchedumbre de los niveles inferiores y sale a las terrazas que están fuera del club exclusivo. La gente se acerca a los corredores para hacer sus apuestas para la última carrera del día. Ella pisa vasos de cerveza de plástico y talones de apuestas que la gente ha tirado al suelo. Apenas unos momentos antes esos pedacitos de papel contenían un mundo de futuros posibles, apretados febrilmente en puños expectantes. Ahora tienen el mismo valor que los billetes de Weimar.

Está más o menos decidida a soltarle un grito a alguien por lo ocurrido con *El Reinado de Albert* . Desde luego que su lamentable rendimiento tiene que haber sido culpa del adiestrador o del jinete o del preparador. Si puede encontrar a alguno de ellos, le hará saber cómo se siente. Se dirige a los establos. En cambio, ve al mismo chico de antes.

Lleva puesto un conjunto Adidas del mismo color conformado por unos pantalones y una chaqueta de punto ligero que envuelven sutilmente su silueta. Tiene los hombros anchos, una cintura estrecha y los brazos y las piernas fuertes pero delgados. El cuello es enjuto y largo y la nuez de Adán le sobresale por encima del cuello de la chaqueta. Tiene los labios

carnosos y rojos por el frío y las mejillas ruborizadas por el esfuerzo.

Los caballos de los establos siguen llenos de adrenalina por las carreras. Relinchan y patean el suelo y bailan en sus cubículos. El chaval está inclinado sobre uno de los compartimientos semiabiertos, revisando algo en el interior de la puerta.

Agatha se acerca sin hablar. Él tarda un rato en percibir su presencia. Cuando lo hace, se da la vuelta.

—¿Está bien, querida?

—Sí, gracias.

Él parpadea rápido y sonríe. Ella se da cuenta de que él la encuentra atractiva y también de que es tímido.

—¿Tú trabajas con Thomas Waugh? — Thomas Waugh es el nombre del entrenador de caballos de carreras que Agatha ha contratado.

—En efecto.

—Entrena a varios de los míos. *El Reinado de Albert* ha corrido hoy.

La cara del chico se relaja al oír la mención de un caballo que conoce.

—Es un chaval adorable. Lo saco a galopar cada mañana. Se mueve como un sueño. Ninguno de nosotros nos esperábamos lo que acaba de ocurrir, justo cuando empezó la carrera. No es propio de él.

—Sí, bueno, para mí ha sido una decepción enorme, por decir poco. Pero, mira, ¿cuánto tiempo te falta aquí? Querría que viniera alguien a Bythwaite Hall a inspeccionar los establos. Ahora mismo no tengo ningún animal en la residencia, pero me gustaría. Aunque para eso las instalaciones tienen que ser seguras. Tal vez podrías echarles un vistazo.

—Oh. Eh…, supongo que podría hacerlo. ¿No preferiría que fuera el señor Waugh?

—Tú puedes hacerlo bien. — Agatha aguarda.

Él dice:

—Oh, ¿se refiere a ahora mismo?

—Sí, eso sería lo mejor.

—Ah, vale. Bueno, iré a preguntarle al señor Waugh.

—Ya he hablado con él. Me ha dicho que no había problema y que serías una persona apropiada para esa tarea, que solo te quedaban un par de cosas que terminar aquí y que luego estarías libre para venir conmigo.

—De acuerdo. Bueno, pues. Debo ocuparme de estos últimos dos cubículos.

—Te esperaré en el coche. Es el Rolls Royce que está aparcado en la zona de socios. El azul. No el dorado espantoso.

—De acuerdo.

Es un flirteo sutil pero eficaz. Le pide quince minutos para terminar sus tareas y Agatha va a esperarlo al coche. Parece nervioso, pero la decisión ya está tomada.

Agatha le manda un mensaje a Roster, que llega al aparcamiento poco después que ella. No reacciona ante la noticia de que tendrán que esperar a un pasajero adicional, salvo guardar el ejemplar del *Racing Post* en el interior del abrigo y subir al asiento del chófer. Agatha se sienta atrás y se coloca una manta de cachemira sobre las rodillas. El coche lleva un buen rato en el frío, por lo que hace falta que se caliente. Roster arranca el motor, enciende la calefacción y abre todos los conductos de ventilación. También pulsa el encendedor eléctrico, que está situado en el tablero de conducción, y saca el puro del bolsillo. Agatha observa desde el asiento trasero cómo el nodo empieza a brillar con un tono rojizo y Roster lo saca de su cavidad y acerca la punta caliente al extremo del puro. Las hojas secas se encienden. Roster se moja los labios, chupa el otro extremo y aspira la primera bocanada de aire a través de la cámara, haciendo ingresar el humo en los pulmones. Cuando exhala, el coche se llena de un espeso esmog que se eleva y flota en torno a su cabeza.

A Agatha no le molesta. Roster no fuma habitualmente, pero, desde que ella tiene memoria, cada tanto disfruta de algún que otro puro. A ella le gusta el aroma y la manera en que Roster inspira el humo y lo suelta. Cuando era pequeña él la entretenía con anillos de humo o exhalando por la nariz.

—¿De modo que has ganado?

—En dos de las seis. Aposté en todas menos una. El día me ha ido bien.

—Felicidades.

Cuando llega el chaval, Agatha abre la puerta trasera, luego se mueve para dejarle que se siente a su lado. Roster enciende la radio para darles privacidad.

Roster pone la primera marcha. Las ruedas se aferran a la gravilla y empiezan a girar. Es un trayecto de veinte minutos hasta Bythwaite Hall, primero por carreteras estrechas y luego por senderos sinuosos. Los setos están congelados y desnudos. Araron los campos después de la cosecha, antes de que el suelo se pusiera demasiado duro e hinchado, y las hileras de ordenados surcos se han congelado y endurecido, preservados hasta la primavera.

Llegan a la casa de los guardeses, situada en un extremo del terreno. Las luces están encendidas, lo que significa que su hermana está en casa. Roster le llevó a Fedor a Valerie antes de partir para las carreras, pero Agatha aún no ha ido a verla.

Hay una larga entrada para coches, flanqueada de hayas. Al final alcanza a divisarse Bythwaite Hall: una casa solariega estilo tudor, con una gran ampliación victoriana y una vasta hortensia trepadora.

El coche se detiene delante de la puerta principal. Cuando Agatha desciende del vehículo, Roster abre su ventanilla y susurra «pobre chico». Agatha no le hace caso. Sube la escalinata y el chico la sigue. Sus botas de suela de goma siguen mojadas por haber pisado hierba escarchada. Crujen sobre el suelo de piedra. Agatha le mira los pies mientras él se mueve en su sitio con incomodidad.

—Será mejor que te las quites — dice ella.

Obedece y pone las botas una al lado de la otra junto al felpudo. Agatha le ofrece algo de beber.

—Un vaso de agua sería genial, gracias.

—Yo pensaba tomar algo más fuerte. ¿Un whisky?

—Suena bien. Tomo lo que tome usted.

Agatha lo hace pasar a una sala y le indica una silla. Luego se acerca al armario de las bebidas y sirve un Balvenie de una licorera en unos vasos gruesos. Le tiende uno de esos vasos y él vuelve a levantarse, se aproxima a ella, lo coge y se sienta otra vez.

Él mira a su alrededor. Las paredes de Bythwaite Hall están pobladas de retratos de los propietarios anteriores. Antes de que su padre la adquiriera, la mansión había estado en manos de la misma familia desde el siglo XV . Hay escenas de caza con hombres lozanos, mosquetes y perros *spaniel* . Hay retratos con marcos dorados y fondos neoclásicos, en los que sus sujetos se presentan como parangones del conocimiento; hombres con torrentes de rizos prestados. Además hay jarrones, armaduras, escudos de armas, trofeos de caza.

Ella no recuerda el nombre de la familia que era dueña de la propiedad. Obtuvieron esas tierras gracias a buenas decisiones tomadas durante la guerra de las Dos Rosas. Quién sabe qué habrían sido antes. Mercenarios, carniceros, campesinos. Agatha supone que debían de haberse sentido muy engreídos al final. Debían de haber creído que aquello sería para siempre. Imagina a los descendientes viviendo en casas pareadas de tres dormitorios en las afueras de pueblos de mierda. Los imagina conduciendo coches Vauxhall Astra y comprando billetes de lotería con la esperanza de que vengan tiempos mejores.

Mira al chaval, tan fuera de lugar como ella o como ellos.

¿Por qué solo la atraen esa clase de hombres? Más jóvenes, menos poderosos, menos experimentados. Necesita atraparlos antes de que cobren conciencia y seguridad respecto de su sitio en la sociedad.

—¿Cuántos años tienes? — le pregunta.

—Dieciocho.

«Bien — piensa ella—. Tiene la edad suficiente.» Lo único que le faltaría sería esa clase de problemas.

El joven se bebe el whisky de un trago. El alcohol le enturbia los ojos. Es evidente que su experiencia con las bebidas espirituosas se limita a beber chupitos los viernes por la noche.

—¿Quieres un poco más? — le pregunta Agatha. Ella bebe el whisky a sorbos, delicadamente.

—Eh…, sí.

Vuelve a servirle y él lo consume de la misma manera.

—¿Cómo te sientes? — le pregunta Agatha.

—Bien, gracias. Solo que he estado trabajando en el campo

todo el día y me siento un poco sucio. ¿Hay algún sitio en donde pueda darme una ducha rápida? Perdón por preguntar.

—No hay problema. Te prepararé un baño.

Mientras Agatha y el chico suben por la amplia escalera hacia la planta superior, lo poco que quedaba de luz natural en la mansión se desvanece y se extiende por otra zona del mundo. El sitio adopta una atmósfera inquietante en la oscuridad. La escalera y las tablas de madera del suelo crujen al pisarlas, y Agatha alcanza a oír la respiración fuerte y profunda del muchacho.

En el baño hay una luz intensa que se refleja en los azulejos blancos. En el centro de la estancia reposa una bañera sostenida por patas de león de bronce. Agatha deja caer agua de los grifos, salpicando el fondo de la tina. El sonido retumba en la habitación, rebotando contra las superficies duras. Agatha se dirige hacia el armario, saca unos caros aceites de baño y los vierte en el agua corriente.

—Jamás he usado nada parecido — dice el chico.

Ella sonríe. Hay una silla en un lado del cuarto, dispuesta de modo que dé a la bañera. Agatha se sienta en ella. El chico se queda de pie junto al calentador de toallas.

—¿Sabes para qué te he traído? — le pregunta Agatha.

—Tengo algunas ideas. No creo que tenga nada que ver con los establos.

—No te equivocas.

—Pensaba que tal vez quería conocerme mejor. — Dice esto sin mirarla, sino concentrándose en el agua que sale de los grifos.

Ella cruza una pierna sobre la otra.

—¿Te parezco atractiva? — le pregunta.

La pregunta parece sobresaltarlo.

—Sí, claro. Usted es como una modelo.

Agatha sonríe y simula timidez. Podría haber sido modelo y tal vez lo habría sido si no se tratara de una profesión tan degradante.

Agatha respira profundo. El chaval tiene una sonrisa estúpida en la cara. Parece encantado consigo mismo. No está segura de si eso le resulta detestable o atractivo.

—El baño está listo. ¿Vas a entrar?

—Claro. — Empieza a desvestirse. Se quita los calcetines y los deja a un lado. Luego se quita la sudadera por encima de la cabeza y a continuación la camiseta. Tiene los músculos tensos y la cintura metida para dentro, para mostrar su cuerpo de la mejor manera posible. A ella le gusta eso. Le gusta que él intente complacerla.

Él mete los pulgares debajo del elástico de los pantalones y se los baja. Termina de quitárselos y los tira con el pie hacia la esquina del baño en la que se apila el resto de sus prendas. Lleva un par de viejos calzoncillos bóxer color crudo. Hace una breve pausa antes de quitárselos. Tira de la parte delantera para estar más cómodo y luego parece darse cuenta de que esos calzoncillos son la única prenda que le queda, pero también que ha accedido a meterse en la bañera, y que obviamente ya no puede echarse atrás, y que obviamente quiere follarse a esa mujer sexi porque ¿qué chico no querría hacerlo y qué clase de chico sería si no lo hiciera?

Se baja los calzoncillos y se queda desnudo delante de ella.

Su cuerpo es exactamente como ella esperaba que fuera.

La estúpida sonrisa vuelve a asomar.

Ella se da cuenta de que esa mueca le resulta detestable y atractiva, y atractiva porque es detestable, y detestable porque es atractiva.

Él levanta un pie por encima del borde de la bañera y lo sumerge en el agua. No hay gracia en sus movimientos, pero Agatha no está en busca de gracia.

El chico se lava. La mayor parte del tiempo lo hace de manera práctica, eficiente, pero en ocasiones recuerda para qué lo han llevado y finge un aire sensual, inclinándose hacia atrás o estirándose o flexionando los músculos de una manera que evidentemente considera seductora. A Agatha le habría parecido vergonzoso si él no tuviera un físico tan atractivo y si ella no se sintiera tan verdaderamente excitada.

Sale de la bañera y se tapa con una toalla que ella le tiende.

Agatha lo guía hacia el dormitorio, que se comunica con el cuarto de baño a través de un corto pasillo con percheros a ambos lados. Le indica que se suba a la cama. Él obedece. Ella

le coge las muñecas y se las levanta por encima de su cabeza, luego procede a atarlas a los barrotes de la cama con un par de cinturones de cuero.

—Qué perverso — comenta él, como no dándole mayor importancia.

Ella coge un pañuelo de la mesita de noche y se lo mete en la boca, para que no pueda hablar. Luego coge otro y le venda los ojos.

—No voy a lastimarte — le dice—. Es solo que no me gusta que me toquen ni que me hablen ni que me miren. Lo que va a suceder, entonces, es lo siguiente. Voy a chupártela. Luego me subiré sobre ti y te follaré y después me marcharé. No volverás a verme. Vendrá Roster a desatarte y te indicará la salida.

Agatha se desviste lentamente y coloca la ropa doblada en una silla que está en un costado de la habitación. Regresa a la cama y le pone la mano izquierda sobre el pecho. Le recorre el cuerpo con la mano. Es fresco y nuevo y hermoso.

Golpe de Estado

Soho es una palabra carente de etimología. Apareció de la noche a la mañana a través de una enunciación, como hum o ¡ey!

Lo mismo ocurre con el Arzobispo.

Se dice que nació en una pequeña cabaña del bosque, mucho antes de que talaran los árboles para dejar lugar a los pastos, mucho antes de que arrancaran los pastos para dejar lugar a las casas, mucho antes de que las casas se dividieran en apartamentos. El Arzobispo cuenta historias sobre los primeros especuladores que construyeron bloques de pisos en el Lammas Land, donde los pobres tendían la ropa y dejaban pastar a sus animales en el mes de agosto. Se dice que empezó como sepulturero y que se lo veía merodeando por el camposanto. «Hay cuerpos bajo el suelo. Hay cuerpos en todas partes. —Señala—: Allí. Allí. Allí.» Habla de la peste como si la recordara. Les cuenta que se creía que los animales contagiaban la enfermedad y los sacrificaban. Hacían altas pilas con los cuerpos de los perros y los gatos, que se convertían en alimento para las ratas a los que aquellos perseguían. Sus temas de conversación cambian a la misma velocidad que su estado de ánimo. «Lord Nelson estuvo aquí la última noche que pasó en tierra firme. Vino al Soho para visitar al fabricante de su ataúd. Yo lo conocía personalmente, por supuesto. Podría haber estado con él en aquel barco.» El Arzobispo le dice a la gente que asistía a las mismas fiestas que el Casanova de la vida real y que recordaba cómo era ese rectángulo de terreno que ahora es una plaza llamada Soho Square cuando lo pisaban cientos de aristócratas, que bebían y bailaban hasta que calentaba el sol, y el vino, la cerveza y el sudor se ponían rancios. El Arzobispo les cuenta a todos los que quieran escucharlo que Casanova le robó sus historias de

seducción porque era demasiado digno para volcarlas al papel. En una época fue pregonero o, al menos, eso afirma. En una época fue trovador ambulante o, al menos, eso afirma. Posó para Joshua Reynolds. Posó para Francis Bacon. Le dio a Karl Marx sus mejores ideas y mantuvo varias juergas con él en su piso de Dean Street. Se sabe que acostumbraba a salir a la calle y parar a los transeúntes. Hace recorridos guiados para la gente, llevándolos desde el bar Hércules de Greek Street hasta la estatua de Anteros de Piccadilly Circus. «Es el dios del amor no correspondido — informa el Arzobispo a todos los que quieran escucharlo—. El hermano de Eros. Eros crea un deseo que no se satisface; Anteros nos proporciona el antídoto.»

El Arzobispo se sienta en su sótano, donde se sienta siempre, donde siempre se ha sentado. Con el correr de los siglos los edificios de esa zona han sido demolidos y reconstruidos, pero ese ha permanecido. Los sótanos son los originales, cavados en la tierra con la roca desnuda como suelo y con ladrillos y maderas apuntalando las paredes. Es un acaparador compulsivo. Ha llenado de objetos todo el espacio que le corresponde. Conserva cada par de zapatos que tuvo. Los tiene dispuestos uno junto al otro en orden cronológico, con rasguños en las puntas y en los tacones, con los cordones rotos, con las suelas desgastadas. Colecciona artículos tirados en la calle: guantes desparejados, paraguas, tarjetas de visita minimalistas y elegantes, gafas de sol, resguardos, mapas, tapones de botella, monedas raras, billetes extranjeros. Los traslada al sótano y los coloca como si fueran piezas preciosas en un museo, los expone en estantes y tableros con pequeñas etiquetas relacionadas con su procedencia. Tiene un clavo de la bomba de clavos que estalló en el pub Admiral Duncan el 30 de abril de 1999. Tiene conchas de caracol, desechadas por el restaurante de arriba. Tiene cajas llenas de prensa caduca. Discos de vinilo, cedés, viejos discos de setenta y ocho revoluciones, negativos de película en formatos pequeño, mediano y grande, impresiones obtenidas a partir de placas de cristal. Y tiene libros, recogidos de las librerías y los quioscos de prensa que han cerrado. Los acumula en cajas sin ningún orden lógico: la poesía se codea con el porno.

Lo rodean algunos de sus discípulos. Entra Paul Daniels.

El hombre al que llaman Paul Daniels está que echa humo. Tiene una rabia acumulada desde hace meses. Siempre ha sido un hombre emocional, lleno de pensamientos retorcidos y tumultuosos. En los últimos meses sus planes e ideas han adquirido una suerte de presencia física que casi puede tocar. Es como si, con Debbie McGee desaparecida, sus pensamientos y sentimientos hubieran adoptado el peso de ella, el lugar que ella ocupaba. Solo que son más fuertes y más agresivos que lo que esa mujer jamás llegó a ser. Lo empujan y tironean de él y le enturbian los sentidos.

Paul Daniels comparece ante el Arzobispo y apunta con un largo dedo índice en su dirección.

—He venido a reclamar mi corona.

El Arzobispo se incorpora para encarar a su contendiente. Sacude sus vestiduras. Se estira cuan alto es. Por lo general de aspecto frágil, ahora parece fuerte.

—La corona está en mi cabeza. Y ahí permanecerá.

—Es mía — protesta Paul Daniels—. Yo la encontré. Yo la saqué de la tierra. La tierra me la entregó a mí.

—Yo soy el señor de esta heredad. Yo soy el océano en el que todos los ríos desembocan. Si se halla oro, es para mí.

—Eres un ladrón. No tendrías nada de no ser por nosotros.

Se oyen murmullos de aprobación entre la multitud reunida, pero cuando el Arzobispo gira sobre sus talones para enfrentarse a aquellos cuyas voces oyó, estos bajan los ojos.

El hombre al que llaman Paul Daniels vuelve a tomar la palabra.

—Has cumplido tu ciclo. Queremos un cambio. — No queda claro si habla en nombre de algún otro de los presentes, pero Paul Daniels, al menos, se abalanza y empuja al viejo al suelo. El Arzobispo extiende una mano para frenar la caída y se lleva la otra a la cabeza para aferrar la corona. Choca contra el suelo. El crujido producido por la ruptura de sus huesos quebradizos retumba en el sótano. En la caída se golpea con un estante y décadas de basura ruedan hacia abajo.

Paul Daniels intenta coger la corona, pero el Arzobispo aún no está derrotado. Patea con ambas piernas y hace caer

consigo a su adversario. Forcejean. Hay manos presionando gargantas, dedos apretando ojos. El hombre al que llaman Paul Daniels usa los dientes. El hombre al que llaman el Arzobispo aprovecha al máximo sus largas y afiladas uñas. Corre la sangre. Paul Daniels está sobre su adversario, aplastándolo bajo su peso. Le arranca la corona de la cabeza al prelado, pero al hacerlo sacrifica su posición. El Arzobispo agarra la garganta del mago y la aprieta. A continuación Paul Daniels retrocede, resoplando, pero termina rodando por el suelo. El Arzobispo le lleva ventaja.

Al principio, la multitud se queda mirando cómo los hombres forcejean. Luego, comienzan a alejarse. El Arzobispo y Paul Daniels se quedan solos en la habitación, con la corona y enzarzados en una batalla que no da señales de concluir.

La última resistencia nocturna

Precious jamás se acostumbrará a las noches largas. Cuando se mudó a Londres, no fue la humedad lo que la impactó, ni tampoco el frío. Esperaba esas cosas. Esas son las cosas de las que todos te advierten respecto de esta isla. Fue la oscuridad. Cuando, de pequeña, iba a visitar a sus parientes, siempre era verano. Cuando se mudó a esta ciudad, lo hizo en mayo, época en que todo estaba luminoso y lozano. Pero luego la luz se fue. Cuando llegó noviembre, no pudo creerlo. Al principio no se dio cuenta de que había menos luz diurna, hasta que un día reparó en que cuando salía a trabajar estaba oscuro y cuando regresaba a su casa también estaba oscuro. Y entonces llegó diciembre y las cosas empeoraron todavía más.

Precious está junto a la ventana, mirando a la calle. Está oscura. Es el día más corto. Es la noche más larga. Las farolas brillan. Algunas de las bombillas son de esas antiguas y amarillas cuyo resplandor lleva décadas recortándose contra la noche del Soho, otrora novedosas, ahora anticuadas. Otras han sido reemplazadas por leds que emiten un destello fuerte y blanco. A Precious le desagrada ese color nuevo. Vuelve visible lo que, de noche, debería permanecer invisible. Le ilumina las arrugas a la ciudad, como una actriz envejecida traicionada por un *flash* inesperado. El pavimento brilla. Los charcos reflejan la luz, cada gota una estrella diminuta.

Al otro lado de la calle unos hombres descargan una batería de la parte trasera de una furgoneta blanca y la trasladan a un bar que está al final de la calle. Uno de los hombres coloca un par de platillos en posición precaria encima del bombo y levanta el conjunto en el aire. Ve cómo los platillos empiezan a deslizarse y oye el discordante chirrido del bronce contra el borde del bombo. El hombre nota que se están cayendo y extiende la mano para coger uno de ellos, soltando el bombo

encima del pie. Logra interceptar el descenso de un platillo, pero el otro, el más grande de los dos, choca contra el pavimento, golpeándolo con el borde afilado, se desliza rodando del bordillo con un fuerte estrépito y desciende por la calle trazando una espiral decreciente, con un tintineo cada vez más agudo.

Más tarde, cuando recuerde su última noche en el Soho, esa es la imagen que le vendrá a la mente.

Los hombres de uniforme llegan en plena noche. Precious no está trabajando. Terminó un par de horas antes y está viendo una serie documental sobre crímenes reales en Netflix. La fascinan los sucesos de la vida real, la gente corriente atrapada en la debacle, el lento desarrollo del misterio, las injusticias centrales del caso. Pidió comida a domicilio y acaba de llegar. El macilento chaval está delante de su puerta con pantalones cortos de ciclismo y una chaqueta impermeable celeste. Hurga dentro de su bolsa en busca de su *biryani* de verduras. Ella ya tiene el teléfono en la mano y está calificando con cinco estrellas el servicio del repartidor, decidiendo cuánto le dejará de propina. Piensa que es importante apoyar a las personas como él. Debe de ser una vida difícil. Si está dispuesta a dejarle al camarero de un restaurante una propina de al menos el diez por ciento de la cuenta, cuando no más cerca del quince por ciento, por qué no a ese chico, que recorre la ciudad a toda carrera en plena noche para ganarse la vida a duras penas y es más joven que sus hijos.

La primera vez que oye los golpes, el sonido es muy lejano. El Soho es un barrio ruidoso y cualquiera que vive allí debe aprender rápidamente a organizar los sonidos en capas de importancia y proximidad. El sonido en cuestión es el del metal golpeando la madera y lo más probable es que se trate de alguien que está arrojando barriles de cerveza en un sótano o cajones vacíos a la calle. Precious ni siquiera es plenamente consciente del revuelo. Su cerebro lo bloquea con facilidad. Luego se oyen gritos. Pero eso también podría ser cualquier cosa: unos borrachos expulsados de un club nocturno, alguien peleándose en la siguiente calle.

El chico saca la bolsa de plástico que contiene su comida y

se la tiende. Precious se guarda el teléfono en el bolsillo, le sonríe y coge la bolsa.

—Cabrones hijos de puta — dice Tabitha entre dientes. Corre hasta la puerta y se la cierra al chico en la cara. Antes de que se cierre del todo, Precious alcanza a vislumbrar la expresión de desconcierto del muchacho, cuya mano sigue extendida hacia delante. No tiene idea de lo que ocurre. Precious tampoco lo sabe.

—Es una jodida redada, putos cabrones — explica Tabitha. Empieza a correr por el dormitorio, reuniendo artículos que podrían serles útiles en determinadas circunstancias, luego cambia de idea sobre cuáles podrían ser esas circunstancias y los tira al suelo—. No te van a poner las manos encima. No te van a poner las manos encima. Dios mío, si hay algo que odio en este mundo es a los putos maderos. — Tabitha agarra el poste de la cama e intenta arrastrarla. La cama es demasiado pesada, por lo que abandona el intento y corre hacia el armario, que está más cerca de la puerta. Lo empuja con toda la fuerza que puede reunir y el mueble cae al suelo, bloqueando la entrada. Luego mueve otros muebles y empieza a apilarlos encima del armario. Saca los cajones de la mesita de noche, la levanta y la pone sobre la pila, a la que a continuación añade los propios cajones, llenos de cosas pesadas. Al parecer se ha olvidado de que tiene un hombro lesionado. Mientras va reacomodando el cuarto, la propia Tabitha se transforma. A medida que construye la barricada parece perder años. Toda la energía que ha poseído en su larga vida regresa a toda velocidad desde el pasado al presente, como si un conjunto de Tabithas más jóvenes se hubiesen reunido para acudir en auxilio de su versión mayor.

En ese momento Precious identifica el verdadero origen del ruido. Los golpes proceden de la parte inferior del edificio, desde el nivel de la calle. Consisten en un estruendo lento y repetitivo, que retumba una y otra vez, y luego el sonido a desgarro y astillamiento de alguien que se abre paso a través de la gruesa puerta de madera.

Ahora los gritos proceden del interior del propio edificio y Precious oye unos perros que empiezan a ladrar. Dos, puede

que tres. Perros grandes con ladridos profundos significan mandíbulas fuertes y dientes largos.

Precious se queda paralizada. No sabe qué hacer. De pronto se siente incompetente, una sensación que jamás había experimentado en su vida. Es como si todas sus posesiones en este mundo se redujeran a la ropa que lleva puesta y la bolsa de plástico con la caja de *biryani* que tiene en las manos. Todo lo que puede tocar y que está al alcance de la mano de pronto le parece muy cerca. Todo lo que no está al alcance de la mano y que no puede tocar le parece muy lejano. El resto del mundo, fuera de esos muros, es remoto. Oye gritos en la escalera. Gritos y alaridos.

Corre hasta la ventana y mira.

Los hombres detrás de las máscaras no son hombres. Son un desastre natural: un huracán, una inundación. Es imposible razonar con ellos. No saben manejar ninguna de sus facultades humanas. Son robots, ciborgs, autómatas. En una ocasión Tabitha le contó a Precious una historia de su pasado, cuando todavía vivía en Leeds. La policía cogió a un grupo de prostitutas de la calle, luego las llevó al calabozo y las violó. Precious sabe que no todos los policías son iguales. Pero, con esas máscaras, lo parecen.

Tabitha está tirándole del brazo; tirándole del jersey. Tabitha sabe qué hacer. Tabitha lo ha visto todo. Lo ha vivido.

—Vamos, Precious, vamos. No voy a perderte. No voy a perderte, joder.

Tabitha está llorando. Precious jamás la había visto llorar.

—No iré a la cárcel y tú tampoco. Vamos, carajo.

Tabitha agarra a Precious y la guía hacia la escalera de incendios. Salen juntas y, a insistencia de Tabitha, empiezan a subir. Las dos mujeres están en bata. Precious tiene dos batas. Una es de seda. Es negra con ribetes rojos y le llega hasta la mitad del muslo. Se la pone para atender a los clientes. La otra está hecha de un material lanoso de color granate y le llega hasta debajo de las rodillas. Se la pone cuando está con Tabitha o sola. Afortunadamente, esta noche lleva puesta la bata granate. Mientras sigue a Tabitha por los escalones que dan al tejado, Precious empieza a tiritar. Se ciñe la bata al

cuerpo. Tiene los pies desnudos, excepto por unas zapatillas delgadas que le cubren los dedos pero le dejan los talones expuestos. El viento frío le envuelve los tobillos.

Precious alcanza a oír en el edificio que acaban de abandonar golpes y gritos y muebles arrojados por todos lados.

Llegan a lo alto de la escalera de incendios y salen al tejado plano. Allí arriba el viento es todavía más fuerte y más frío. Les atraviesa la bata y el pijama. Precious se consuela un poco mirando el jardín. Está junto a su rosal, sus hierbas, sus plantas perennes, pero llega a la triste conclusión de que muy probablemente sea la última vez que las ve. Espera que no las destruyan. No le importaría a nadie; no son más que plantas. Pero las colocó allí ella misma y las ha cuidado durante años. Alcanza a ver una babosa en la rosa en ese mismo momento, cabrona insolente. Parece estar dándose un banquete con el mantillo de hojas que puso en la base, pero pronto subirá por el tallo leñoso y comenzará a devorar la propia planta.

Precious se acerca al borde del tejado y mira hacia abajo. Ve cómo sacan a las personas del edificio. Algunas de las chicas estaban trabajando. Ve cuerpos desnudos arrojados a la calle. Chicas en ropa interior, tiritando mientras las meten en furgonetas policiales. También hombres, agachándose en el frío bajo la dura luz de la farola.

Ahora alcanza a ver los perros, además de oírlos. Enormes pastores alemanes y dóbermans, apoyados en las patas traseras, tirando con furia de las correas, rechinando las mandíbulas.

Ella sabe de perros. Los de esa clase solo aman a sus entrenadores y son capaces de hacer cualquier cosa que se les pida. Ahora mismo los están conteniendo, pero tiran con toda su fuerza para liberarse, y si alguno de esos agentes de policía soltara la cuerda, se abalanzarían sobre sus víctimas y las desgarrarían.

—¿Para qué han traído perros? — musita Precious.

Es una pregunta vagamente retórica, pero Tabitha responde de todas maneras.

—Estarán buscando drogas o armas de fuego.

Precious vuelve a mirar hacia abajo. Algunos de los

discípulos del Arzobispo han empezado a salir del sótano. No sabe si la policía llegó a entrar allí o si los vagabundos se arrastraron a la salida al oír el alboroto, como gusanos ante el sonido de pies que golpean el suelo. Oyen el golpeteo, piensan que puede ser algo bueno, salen a la superficie a ver y terminan aplastados o arrollados o arrancados de la tierra por mirlos hambrientos que los llevan como alimento a un nido de polluelos que no dejan de piar.

La policía los coge apenas aparecen. Los meten a todos en la parte trasera de una furgoneta sin ventanas. Precious los ve; delgados, pálidos, encorvados, abatidos. Cierran las puertas de la furgoneta con ellos dentro y el vehículo empieza a alejarse.

Jamás encontraron a la tal Cheryl Lavery, medita.

Tabitha se une a Precious en el borde del tejado. Ha subido con el megáfono de mano de la protesta callejera. Se lo pasa.

—Pide ayuda — insiste—. Di algo.

—Son las tres de la mañana, cariño. Despertaremos a los vecinos.

—Esa es la idea.

—¿Quién va a ayudarnos? — señala—. La policía está ahí abajo.

Tabitha le quita el megáfono.

—Entonces, lo haré yo. — Enciende el dispositivo y empieza a gritar a través de él, pidiendo ayuda, denunciando a la policía, aullando sobre injusticias pasadas, presentes y futuras. Las baterías se agotan después de cuarenta y cinco segundos y la voz granulada, amplificada electrónicamente, se desvanece y deja paso a una ronco chillido humano que forcejea con las ráfagas de viento.

Precious empieza a reírse. Tabitha mira a su amiga. Al principio pone cara de enfado, luego sonríe y finalmente también se echa a reír. Las mujeres ríen juntas.

—Solo dios sabe qué esperaba que sucedería — dice Tabitha. Echa la cabeza hacia atrás y vuelve a reír. Precious la atrae para abrazarla, pero en ese momento nota algo.

—Mira — dice—. En aquella ventana del hotel hay gente mirándonos. — Se ha encendido una luz en el edificio del otro lado de la calle y un hombre y una mujer las espían en actitud

nerviosa desde detrás de unas gruesas cortinas. La mujer tiene un teléfono contra la cara.

—Está llamando a la policía, mira. Desde donde está no alcanza a ver que la policía ya está aquí abajo. Debe de pensar que no estamos haciendo nada bueno.

—¿Crees que está llamando a la policía para que vengan a ayudarnos o para que vengan a arrestarnos?

—Difícil saberlo.

Ya se ha reunido una multitud de personas en la calle. Algunos señalan hacia arriba. Algunos chillan y gritan cosas que ni Precious ni Tabitha pueden oír.

—Creen que vamos a saltar — observa Tabitha—. ¿Vamos a saltar?

—Claro que no — responde Precious con incredulidad—. En este preciso momento no tengo ningún deseo de suicidarme. ¿Tú?

—Para nada. Mis ansias de vivir son insaciables.

—Pues bien.

—Solo que pensaba que esta última resistencia sería mucho más efectiva y dramática de lo que ha terminado siendo.

La última resistencia nocturna: parte II

A unas calles de distancia, Robert Kerr no puede dormir. Está hundido en su sofá, con pantalones cortos, una camiseta vieja, una botella marrón de cerveza en una mano, el mando del televisor en la otra. Está viendo un partido de fútbol transmitido en directo desde Chile. Pequeñas siluetas que corren por una pista arenosa, cuyos movimientos están narrados en un idioma que no entiende.

Seguramente Roster y Anastasia lo expulsarán del apartamento, pero no sabe cuándo. También le impedirán que siga cobrando su dinero. No tiene ninguna pensión, ninguna otra fuente de ingresos ni ningún otro sitio donde ir. Mandó al carajo a Anastasia y se alegra de haberlo hecho. Siempre le gustó, pero ni en un millón de años iba a hacer lo que ella quería solo porque en otros tiempos estuviera colado por ella.

En cualquier caso, no van a pagarle más. Anastasia lo dejó claro y Roster también lo dejó claro unos meses atrás. Esa clase de personas esperan que les seas leal eternamente. Pero Robert alberga otras lealtades. Ya no está en ese mundo ni quiere estarlo.

Iría a pedirle consejo a Lorenzo, pero él sigue lejos, trabajando en una película. Y Robert no está seguro de que Lorenzo siga teniéndole cariño. Se arrepiente de la confesión que le ha hecho.

Se sienta. Por la mañana llamará al chico por teléfono o le enviará un mensaje de texto. No va a permitir que esa amistad se pierda, como se ha perdido todo lo demás. Resolverá la situación.

Tal vez se mude a las afueras, como los padres de Lorenzo. Están en un sitio con mar. También podría regresar a Escocia. Ya no conoce a nadie allí, pero al menos podría ir al Ibrox. ¿Pero de qué viviría? No ha tenido un trabajo honrado en

décadas. Y lo cierto es que ya está en edad de jubilarse. Tal vez consiga una pensión estatal. Ahora mismo, todas esas cosas son motivo de preocupación.

Apaga la tele. No consigue seguir el partido. El apartamento ha quedado en silencio, lo que es poco común. No oye nada del jaleo habitual que en ese barrio continúa todo el día y toda la noche, lo que le resulta perturbador. Robert tiene miedo del silencio como otras personas tienen miedo de la oscuridad y lo ha evitado toda su vida, moviéndose entre grandes muchedumbres, viviendo en las áreas más pobladas de ciudades pobladas. Cuando cae el silencio, sale en busca de barullo: el tintineo de las copas o el zumbido del tráfico. Cuando el mundo está callado, se queda a solas dentro de su propia cabeza y ese es un sitio tan oscuro como la noche.

Necesita ruido.

Se levanta de la cama y busca prendas en el armario, se pone un par de robustas botas, se tapa con un grueso abrigo y sale a la calle. No habrá muchos sitios abiertos a esa hora de la noche, pero encontrará algo.

Luego oye la voz. Una voz que grita desde los tejados. Está lejos, pero por alguna razón se transporta en el aire de una manera inquietante, como si la persona le estuviera hablando directamente a él. Empieza a caminar hacia la voz, cogiendo callejones y calles laterales. Mientras camina, le llegan otras voces. Hombres que gritan. Mujeres que lanzan alaridos. Echa a correr, pero no para alejarse del pánico, sino que corre hacia él.

La última resistencia nocturna: parte III

Hay una pared detrás de Tabitha y, sin mirar, lleva la mano hacia atrás para apoyarse. Grita. Trata de apartar la mano, pero está clavada. Vuelve a gritar.

Precious corre hacia ella.

Tabitha tuerce la cara en una mueca y lanza una profunda exhalación entre dientes. Se da la vuelta, se mira la mano, suelta un breve «oh, dios» y luego aparta la mirada y cierra los ojos.

Precious ya alcanza a ver lo que su amiga ha hecho. Los muros bajos del tejado están cubiertos de pinchos, para ahuyentar a los pájaros y a los ladrones. Al inclinarse hacia atrás, Tabitha se clavó la mano en uno de esos pinchos. El hierro le ha atravesado el centro de la palma y ha salido por el otro lado.

—Oh, dios mío — dice Precious. Y entonces se da cuenta de que dejarse llevar por el pánico no servirá de nada—. No te preocupes, cariño — dice, con la voz más serena y tranquilizadora posible—. Vas a estar bien. Iré a buscar ayuda.

—No me dejes aquí. Sácamelo. Solo sácamelo y bajaré contigo.

—No sé si esa es una buena idea. Tal vez te quede peor.

—¡Sácamelo!

—De acuerdo, de acuerdo — accede Precious. Da un paso hacia delante y mira más de cerca. No hay tanta sangre como esperaba, pero comprende que saldrá más una vez que la mano esté libre. Saca el cordón de la bata de las presillas para utilizarlo a modo de vendaje. La tela no es gruesa pero sí larga, y podrá envolver la mano de Tabitha varias veces.

No hay luz suficiente para ver la herida con claridad. Precious le pregunta a Tabitha si puede apuntar la linterna de su teléfono con la otra mano, de modo que pueda investigar un

poco más. Tabitha levanta el teléfono, enciende la luz y un rayo blanco desciende hacia su mano y hacia la afilada púa de metal que la atraviesa. La piel de Tabitha se ve pálida, incluso más de lo habitual, en parte debido a la herida, en parte debido a la fuerte luz blanca del led. Parece que la sangre que ha salido está empezando a coagularse. Está adquiriendo el mismo tono de óxido de la púa metálica, incluso está adoptando la misma textura, como un calamar que se tiñe del color del lecho marino.

Precious pone los dedos debajo de la mano de su amiga y empuja hacia arriba, al principio con delicadeza, luego con más fuerza, hasta que la mano de Tabitha queda libre.

Tabitha inhala con fuerza, pero no vuelve a gritar.

Como lo había previsto, la sangre empieza a manar con entusiasmo. Precious recuerda algunas cosas de su formación médica y aprieta con fuerza el cordón de su bata en torno a la mano de Tabitha para luego asegurarlo con un nudo. Le indica a Tabitha que mantenga la mano levantada, para disminuir la cantidad de sangre que sale de la herida. La mujer de más edad obedece al principio, pero no tarda en sentirse demasiado cansada como para sostener la mano en alto. Con cuidado, Precious coge la muñeca de Tabitha y se la sostiene ella misma. Así permanecen las dos, en la parte superior del edificio, con los brazos alzados, como celebrando una victoria deportiva.

—Que le den a este edificio — dice Tabitha—. Que le den a este sitio.

Las amigas se miran y, sin decir palabra, llegan a un acuerdo. No hay salida. Lo que fuera que pensaban hacer cuando Tabitha montó una barricada delante de la puerta del apartamento y luego subieron al tejado ya es imposible. Tabitha necesita atención médica. La única manera de conseguirla rápido es entregarse a la policía.

Se quedan unos minutos, acurrucándose juntas contra el viento, ciñéndose al cuerpo todavía más sus atuendos nocturnos. Tabitha se lamenta de la falta de cigarrillos y, por una vez, Precious está de acuerdo con que en ese preciso momento no habría nada mejor.

—No te enfades — dice Tabitha—, pero tengo que confesarte una cosa. Lo cierto es que sí tengo algo escondido aquí. Está debajo de aquel tiesto. — Hace un gesto en dirección a una gran maceta de terracota.

—Te daría un beso. — Precious ayuda a su amiga a sentarse en el banco de jardín y levanta el tiesto, revelando un paquete de tabaco lleno hasta la mitad, algunos papeles, filtros y un encendedor de plástico. Vuelve al lado de Tabitha, se sienta en el banco y empieza a liar dos cigarrillos.

Desde abajo les llegan gritos de hombres. Es un efecto casi cómico. Las voces son graves, artificialmente graves, como si la situación hubiera suscitado las frecuencias más bajas del rango humano. Hay golpes y estrépito, como si todos aquellos hombres estuvieran persiguiéndose mutuamente por el edificio, subiendo por la escalera, bajando por la escalera, atravesando puertas, entrando y saliendo de habitaciones y armarios, como en una vasta pantomima, un dibujo animado.

—¿Sabes, Precious? Me parece que este último año, con todos los problemas que hemos tenido con los propietarios, jamás llegué a pensar realmente que tendríamos que marcharnos. Creía que todo se resolvería de alguna manera, que terminaríamos quedándonos aquí y que todo volvería a la normalidad.

—Qué gracioso — responde Precious—. Yo pensaba exactamente lo contrario. No creí ni por un instante que tuviéramos alguna esperanza.

—¿Y entonces por qué peleaste tanto?

Precious se encoge de hombros y empuja el labio inferior hacia delante y hacia atrás con los dientes.

—Supongo que no quería que nos rindiéramos sin pelear. Me parecía importante que nos defendiéramos, más allá de cuál fuera el resultado. Y me alegro de haberlo hecho, y, a pesar de que no estoy segura de que haya servido para cambiar nada, viéndolo desde una perspectiva más amplia, sí ha tenido un efecto en mí y también ha tenido un efecto en todas las que participamos en ello. Y por eso ha valido la pena.

Se marcharán juntas de su casa y no regresarán. Es inevitable. Siempre lo ha sido.

Precious oye que alguien grita su nombre. Vuelve a oírlo, pero la persona, sea quien sea, no la llama desde el lado de la calle, donde se ha congregado una muchedumbre y donde la policía está metiendo a sus amigas y a sus clientes en la parte trasera de furgones y coches patrulla. La voz le llega desde el otro lado, desde el callejón que está detrás del edificio, donde se hallan los contenedores de basura de los restaurantes, la entrada que ella y Tabitha utilizan para subir a su apartamento.

—Un segundo. — Precious se levanta del banco y se acerca para ver quién la llama. Abajo, en el suelo, divisa a un hombre corpulento. Tiene la cara levantada hacia ella, pero ese lado está oscuro y, a pesar de que la luna brilla, una nube acaba de atravesarla, por lo que Precious no puede distinguir de quién se trata. El hombre vuelve a llamarla y ella reconoce la voz. No había oído jamás el acento de Glasgow hasta que conoció a Robert.

—¡Robert! ¿Qué demonios estás haciendo?

—¡Voy a subir!

—Por el amor de dios. ¿Cómo? ¿Vas a trepar como King Kong por el costado del edificio?

—Sí — grita él—. Eso haré. Voy a buscaros.

Precious alcanza a oír con más claridad el jaleo que tiene lugar en el interior del edificio. Hay gritos y golpes. Puede distinguir los sonidos de alguien a quien están arrestando. El agente de policía lee los derechos y la arrestada profiere obscenidades. No consigue oír la voz lo suficiente como para reconocerla. Podría ser Candy. Aunque también podría ser Hazel.

—Vuelve a tu casa, Robert. Te lastimarás.

—No me iré sin vosotras. Voy a sacaros de aquí. Me enfrentaré a todos si hace falta.

—No seas ridículo. Te romperás la espalda.

A pesar de sus protestas, Robert empieza a trepar. Primero se sube a los contenedores de basura, luego se aferra a una bajante. Es un típico tubo de metal, de los antiguos. Robert es un hombre pesado, pero el tubo está bien sujeto a la pared y aguanta su peso. Robert se agarra con ambas manos y apoya

los pies sobre los salientes, luego trepa como un gorila por el tronco de un árbol.

Cuando se acerca a la parte superior, Precious extiende una mano, él la coge y ella lo ayuda a subir al tejado. Hace una pausa y mira a su alrededor, jadeando con dificultad.

—Qué bonito jardín tenéis aquí arriba — dice.

—Sí, no está mal, ¿verdad?

Robert ve a Tabitha y mueve la cabeza en dirección a ella. Le devuelve una sonrisa débil. Al notar la palidez de su rostro, él dice:

—¿Te encuentras bien, cariño?

—En realidad, no — responde ella. Le muestra la mano y la sangre que le ha caído por el brazo y que ahora está seca y endurecida. Precious explica lo que ha pasado y luego añade:

—Tendremos que bajar.

—Y una mierda — dice Robert.

—Es necesario. Tienen que examinarle la mano. Nos quedaremos un momento más aquí, para mirarlo todo una última vez y fumar un cigarrillo, y luego bajaremos.

—No. No podéis hacer eso. Os cogerán a las dos y os endilgarán una acusación falsa de proxenetismo o algo así.

—Nos defenderemos en los tribunales, obviamente. ¿Pero qué otra opción tenemos?

—Podéis bajar por atrás — propone él—. Por donde yo he subido. Y luego salir por patas.

—¿Con esta mano?

—Bueno, yo os ayudaré. O, si no, los distraeré. Bajaré allí y atraeré a todos los maderos que pueda y vosotras podréis escabulliros. Me enfrentaré a todo el jodido departamento de policía si es necesario.

—Estás loco. Te matarán.

—Por favor, dejadme hacer esto por vosotras — dice Robert con expresión seria—. ¿Para qué estoy si no es para esto?

Precious reflexiona y luego examina el tubo del desagüe que está a un costado del edificio.

—Tal vez sí podríamos bajar por allí si nos ayudas, Robert, y si llevamos a Tabitha entre los dos. ¿Estás de acuerdo, Tabitha?

—Ya me conoces, Precious, cariño. Yo estoy dispuesta a hacer cualquier cosa. — Le guiña el ojo a Robert.

Robert se sonroja.

Precious coge a Tabitha de un brazo y Robert la levanta del otro. Precious no está segura de que algo de esto vaya a funcionar, pero, tal vez, si Robert va primero, puedan encontrar la manera de bajar a Tabitha.

—Para — dice Tabitha.

Precious piensa que debe de estar lastimándola sin querer.

—Lo siento, cariño. Pero deberíamos darnos prisa.

—No — dice Tabitha—. Tenemos que parar.

Robert ya ha pasado un pie al lado del edificio y está listo para iniciar el descenso.

—¿Qué ocurre? — pregunta.

—¿No lo sentís?

—¿Sentir qué? — Precious empieza a pensar que la pérdida de sangre está afectando a la percepción de su amiga.

—Los temblores — explica Tabitha en voz baja.

Precious se queda muy quieta. Lo mismo hace Robert, aunque él tiene menos idea de lo que ocurre. Sigue encorvado, aferrándose el pecho, jadeando con dificultad. En ese momento, Precious también los siente. Siente un estremecimiento en las plantas de los pies, a través de la delgada tela de las zapatillas. Es un temblor sutil al principio, pero va haciéndose cada vez más fuerte. Siente que las piernas se le empiezan a sacudir. Hay un ruido sordo y grave que procede de lo profundo de la tierra. Su registro es tan bajo que apenas puede oírlo. Es algo que siente más que oírlo. Lo siente en las costillas. Le genera una extraña sensación hueca en los pulmones y vibra a un ritmo contrapuesto al de los latidos de su corazón.

Precious mira a Robert, que no ha sentido nada. Él la mira a ella y a Tabitha como si estuvieran hablando en un idioma incomprensible. Tabitha empieza a retroceder hacia la intersección entre el tejado de los vecinos y el suyo. Con la mano sana se aferra a la pared, tomando la precaución de evitar los pinchos antipalomas. Ella y Precious pasan al otro tejado y siguen retrocediendo, al tiempo que le hacen señas a

Robert de que las siga.

—Ven por aquí, Robert — lo insta Precious. Robert está totalmente perplejo. Se queda en su sitio. Se agarra el pecho. Todavía no ha recuperado el aliento después de la subida.

En ese momento las sacudidas cobran fuerza. Algunas tejas se caen del tejado. Las vigas del siglo XVII se doblan y se parten con un crujido, troncos de magníficos robles que crecieron en amplios bosques, que fueron cosechados y manipulados para que se adaptaran a la forma de la ciudad, robles como los que ya no existen, como hace siglos que no se los ve. Las vigas se tuercen, luego se parten en dos. Precious y Tabitha ya están en el tejado vecino. Se agarran con fuerza de una chimenea y miran cómo el viejo edificio se separa de ellas y se desmorona. Robert desaparece de la vista.

Salsa

El pastel tiene una corteza mantecosa que se desmenuza cuando ella hunde el cubierto. La carne es blanda y se corta con facilidad con un lado del tenedor. Lo mejor es la salsa. En varias ocasiones Agatha se ha quedado de pie junto a los fogones para ver cómo Valerie la preparaba. Asa la carne sin quitar el hueso, la deja reposar en una bandeja, luego pone la fuente de horno, todavía caliente, sobre la cocina de gas. Raspa la grasa con una cuchara de madera, apartando las partes sobre las que se ha formado una costra negra. Espolvorea harina y la mezcla con los residuos. Añade agua caliente, sin dejar de revolver. Revuelve y revuelve una y otra vez, calentándola a fuego lento, hasta que la grasa, lentamente, se espesa toda a la vez.

Agatha se siente relajada. Tiene la cabeza tranquila, concentrada en esa sala, en la compañía, en el sabor y la textura de la comida. Es una sensación a la que no está acostumbrada, pero le gusta. Ha llegado a la decisión de que debería actuar así siempre. Rechazará todo lo cerebral. En todo momento antepondrá la experiencia sensorial a cualquier otra consideración. Permitirá que la mente vaya detrás de los ojos, los oídos, la lengua, la nariz, la punta de los dedos. Sus sentidos influirán en todas sus decisiones.

Roster, probablemente, llevó al chico a su casa. Agatha lo dejó en el dormitorio y bajó a la casa de los guardeses. Valerie ya se habrá acostado, pero jamás cierra la puerta con llave y deja una cama preparada para Agatha, sabiendo que a veces su hermana menor prefiere dormir ahí con ella que sola en la casa grande. Agatha siempre ha tenido una habitación ahí con Valerie. Últimamente la utiliza menos, porque siente la necesidad de dormir en la casa que es suya, como es debido, pero esa noche ha bajado porque deseaba dejar solo al chico, y

porque tenía hambre, y sospechaba que Valerie podría tener algo delicioso a mano. Encontró el pastel sobre el quemador y se calentó una porción.

Cuando el pastel ya está caliente, lo lleva a la mesa de la cocina y empieza a comer. Luego oye crujir las tablas del suelo de la planta superior, las bisagras de una puerta, una cisterna que se vacía y un grifo que se abre y se cierra. Oye que Valerie desciende por la estrecha escalera, luego la ve bajo el marco de la puerta con una vieja bata de color burdeos que le llega hasta los tobillos. Lleva unos calcetines gruesos y unas zapatillas azul marino, que con el tiempo se han vuelto blancas.

—Oh — menciona la anciana—. Eres tú.

—Llegamos esta mañana — responde Agatha—. Fuimos a ver las carreras. Y después estuve ocupada.

—¿Dormirás aquí esta noche?

Agatha asiente, con la boca llena de pastel.

—Veo que te has servido. Hay bizcocho de postre si quieres.

—Gracias, pero con esto ya está bien.

—¿Reg está contigo?

—Tuvo que ir a un sitio, pero debería estar de regreso pronto.

Valerie entra en la cocina arrastrando los pies y, con un gesto distraído, reúne las migas de las superficies con la palma de la mano para luego depositarlas en un cubo de basura. Se apoya contra la encimera, se mete las manos en los bolsillos bajos de la bata y observa a Agatha mientras come.

—¿Sabes? — le dice Agatha a su hermana mayor—. Podría venir a vivir aquí todo el año. Solo tengo que estar en la ciudad por cuestiones de trabajo y gran parte de ello puede hacerse a distancia.

Valerie emite un ruido desde el fondo de la garganta que Agatha toma como una aceptación.

—Podría encargarme más activamente de la organización de la propiedad — continúa—. No estaría ocupando tu lugar. Tú podrías enseñarme. Para serte sincera, no tengo la menor idea de cómo dirigir un sitio como este, pero me gustaría aprender. Creo que me resultaría satisfactorio. Podríamos hacerlo juntas.

—Es una casa vieja y grande — replica Valerie—. Y estarías

totalmente sola. No imagino a Reggie aquí todo el año. Es un urbanita de tomo y lomo. Si lo cortaran, sangraría agua del Támesis.

En ese momento se abre la puerta y entra Roster. La mujer no ha oído el coche en la gravilla de fuera, por lo que se sobresalta cuando él pasa sin llamar.

—La radio — dice él. Su tono es de urgencia.

Hay una radio analógica en un rincón de la cocina de Valerie. Agatha se acerca al aparato, pero le cuesta hacerlo funcionar. Sabe que la mayoría de las emisoras que necesitaría son de FM, pero no mucho más, como, por ejemplo, qué frecuencias debe sintonizar. Encuentra el interruptor de encendido, lo acciona y surge un chisporroteo de ruido blanco. Hay diales en la parte superior y los gira. El ruido blanco aumenta y disminuye, cambia de registro y de velocidad. A ella le suena anticuado. Es un sonido del pasado, ya un recuerdo; como lo que se encuentra en las tiendas de segunda mano, en las casas de antigüedades y en los museos. Y qué ruido. No hay nada así en el mundo. Es como el mar en una playa de guijarros, o como el viento en las hojas de otoño, o como un fuego atravesando las brasas, pero en realidad no se parece en nada a ninguno de esos sonidos.

Agatha sigue jugueteando con la radio.

—Ya me ocupo yo — insiste Roster; se acerca a ella y pasa delante. Valerie se pone a lavar el plato de Agatha en el fregadero.

Mientras Roster gira el dial, Radio 4 entra y sale de sintonía. Se oyen algunas palabras sueltas.

…

…

—Londres…

—Completamente derrumbado…

…

Agatha mira su teléfono. Nadie la ha contactado. El policía le había prometido que le enviaría un mensaje de texto para asegurarle que todo había salido de acuerdo con el plan. Busca las barritas en la parte superior de la pantalla y no ve ninguna. No hay cobertura. Por supuesto que no iba a tener cobertura

en ese sitio.

Roster sigue toqueteando la vieja radio, tratando de encontrar una señal más clara. La voz del locutor no se entiende bien. Solo llegan fragmentos de palabras, frases incoherentes.

Se vuelve hacia ella.

—En el coche oí más — explica—. Ha habido una catástrofe en el centro de Londres. Se ha derrumbado un edificio entero. No saben cuánta gente ha quedado atrapada bajo los escombros.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? — pregunta Valerie.

—Valerie, no me pongas las cosas difíciles. Sabes muy bien que todas las propiedades de vuestro padre están en el centro de Londres.

—¿Y crees que ese es uno de los nuestros?

—Está en el West End. Y he oído algo sobre una redada de la policía.

Agatha mira a Roster.

—Tal vez no sea… — dice él.

—Sí que lo es — lo interrumpe ella, de manera cortante—. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Roster le da la razón y se da prisa en salir de la cocina de Valerie. Le informa a Agatha de que regresará a la casa grande para recoger el resto de sus cosas y luego se marcha.

Por supuesto que él está en lo cierto. Ahora tendrán que volver y viajar de noche, pero, en ese momento, Agatha no desea moverse. Está cansada. Está cansada de todo: del movimiento constante, de la lucha constante. Desearía que las cosas fueran fáciles, al menos una vez. Desearía que la dejaran en paz.

Siente las lágrimas antes de darse cuenta de que va a llorar. Se lleva una mano a la cara para limpiárselas, luego baja la mirada y ve una mancha de rímel negro. Baja la cabeza para que no se le puedan ver los ojos, pero sus lágrimas caen sobre la mesa de la cocina. Un par de ellas tocan la madera, que las absorbe. Se limpia un poco más con la manga del jersey de lana.

Valerie le hace una pregunta a Agatha, pero Agatha es incapaz de responderla. Si lo hiciera, su voz flaquearía. Valerie se da la vuelta para repetir la pregunta, pero ve las lágrimas y vuelve a fregar.

—Eso no le sirve de nada a nadie — musita.

Una visión

Richard Scarcroft está solo en Soho Square. Abandonó el grupo del Arzobispo un par de semanas atrás, de lo que ahora se arrepiente. Hace más frío y es más difícil encontrar alojamiento para la noche o un espacio cómodo donde pasar el día. Desearía haber tenido la paciencia suficiente para soportar a esa gente un poco más, al menos hasta después de Navidad.

Se ha situado en un banco para estar lejos del frío suelo y se ha cubierto con una manta y un delgado saco de dormir. Un par de cajas de cartón desmontadas le proporcionan un poco más de aislamiento, el abrigo invernal que le suministraron en el ejército al menos es grueso y le da calor y las botas de cuero mantienen a raya la humedad. Ya no va totalmente afeitado, sino que se ha dejado una barba tupida. Lo envejece. Cuando se topa con su reflejo en los escaparates, apenas se reconoce. Se ve al menos diez años mayor, quizá más. Se parece a su padre, o al padre de su padre. Hay unos ásperos pelos grises que asoman entre los lacios y marrones. Se pregunta si eso es a causa de la calle o si se trata del proceso natural de envejecimiento. Rodea con las manos una taza de papel que contiene té caliente. Un mensajero en bicicleta se le apareció de pronto un rato antes y se la entregó con una sonrisa y un par de palabras de salutación, luego se subió a su bicicleta de piñón fijo y se alejó, deslizándose con la elegancia de un cisne en pleno vuelo, por los senderos que cruzan Soho Square, salió por la puerta de hierro abierta, siguió en dirección a Oxford Street y se perdió de vista.

Richard acerca la taza de té al pecho e inclina la cabeza, de modo que el vapor sube y se le condensa en la cara. Lo inhala como un día de verano y siente cómo le calienta el interior de la nariz y luego se le mete hasta el fondo de la garganta. Bebe un sorbo demasiado pronto. El líquido hirviente le quema la

punta de la lengua, pero no le importa. La quemadura lo acompañará durante la fría noche. La sentirá, entumecida como un dedo del pie golpeado, experimentará su sabor, amargo y dulce como el hierro frío, y recordará esa taza de té. Es la prueba.

La interacción con el mensajero ciclista también ha dejado una marca, como una huella digital cálida en arcilla fría. Un acto de bondad, una sonrisa, un gesto, un poco de contacto visual, el reconocimiento de Richard como otro ser humano.

Richard oye los gritos, pero vacila en abandonar su banco y caminar en esa dirección. Algo le dice que le causará problemas. Durante toda su vida, cada vez que ha oído a un hombre chillar y a una mujer gritar, ha sido porque pasaba algo malo. No es que a Richard no le importe; es que le queda muy poco que ofrecer.

En ese momento se produce un estruendo. Oye el derrumbe del edificio — un sonido demasiado familiar—, pero no oye ninguna bomba. Aunque seguramente habrá sido una bomba. Tiene que haber sido una bomba.

Esta vez sí va. Una explosión requiere experiencia militar. Él no lo ha olvidado.

Las puertas de la plaza están cerradas, pero trepa a ellas con facilidad, y corre hacia la nube de polvo marrón que flota en el aire, iluminada por las farolas, suspendida de una manera inquietante, como si estuviera totalmente libre de las restricciones del tiempo y la gravedad. No puede ver más allá de ella, a través de ella, para averiguar qué ha ocurrido realmente. Salen personas de esa nube, tosiendo, resoplando. La primera es una mujer en ropa interior: un conjunto de sujetador y bragas de encaje negro. Tiene la cara y el pelo cubiertos de una gruesa capa de polvo, lo que la hace verse como una pompeyana petrificada. Lleva las manos delante, sujetas con esposas. Corre descalza por la calle y no deja de mirar hacia atrás por encima del hombro, como si le preocupara que la siguieran. Luego aparece un hombre. Está totalmente desnudo y también cubierto de polvo. Richard cree reconocerlo de algún sitio, tal vez de la tele. A continuación surgen más personas: la mayoría están vestidas, algunos

parecen esos típicos borrachos que han salido de parranda y a los que a esta hora de la noche se los suele ver saliendo de los clubes nocturnos. Llevan trajes y vestidos caros, ahora arruinados. A muchas de las mujeres les cuesta correr con sus altos tacones. Algunas se los quitan. Algunas se caen, se levantan y siguen corriendo.

Richard trata de parar a alguien para averiguar qué ocurre. Divisa a una mujer totalmente desnuda, cuyas manos también están esposadas. Viene corriendo hacia él a toda velocidad.

—¿Te encuentras bien? — grita él en dirección a ella. No espera que se detenga. Parece totalmente despreocupada respecto de su desnudez.

Para su sorpresa, sí se detiene y le habla. Él le pregunta qué ha sucedido.

—Un terremoto, o algo así. No tengo idea. Se hizo un agujero enorme en la tierra y se tragó el edificio. Yo salí corriendo. Creo que no quedaba ninguna de nosotras allí dentro, pero puede que hubiera algunos policías. Quién coño lo sabe. — Luego se aleja corriendo de allí.

Richard sigue avanzando. La polvareda comienza a asentarse. Al acercarse a la escena, divisa a algunos policías. Nadie parece estar haciendo nada útil. Todos y todo están cubiertos de polvo. El viejo burdel está en ruinas. Era uno de esos antiguos edificios del Soho y siempre estaba un poco torcido. Richard alcanza a vislumbrar puertas, postes de camas y vigas de madera que asoman entre los escombros. Más allá de los restos, hay un agujero inmenso.

Entonces la ve, caminando entre el polvo, iluminada desde atrás. La reconoce instantáneamente, aunque la visión lo sobresalta. Su cara está reproducida en carteles de toda la capital y también ha estado en el centro de sus propios pensamientos. En realidad nunca ha hablado mucho con ella, nunca la ha conocido verdaderamente, nunca ha sabido si era alguien a quien pudiera conocerse en algún sentido. La cara que veía en los carteles — lozana, feliz, identificable— era distinta de la que él conocía de la vida real: demacrada, frágil, invisible. La cara que ve ahora, saliendo del polvo, es similar a la versión idealizada de la campaña de comunicación. Se la ve

renovada. Tiene la piel brillante y reluciente. Lleva el pelo lavado y cepillado, camina erguida, se estira cuan alta es, como si hubiera crecido hasta convertirse en su propia representación.

Primavera

Polvo espectral

Lorenzo se pone de puntillas. Hay un espacio entre las tablas de la valla por encima del nivel de sus ojos y si estira la espalda y se levanta apoyándose en la parte anterior de las plantas de los pies, puede ver el cráter a través de él. Vislumbra algunas vigas de madera que parecen muy antiguas y que sobresalen del suelo chamuscado como las costillas de una ballena varada en la playa, ennegrecidas por años de esmog, así como una pequeña excavadora amarilla apoyada sobre sus orugas en el borde del agujero, con los dientes de la pala apoyados en el terreno. El aire todavía está turbio y lleno de polvo, tres meses más tarde. Lorenzo no sabe si eso es realmente así o si lo percibe de esa manera debido a las historias que le han contado. Al parecer, la atmósfera viciada tardó varias semanas en despejarse. Cuando el edificio se derrumbó, una nube enorme se alzó en el aire, empezó a flotar de manera desafiante, como impulsada por una voluntad fantasmal, y permaneció allí a modo de lúgubre advertencia; un espectro del edificio que había ocupado aquel terreno durante siglos.

Como todos los demás, la primera vez que vio las imágenes del derrumbe fue a la mañana siguiente del suceso. Todos los canales principales instalaron equipos de grabación delante de la zona de exclusión y emitían imágenes en directo de las labores de rescate. Desde la casita alquilada cerca del estudio de filmación Lorenzo vio en su teléfono cómo las brigadas de bomberos y los paramédicos corrían de un lado a otro ataviados con indumentaria de protección y con la cara oculta tras los aparatos de respiración que se veían obligados a utilizar. Los informativos mandaron a sus presentadores más conocidos a la escena, quienes transmitían el resto de las noticias del día desde ese sitio y hacían tomas panorámicas de

aquella calle del Soho cada vez que se producía alguna novedad urgente.

Maria, la madre de Lorenzo, lo llamó desde su nueva casa de Essex tan pronto como oyó la noticia por la radio. Lorenzo no podía ir en ese momento — los productores tenían una larga lista de escenas que había que terminar antes de que el elenco y los operarios se marcharan por Navidad—, de modo que su madre se ofreció a acercarse a la ciudad y comprobar cómo había quedado el apartamento. Aunque no estaba situado especialmente cerca del sitio del socavón, tenía sentido que alguno de los dos fuera a fijarse, por si acaso. Además, muchas de las amigas de Maria todavía residían en esa zona y estaba ansiosa por asegurarse de que no hubieran sufrido ninguna lesión.

Lorenzo y Maria se intercambiaron más mensajes de texto cuando ella ya estaba en el tren rumbo a Liverpool Street, y se pasó todo el tiempo enviándole a su hijo enlaces a clips de vídeo de la escena y otras actualizaciones, a pesar de que él podía acceder exactamente a las mismas fuentes de noticias a través de internet. Maria le mandó un nuevo mensaje cuando llegó a su antiguo apartamento:

> El piso está bien. Un poco desordenado. Beso.

Lorenzo lo recibió mientras esperaba a un lado del plató entre tomas y guardó el teléfono, irritado. El piso estaba bien. Estaba perfectamente limpio. Se había marchado con un poco de prisa y no había ordenado la sala tanto como tal vez habría debido, pero tampoco había dejado platos sucios en la cocina antes de emprender el viaje hacia el norte. Cuando volvió a mirar el teléfono, vio que su madre le había mandado otro mensaje:

> Parece una zona de guerra.

Lorenzo supuso que esa descripción se refería a la escena en sí. Tan pronto como tuvo un momento libre, la llamó. Ella le contó que había polvo en todo el barrio y que cuanto más se

acercaba uno al viejo edificio, más costaba respirar. Estaba en las aceras, encima de las farolas, en los alféizares, los buzones, los bancos, las furgonetas, los coches y el aire mismo. Había una nube inmensa de polvo gris amarronado que se había estancado en la atmósfera como si fuera sólida y que no bajaba al suelo con la rapidez que ella había supuesto que lo haría.

Para Navidad, Lorenzo fue directamente a casa de sus padres, en Essex. La víspera hizo transbordo en Londres; se bajó en King's Cross, cogió la Circle Line hasta Liverpool Street y luego se subió al tren que se dirigía a Clacton-on-Sea. No le habría resultado difícil bajarse en el Soho, pero se abstuvo. En el momento se dijo que aquello se debía a que la red ferroviaria, así como la propia ciudad de Londres, estaba demasiado llena de gente, y si perdía alguno de sus trenes, tal vez no llegara a casa de sus padres a tiempo para la Navidad, lo que habría sido triste. Ahora piensa que fue porque no estaba preparado para verlo. Todavía no se había enterado de la noticia de lo de Robert, pero ya temía lo peor, sin poder precisar por qué. Siempre había sospechado que Robert acudía a ese edificio, lo que se había vuelto más probable después de lo que le había contado a Lorenzo sobre su pasado.

Regresó a Londres hace un par de días. La última semana de rodaje fue frenética. En el estudio estaban todos estresados, cansados, sobreexplotados, e incluso aquellas personas que en otro momento se llevaban perfectamente habían empezado a gritarse. La filmación terminó con un mes de retraso. Lorenzo había planeado irse de vacaciones y tenía reservado un vuelo a Mallorca, pero se vio obligado a cancelarlo una vez que se hizo evidente que tendría que permanecer en el estudio.

Durante los primeros dos días tras su regreso a Londres, se quedó holgazaneando en su apartamento. Todo se veía, se sentía y olía distinto. Evidentemente su madre se había olvidado de cerrar una de las ventanas antes de marcharse y una paloma había entrado y había depositado un huevo solitario en el cajón de la ropa interior. Lo encontró cuando estaba pasando la aspiradora por la moqueta y quitándoles el polvo a las superficies. Al principio le pareció algo tan

surrealista que no supo exactamente qué era. Tenía el tamaño de una nuez y el color de la leche entera, un objeto tan simple y tan perfecto. Por un segundo lo vio como una creación completamente nueva, como si hubiera hecho un descubrimiento milagroso: una lágrima divina que se hubiera congelado en su caída. Después de que pasara la sorpresa, se dio cuenta de lo que aquello era en realidad y se echó a reír, pensando en su propia confusión, pensando en la paloma que había entrado allí, cargada con el huevo, se había acomodado delicadamente encima de sus calcetines y sus calzoncillos, lo había puesto allí y luego se había marchado. Se preguntó si el ave habría intentado incubarlo o si aquello no había sido otra cosa que un atropello con fuga.

Esta noche es la primera vez que regresa al Aphra Behn desde que volvió. Está cambiado. Antes, el Behn era un pub tradicional. Tenía una gama de colores marrón y burdeos, y las paredes estaban revestidas con paneles de madera que hacían juego con la barra y los muebles: roble lustrado con un barniz nogal oscuro. En las paredes había reproducciones antiguas y ornamentados espejos con anuncios de compañías cerveceras extintas. La zona de la barra tenía el suelo de madera, igualmente barnizada y lustrada, pero, más allá, donde había mesas bajas y sillas, habían instalado una moqueta que estaba felizmente raída, lo bastante como para disimular lo que había sido un estampado particularmente repugnante.

Ahora hay paredes de ladrillo visto y han decorado el sitio con eslóganes, inscritos en pósteres enmarcados, en los márgenes de los nuevos menús, en placas metálicas colgadas en la pared encima de la barra. Hay eslóganes motivacionales, raros juegos de palabras y falsos pósteres publicitarios antiguos que reemplazan los verdaderos pósteres publicitarios antiguos. El televisor que estaba en la esquina superior sobre la barra ha duplicado su tamaño y a su lado hay una lista de los acontecimientos deportivos en directo que se transmitirán en las próximas semanas.

Ese sitio ya no es del estilo de Lorenzo. Se queda fuera y mira por la ventana. No hay señales de Sheila. Por lo general, ella estaría allí, vigilando la puerta, apoyada en la pintura

desconchada de las paredes exteriores. La pintura desconchada de las paredes exteriores ya no está desconchada o, mejor dicho, ya no está. La han cubierto con un nuevo color. Antes era rojo buzón. Ahora tiene un tono entre gris y azul marino. Le aporta distinción y le quita alegría; es elegante de una manera deliberadamente masculina.

Lorenzo se siente triste, como hueco. Lleva toda su vida en ese barrio y acude al Aphra Behn desde que pudo aparentar dieciocho años. Entra. El gastado escalón de piedra sigue igual. Todavía tiene esa pequeña hendidura en el medio del tamaño exacto de su pie.

Lorenzo no reconoce a ninguna de las dos personas que atienden en la barra, pero, a grandes rasgos, hacen juego con los que estaban antes. Está a punto de pedir una pinta de algo frío y genérico cuando se da cuenta de que los dispensadores han cambiado y, por consiguiente, también lo han hecho las cervezas.

Piensa en Glenda. Se mudó a casa de sus padres un par de meses atrás, justo antes de Navidad. Parece más feliz. Le ha mandado fotos de cenas preparadas por su madre y hogazas de pan horneadas por su padre. La madre de Glenda es famosa por su cocina y el padre es famoso por sus panes. Lorenzo espera que Glenda haya ganado un poco de peso. La verá esta noche. Ella irá de visita y se alojará en el nuevo apartamento de su amigo Bastian. Laura, la novia de Bastian, también irá. Irán todos a cenar a un restaurante de moda que ha escogido Lorenzo.

Su teléfono vibra. Está boca abajo sobre la mesa, de modo que le da la vuelta. Ha recibido un mensaje de Eddie Kettering, pero cuando Eddie Kettering añadió su número al teléfono de Lorenzo, lo hizo con el nombre de Dikie Detergent, que es un anagrama de Eddie Kettering. Ese es el nombre que ha aparecido en el teléfono.

Lorenzo abre el mensaje.

> Hola. ¿Ya has vuelto a Londres?

Lorenzo no responde y vuelve a poner el teléfono boca

abajo. No quiere ver a Eddie, pero se da cuenta de que si se toma otras dos cervezas, es probable que termine contestándole y reuniéndose con él y posiblemente acostándose. Durante los últimos dos meses de rodaje, Lorenzo y Eddie entablaron una relación informal a la que ninguno de los dos, Lorenzo menos, tenía deseos de ponerle nombre. Simplemente a veces se veían en el camerino de uno u otro y tenían relaciones rápidas y torpes. No había ninguna discusión ni análisis y Lorenzo quiere que siga así. Eddie está bueno, pero Lorenzo lo encuentra irritante y juvenil, y no desea apegarse emocionalmente a él. Además, Eddie está comprometido con una elegante chica de la alta sociedad que se llama Miranda Billing. Lorenzo admite que tal vez haya alguna clase de cuestión moral al respecto sobre la que tendrá que reflexionar en algún momento, pero no se trata de un asunto urgente y es más problema de Eddie que suyo.

Desde un punto de vista más positivo, lo cierto es que Eddie le ha dado a Lorenzo algunas buenas ideas. En una ocasión, cuando estaban en el plató y Lorenzo hizo un comentario distraído sobre lo desilusionado que estaba con la actuación, mayormente debido a los papeles que acostumbraban a ofrecerle, Eddie le sugirió que empezara a escribir su propio material, obras o guiones.

Lorenzo ha ido con su cuaderno al pub. Lo saca de la bolsa junto a un par de bolígrafos y unos auriculares. Se pone los auriculares y enchufa el cable en su teléfono, luego revisa la música que tiene cargada hasta que encuentra una electrónica lenta y relajante. A continuación, abre el cuaderno. Es más caro de lo que habría hecho falta, pero Lorenzo aprecia el papel de buena calidad; aprecia la calidad en la mayoría de las cosas. Los detalles importan. Hace clic en el bolígrafo y lo acerca a la página. Escribirá una obra de teatro. Quiere que sea sutil, sofisticada y cerebral. Nada chabacano ni melodramático. Grandes ideas, grandes temas, pero desarrollados a través de interacciones pequeñas y cotidianas.

Empieza. Bebe un sorbo de *lager* y se acomoda en la silla para pensar. Le presta un poco más de atención a la música que sale por los auriculares. Observa a los nuevos parroquianos

del pub y se pregunta por sus vidas. Se siente irritado por lo mucho que ha cambiado el Behn y resuelve no volver jamás, aunque sabe que probablemente sí lo haga, que aprenderá a aceptar esos cambios y que terminará olvidándolos, así como se olvidará de cómo era el pub y de la gente que acostumbraba a acudir a él. Practica su firma un par de veces, luego escribe todas las letras del alfabeto en mayúscula y minúscula. Dibuja una serie de círculos concéntricos. Bebe un sorbo de *lager* . Juguetea con el teléfono. Admira la elegancia del papel del cuaderno.

Un poco más tarde, se levanta y guarda el material de escritura en la bolsa. Nota que el bolígrafo ha atravesado la página y ha tallado una telaraña de grafiti sobre la pátina de la superficie de la mesa. Sintiéndose calladamente satisfecho por ese resultado y para nada culpable por haber desfigurado ese mueble nuevo, Lorenzo se marcha y regresa despacio a su apartamento.

Cadáveres colgantes

Ella está entre cadáveres colgantes. Cada cerdo tiene su propio gancho carnicero y está envuelto en plástico. Les han quitado la cabeza y las han llevado a otra área de la cocina, donde las hervirán y cortarán en tiras y convertirán en salchichas y terrinas. Debajo del plástico los cerdos se ven blancos, pálidos. Tienen las patas separadas. A ella le parece una postura incómoda, pero entonces recuerda que están muertos. Tiene que cortarlos en pedazos, quitarles la piel y los tendones. Algunos todavía conservan la cabeza. A esos los van a asar en un espetón. Una de las tareas de Cheryl consiste en coger el largo y delgado espetón e insertarlo en el cuerpo del animal.

Cheryl es más fuerte de lo que parece. Aunque es pequeña y fibrosa, puede acarrear objetos que tienen hasta cuatro veces su tamaño. Levanta los cerdos con tanta facilidad que los hombres fornidos con quienes trabaja sienten unos celos extraños, pero también una repugnancia muy arraigada. Cheryl es hiperproductiva. Esa productividad alarma a sus colegas.

—Para — le dijo un día el supervisor—. Has troceado demasiados cerdos. No necesitamos tantos.

Consiguió el empleo a través de la asistente social. El restaurante se ha comprometido a «cambiarle la vida a la gente», por lo que cogen como aprendices a personas que acaban de salir de la cárcel, han dejado las drogas o por algún otro motivo lo han pasado mal. El restaurante compra la carne en el criadero *pop-up* que han instalado en Soho Square. Actualmente está lleno de cerdos, a los que sacrifican y luego llevan al restaurante para que los descuarticen.

Ese es el trabajo de Cheryl. Ha iniciado una formación en carnicería. Está aprendiendo a cortar, trinchar y picar. Está aprendiendo sobre las calidades de los diferentes cortes, la textura, el tiempo de cocción, el precio. Está aprendiendo a

serruchar el hueso, a curar. La herramienta que más le gusta es la cuchilla de carnicero. Le agrada sentir su peso en la mano derecha y la manera en que ese peso se desplaza cuando levanta el acero a la altura del hombro y luego lo lanza sobre la tabla de cortar, atravesando lo que sea que esté encima.

Ella y Richard Scarcroft van a irse a vivir juntos a un piso. El ayuntamiento los está ayudando. Después de todo lo que ocurrió con su desaparición, la pusieron en el primer puesto de la lista de espera.

Cheryl termina la cantidad de cadáveres de cerdos que le han asignado y se traslada a otra zona de la cocina para ayudar a pelar patatas. En términos estrictos eso no forma parte de su trabajo, pero la asistente social no para de decirle lo bueno que es aprender nuevas tareas.

Cuando estaba bajo tierra, Cheryl leyó sobre lo importante que era poseer una cartera laboral diversa. Ahora Cheryl se ha convertido en un miembro productivo de la sociedad. No para de explicarle a Richard cómo convertirse también en un miembro productivo de la sociedad, y él responde algo respecto de la maquinaria capitalista militar y que deberían mudarse al campo y cultivar sus propias verduras, a lo que Cheryl replica algo relacionado con el interés compuesto y así termina la conversación.

Cheryl se reúne periódicamente con la asistente social, cuyo nombre es Miriam. Miriam le hace preguntas a Cheryl sobre su vida, sobre cómo eran las cosas cuando estaba creciendo y sobre sus emociones. También le brinda algunos consejos prácticos y le explica cómo registrarse para visitar a un médico y cómo rellenar formularios en internet.

Después de su regreso, la policía no dejó de formularle extrañas preguntas acerca de dónde había estado. Todos parecían un poco enfadados por el hecho de que hubiera vuelto, como si para ellos hubiera sido realmente importante que siguiera desaparecida. Justo es decir que habían perdido a muchos de sus colegas la noche en que ella regresó, de modo que su malestar era comprensible. Por otra parte, Kevin (alias Paul Daniels) murió también, así como el Arzobispo, por lo que no todas las bajas fueron del lado de ellos. Cheryl tuvo que ir a

identificar los cuerpos. Fue horrible. Los dos estaban cubiertos de moretones y tenían cortes por todas partes. El Arzobispo tenía la mitad de la cara aplastada y Kevin había perdido todos los dientes.

Una agente de policía, que se llamaba Jackie, se mostró bastante amable y fue a verla más tarde. Le llevó una caja con los elementos que Kevin tenía con él cuando lo encontraron.

—No tenía ningún familiar cercano — le explicó ella—, pero se me ocurrió que tal vez un par de estas cosas podrían tener, no sé, algún valor sentimental para ti, y me pareció que no había nada de malo en averiguar si las querías.

Jackie extrajo de la caja unos viejos mazos de naipes, pañuelos y varitas mágicas. Cheryl negaba con la cabeza cada vez que aparecía un nuevo elemento, hasta que Jackie sacó la corona y Cheryl extendió la mano y se la quitó.

—Esto era mío, en cualquier caso — dijo.

Jackie sonrió.

—Había pensado que era parte de su disfraz. De cuando hacía sus actuaciones.

—No — respondió Cheryl—. La encontré yo, en el suelo.

—Bueno, como sea, los del departamento forense creen que debe de tener más de cincuenta años. Deberías averiguar si la usó algún famoso. Ya sabes, Laurence Olivier o alguno de esos. Hay tantos teatros por esta zona que nunca se sabe. Esa clase de recuerdos pueden valer bastante.

Hacer las maletas

Agatha embala sus pertenencias en un juego de maletas del mismo tono. Roster ya la está esperando junto al coche, que está aparcado en la calle. Fedor está sentado sobre las patas traseras en el asiento de atrás con su larga cabeza asomando por la ventanilla abierta. La ve bajar los escalones con la maleta más grande y volver corriendo en busca de la segunda y la tercera mientras Roster las guarda en el maletero. Brilla el sol. El rocío matinal se ha posado sobre todo lo que está frío: las verjas de hierro en el exterior de la casa de Agatha, los cristales de las ventanas, los tapacubos cromados de los coches grandes y caros aparcados a lo largo de la calle. Hay pocas personas allí: un cartero al otro lado de la calle, un hombre sostenido en el aire por un complejo aparato limpiando las ventanas de la planta superior de la casa que está a dos puertas de distancia. Derrama agua jabonosa del cubo sobre el suelo que está debajo de él y la espuma forma unos arroyos lentos que discurren por la calzada rumbo a la alcantarilla, para luego descender por el plano inclinado hacia la rejilla de la cloaca. Una vez que el equipaje está en el maletero, Roster lo cierra y a continuación rodea el coche para abrir una de las puertas traseras. Agatha entra y se acomoda al lado de Fedor. El perro le apoya la cabeza en el regazo.

La mayoría de los periódicos de la mañana dedicaron la primera plana a la noticia. A Agatha le hicieron una leve advertencia. Un par de periodistas de investigación le solicitaron que efectuara alguna declaración, a lo que ella se negó. Trató de llamar por teléfono a Michael Warbeck, que ha renunciado a su puesto en la policía y ha anunciado públicamente su candidatura para la alcaldía. Le contestaron que no estaba disponible. Lo intentó una segunda vez y recibió la misma respuesta. Su relación con Warbeck se había vuelto

tirante desde el fiasco del burdel, por el que él, injustamente, la culpaba a ella. Agatha, a su vez, lo culpa a él por la manera deficiente en que se llevó a cabo la redada, y en eso tiene razón. En su opinión, toda la aventura estuvo mal planeada desde el principio. Y ahora, a causa de los titulares de la prensa, él se niega de plano a hablar con ella, a pesar de las generosas donaciones que ha efectuado para su campaña electoral, tanto en metálico como en especie.

Agatha sospecha que Roster piensa que ella exagera. Se lo dice cuando se sienta en el asiento del conductor.

—No pienso nada de eso. Esa clase de pensamientos no son asunto mío.

—Ya sé que no son asunto tuyo, pero da la casualidad de que sé que eso es lo que piensas.

—No es cierto. Yo te llevo donde necesitas ir y no hago nada más que eso. Si quieres ir al puerto, te llevaré al puerto.

Ella sabía que también la acompañaría en el yate. Tenía asignado su propio camarote, situado entre el del capitán y el del resto de la tripulación, y guardaba elementos personales a bordo todo el tiempo, igual que ella.

Agatha va a declarar en la investigación oficial del derrumbe del edificio tal y como se lo han solicitado. Y luego se largará. No solo se irá de esta ciudad decrépita y asfixiante; se marchará del país.

Desde el derrumbe, la prensa se ha interesado en todos los aspectos de su vida y sus negocios, de una manera totalmente invasiva. Ella no es una figura pública, jamás ha intentado serlo y no merece la clase de tratamiento que ha recibido. Los periodistas han husmeado en sus empresas y en sus finanzas; en todo aquello a lo que han podido acceder, legítima o ilegítimamente, y han publicado artículos sobre su fortuna, sobre su padre, sobre las propiedades que posee. Cualquiera con medio cerebro se daría cuenta de que el incidente fue un desastre natural; un hundimiento es una aberración, un fenómeno geológico incontrolable. No puede ser que ella, como propietaria, tenga la obligación de monitorizar las corrientes subterráneas. Y si hay que culpar a alguien, desde luego que tiene que ser a la policía, que invadió un edificio del

siglo XVII con arietes, chalecos antibalas y botas con punteras de acero, sin pensar en ningún momento en la integridad de la construcción. Sin embargo, debido a que algunos de esos hombres murieron en el asalto, nadie se atreve a culparlos de nada, de modo que Agatha se ha convertido en la villana de la historia. De algún modo, su nombre se ha vuelto sinónimo de todo lo que está mal en la ciudad. Ha recibido amenazas de violación de perfectos desconocidos.

Ahora la prensa ha desenterrado información sobre inmigrantes ilegales en uno de sus clubes nocturnos, y muchos de los periódicos de la mañana la han sacado en primera plana, a pesar de que, sinceramente, el descubrimiento de unos okupas debería ser un acontecimiento intrascendente.

—¿Cómo demonios se suponía que iba a saberlo? ¿Acaso se espera que controle todo lo que ocurre en esos edificios? Es una caza de brujas.

Roster coincide en que es extremadamente injusto.

Esas personas no tenían nada que ver con ella. Todos esos clubes operaban de modo independiente. Era obvio que uno de los encargados había intentado ahorrar dinero y había empleado a algunos trabajadores que carecían de la documentación necesaria.

—¿Crees que Tobias lo sabía?

—No tengo idea, pero ese hombre siempre ha actuado de acuerdo con sus propios intereses. Si lo sabía y pensaba que podría ganar algo revelándolo, seguramente lo hizo.

—Eso explicaría por qué nos ha abandonado, jodido desagradecido. Probablemente quería salvar el pellejo. No me sorprendería que estuviera compinchado con Warbeck.

El tráfico es denso. Es esa hora del día en que las calles laterales están llenas de furgonetas de reparto, aparcadas con dos de las ruedas sobre la acera. Hay personas ataviadas con monos que llevan cajas a los restaurantes. Corren por la calzada con las manos llenas y aparecen de golpe por detrás de las furgonetas.

—Piensan que pueden salir corriendo a la calle sin mirar y esperan que los demás se desvivan por adaptarse a ellos — le comenta Agatha a Roster—. Uno de estos días, alguien les va a

pasar por encima. Es la calzada, por el amor de dios. Las calzadas son para los coches.

Roster hace sonar el claxon, luego vuelve a hacerlo, luego mantiene la mano apoyada en el centro del volante y el claxon emite una larga y sonora nota redonda.

Las hermanas de Agatha la han amenazado con aparecer hoy en la audiencia y abordarla en persona. Eso sería lo peor para ella, en especial si hay periodistas presentes que puedan verlo. Una de las tres, Chelsea, proporcionó información sobre ella a una revista, y Agatha imagina que todas estarían encantadas de presentarse delante del tribunal y lanzar comentarios incendiarios sobre ella para las cámaras y los periodistas allí apostados. Se hace una imagen de ellas: tres sirenas, aguardando la llegada de su coche. Se pregunta si las reconocerá, si se parecerán a ella o a Valerie o al cuadro del padre que todavía está colgado al otro lado de la puerta de su dormitorio. Cuando era una niña, pensaba que sus hermanas eran muy feas; su madre le había contado que se habían sometido a operaciones de cirugía plástica en una época en que esos procedimientos eran toscos. Anastasia las describía como «gárgolas envasadas al vacío». Pero puede que todo aquello fuera una mentira. Cuando Valerie se refiere a ellas, pierden ese aspecto horroroso y se convierten en comunes y corrientes, casi normales. A Agatha eso le da todavía más miedo: la idea de que no pueda distinguirlas cuando las vea. Podrían ponerse a su lado, rozarla en la multitud, mirarla a los ojos y no se produciría ningún reconocimiento. Como sea, Agatha hará todo lo que pueda para evitarlas: entrará rápido, testificará y se largará. Esa misma noche ya estará a bordo de su yate, navegando hacia aguas internacionales.

Un coro de suspiros

Precious sujeta a la bebé, cogiéndola con una mano debajo del trasero y la otra debajo de la cabeza. Nació tres días atrás y sus padres aún no han decidido cómo llamarla. Precious les aconseja que no se den prisa, que el nombre se les ocurrirá a su debido tiempo. «Es mejor elegirlo bien que hacerlo inmediatamente — les dice—. Es el nombre que llevará durante toda la vida.» La bebé es saludada con un coro de suspiros cada vez que abre los ojos o flexiona las articulaciones de sus diminutas manos. Ahora mismo duerme. Tiene una cabeza blanda y redonda, una nariz pequeña, ojos apretados y una boca seria que se retuerce cuando duerme, como si se sintiera escéptica respecto del contenido de sus sueños. La delgada película de pelo oscuro se ve como si una corriente de electricidad estática la mantuviera en su sitio.

Precious coloca a la bebé en la cesta de la colada, junto con sábanas dobladas, recién sacadas de la cuerda de tender, que huelen a sol. Empieza a desabotonarse la blusa.

Nicky y Marcus tienen varios fulares coloridos que utilizan para llevar a la bebé y que funcionan mejor si hay contacto piel con piel.

Precious no lo hizo con ninguno de sus hijos, aunque tenía primas mayores, así como otros miembros del clan familiar, que cargaban a sus bebés con ese método. Nicky intentó enseñarle a montar el fular, pero Precious la interrumpió delicadamente y le dijo: «Sé cómo se hace. He visto a mujeres envolviendo a sus bebés así desde hace años». No fue hasta que lo dijo cuando se dio cuenta de que efectivamente lo recordaba. Era como si esa imagen hubiera quedado relegada cuando ella abandonó a su familia y regresara ahora, cuando se quita la blusa y el sujetador, se apoya a su nietecita contra el pecho y se envuelve con ella como si estuviera injertando un

esqueje en un árbol.

La bebé busca un pezón, abriendo y cerrando la boca como un bacalao.

—No hay nada aquí para ti — canturrea Precious—. Pero tengo otra cosa hasta que tu mami salga del baño.

Extiende el meñique y la bebé empieza a mordisquearlo, sorprendiendo a Precious, como siempre ocurre con los bebés, con la fuerza de sus mandíbulas y de la lengüecita que asoma entre ellas.

Con la niña así ocupada con su dedo, Precious ya no puede seguir doblando la ropa seca en la cesta. Deja que las últimas dos fundas de almohada sigan ondeando en la brisa y en cambio se entretiene primero en un rincón del patio y luego en otro, inspeccionando las plantas. La mayoría están bastante mal. Se inclina y arranca los hierbajos con la mano libre, cortando los tallos que se han muerto. Les ha insistido a Marcus y Nicky que empezaran de cero, que arrancaran todo, vaciaran las macetas y compraran nuevos bulbos y semilleros en el centro de jardinería, pero no han seguido su consejo. Tal vez termine sorprendiéndolos y remodelando el patio ella misma. Podría ser más de lo que es ahora: un pequeño cuadrado de vida, en lugar de un sitio donde colgar la ropa y guardar la oxidada barbacoa a gas que jamás usan.

Ser abuela le va mejor a Precious de lo que jamás le fue ser madre. Hay menos detalles, más planes grandiosos. Tiene más que ver con el arte y el entusiasmo y menos con seguir una rutina estricta de dar de mamar, hacer eructar, cambiar pañales, lavar, poner a dormir, jugar, educar. Ella no era — no es— una mala madre, pero jamás lo ha sentido como un rol natural, sino más bien como si la hubieran seleccionado para un papel totalmente opuesto a ella. Ama a sus hijos y siempre ha hecho todo lo que ha podido por ellos, pero cuando eran pequeños la agotaban y, cuando crecieron, se volvieron todavía más difíciles. De adolescentes tuvieron muchos problemas en la escuela y merodeaban por las esquinas junto a personas nada aconsejables. Fue más o menos por esa época cuando se fueron a vivir a Crystal Palace con su abuela paterna. Precious se mudó al Soho con Tabitha.

Con Ondine los niños disponían de más espacio; vivía en una casa pareada con jardín y había parques cerca, y el cambio de escuela también los benefició. Empezaron a aplicarse en el estudio. Ninguno de ellos habría obtenido buenas notas si se hubieran quedado donde estaban. Precious le mandaba dinero a Ondine para no sentirse demasiado mal por dejarle a los niños. Y por otra parte la jodida de Ondine también debía hacerse cargo de su parte de culpa por aquel cabrón de hijo que había abandonado a Precious con un bebé de un año cuando estaba embarazada del segundo. Cada tanto, Precious se pregunta si en algún momento los niños se habían enfadado con ella, más de lo que habían dejado traslucir. Pero si no hubiera tomado esa decisión, no se encontraría en la acomodada posición económica en la que está ahora. Desde luego que no habría podido de ninguna manera darles a Marcus y Nicky la entrada para el apartamento, como tampoco tener guardada en el banco una cantidad equivalente para cuando llegue el momento de Ashley. Marcus y Nicky no conocen a nadie de su edad que haya podido comprarse su propio piso; todos sus amigos seguirán viviendo de alquiler hasta más allá de los cuarenta años. Precious siente un orgullo inmenso cuando ellos se lo dicen.

Ya han pasado tres meses desde que ella y Tabitha se mudaron a ese sitio. Aunque están con la familia, ambas mujeres se sienten incómodas. Marcus y Nicky se han mostrado serviciales, pero la casa es pequeña, y tener dos adultos más hace que todos estén apretados. Nicky no para de insistirles con que todo está bien. «Haces mucho en la casa, Precious. En serio, es una bendición.» Es cierto que Precious y Tabitha se afanan por ser útiles. Cocinan, limpian y ayudan con los niños. Connie, la nieta mayor de Precious, está atravesando esa etapa de la vida en la que aprende que su abuela va a consentirle más cosas que su padre y está traspasando los límites, probando para ver hasta dónde llegan.

Después del incidente, Nicky les aconsejó a Precious y a Tabitha que buscaran ayuda psicológica. «Habéis pasado por una experiencia muy traumática. Necesitaréis ayuda para

procesarla.»

Precious se mostró renuente, puesto que por naturaleza es reacia a hablar de sus sentimientos, pero accedió a ir a ver a una persona que Nicky le recomendó. Le contó lo sucedido en el tejado con Tabitha y Robert, cómo sintió que los temblores se volvían cada vez más pronunciados, que el edificio se movía bajo sus pies, que las vigas cedían y que todas sus macetas caían en cascada y desaparecían de la vista.

Lo que no le contó al psicólogo fue lo excitante que le había parecido esa experiencia. Le preocupaba que eso la hiciera sonar insensible; aquella noche había muerto gente. Pero, en algunos aspectos, había sido espectacular; nunca se había sentido tan viva.

No estaba claro qué había causado que el edificio se cayera. Se hablaba de un socavón. Otros mencionaban la construcción de la línea Crossrail y el hundimiento de edificios protegidos. Precious había afirmado a gritos que el edificio se había desmoronado debido a que docenas de hombres vociferantes con uniformes antidisturbios habían corrido por él golpeando a la gente en la cabeza y, aunque no se trataba de un argumento particularmente convincente, en términos políticos era inteligente. Hoy en día Precious tiene que ser políticamente inteligente. Al principio lo único que querían los activistas era que ella se presentara como candidata a concejal, pero ahora se han vuelto más ambiciosos. Tras el derrumbe del edificio, recibió más atención que antes, y ahora su perfil está por las nubes.

Es el equinoccio de primavera y en las últimas semanas el canto de las aves ha empezado a notarse más. Precious lo oye ahora, ese tintineo filoso y agudo que atraviesa el grave zumbido del tráfico. Es el primer día de la investigación oficial y ella y Tabitha se dirigirán a Westminster dentro de un par de horas. Se han involucrado algunos abogados (sin retribución monetaria) y también habrá periodistas. Precious ha preparado una declaración. La recita mentalmente mientras sostiene a la bebé, protegiendo su piel suave del sol.

Nicky sale al patio. Está vestida, pero su pelo rizado está

mojado. Lleva un peine y un frasco de sérum. Inclina la cabeza a un lado, deja caer una gota de líquido viscoso del frasco, se lo frota en la cabeza y luego estira las partes enredadas con el peine.

—Veo que has conseguido cansar a la bebé.

Precious sonríe, pero la bebé oye la voz de su madre y gorjea.

—Déjame que termine con el pelo — dice Nicky—. La cogeré en un segundo.

Precious mantiene el meñique junto a la boca de la bebé, con la esperanza de tentarla una segunda vez, pero ahora que su madre, y la posibilidad de leche, están cerca, es imposible calmarla. El gorjeo no tarda en convertirse en un llanto quejoso y Nicky se da prisa. Precious desenvuelve la tela y Nicky se gira cuando ve la piel expuesta de su suegra.

Precious sonríe.

—Lo siento, cariño, nunca he sido reservada con mi cuerpo y me olvido de que otras personas sí lo son. No quería avergonzarte.

—No, no, no, está bien — insiste Nicky y se da la vuelta para enfatizarlo, pero mira a todas partes excepto a Precious. Coge a la niña.

—Supongo que tú eres más tímida con tu cuerpo — dice Precious mientras se sube el sujetador y pasa los brazos por los tirantes.

—Puede ser. Siempre he sido un poco remilgada. La desnudez me pone nerviosa. No sé por qué. Soy una de esas mujeres que usan los cubículos separados en el vestuario de la piscina.

—¡Ah, eres una de esas! Siempre me pregunté para quién eran esos cubículos.

—Supongo que a ti no te importa desnudarte delante de cualquiera.

Precious se ríe.

—Bueno, no soy de las que se pavonean por ahí y se miran el culo en el espejo, pero sí, no tengo ningún problema con desnudarme delante de otras personas. — Luego añade—: Ya sabes, es parte del trabajo.

Nicky sonríe con incomodidad y luego mira a Precious, que ya está totalmente vestida. Abre la boca, como si fuera a decir algo, pero no lo hace.

A Precious le gusta haber llegado a conocer mejor a Nicky. Ambas mantienen largas charlas sentadas en el patio o cuando salen a pasear con Connie, y ahora también con la nueva bebé. A Nicky nunca le explicaron cómo cocinar cuando era pequeña, así que durante los últimos meses Precious le ha estado enseñando. Tabitha le da consejos contradictorios sentada a la mesa de la cocina mientras rellena el crucigrama o un puzle numérico.

Precious también ha podido conocer a sus hijos. De una manera probablemente inconsciente, siempre los había considerado como porciones errantes, un poco díscolas, de ella misma, en lugar de hombres por derecho propio. Últimamente Marcus se le está revelando poco a poco, y también Ashley, aunque en menor medida, cuando va los fines de semana a ver partidos de fútbol con la cuenta de Sky Sports de su hermano. Desde el sofá ella y Tabitha les hacen preguntas deliberadamente irritantes mientras Marcus y Ashley se sientan en el suelo, con las piernas cruzadas o las rodillas levantadas delante y rodeándolas con los brazos. Siempre se han sentado así, desde que eran pequeños, y lo más cerca posible del televisor.

En el autobús a Westminster solo hay espacio de pie, y Precious se aferra a la barra con una mano, que se vuelve más húmeda y apretada durante el trayecto. A través de la ventanilla ve pasar Londres girando como una linterna mágica. Una mujer apila mangos verdes en los estantes de frutas y verduras en el exterior de su tienda. Un ciclista con una malla de licra rosada cruza un semáforo en rojo. En lo alto un intrépido gato toma el sol sobre un tejado plano, lamiéndose las garras delanteras y luego frotándose los ojos. El autobús cruza el río, y Precious ve los cisnes blancos y los barcos de recreo y los turistas que sacan fotos.

La parada del autobús está a corta distancia de la audiencia. Ya se ha congregado una multitud delante del edificio. Hay

periodistas y fotógrafos. Precious reconoce algunas caras del barrio, tenderos y camareros que han venido a mostrar su apoyo. Un par de veces divisa a una mujer que cree que podría ser la que busca — alta, glamurosa, fría—, pero no está segura. Esas mujeres tienen el mismo aspecto que ella, a juzgar por las fotos que ha visto, pero hay algo que no cuadra. Son demasiado viejas; se las ve demasiado entusiasmadas.

En ese momento, Precious divisa un Rolls Royce azul que está dando marcha atrás para aparcar.

—Es ella — musita. No queda claro, ni siquiera para sí misma, si lo dice para las otras mujeres o para sus adentros. Tabitha y Nicky le siguen la mirada.

—Ah, sí — confirma Tabitha.

—¿Quién es? — pregunta Nicky.

Precious no responde. Empieza a caminar hacia el coche azul, pero Tabitha extiende el brazo.

—No creo que sea buena idea, cariño. No deberías hacer ni decir nada sin abogados cerca.

Precious se encoge de hombros y sigue su camino hacia el coche. Siempre supuso que, si hubiera podido encarar a esa mujer, frente a frente, las cosas jamás habrían terminado como lo hicieron. Precious tiene una fe inmensa en el poder de la comunicación humana, de dos personas mirándose a los ojos y diciendo lo que piensan, con generosidad y cortesía pero claramente.

Se abre la puerta del chófer y baja un hombre. Es mayor, pero no un anciano. Rodea el gran vehículo, la mira a los ojos, la examina de arriba abajo, divisa a Tabitha y vuelve a mirar a Precious. A continuación coge la puerta trasera y la abre. Un inmenso perro sale de un salto, y Precious, asustada, retrocede. El animal es alto y delgado, tiene el pelo largo y blanco, la cara puntiaguda y ojos oscuros. Después de la impresión inicial, ella se tranquiliza, se pone en cuclillas y extiende la mano. El perro se acerca y apoya el hocico húmedo en la palma tendida.

La última risa

Bastian y Laura están perdidos.

—Perazo, se llama Perazo. No Pedazo. Perazo.

—¿Pensabas que se llamaba Pedazo? ¿Por qué iba a llamarse Pedazo?

—Ya sabes, como un pedazo de carne. Me pareció que ese era el tono general del asunto.

Bastian y Laura están tratando de localizar el restaurante, pero Bastian ha escrito mal el nombre en el mapa de su teléfono varias veces y los resultados de la búsqueda que han salido son confusos.

Bastian procura visitar a Laura cada fin de semana. Coge un tren el viernes por la noche y luego otro para regresar a Londres el domingo por la tarde o el lunes por la mañana. Esta es la primera vez que Laura va a Londres a visitarlo. Su madre le ha asegurado que podrá arreglárselas sin ella. Bastian salió temprano de la oficina para ir a esperarla a King's Cross.

Por fin dan con la dirección correcta. Bastian sostiene el teléfono delante con la mano derecha. Laura ha puesto su propia mano derecha en la izquierda de él, que se la aprieta con fuerza, entusiasmado por expresar su aprobación por esa infrecuente exhibición pública de la relación.

Se detienen delante de la puerta de un restaurante. Parece que ha abierto hace poco. Las ventanas están muy limpias y huele a pintura fresca. La decoración se inspira en una carnicería antigua. Todos los camareros llevan delantales de rayas. Miran el cartel.

—Llegamos — dice Laura—. Pedazo.

Bastian lanza una risita sarcástica.

—Ahí pone claramente Perazo.

—Oh, no — dice Laura—. En realidad me refería a ti, que eres un pedazo de hombre.

Laura esboza una sonrisa tímida. Bastian menea la cabeza, pero de todas maneras se ríe. Luego tira del abrigo de ella para acercarla y la besa en los labios.

Tienen una mesa asignada, que Lorenzo ha reservado con antelación.

Los recibe uno de los camareros de delantal de rayas. Es muy alto y musculoso. Da la impresión de que muchos de los camareros son altos y musculosos. El gancho comercial del restaurante (según una reseña que Bastian ha leído en internet) es que compran la carne en tiendas de proximidad y la cocinan en grandes trozos a la vista de todos. Los comensales pueden ver la cocina. Hay unas parrillas, que son un tipo de barbacoa argentina, y a un costado de la cocina hay un inmenso brasero cerrado donde asan animales enteros clavados en un espetón. Los camareros tienen que ser fuertes, puesto que deben desfilar por el restaurante acarreando carne.

Glenda y Lorenzo ya están dentro, sentados a una mesa rectangular con dos sitios vacíos. Glenda sonríe cuando los ve y Lorenzo hace lo mismo. Los dos se levantan y rodean la mesa para recibirlos. Bastian le estrecha la mano a Lorenzo. Luego da la vuelta a la mesa para abrazar a Glenda. Abre los brazos y la estrecha firmemente entre ellos. Ella se hunde en el abrazo dócilmente y le apoya la cabeza en el pecho antes de apartarse. Bastian ha visto a Glenda solo en una ocasión desde que se marchó de Londres y fue durante un rato breve. Se la ve más sana y más feliz, también más fuerte, física y emocionalmente.

Todos se sientan. Bastian y Laura se sitúan en uno de los lados; Glenda y Lorenzo en el otro.

—Lo mejor sería que Lorenzo pidiera para todos — propone Glenda—. Ya ha comido aquí y sabe lo que es bueno. Y he descubierto que cuando compartís la comida en un restaurante las cosas llegan a molestar cuando cada uno hace una sugerencia, pero al mismo tiempo todos son demasiado corteses como para decidirse, y eso no termina nunca.

Lorenzo pide cochinillo a la brasa.

—En el fondo es un infarto en bandeja — dice. Su tono deja claro que eso le parece bueno.

Los muebles del restaurante son de aglomerado. Lorenzo

afirma que el aglomerado es el nuevo ladrillo visto. El restaurante está iluminado por bombillas desnudas que cuelgan de largos cables eléctricos recubiertos de cinta de cobre.

Bastian y Laura se sienten fascinados por la profesión de Lorenzo y los actores con los que ha trabajado en el programa de televisión. Le hacen preguntas sobre su vida cotidiana y sobre cómo son como fulano y mengano. Aportan sus propias opiniones respecto de cómo son fulano y mengano en la vida real, a pesar de que jamás se han cruzado con ellos. Bastian menciona a alguien con quien ha ido a la escuela que ahora es famoso, pero ninguno de los otros ha oído hablar de él. Lorenzo es discreto, pero da a entender que no está totalmente convencido del proyecto y estuvo considerando un cambio de carrera.

—¿A qué te dedicarías si no fueras actor? — le pregunta Glenda.

Lorenzo se encoge de hombros.

—No estoy seguro. Lo que tiene ser actor es que, en teoría, puedes ser muchas cosas distintas al mismo tiempo. Un día eres un médico, el día siguiente puedes ser un príncipe medieval y el otro un astronauta. No tienes que sentar cabeza en ningún momento. Pero también es desconcertante, por la misma razón. No estoy seguro de que sea bueno para mí. No estoy seguro de que sea bueno para nadie, pero, bueno, algunas personas se vuelven adictas a esa sensación de posibilidades infinitas.

Uno de los camareros se acerca con un espetón clavado en un enorme pedazo de cerdo. Parte de la grasa del cerdo se derrama en el suelo. El camarero dispone la carne sobre una tabla de madera en el centro de la mesa y empieza a trincharla con un largo cuchillo de acero. Los cuatro amigos comen en silencio, hundiendo los dientes en la carne asada, masticando la piel crujiente. Se limpian el mentón con servilletas de papel. Cuando terminan, se echan hacia atrás en la silla.

Durante el postre, Lorenzo se excusa y se dirige al baño de hombres. En el camino se desvía a la izquierda, franquea una puerta que tiene un cartel de «PRIVADO» y sigue por un pasillo

que lo lleva hacia donde se supone que podría estar la despensa.

—¿En qué puedo ayudarlo? — le dice una persona ataviada con ropa blanca de cocina.

Lorenzo no ve razón para mentir.

—Busco a Cheryl Lavery.

El hombre con la ropa blanca de cocina parece confundido por la petición, pero lo lleva a un almacén trasero donde Cheryl está apilando cajas. Sigue siendo fibrosa, de una delgadez inquietante, como él la recordaba, pero parece más sana. Tiene la piel más suave y el pelo reluciente. Se la ve al menos dos décadas más joven que antes; más joven que Lorenzo, casi.

—Cheryl — dice el hombre con ropa blanca de cocina—. Alguien ha venido a verte. — Levanta la voz en la última palabra, como si fuera una pregunta, evidentemente sorprendido.

Cheryl deja caer la caja que tiene en las manos. La caja golpea el suelo con un ruido fuerte. Se vuelve hacia Lorenzo. En su cara se suceden la confusión, el reconocimiento y otra vez la confusión.

—Eres el hombre del pub — dice ella—. Pero ¿qué haces aquí?

No está seguro de si la había oído hablar antes alguna vez. Su voz tiene una inesperada cualidad etérea.

—¿Conocías a un tal Robert Kerr?

—Sí — responde ella—. Me trataba con amabilidad.

—Me han designado albacea de su testamento. Te ha dejado un poco de dinero. Esta carta, dirigida a ti, estaba entre sus papeles.

Lorenzo saca la carta de Robert del bolsillo interior de su chaqueta. Cheryl coge el sobre y lo gira en las manos, ahora pálidas, limpias, muy cuidadas. Lo abre y empieza a leer. Lorenzo se da la vuelta. Llega hasta la puerta del almacén, pero en ese momento Cheryl dice:

—No es mi padre.

Lorenzo se da la vuelta, pero no dice nada. Se siente decepcionado por Robert, aunque, en cualquier caso, es

demasiado tarde.

—Mi padre está muerto — continúa Cheryl—. Me lo ha contado mi madre. Era un empresario o algo así. Y era muy anciano. Tenía ochenta y cuatro años, más o menos. Tuvo un infarto justo después, cuando todavía estaba en la cama con mi madre. — Luego se echa a reír—. Embarazó a mi madre y en el mismo acto se murió. Ja, ja, ja, ja, ja. — Su risa es tan etérea como su voz. Resuena en el almacén, contra las cajas y los estantes, llenos de copas y platos—. La palmó justo encima de ella, con la pilila todavía dentro. — Ríe sin parar. Lorenzo se da la vuelta y se marcha; sigue escuchando su risa cuando vuelve por el pasillo, e incluso cree que todavía la oye cuando ya está sentado a la mesa hablando con Glenda y Bastian y Laura, aunque ellos insisten en que no oyen nada y le lanzan miradas burlonas. Pero Lorenzo la oye. La oye reír y reír, con un sonido que sube desde el sótano del restaurante, ja, ja, ja, ja, ja, atravesando vigas de acero y suelos lustrados, ja, ja, ja, ja, ja, atravesando los cimientos del edificio, ja, ja, ja, ja, ja, ascendiendo desde el vientre de la ciudad.

Agradecimientos

Gracias a Leslie Gardner, Darryl Samaraweera, Angus MacDonald y Jon Curzon, de Artellus Ltd.

Gracias a todos los de John Murray Press, en especial a Becky Walsh, que me ha apoyado durante la escritura de este libro, y a Yassine Belkacemi, que me ha cuidado en los actos públicos.

Gracias a los primeros lectores y buenos amigos: Alastair Bealby, Veronica Bennett, Francesca Bratton, Sarah Cawthorne, Tim Curtis, Jennie England, Cameron Foote, Robin Foote, Marianne Forrest, Caitlin Girdwood, David Girdwood, Lisa Girdwood, Wendy Grace, Sophie Howard, Ian Lea, Celia Moodie, Philippa Morris, Emily Nott, Karl O'Hanlon, Catherine Rogerson-Yarrow, Thomas Rogerson-Yarrow, Nicola Runciman, Helen Spriggs, Alice Taylor y John Weir.

Dedico mi amor y mi agradecimiento a mi familia: Caroline Mozley, Harold Mozley, Olivia Johnson, Neil Johnson y Lily Johnson.

Y, por encima de todo, gracias a Megan, responsable de que todo valga la pena.

Título original: *Hot Stew*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2021 por John Murray Publishers, un sello editorial de Hachette UK.

Edición digital: 2022

Copyright © Fiona Mozley 2021
El derecho de Fiona Mozley a ser identificada como la autora de la obra ha sido confirmado por ella de acuerdo con la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.
Todos los derechos reservados.
© de la traducción: Eduardo Hojman, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-637-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

Solsticio de verano
- Caracol común
- El Aphra Behn
- Calles familiares
- La teoría del derrame
- Baño caliente
- Après nous
- Temblores
- Cuarto oscuro
- Tabula rasa
- El Arzobispo
- Un rey entre los perros
- Los lupanares de Southwark
- Vapor
- Arqueología
- La muerte de Debbie McGee

Finales de septiembre
- Las afueras
- Caza
- Vivalavirgen
- Un inglés completo
- Apartamentos de lujo
- Ante los ojos de dios
- Disfrazada
- Nada parecido a Harry Potter
- Delgado como el papel
- Gusanos y trueno
- El pasado

Rapunzel, Rapunzel
La recompensa del diablo
El día más corto / La noche más larga
El regreso de Debbie McGee
Oxbridge Escorts
Estación de servicio
Grabado en plata
Aves del paraíso
Tienda de chuches
Anastasia
En la casa grande
Golpe de Estado
La última resistencia nocturna
La última resistencia nocturna: parte II
La última resistencia nocturna: parte III
Salsa
Una visión
Primavera
Polvo espectral
Cadáveres colgantes
Hacer las maletas
Un coro de suspiros
La última risa
Agradecimientos
Créditos